



JUAN JOSÉ PIMENTEL LEO

MEMORIAS. LA ERMITA DE LA GARGANTA

JUAN JOSÉ PIMENTEL LEO

JUAN JOSÉ PIMENTEL LEO

MEMORIAS. LA ERMITA DE LA GARGANTA

PRÓLOGO DE MANUEL PIMENTEL SILES



Fotografía de José Díaz y Pepe Ruiz

JUAN JOSÉ PIMENTEL LEO

MEMORIAS. LA ERMITA DE LA GARGANTA

JUAN JOSÉ PIMENTEL LEO

fundación 

AGRADECIMIENTO

Quiero dar las gracias a familiares y amigos sin cuya colaboración habría sido imposible la escritura de estas Memorias. A mi esposa Lupe, por su labor de consulta bibliográfica y sus acertados consejos. A mi hijo Alberto, por configurar el documento y solucionar las dificultades que han ido surgiendo. A Juan Pedro Ruiz, por la metódica corrección ortotipográfica y estilística del texto. A mi hermano Antonio, a José Luis Sánchez, a Juan Fernández y a Antonio Figueredo, porque en las conversaciones que he mantenido con ellos han aportado anécdotas, comentarios y recomendaciones que han servido para mejorar esta narración. A mi sobrino Manuel Pimentel por el emotivo, evocador y cariñoso prólogo. Por último, extendiendo mi gratitud a Fundación CB por publicar este libro, y especialmente a Emilio Vázquez, mi amigo, por su cálida acogida.

© De esta edición: Fundación CB, 2024
C/ Montesinos, 22. 06002 Badajoz
Teléfono (+34) 924 17 16 18
www.fundacioncb.es

© De los textos: Juan José Pimentel Leo
© De las imágenes: los autores

Depósito legal: BA-485-2024
I.S.B.N.: 978-84-09-65497-0

Esta Fundación no se hace responsable de las opiniones vertidas en la presente publicación ni de cualquier tipo de error que la misma pudiera contener.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño y maquetación: linea4.eu
Impreso en España – *Printed in Spain*

FUNDACIÓN CB Y LOS LIBROS

La lectura nos aporta mucho más que conocimiento. Es una actividad emocionante y estimulante que ensancha nuestra cultura en el sentido más amplio de la palabra. Es decir, nos permite desarrollar nuestro juicio crítico y por lo tanto nos hace menos permeables a engaños externos, dotándonos de las herramientas necesarias para fortalecer nuestro pensamiento crítico.

Es por ello que, en Fundación CB, hemos apostado decididamente por la publicación de libros.

En este aspecto, como en tantos otros, nos gusta definirnó como “la fundación de la gente”, apostando por una sociedad donde la cultura es protagonista; donde luchamos por la igualdad y la inclusión de colectivos vulnerables; preocupándonos por el medio que nos rodea, por nuestros jóvenes y su educación y por la conservación del patrimonio histórico y cultural de nuestra tierra.

Fundación CB

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
PRIMERA PARTE	17
El tiempo de la inocencia (1950 - 1966)	
SEGUNDA PARTE	61
Etapa universitaria (1967 – 1974)	
TERCERA PARTE	129
La realidad. Los años tardíos (1975...)	
ALBÚM DE FOTOS	215

PRÓLOGO

AQUEL MUCHACHO FUERTE, DE MIRADA LIMPIA Y AVENTURERA...

Una autobiografía es siempre materia sensible y emocional. Su torbellino entrelazado de sentimientos, vivencias y añoranzas, arrastra a todos los que en ella aparecen y comparecen. Unas Memorias no son tan solo los recuerdos y la vida del protagonista. De alguna manera, también suponen -o al menos evocan- la vida y los recuerdos de quienes convivieron su apasionante devenir. Desde luego, ese es mi caso, damnificado emocional de su lectura. De golpe, sin esperarlo, mi propia historia, mi universo familiar, mi patria infantil, mis remembranzas, se mostraban desnudas, impúdicas, ante mis ojos de lector. Gracias, Juan José, por haberte atrevido a bucear en tu pasado y compartir con tus lectores una vida que, como tú bien dices, no debía diluirse en el olvido ni ser arrastrada por el cruel viento de la desmemoria. Fuiste uno de mis héroes de infancia. Un mocetón deportista, fuerte, valiente, con el que me adentraba sin miedo en las cuevas inexploradas de nuestro pueblo, Algodonales. Andabas mucho, y bien. Subiste, para mi asombro, al pico San Cristóbal, recortado en las alturas de la imponente y bellísima Sierra del Pinar, la de los pinsapos y los bandoleros. Muchas gracias por aparecer de nuevo en mi vida.

Y así es. Llevaba décadas sin saber prácticamente nada de mi primo -en verdad tío segundo- Juan José Pimentel Leo. Médico, hacía años que se había trasladado a Badajoz. Desde entonces, no habíamos vuelto a tener contacto. A mediados de noviembre de 2023 recibí un correo electrónico en el que me decía que, aunque había pasado mucho tiempo, recordaría las excursiones espeleológicas que realizamos con mi padre en los años 60. El corazón me dio un vuelco al leerlo. ¿Cómo olvidarlo? Me acordaba perfectamente. Aquel muchacho mayor, que tanto admiré y de quien con tanto cariño siempre hablaba mi padre, reaparecía como por ensalmo, por arte de magia. Para mi sorpresa y alegría me enviaba sus Memorias. Su primera e inmediata lectura me sumergió en un mar embravecido de emociones. Mi abuelo Manolo, esto es su tío Manuel, Manolito Pimentel para las gentes del pueblo, revivía ante mí, con historias que ni siquiera conocía. Y su primo Paco, mi padre, de nuevo

joven y divertido, componía, para él, nazarenos de cartón, al tiempo que se lo llevaba de cuevas, conmigo de grumetillo. Nací en el 61, apenas si era un niño entonces, pero la afición a las cuevas y a la arqueología inculcada por mi padre y compartida por Juan José, me acompañaría hasta el día de hoy. Se nota el cariño que Juan José profesa por mis directos antepasados, correspondido sin duda por el que ellos sintieron hacia él. Los escenarios idealizados de su infancia, Algodonales, fueron los míos. La fuerza evocadora de estas memorias sentidas y sinceras obraron el milagro: nombres que apenas recordaba se encarnaban de nuevo, como fogonazos que alumbraban las penumbras de mi olvido.

Apenas repuesto de aquel mazazo de sentimientos, nostalgias y descubrimientos, lo llamé por teléfono, para comentar mis primeras impresiones. Él no podía saberlo, pero me encontraba hondamente emocionado. Me contó historias de mi bisabuelo -su abuelo-, Juan Pimentel, del todo desconocidas para mí. Incluso me envió una foto con su mujer, mi bisabuela Margarita López. Y, aquel vértigo de conversación, para mí al menos, muy emocional, tuvo su clímax cuando, con voz serena, me contó que había perdido la vista, sin dramatizar ni buscar consuelo, totalmente asumido y normalizado, valiente y sabio siempre. Ya se entendía con los diversos artilugios electrónicos que la ONCE había puesto a su disposición y que le permitían alimentar su incansable inquietud y curiosidad. Fue entonces cuando me hizo el honor de pedirme un breve prólogo para estas memorias, que, agradecido, acepté de inmediato y encantado. Un reto que me enfrentaba a mi propio pasado y que me permitía adentrarme en su intimidad y biografía. Los escenarios de su infancia y adolescencia, Algodonales y Sevilla, fueron los míos, como decía. Sus aficiones, naturaleza, montaña, cuevas, arqueología, libros, cultura, las mías, que él, además, supo aderezar por su pasión por el cine, que desde siempre le acompañaría.

Antes de que mis recuerdos se los lleve el viento, he decidido plasmarlo en las siguientes páginas. Así prologa Juan José estas líneas vitales. Quienes lo conocen, y por extensión sus contemporáneos, se verán arrastrados por el vórtice de esos tiempos compartidos, en una especie de comunión y de cosmovisión generacional. La historia de Juan José no es solo la vida de una persona curiosa, vital e inteligente, sino que, de alguna manera, es la historia de la España que se despezó en el desarrollismo franquista, que abrazó con esperanza la democracia y la libertad, que prosperó en lo social, cultural y económico, que se ilusionó con la plena incorporación europea, y que, en estos tiempos digitales, se desencanta ante lo que pudo haber sido y no fue.

Nos encontramos, como decía, ante un hombre curioso e inteligente, que se interroga por el mundo en el que vive: amante del cine, los deportes, los viajes y la naturaleza. También, de la cultura, la literatura y la arqueología. Amigo de sus amigos, los recuerda con memoria sorprendente, facultad heredada de su madre. La lectura de sus memorias arroja varias certezas. Posee un poderoso <<yo>> reflexivo. Le interesa el mundo, y trata de comprender sus dinámicas y esencia. Su pulsión de fino observador le empuja a plasmar la realidad que le circunda en documentales y películas, siempre con un porqué esencial. Vitalista, dedica más recuerdos a sus aficiones que a sus obligaciones. Escribe con pasión de su actividad como director de cine -ha realizado setenta y una películas entre 1971 y 2014, algunas con premios destacados-, de sus excursiones y rutas de senderismo, de sus viajes y visitas arqueológicas, de sus prácticas deportivas y de su amor por el Sevilla FC -todos los Pimentel somos sevillistas-, pero apenas describe su carrera profesional como médico analista en el departamento de Anatomía Patológica de un hospital pacense. Mientras leía el texto, una pregunta impertinente me exigía una respuesta que no supe satisfacer. ¿Por qué no se dedicó profesionalmente al cine? Lo habría hecho bien, muy bien. Pero, desde fuera, siempre resulta fácil opinar de la vida ajena, cuando, como dicen los clásicos, quien la lleva la entiende. Su vida es plena y feliz, pero quede aquí el suspiro inconsciente de este lector y prologuista.

Divide su libro en tres partes. La primera, *Los años de la inocencia 1950-1966*, Algodonales y Sevilla. La venta de la finca El Álamo, a los pies de Zahara de la Sierra, marca el éxodo desde el pueblo a la gran ciudad. Primero a la calle Imperial y después a una casa que rehicieron por completo en la plaza de la Alfalfa, que conocí en visitas familiares. Juan José, recuerda que mi padre, Paco Pimentel, muy habilidoso para las manualidades, le hizo unos nazarenos con cartón y tela, con los que tantos años jugaría.

La afición a las cuevas nos une. Acompañamos a mi padre a explorar las grutas de los alrededores del pueblo. Ambos éramos los que, por elasticidad y esbeltez, nos adentrábamos en primer lugar en aquellas cavidades, muchas de las cuales eran todavía desconocidas. Desde entonces guardo la fascinación por las cavernas y he continuado recorriendo las oscuridades subterráneas de toda España. Pero ninguna de ellas consiguió excitar mi instinto aventurero más que aquella cueva de Arroyomolinos, a la que descendimos con cuerdas de esparto. Aquí quede para nuestra memoria compartida.

Sería André Duval, su profesor de francés en la academia IFAR, el que le inculcó la pasión por el cine, que desarrollaría en su etapa universitaria

(1967-74) a la que dedica la segunda parte del libro. Además de sus estudios de Medicina en la facultad de Sevilla y de Cine, en el cineclub Vida, mantuvo su actividad excursionista y aventurera y su pasión cultural al conocer el riquísimo patrimonio andaluz, como tan esmeradamente nos narra y comparte.

En 1974 realizó un documental, rodado en super8, sobre diversos episodios de la vida en Algodonales, de gran valor antropológico, pues nos permite comprobar lo mucho que hemos cambiado en tan poco tiempo. Juan José donó la cinta original al ayuntamiento, que lo copió digitalmente. Lo busqué en YouTube y su visión rememoró aquel pueblo blanco, pobre y cálido. Un documento a conservar y mostrar.

La tercera parte la titula -toda una declaración melancólica- como *La realidad, los años tardíos* (1975...). Su traslado a Badajoz, su vida profesional, familiar, sus aficiones. El cine, siempre presente. Los grandes viajes, el senderismo, la parcela, la casa en Asturias. Y el deporte, siempre el deporte. Del fútbol -muy buen jugador- pasó al ciclismo que comenzó a alternar con las carreras de fondo, habiendo completado maratones hasta que la rodilla decidió que los tiempos de galopadas debían finalizar.

Juan José escribe bien, muy bien, se notan sus muchas lecturas. Su biblioteca nutrió su estilo, desnudo, directo, elegante y eficaz, que nos ha permitido conocer su vida, su obra y su visión del mundo. Su esencia, su ser. Lo admiraba desde niño, y, ahora que lo conozco mejor, aún lo admiro y respeto más. A pesar de los años y de sus zarpazos, sigue siendo aquel muchacho de mirada limpia y aventurera al que me costaba seguir por las trochas y senderos de nuestra sierra querida.

Este prólogo, de alguna manera, nos une para la eternidad. Un libro es puerta cierta para la trascendencia. Muchas gracias, de corazón, por haberme permitido acompañarte de nuevo, en este caso, por los senderos y trochas de tu intensa y apasionante existencia. Muchas gracias por haberla compartido en estas páginas que con tanta emoción prologo.

Que las cuevas, las caminatas y las aventuras permanecerán por ahí fuera, por siempre, retándonos y aguardándonos...

Manuel Pimentel Siles

PRIMERA PARTE

El tiempo de la inocencia (1950–1966)

Hace unos años solía pasear con un amigo que, por motivos laborales, había recorrido en coche la extensa región donde residíamos. Creo que pocos lugares le quedaron por conocer. En los paseos me contaba anécdotas, historias y peripecias de sus viajes. Más de una vez le sugerí que escribiera unas Memorias donde se reflejaran sus interesantes y amenas vivencias, pero no me hizo caso y se marchó de este mundo llevándoselas consigo. Al igual que mi amigo, han existido y existen incontables personas anónimas -casi tantas como estrellas hay en el Universo- que han desaparecido sin dejar huella, sin dejar ningún testimonio de su vida. Antes de que mis recuerdos se los lleve el viento, he decidido plasmarlos en las siguientes páginas.

Me llamo Juan José y más de una vez he pensado que llegué demasiado tarde a este mundo; quizá no debí hacerlo, pues mi madre me tuvo a los cuarenta y tres años. Ya me esperaban tres hermanos: Margarita, Juanita y Antonio; me llevaban nada más y nada menos que dieciocho, dieciséis y catorce años, respectivamente. Me han contado que el parto fue dificultoso; entretanto mi padre, ilusionado y nervioso, deambulaba por la casa aguardando el desenlace. Por fin nació a las seis de la mañana, el 26 de abril de 1950 en un lugar de la provincia de Cádiz llamado Algodonales, de cuyo nombre no dejo de acordarme. A las pocas horas de nacer, mi tía María Leo me tomó en sus brazos y me llevó a casa de su madre, que estaba enferma y deseaba conocer a su nuevo nieto.

Algodonales está ubicado en la ladera sur de la Sierra de Lijar. Fue fundado a principios del siglo XVI; al terminar la Reconquista de Granada, algunos habitantes de Zahara de la Sierra, situada a pocos kilómetros, se establecieron en el lugar por sus fértiles tierras y abundante agua. Al principio, los nuevos pobladores no se asentaron de forma definitiva, hasta que en 1530, el rey Carlos I concedió una cédula para que se establecieran en la zona; en poco tiempo se levantó una pequeña iglesia.

El año que nací, Algodonales alcanzó su máxima población, unos diez mil habitantes. En los años siguientes debido a la emigración, la población disminuyó paulatinamente. En la actualidad viven alrededor de cinco mil quinientos vecinos.

El primer recuerdo de mi infancia es a lomos de un burro, hacia un manantial que hay cerca del pueblo, llamado Fuente Alta. Por ese camino pasaría en

mi niñez y adolescencia muchas veces. En un lado crecían zarzas, con sabrosas moras, y en la otra parte del sendero había una acequia por la que corría el agua que se aprovechaba para regar las huertas. Junto a la entrada de las viviendas se alzaban robustas palmeras. De la Fuente Alta -donde lavábamos las moras- brotaban dos potentes chorros de agua fresca. Al lado de la fuente había un abrevadero donde los niños nos entreteníamos observando las sanguijuelas serpenteando lentamente por el fondo, aguardando el momento para introducirse en una nueva víctima. A unos pasos estaba El Ventorrillo, donde se podían tomar, entre otros aperitivos, sangría con chochos (altramuces).

A un tiro de piedra de la Fuente Alta existía un nacimiento rodeado de chopos. De esta charca surgía el agua a borbotones por los nacederos del suelo. A veces ponía la palma de la mano encima de uno de ellos, intentando, sin conseguirlo, taponar la salida. Entre el líquido elemento, grandes piedras con la superficie plana permitían pasar de un lado a otro de la charca; algunos días el dueño del Ventorrillo introducía un saco de chochos para que se mantuvieran frescos. Este idílico paraje, conocido como Fuente Cabera, era uno de mis preferidos de Algodonales. Me han contado que el manantial sigue fluyendo, manteniendo vigorosos los chopos y alimentando las huertas cercanas.

En el pueblo estaba y sigue estando la Fuente Baja o del Algarrobo, de la que brotaba deliciosa agua. Durante mi infancia recuerdo que debajo de algunos de los doce caños colocaban cestas de mimbre con higos chumbos para que se refrescaran y perdieran las espinas que los recubrían; comprábamos los higos a un real, con una peseta nos daban cuatro. Al lado de la fuente, también había un abrevadero en el que casi siempre algún équido saciaba la sed. Detrás se alzaba el lavadero público. De la pared del fondo, a ras de suelo, manaba abundante agua que se bifurcaba y corría a través de dos canales; a un lado y a otro, las mujeres arrodilladas, mientras lavaban la ropa, charlaban o cantaban.

.....

En Algodonales, como en otros pueblos, había la costumbre de poner apodos; entre mis amigos recuerdo al Clavos, Juan el John, Pepe Luis el Mosco, Paco el Pelirrojo y Guillermo el Zorro. Otros que no he olvidado son: el Pompas, que ayudaba al párroco en los entierros; Juanito el Botones dueño de un bar; el Búho, vendedor de hierbas aromáticas, y Juanito de la Felipa de voz recia y acento argentino. A dos hombres muy fornidos se les conocía como Cabeza Rucho y Daniel de la Humea. También recuerdo al Mellizo y su

mujer la Perona, de los que hablaré más tarde; Polilla y Jeromo el Chino, de oficio zapatero remendón. Aunque no llega a ser un verdadero apodo, a mi tío Manuel Pimentel le llamaron hasta sus últimos días Manolito Pimentel. Joseíto el de las Perras fue el apodo asignado a mi padre, porque manejaba muchas monedas, es decir perras. Recuerdo haber usado monedas de cinco y diez céntimos de peseta. A la moneda de cinco céntimos se le llamaba perra chica y a la de diez perra gorda. Mi padre había trabajado desde niño ayudando a su padre, de mancebo en una botica, y en otros empleos. Después abrió una tienda donde vendía artículos diversos, casi siempre a plazos. Años más tarde trabajó de corresponsal en el Banco Español de Crédito, encargándose de cobrar las letras de cambio. Todas estas actividades conllevaban el uso de monedas.

Unos meses antes de empezar la Guerra Civil, en una noche de insomnio, mi padre se levantó de la cama, se acercó al balcón, y desde el interior del dormitorio observó y reconoció a un muchacho que se acercaba andando con cautela por un lateral de la plaza. Cuando el joven llegó a la altura de nuestra casa, miró a su alrededor, inquieto, para comprobar que no había nadie, y con rapidez se dirigió al portal. Mi padre lo perdió de vista; transcurridos unos segundos lo vio alejarse por la acera. Intrigado, bajó al zaguán y en el suelo, junto a la puerta, vio un papel. Era un anónimo indicando que en un lugar junto al arroyo Parralejo, depositara cierta cantidad de dinero; de no hacerlo sería secuestrado. Denunció el caso a la Guardia Civil, pero no reveló la identidad del portador de la nota. Al finalizar la guerra, a mi padre lo acusaron de masón. La denuncia se basó en que a un amigo residente en Ronda, se le detuvo y encarceló por pertenecer a esta sociedad secreta. En su despacho se encontraron papeles, en los que entre otras personas aparecía el nombre *José Pimentel López*. El castigo consistió en prohibirle salir de casa durante tres meses. Me hubiera gustado preguntarle, y que me hubiese aclarado estas dos historias. No pude hacerlo porque cuando me las contaron, ya había fallecido.

En los años 40 del siglo pasado, mis padres habían comprado la finca El Álamo, situada cerca de Zahara de la Sierra. La propiedad estaba constituida por diferentes zonas. Una de ellas era un terreno abrupto poblado de encinas y alcornoques, llamado Las Zahúrdas, donde se criaban cerdos en libertad. Había un viñedo, un olivar donde además de aceitunas se recogían espárragos trigueros, una huerta con árboles frutales y una zona de excelente tierra para sembrar cereales y legumbres. Además de cerdos, se criaban otros animales como gallinas, pavos, cabras, ovejas y yeguas. No faltaba el agua, ya que en las cercanías existían dos arroyos por la que esta discurría durante todo el

año. En El Álamo vivían de forma permanente varias familias, entre ellas, la de Manuel y Anita la Redina que ejercían las veces de caseros. Mis padres y hermanos, entre los meses de abril y agosto también residían allí. Las viviendas se disponían alrededor de un amplio patio o espacio comunitario. Algunos días, un maestro de Zahara de la Sierra se acercaba al cortijo para dar clase a los niños. Habría leído algunas novelas de Julio Verne, porque una de sus charlas predilectas se refería a nuestro satélite la Luna; explicaba que en el futuro los hombres viajarían a ella y sería un acontecimiento tan importante como el Descubrimiento de América. Entre las zahúrdas y las viviendas, el terreno era irregular, pedregoso, y tras la época de apareamiento se veían grupos de perdices correteando, con las parejas seguidas de sus crías que aún no sabían volar. Mi hermano Antonio, junto con otro niño llamado Miguel, hijo de Anita, las perseguían intentando coger una. Cuando conseguían capturarla la alimentaban en una jaula y si el canto era adecuado, la utilizaban como reclamo.

Algunos sábados, las familias se reunían en el patio. Además de contarse historias y relatos de lo más variopinto -de aparecidos, de tesoros escondidos por los moros, de sucesos de la reciente guerra civil...-, también se intercambiaban opiniones sobre las labores del campo, sacando a relucir asuntos y problemas que servían para limar asperezas y procurar un verdadero compañerismo. En una reunión, José, el joven encargado de las Zahúrdas, comentó que dos hombres que merodeaban por los alrededores le preguntaron si los trabajadores estaban satisfechos con el jornal y el trato que recibían por parte del dueño; en esa época eran frecuentes los secuestros. A veces, las reuniones terminaban en una cena preparada por mi madre y Anita la Redina; se servía pan horneado allí mismo, sopa de espárragos, huevos, queso, productos de la matanza del cerdo, y se bebía un mosto que mi padre compraba en una bodega de Algodonales. Con el vino, la gente se alegraba, se les soltaba la lengua, seguían contando historias y terminaba la reunión cantando a coro todos los asistentes. Meses después de mi nacimiento se vendió la finca y nos trasladamos a vivir a Sevilla. En los años siguientes, cuando mi familia evocaba El Álamo, sentían añoranza por los momentos de felicidad que pasaron allí, y no lo olvidaron mientras vivieron.

.....

Mis primeros recuerdos de Sevilla son los de una casa en la calle Imperial nº 47, justo por detrás de la iglesia de San Esteban. Un amplio zaguán conducía

a un patio en el que brotaba agua de una fuente, rodeada de numerosas macetas. Me gustaba jugar con un camaleón que me habían regalado; a menudo no lo podía encontrar porque se mimetizaba entre las plantas. Alrededor del patio se disponían tres habitaciones; en la que daba a la calle Imperial había un pequeño piano de caoba. Mi hermana Margarita practicaba en él por las tardes y al mismo tiempo entonaba, con su bonita voz, alguna canción. A la entrada del primer piso, un vestíbulo comunicaba con tres dormitorios y un cuarto de baño; además, había un salón con chimenea y un pasillo que terminaba en la cocina.

Retengo muchos recuerdos de aquella casa: cuando nos congregábamos en torno a la radio para escuchar algunos programas, el mal sabor del aceite de ricino, el rezo del rosario en familia, el característico olor que dejaban las fricciones con linimento Sloan (también conocido como *El tío del bigote* porque en la etiqueta del frasco aparecía un hombre con un enorme bigote), las reuniones en el salón durante las comidas, los juegos con la criada, mi madre bordando en el bastidor, mis hermanas zurciendo las medias y calcetines con la ayuda de un huevo de madera, y la ilusión de las noches de Reyes.

El lugar de la casa que más me gustaba era la azotea; desde allí se divisaban numerosas terrazas, buhardillas, tejados, chimeneas, campanarios y la parte superior de la cercana iglesia de San Esteban. En esta zona me entretenía jugando solo o con algún amigo; a veces coincidía en ella con mis hermanas cuando tomaban el sol para secarse el pelo. Una mañana, al levantarme, oí que por la noche había nevado; tendría unos cinco años, subí para ver la nieve por primera vez en mi vida. Me puse las botas de agua y jugué con ella hasta que se derritió; ese día no fui al colegio. Pocas cosas me han proporcionado tanta ilusión y alegría como mi primera bicicleta, con la que recorría una y mil veces la azotea.

En esa época, un día por la tarde al llegar a casa del colegio, me llevé la desagradable sorpresa de que Margarita se había marchado a Barcelona para profesar a monja en las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor; la noticia me dejó cariacontecido porque no la imaginaba. Margarita era el miembro de mi familia con el que más encariñado estaba. Dos años después se consagró monja y le permitieron que el mismo día yo hiciera la primera comunión; fue el 28 de agosto de 1956. Estos datos los he averiguado, porque mi madre, durante muchos años, guardó en una cajita de cartón algunos de los objetos que utilicé en aquella ceremonia. Posteriormente me la entregó, y la sigo conservando con tanto celo como ella la guardó. En la cara superior, con la letra insegura de mi madre, está escrito: *Recuerdo de la primera comunión*

de Juan José Pimentel Leo, *guardar con cariño*. En el interior existe una nota que dice: *Miren mucho por todo esto, el que lo tenga, gracias*. Contiene un crucifijo con un cordón para colgarlo del cuello, un misal, un lazo, un pequeño pañuelo con mi nombre bordado, y guantes que con el paso del tiempo han adquirido un tono amarillento. También hay dos estampas recordatorias de las ceremonias.

El viaje a Barcelona lo realizamos en tren. Recuerdo que durante el trayecto abrí varias veces la ventanilla para ver la máquina de vapor y los vagones; pero alguien, enfadado, la cerraba con rapidez, porque la locomotora desprendía una gran humareda que penetraba en el departamento en el que viajábamos. He olvidado por completo lo que sucedió en las ceremonias religiosas; además, no conservo fotografías de esos momentos. De nuestra estancia en Barcelona sólo tengo una pequeña foto tomada en un parque con mi familia, nuestro primo Ignacio Ramírez con su mujer, y dos amigas de Margarita: Natividad y María Escorza, que se desplazaron desde Algodonales.

Mi primo Ignacio había emigrado a Barcelona unos años antes; de carácter alegre y comunicativo, le encantaba fantasear y contar mentiras. Cuando en Algodonales corrió la voz de que Ignacio se marchaba a Barcelona, Antonio Rodríguez, un primo de mi madre, comentó con ironía: *A Ignacio no le va a faltar trabajo; con lo grande que es Barcelona, para engañar a tanta gente va a necesitar gastar mucha saliva y mucho tiempo*.

Pocos días antes de que Margarita se marchase a Barcelona, nos hicimos una fotografía familiar en un estudio situado al final de la Cuesta del Rosario, junto a la iglesia del Salvador. En la foto aparecen mis padres, Juanita y Antonio con gesto serio; Margarita, sonriente con el pelo muy corto, y yo mirando hacia un lado del objetivo con cara de asombro. Un año después de consagrarse monja, mi hermana abandonó los hábitos y regresó a Sevilla. Mi madre, que era muy religiosa, guardaba como un tesoro las fotografías tomadas en la Iglesia. Un día, Margarita rebuscó en la casa hasta encontrarlas, las hizo pedazos y no dijo dónde las tiró. Además, rompió las fotos de mi primera comunión. Antes de que el uniforme de almirante me quedara pequeño, fui de nuevo con mi madre al estudio fotográfico; ese retrato también está en la cajita de cartón.

Durante unos meses vivió en la calle Imperial mi primo Paco Pimentel, mientras preparaba la oposición a Interventor. A veces, cuando se cansaba de estudiar subía a la azotea y jugaba conmigo. Era muy alegre y atractivo, según comentaban mis hermanas; tenía encandiladas a varias muchachas de la vecindad. Pocos años después se casó en Algodonales con Elvira Siles. Tuviron once hijos; el mayor, Manuel, llegaría a ser Ministro de Trabajo. Paco

tenía gran habilidad manual y cuando aprobó la oposición me regaló unos veinticinco o treinta nazarenos, hechos por él con cartulina blanca para las túnicas y capirotos, tela morada para revestirlos, y trozos de pajitas para los cirios. De tanto jugar con los penitentes, se fueron deteriorando; no obstante, conservé aquel singular juguete muchos años.

Con frecuencia salía a la calle a jugar al fútbol con mis amigos, a las canicas, con el tirachinas, a la peonza, y a policías y ladrones. Otro entretenimiento consistía en cazar zapateros, unas libélulas de dos colores, rojas y amarillas. Los atrapábamos en la calle cerca de mi casa, delante del ábside de la iglesia de San Esteban, donde daba el sol casi todo el día; regábamos la calle y los zapateros se posaban a beber. Entonces, los niños nos acercábamos sigilosamente por detrás, con el brazo extendido, y con los dedos índice y pulgar los cogíamos por sus largas y aplanadas colas. Jugábamos con ellos unos segundos, luego los soltábamos, y echaban a volar.

Tengo muy buenos recuerdos de aquellos años; aunque no lo percibía, la casa de la calle Imperial tenía humedad en los meses fríos, porque la iglesia de San Esteban, que estaba solamente a unos metros de distancia, proyectaba su sombra y no dejaba entrar el sol. Por este motivo, mis padres pensaron mudarse a una vivienda más soleada. Celestino Briz, amigo de mi padre, le informó que en la céntrica plaza de la Alfalfa se vendía un edificio de dos alturas. Fueron a verlo; mi padre cruzó la plaza y se situó en la acera opuesta. Le gustó porque la fachada era muy amplia, y con cuatro balcones por cada uno de los dos pisos; la parte trasera daba a la calle Huelva. La planta baja estaba ocupada por la empresa Carbueros Metálicos; mi padre se entrevistó con el director y llegaron a un acuerdo para que dejaran libre dicha planta. Compró la casa, hizo reformas, alquiló el bajo y el primero a una tienda de muebles, y nosotros nos mudamos al segundo; disponíamos de dos amplias azoteas, una miraba a la plaza y otra a la calle Huelva. Corría el año 1957.

A menudo jugaba al fútbol con mis amigos en La Alfalfa, entonces se llamaba plaza del General Mola. En aquella época, por Sevilla circulaban pocos coches y sólo algunos llegaban a La Alfalfa; cuando uno se acercaba parábamos el partido mientras cruzaba y se alejaba. Mayor amenaza representaban los policías municipales, que no dejaban jugar al fútbol en la calle y procuraban quitarnos la pelota; cuando aparecía un guindilla, corríamos como conejos, aunque transcurridos varios minutos nos reagrupábamos para proseguir el partido.

Los días calurosos llegaba a la plaza tirado por una mula el carro del hielo, era de forma cuadrada y de color amarillo; su interior estaba acondicionado

para que no se derritieran las barras que transportaba. El conductor, con la ayuda de un gancho de hierro, manejaba con soltura las barras; se las colocaba en el hombro y las distribuía por los bares de la zona.

En Sevilla, lo mismo que en otros lugares de España, existían dos tipos de besamanos. En algunas iglesias, un determinado día del año, los fieles acudían desde primeras horas de la mañana para besar las manos o los pies de las imágenes. En la iglesia de San Ildefonso se besaban los pies de un Cristo, formándose una larga cola que llegaba a La Alfalfa, rodeaba la droguería Silva y continuaba por la calle Águilas. Al final de esta vivía el cantante cubano Antonio Machín, el de **Madrecita del alma querida**, que a su vez era muy querido en Sevilla; varias veces me crucé con él. Otra forma espontánea de besamanos se daba en las calles: cuando los niños nos encontrábamos con un sacerdote, nos acercábamos, le cogíamos la mano y se la besábamos; algunos se sentían complacidos y nos daban una breve plática. Un hecho que observé varias veces era el paso del viático, un sacerdote que llevaba entre sus manos un copón cubierto por un manto e iba acompañado de un monaguillo que no dejaba de agitar una campanita avisando de la presencia del religioso. Los coches se detenían, la gente se paraba guardando silencio, algunas personas se arrodillaban y se santiguaban, mientras que otras acompañaban al sacerdote hasta la casa donde vivía el moribundo.

.....

Todos los años veraneábamos en Algodonales; en las semanas previas estaba lleno de ilusión. A primeros de julio llegaba el feliz día de la partida y emprendíamos el viaje en un autobús de la empresa Los Amarillos. Durante el trayecto, la ilusión y la excitación no me dejaban estar quieto ni un momento; continuamente me levantaba del asiento. Una vez que salíamos de Villamartín permanecía de pie mirando los caseríos, el paisaje y la Sierra de Lívar que resaltaba a lo lejos; poco después cruzábamos el río Guadalete por el puente de la Nava. Cuando el coche de línea entraba y recorría las calles de Algodonales tocando de vez en cuando la bocina, la alegría no cabía dentro de mí, el autobús rodeaba la plaza, pasaba por delante de nuestra casa y llegaba a la parada donde nos esperaba mi primo Antonio Ramírez Leo para ayudarnos a llevar el equipaje. Antonio era muy apreciado por mi familia, desde niño había trabajado con mis padres en la tienda que ocupaba parte de la planta baja de nuestra casa. Al marcharnos a Sevilla, se quedó al frente del negocio, en el cual se podía comprar casi de todo: pinturas, botones, artículos de ferretería,

pilas eléctricas, cuerdas, timbres y accesorios de bicicletas, balines, trampas para cazar ratones, gasolina para cargar mecheros... Las paredes de la planta baja estaban revestidas de un vistoso zócalo constituido por azulejos de estilo andaluz. Por una hermosa y cómoda escalera de mármol blanco con baranda de madera tallada, se subía a la planta superior donde estaban las alcobas. Al final de la vivienda, un espacio que en verano se cubría con un toldo, permitía a través de escalones el acceso a un patio plantado de árboles, entre ellos, un níspero y un limonero. Alrededor se disponían varios cuartos, el más amplio se utilizaba de almacén y el pequeño servía de letrina. En el arriate florecía un jazmín de grueso y retorcido tronco; el delicado perfume de sus flores flotaba en el aire por las noches, y penetraba en la casa.

A unos pasos del portal se encontraba la plaza principal, que estaba bordeada de naranjos, alternándose con bancos de granito con respaldos de hierro forjado. Las noches de verano la gente caminaba de un extremo a otro de ella, y a veces se acumulaban tantas personas que apenas se podía pasear. A medida que trascurrían las horas, la alameda se despejaba, y a medianoche sólo quedaban algunos grupos sentados charlando en los bancos. Una noche, Juan Bernal, que vivía a pocos metros, se asomó al balcón y dirigiéndose a uno de esos grupos exclamó: *Con el calor, los mosquitos y vosotros sin parar de hablar y reír, en este pueblo no hay quien duerma.*

La Feria se celebraba a finales de julio. En el centro de la plaza se levantaba un tablado de madera para que actuara la banda de música, y en un extremo se montaba la caseta municipal. Por las mañanas y al son de la música, recorrían el pueblo los Gigantes y Cabezudos dirigidos por el Mellizo. A partir del atardecer y hasta la madrugada, la plaza y los alrededores se llenaban de gente.

La actual iglesia fue construida a finales del siglo XVIII; es tan grande que se la conocía como La Catedral de la Sierra. En un lateral se alza una esbelta torre, las campanas parecían bocas de bronce anunciando los oficios religiosos: misas, vísperas, ángelus, y el toque de difuntos. A través del altavoz instalado en lo más alto de la fachada principal por encima del reloj, se emitían las ceremonias celebradas en el interior, como las bodas; recuerdo haber oído numerosas veces desde mi casa **La Marcha nupcial** de Félix Mendelssohn. Los domingos y festivos, a partir de las siete de la mañana, el sacristán ponía diversos cánticos religiosos, entre ellos un disco del coro de los Seises de la Catedral de Sevilla. La música se escuchaba en todo el pueblo; algunas mañanas me despertaba y creía que estaba en el Cielo, ya que las voces que se oían parecían angelicales.

Otros días, mi madre o mis hermanas me despertaban al alba para asistir al rosario de la aurora. La procesión, con el párroco Luis Vidal a la cabeza, salía de una capilla situada en las Cabezadas y recorría el pueblo rezando y cantando. A veces, al terminar la procesión, en lugar de volver directamente a casa, pasábamos por el puesto de Catalina y Balaer en la calle Pósito para comprar tejeringos.

El acto religioso más importante de la semana era la misa dominical de las doce. El altar mayor lo presidía un retablo barroco adornado con diversas imágenes; si la memoria no me falla, una de ellas representaba a Santiago Matamoros. Durante la misa, las niñas y mujeres se situaban a un lado de la nave central, y los niños y hombres a otro, separados por un pasillo. El párroco predicaba largas y tediosas homilías, hablaba de una manera que apenas se le entendía, se sentaba en un sillón y comenzaba la charla; su tema favorito consistía en relatar la lucha entre los fariseos, los saduceos y los filisteos. A los pies de la iglesia estaba situado el coro con sillería de madera tallada, y el facistol; en el coro tomaban asiento los hombres mayores y de buena posición social. En cuanto el cura empezaba a predicar, algunos allí situados, salían disimuladamente de la iglesia permaneciendo en el atrio fumando y charlando; al terminar el sermón volvían al coro y si eran descubiertos por el cura, este les reñía públicamente. Un domingo que mi padre llegaba tarde a misa, al cruzar el atrio, Martín el dentista que estaba allí con un grupo de amigos, le avisó: *Joseíto no tengas prisa porque la guerra entre los fariseos y los filisteos no ha hecho más que empezar*. Después de la misa se leían las amonestaciones de los próximos enlaces matrimoniales. Se congregaba tanta gente en la iglesia, que la salida se prolongaba durante varios minutos.

En el verano de 1974 realicé un documental en super 8 mm ambientado en Algodonales. Hay tres escenas que me gustan. En la primera, los fieles salen de misa de doce. Coloqué la cámara sobre un trípode lejos de la puerta y con el zoom me acerqué todo lo que me permitió el objetivo; el plano ininterrumpido dura casi un minuto y en ese tiempo se reconocen muchas personas de diversas edades. Fue mi pequeño homenaje al pionero cineasta Segundo de Chomón, que en los inicios del Cine en España filmó en la Basílica del Pilar de Zaragoza la salida de los fieles después de la misa de doce. En la segunda escena, se observa a mi madre con su asistente Rosa Gamero caminando desde el pueblo hasta la Virgencita, una pequeña capilla enclavada en la sierra. La tercera es un documental al torero gitano Eduardo Cano, que vivía con su madre en una casa-cueva cercana al citado oratorio. Rodé unos planos en el interior poniéndose el traje de luces, en la puerta de la vivienda despidiéndose

de su madre, que emocionada se echó a llorar, y finalmente, lidiando en la plaza de toros. En el rodaje dentro de la vivienda, se encargó de la iluminación Pepe Ruiz, que años más tarde sería alcalde de Algodonales. Los títulos los diseñó mi sobrino José Manuel Casas, que entonces tenía doce años.

Una puerta situada en la nave lateral de la iglesia conducía a un antiguo y pequeño cementerio; solamente entré allí una vez, parecía un jardín por lo limpio y cuidado que estaba. Algunas antiguas lápidas de mármol aún se mantenían verticales; en contraste con los difuntos que allí reposaban, en la parte central del recinto crecían saludables naranjos, limoneros y una lima. Me han contado que hace pocos años el camposanto fue desmantelado; desconozco donde han ido a parar los restos humanos. No imaginaban nuestros antepasados, cuando con delicadeza depositaban los cuerpos de sus familiares y amigos en aquel lugar, el inapropiado trato que estos terminarían recibiendo.

.....

Desde niño sentí gran afecto por los animales; además del camaleón que se escondía entre las plantas en el patio de la calle Imperial, he tenido gusanos de seda, tortugas, perros, conejos, gatos, palomas mensajeras y cernícalos. Mi primera tortuga fue un hallazgo casual. Un verano pasé unos días con mis padres en el balneario de Tolox (Málaga); jugaba con una pelota que rodó por una ladera y se detuvo junto a un arroyo. Mi padre se acercó a recogerla, el suelo estaba húmedo, pisó un objeto resbaladizo que se encontraba oculto entre la hierba: era una tortuga. Me llevé una gran alegría cuando mi padre subió con la pelota y el galápago, al que cuidé mientras permanecemos en Tolox. El día antes de regresar a Algodonales lo dejamos en el sitio donde la habíamos encontrado.

Guardo un especial recuerdo de los cernícalos. Algunos veranos, por mediación de mi primo Antonio Ramírez, me regalaban crías; eran tan pequeños que aún no sabían volar y los dejaba sueltos en el patio. Los alimentaba con trocitos de carne que mi madre compraba en la plaza de abastos; además, les suministraba un alimento que les encantaba: los saltamontes. En aquellos años, en la sierra proliferaban estos insectos, los cazaba lanzándoles una piedra y los introducía en una cajita de cartón; cuando estimaba que tenía bastantes, daba la cacería por finalizada y volvía a casa. Al llegar al patio, los cernícalos se acercaban emitiendo chirridos agudos y dando saltitos con las alas extendidas; en un santiamén se comían los saltamontes y me miraban fijamente pidiéndome más comida. Transcurridas varias semanas, aprendían

a volar y se marchaban cada vez con más frecuencia del patio, pero volvían sobre todo a la hora que solía traerle su alimento preferido. Cuando terminaban las vacaciones a finales de agosto, perdía el contacto con ellos. Un año convencí a mis padres para que me permitieran llevarme uno a Sevilla que permaneció unos días en la azotea; le daba de comer carne, sin embargo, no le podía proporcionar la ración de saltamontes que tanto le gustaba. Un día desapareció; probablemente se buscó la vida por su cuenta y anidó en algún campanario de los muchos que hay en Sevilla.

.....

Creo que fue en 1960 en la Feria de Algodonales. Una tarde me encontraba en la calle junto a mi casa; a pocos metros un coche aminoró la marcha y se detuvo, se apeó un hombre de treinta y tantos años, con el pelo negro y rizado. Durante unos instantes miró la plaza que a esa hora estaba solitaria. Lo reconocí de inmediato, era el cantante Antonio Molina que esa noche, y según anunciaban los carteles, actuaba en el cine de Arriba situado en las traseras de mi casa. Conocía al cantante por las películas que protagonizaba y por sus populares canciones que se escuchaban en la radio. Andando se dirigió al cine por la empinada calle Beatas, seguido de cerca por varios niños. Más tarde mientras me dormía, escuché a lo lejos las coplas de Antonio Molina.

En la calle Beatas había dos casas que visitaba a menudo; en una vivía mi primo Antonio Ramírez con su familia. Algunas noches entraba en busca de Paco el hijo mayor, lo esperaba sentado en una silla mientras terminaba de cenar, y luego, con otros amigos nos íbamos a ver una película. En aquellos años, en Algodonales había tres cines de verano: el cine de Arriba cuyo dueño era Rafael Ramírez Liceras, el cine de Abajo en la salida del pueblo, y el cine Palmera situado cerca de la iglesia. En este último vi una de las primeras películas de las que tengo recuerdos, **Marcelino pan y vino**, interpretada por el niño Pablito Calvo; entonces ignoraba que la dirigió Ladislao Vajda, un director húngaro afincado en España. Contigua a la casa donde vivía el cura estaba situada la vivienda parroquial. En el pasillo, en una pequeña vitrina colgada de la pared, se podía leer la ficha técnica de las películas que por la noche proyectaban en los cines de verano. También se indicaba la calificación moral de la Iglesia: 1, autorizada para todos los públicos; 2, jóvenes; 3, mayores; 3R, mayores con reparos y 4, gravemente peligrosa. Si una película estaba clasificada de 3 en adelante la veía, y cuando se reanudaban las clases en los Escolapios, me confesaba con el padre Leonardo, que todo lo comprendía y

todo lo perdonaba. Al salir del cine paseábamos por el pueblo, después nos sentábamos en un banco de la plaza y terminábamos en la heladería Los Valencianos para tomarnos un helado, una horchata o un vaso de leche fría con canela; esto último era lo que yo prefería a esa hora de la madrugada.

.....

A poca distancia de la casa de mi primo Antonio vivían sus padres María Leo y Francisco Ramírez, con Pura, su hija menor. Durante mi infancia me gustaba entrar en la vivienda y tanto mi tía María como mi prima Pura me recibían con grandes muestras de afecto. Ya describí que mi tía María, cuando nació, me tomó en sus brazos y recorrió el pueblo hasta la casa de su madre. Por el camino abrió varias veces la toquilla que me envolvía y decía a las personas con las que se cruzaba: *¡Mira qué niño tan hermoso ha tenido mi hermana Pepa!* Mi tía pasaba muchas horas en el patio regando y cuidando las plantas. En el documental que hice en 1974, aparece sentada en el patio en una silla de enea, pensativa, con el pelo canoso recogido en un moño, rodeada de plantas y flores.

Mi tío Francisco era parco en palabras, sencillo, bondadoso y gran aficionado a la música. Contaba una anécdota que vivió en los inicios del siglo XX: acudió con la banda de música de Algodonales a tocar a la Feria de La Muela; llegaron al amanecer y se dirigieron directamente a casa del alcalde, que los introdujo en una habitación. Les dijo que esperaran porque iba a traerles algo de comer. Poco después, apareció con una espuerta de bellotas que dejó en el suelo en medio de los músicos. Hasta los últimos años de la década de 1950, mi tío Francisco tuvo un burro que le ayudaba en las labores del campo. En la fachada de su casa, junto a la puerta, existía una argolla de hierro clavada en la pared que servía para atarlo. En el suelo de la planta baja resaltaba una zona central incrustada de pequeños cantos rodados, llamada guía, con la anchura de una vara -ochenta y cuatro centímetros- por donde pasaba el animal camino del establo situado en el patio. Por una escalera se ascendía al huerto, a cuya entrada había una pocilga donde se criaba un cerdo. Entre los árboles destacaba un robusto granado, que en los otoños daba frutos muy sabrosos. Todos los años en octubre, mi primo Antonio preparaba una gran caja de cartón, la llenaba con varias docenas de granadas, la facturaba en la empresa Los Amarillos, y la recogíamos en la estación de autobuses de Sevilla.

.....

En Algodonales, además de las fuentes y manantiales, abundaban las albercas, en las que los niños en verano disfrutábamos dándonos un baño. En las traseras de la casa donde vivía el párroco Luis Vidal y su hermana la señorita María había un huerto con frondosos árboles, que por las noches servían de cobijo a una nutrida población de gorriones. También existía una alberca; por las mañanas, un grupo de niños acudíamos a ese lugar, primero se bañaban las niñas y a continuación los niños. El agua estaba fría porque continuamente se renovaba: mientras nos bañábamos, por la parte superior de un lado de la alberca llegaba un chorro de agua, que salía por el lado opuesto, aprovechándose para regar la huerta.

Aunque los baños en las albercas eran muy divertidos, aún me ilusionaba más bañarme en el río Guadalete, que nace en la Sierra de Grazalema, en una de las zonas más lluviosas de España; por este motivo el río en cualquier época del año llevaba gran caudal. Había tres zonas de baños llamadas charcos: el Cerrito Blanco, la zúa de Rosado y el puente de la Nava. El nombre de Cerrito Blanco era muy apropiado, ya que el río pasaba junto a un cerro de color blanco grisáceo. El lugar que más frecuentábamos era la zúa de Rosado, por ser el más cercano al pueblo. Realizábamos las excursiones los domingos, emprendíamos el camino sobre las once de la mañana y en poco más de media hora llegábamos al río Guadalete. En los primeros años el grupo estaba formado por varios adultos, niños de distintas edades y el burro de mi tío Francisco; en las alforjas colocábamos la comida y la bebida. Almorzábamos cerca de la orilla a la sombra de los árboles; después, mientras los mayores se echaban la siesta, los niños esperábamos impacientes varias horas para hacer la digestión y podernos bañar de nuevo. En la margen izquierda del río crecía mucha vegetación, adelfas, cañaverales, arbustos y arboledas de diversas especies; los niños nos adentrábamos en ese lugar, aunque sin alejarnos demasiado. Algunas tardes nos acercábamos a la casa de Juan Rosado, que se encontraba a pocos metros del río; delante del edificio había una terraza a la sombra, allí se charlaba hasta la hora de reanudar los baños. Juan Rosado era alto, grueso, poseía una potente voz y casi siempre estaba de mal humor. Por el contrario, su mujer era amable y alegre, a los niños cuando teníamos sed, nos servía agua fresca que sacaba de unos cántaros parecidos a los que pintó Velázquez en **El aguador de Sevilla**. En el río permanecíamos hasta el atardecer; en el camino de vuelta ~~una suave pero larga cuesta hasta el pueblo,~~ los niños, por turnos, nos montábamos en el borrico. Pocos años después mi tío Francisco dejó de trabajar en el campo y lo vendió; las excursiones al río Guadalete continuaron pero sin el noble equino.

.....

Hasta mediados del siglo XX la mayoría de las viviendas de Algodonales carecían de agua corriente. Desde primera hora de la mañana, el aguador recorría las calles del pueblo con un carro tirado por una mula; el carruaje disponía de numerosos huecos alineados donde encajaban perfectamente los cántaros. Recuerdo que en la alacena, el lugar más fresco de nuestra casa, había recipientes de barro de diferentes tamaños donde se guardaba el líquido para el uso doméstico; el aguador nos suministraba a diario tres o cuatro cántaros. A lo largo de la jornada, se acercaba varias veces a la fuente de los Caños para recargarlos, emprendiendo de nuevo el recorrido por el pueblo. En aquellos años, los botijos eran imprescindibles porque conservaban fresca el agua, y por su fácil manejo.

En esa época también se vendían por las calles deliciosos molletes que se elaboraban en las panaderías de Algodonales, entre ellas las de Rosalía y Teodomiro Ríos. Desde primera hora de la mañana, un hombre los vendía, voceando: ¡*Molletes!*, ¡*molletillos vendo!* Los llevaba sobre la cabeza en una cesta de esparto, envueltos en un paño para mantenerlos calentitos.

.....

Conozco muy poco de mis antepasados recientes. Mis abuelos paternos Juan y Margarita, en las últimas décadas del siglo XIX se asentaron en Arriate, pueblo situado en las proximidades de Ronda. Tuvieron tres hijos: Teresa, José y Manuel. En los inicios del siglo XX mi abuelo se dedicaba al comercio -especialmente a la venta ambulante-, acompañado de mi padre; se lanzaron a la aventura y viajaron por diversos países: Marruecos, Venezuela, Uruguay y Argentina. En Buenos Aires, siendo mi padre todavía un niño, se colocó en una farmacia. De esos años sólo conozco una historia: un domingo, mi abuelo paseaba por la ciudad; a lo lejos vio a su hijo. Intrigado, se acercó con cautela y observó que colgada del cuello con un cordel, llevaba una cajita de madera que contenía cigarrillos sueltos, cajas de cerillas, caramelos, chocolatinas y pipas de girasol; lo vendía a las personas con las que se cruzaba. Mi abuelo, que se mantuvo oculto, no le dijo nada, y supongo que se sentiría orgulloso de su hijo. Sin duda, mi padre conocía las estrecheces económicas que soportaban su madre y sus dos hermanos en Arriate, y consideró necesario ganar un pequeño sobresueldo en sus días de descanso. Desde Argentina se trasladaron a Las Palmas de Gran Canaria, donde entablaron amistad con un hombre de

Algodonales que les habló tan elogiosamente de su pueblo, que decidieron probar fortuna allí. Mi abuelo murió de un infarto de miocardio antes de cumplir cincuenta años, y mi padre se convirtió en el cabeza de familia. Al parecer, mi abuela Margarita era hipocondríaca y muy maniática. Los últimos años de su vida los pasó recluida en El Álamo leyendo de forma obsesiva libros de Historia; su personaje favorito era la emperatriz Eugenia de Montijo.

La vida de mi familia materna fue más normal. Mis abuelos Antonio y María tuvieron siete hijos: María, Lorenzo, Angelita, Antonio, José, Josefa (mi madre) y Mercedes. Todos vivieron y se casaron en Algodonales y la mayoría también fallecieron allí. Mi abuelo era labrador, años más tarde montó una fábrica de jabón cerca del pueblo, y en ese negocio trabajaron algunos de sus hijos.

Mis padres contrajeron matrimonio en 1929; no sé la fecha, pero sí la hora: las cinco de la madrugada. Mi padre era viudo, y en Algodonales, por costumbre, cuando se casaba un viudo, los muchachos del pueblo lo perseguían tocando cencerros. Para evitar esa ruidosa broma, le pidieron al párroco (que casualmente se llamaba Antonio Pimentel) que les echara las bendiciones a esa hora tan intempestiva. Después de la boda, con las primeras luces del alba, alquilaron un taxi y se marcharon de viaje de novios a Granada. Conservo un retrato de esos días: mi madre, que rondaba los veinte años, aparece vestida de mora.

.....

En las veladas veraniegas, mi madre, sus hermanas y alguna amiga, evocaban historias y anécdotas del pueblo. Mi tía María, antes de sentarse en una mecedora y quedarse dormida, subía al patio para insertar en una horquilla las flores del jazmín y se las colocaba en el pelo. Algunas noches me sentaba en el umbral para escuchar las conversaciones. A continuación describo historias que se contaron esas noches, otras forman parte de mis vivencias.

Hace muchos años llegó a Algodonales un extraño e incoherente telegrama que provocó en los días y semanas siguientes chistosos comentarios. En la misiva se leía: *Mañana llegamos burros a Montellano*. Lo envió a su familia, el día antes de las vacaciones, uno de los estudiantes que estaban internos en un colegio de Sevilla. A pesar de ser estudiantes, los que redactaron el texto no serían demasiado instruidos; además, pretendían ahorrarse algunos céntimos omitiendo palabras aclaratorias y un signo ortográfico. El telegrama correcto podría haber sido: *Mañana llegaremos a Montellano. Enviad allí los burros para que nos recojan*.

En 1964, a los veinticinco años de acabar la Guerra Civil, durante la Feria de Algodonales, el alcalde Lorenzo Rojas mandó colgar una pancarta que cruzaba la calle principal, en la que ponía: 25 AÑOS DE PAZ. Más de una vez pasé por debajo de ella y escuché el siguiente comentario: 25 años de Para Alemania Zumbando. Por entonces no sólo se emigraba a ese país, también a Bélgica, Suiza, Francia, Cataluña y País Vasco. Mi primo Andrés Leo, ante la falta de trabajo en el pueblo, decidió marcharse al extranjero. Al pasar el reconocimiento médico observaron que le faltaban varias piezas dentarias; lo iban a considerar No Apto, y Andrés replicó: *Pero vamos a ver, ¿yo a qué voy a Alemania, a trabajar, o a roer habas?* Finalmente le dieron el certificado de Apto, y lo mismo que muchas personas, se tuvo que ir para Alemania zumbando.

Un personaje entrañable que vivía en Algodonales era el Mellizo, gitano de baja estatura, que llevaba la cabeza cubierta con una boina muy sucia y casi siempre estaba ebrio. De joven se alistó en el ejército y no pasó del grado de cabo. Lo destinaron a Ceuta. Se cuenta que cuando iba por la calle al frente de un pelotón, a veces, al pasar delante de una taberna, gritaba: ¡Aaaaaaalto!; entraba en el bar, se bebía un vaso de vino y volvía al frente del grupo de soldados para añadir: ¡Maaaaaarchen! Al poco tiempo fue expulsado de la milicia. Lo conocí siendo el pregonero del pueblo, también se encargaba de dirigir a los Gigantes y Cabezudos durante la Feria. En el documental que grabé en el verano de 1974 aparece en la puerta del Ayuntamiento, andando con dificultad, arrastrando los pies, vestido de cabezudo, sin boina, gesticulando, y dando órdenes antes de empezar el desfile. Le gustaban las corridas de toros; algunos días entraba en la tienda de mi primo Antonio Ramírez que al verlo, tarareaba un pasodoble y al mismo tiempo palmoteaba en el mostrador para acompañar el ritmo. El Mellizo bailaba, daba vueltas sobre sí mismo y extendía el brazo derecho girando el cuerpo como si estuviera toreando. La tienda se llenaba de gente que aplaudía y lo vitoreaba; entre los efectos del alcohol y las aclamaciones, pensaría que toreaba en la Maestranza. Su mujer, Eva, también era gitana; la llamaban la Perona, en alusión a Eva Perón. Cuando su marido no aparecía por casa en varios días, lo buscaba por el pueblo, y cuando por fin lo encontraba, lo agarraba del brazo y se lo llevaba a casa.

Mi primo Antonio Ramírez era conocido cariñosamente como Antoñito Leo, siempre estaba de buen humor. Me agradaba quedarme a ratos en la tienda escuchándolo y observando a las personas que entraban a comprar o a saludarlo. Algunos días llegaba al local un hombre y le decía: *Antoñito, dame uno de esos*; mi primo le entregaba con disimulo un objeto que sacaba de una cajita metálica. Aproveché un momento que estaba solo en la tienda

y miré qué contenía el estuche, eran condones. Muchas personas compraban a plazos; por ejemplo, se llevaban un artículo que valía dieciocho pesetas y sólo entregaban ocho, Antonio lo anotaba en un cuaderno. Días más tarde volvía la misma persona y entregaba a cuenta otras cinco pesetas, Antonio lo apuntaba y le decía: *Ya sólo debes cinco*. Otras veces, alguien comentaba: *Antoñito Leo, todavía no te he pagado lo que te debo, ¿puedo llevarme esto?* Mi primo le respondía: *Sí, llévatelo*. Lo anotaba en el cuaderno, y le aclaraba: *ahora debes tantas pesetas*. Al mediodía, después de cerrar la tienda, Antonio pasaba por nuestra casa y mis padres lo invitaban a una cerveza con una tapa de lo que ese día teníamos para almorzar.

Entre las personas graciosas y divertidas que conocí en Algodonales, ninguna poseía tanto ingenio como Escalante. Había sido representante de chacina, llevaría años sin probarla porque su figura era quijotesca: alto, flaco, serio y con la cara alargada. Cuando por las mañanas aparecía en la plaza, siempre se le acercaba alguien para que le contara la historieta o anécdota que se le hubiera ocurrido la pasada noche. Algunos chistes eran tan breves que parecían greguerías: *¿Quién se le habrá muerto hoy al cura?, porque va vestido de negro*. Pasaba la mayor parte del día andando por el pueblo o por las cercanías. Un día lo vieron caminando por una carretera lejos de Algodonales, y le preguntaron que adónde se dirigía; respondió que iba a Ronda, le comentaron que Ronda estaba muy lejos, y él añadió: *No importa, cuando me canse me montaré en un árbol*. Otro día se acercaba por un camino a Algodonales, se cruzó con un joven con gesto preocupado que caminaba sin dejar de mirar al suelo. Le preguntó qué le ocurría; el chico le respondió que había perdido el reloj de pulsera. Escalante también se puso a buscarlo, y cuando llevaban un rato en ese menester, interrogó al muchacho sobre si el reloj andaba. Al responderle que sí, volvió a preguntarle cuándo se le había perdido, le contestó que hacía unas dos horas. Escalante le aconsejó que dejaran de buscarlo porque si el reloj andaba y lo había perdido hacía tanto tiempo, no lo iba a encontrar ya que estaría muy lejos de allí. La última vez que lo vi fue una mañana, regresábamos a Sevilla en coche a finales de agosto; venía caminando por el arcén, nos cruzamos con él, lo saludamos, y no se dio cuenta. Mi padre comentó: *Me parece que será la última vez que vemos a Escalante con vida*. No se equivocó, pocos meses después nos enteramos de su fallecimiento.

Macías y mi tío José Leo, aficionados a la caza, estaban tan poco dotados para esa actividad que eran los personajes de una historieta: un grupo de conejos, mientras jugaban a las cartas en el campo, escucharon voces, uno le dijo a otro que averiguara quien venía; al instante regresó el conejo para

decir que no había ningún peligro, podían seguir jugando, ya que se trataba de Macías y José Leo.

En Algodonales, muchas personas cazaban por necesidades económicas. Algunas mañanas entraba en nuestra casa la mujer de un cazador furtivo con una cesta de mimbre colgada del brazo cubierta por un paño; llamaba a mi madre y levantaba la tela para enseñarle el contenido de la cesta: liebres, conejos y perdices. Mi madre no sé si por conveniencia o por lástima, a menudo compraba alguna pieza.

Había oído hablar tanto de las cacerías de pajaritos con liria, que deseaba participar en una de ellas. Un día, al amanecer, con mi tío Lorenzo y mi hermano Antonio fuimos en coche a La Lapa, una finca por la que corría un arroyo donde solían acudir a beber gorriones y otras aves. La liria era un material pastoso, pegajoso, que para manipularla mejor se calentaba previamente, se estiraba y se colocaba en forma de cordón encima de las varillas de los juncos; a continuación, se depositaban en la orilla del arroyo y para ocultarlos a la vista se cubrían con ramitas. Nos manteníamos al acecho esperando la llegada de los pajaritos que, al posarse para beber, quedaban pegados a la liria; mi tío Lorenzo se acercaba con rapidez, los desprendía del pegamento y los lanzaba contra el suelo para matarlos. Esta operación la repetió varias veces, y me impresionó tanto que no volví a repetir la experiencia.

.....

Mi tío Manuel, hermano de mi padre, ha sido una de las personas que más he querido y admirado. Era afectuoso, tranquilo, inteligente y sabía escuchar, cualidad esta última poco frecuente. Ejerció de maestro en Villaverde de Allande (Oviedo), La Codosera (Badajoz) y Algodonales. De joven, protagonizó una graciosa anécdota en Madrid, con un grupo de amigos. Después de tomar unas copas entraron en un cine, el acomodador los llevó a la parte delantera de la sala, donde siguieron charlando y contando chistes. Los espectadores protestaron, regresó el acomodador, y como no se callaban, les indicó que salieran del local; antes de hacerlo, mi tío dijo: *¡Ea señores!, quedaos con Dios que nosotros nos marchamos*. Los espectadores aplaudieron por la forma tan amistosa de solucionar aquel pequeño conflicto. Unos meses antes de empezar la Guerra Civil, llegó a Algodonales un político socialista para dar una conferencia y el presentador fue Manuel Pimentel; este hecho lo dejó señalado por los lamentables sucesos que pronto acontecieron. Pocas semanas después, Juan García Flores conocido como Juanito el Gitano y mi tío, se situaron delante de la puerta de la iglesia

porque un grupo de exaltados pretendía entrar con la intención de saquearla y quemarla. Juanito el Gitano llevaba un fusil, mi tío recriminó al grupo: *¿Cómo se os ocurre quemar el único edificio de interés que hay en Algodonales?* Tras una acalorada discusión, el grupo se marchó. Es paradójico que dos personas que carecían de sentimiento religioso protegieran la iglesia; Juan García Flores era comunista y Manuel Pimentel un liberal, un republicano moderado. Cuando los militares sublevados ocuparon el pueblo, mi tío, igual que otras muchas personas fue encarcelado. De madrugada salía de la cárcel un camión con presos para ser fusilados. Mientras permaneció allí, mi padre, por las noches iba a casa de sus suegros ~~-situada enfrente de la cárcel-~~, y oculto detrás de una ventana, intentaba averiguar si su hermano formaba parte de alguno de los traslados nocturnos. Mientras aguardaba en un estado de duermevela, rondarían por su cabeza hechos de los que fue testigo en esos dramáticos días.

Por suerte, a mi tío no lo fusilaron porque su cuñado Paco Rosado, destacado falangista, convenció a sus compañeros de partido para que lo dejaran libre; entre otras cosas, les dijo *¿Vamos a fusilar a mi cuñado y dejar a mi hermana viuda con dos niños pequeños?* Aunque lo liberaron, no pudo seguir ejerciendo su profesión. Gracias a su amistad con Juan de la Rosa, director de la Caja de Ahorros de Ronda, fue nombrado responsable de la sucursal en Algodonales. En ese puesto se jubiló, y durante esos años fue muy estimado en el pueblo, ya que concedió numerosos créditos a familias humildes. Era aficionado a la lectura, poseía cualidades literarias, escribió artículos y novelas. Un verano me enseñó un relato sobre las fiestas en Zahara de la Sierra, y dos novelas, **Pedro Flores** -ambientada en Algodonales-, y **Hacia Abaixo** cuyo argumento transcurre en Asturias. Le comenté que meses atrás había leído **La Fontana de Oro** de Benito Pérez Galdós, donde aparecía varias veces un personaje llamado Curro Aldama natural de Algodonales; mi tío me aclaró que ese apellido no había existido en el pueblo. Al parecer, Galdós anotaba en un cuaderno nombres que le gustaban y entre ellos figurarían Aldama y Algodonales. Una vez jubilado, se fue a vivir a Sevilla con su esposa Catalina Rosado; años después, al enviudar, regresó a Algodonales donde falleció en 1993, a la edad de noventa y dos años. En 2002, sus nietos Manuel y Rodrigo Pimentel publicaron sus obras completas.

.....

Por encima de las últimas casas del pueblo, en el borde de la Sierra de Lijar, como ya había señalado anteriormente, existe una pequeña capilla co-

nocida como la Virgencita de la Sierra; una puerta acristalada resguardaba y permitía observar el interior. Una vez al año se trasladaba a la Virgen en parihuelas a la iglesia parroquial, para volver al cabo de unos días a su morada en la ladera. Delante de la capilla había un amplio rellano con poyetes, un espléndido mirador para contemplar el pueblo, en el que destacaba la plaza y la imponente iglesia; al fondo se divisaba el Peñón de Lagarín que ocultaba al pueblo de El Gastor. También se observaban huertas, olivares, y hacia la derecha, el curso del río Guadalete; Zahara en lo alto de un promontorio granítico, y por detrás, la Sierra del Pinar. Desde La Virgencita se ascendía por la sierra, y en unos minutos se llegaba a los tajos, que se extendían a lo largo de varios centenares de metros. Al inicio de estos destacaba la Cueva Santa, por cuyo interior se andaba con mucha dificultad, ya que habían levantado el suelo buscando algún objeto dejado allí por nuestros ancestros. Hace pocos meses informaron en televisión sobre una noticia referente a la zona: *Excursionistas belgas habían descubierto pinturas rupestres en la Sierra de Algodonales*. Unos años antes, historiadores franceses habían estudiado las imágenes y publicado un artículo titulado “El hombre cornudo de Algodonales”, porque una de las figuras representaba a un hombre con cuernos. Tanto los especialistas franceses como los excursionistas belgas, pretendieron notoriedad; sólo consiguieron pasarse de listos y hacer el ridículo. La verdad es mucho más simple: en el verano de 1966, Dieguito, un pintor local, había reproducido en los tajos una serie de dibujos imitando grabados prehistóricos. Por una senda se ascendía a la zona más alta de la sierra, El Mogote, que visto desde el pueblo tiene forma cónica semejando un volcán; en la cima se extiende una inmensa altiplanicie. El regreso lo hacía por la cresta de la sierra hasta llegar a una cruz de hierro situada por encima de la Cueva Santa. Desde allí se podía descender directamente al pueblo, o por la vertiente opuesta; en ese caso se pasaba cerca de la Cueva Chamusquina que estuvo habitada en la Prehistoria, siendo la entrada muy accesible y el interior espacioso. El suelo también estaba removido y al fondo, en el techo, un orificio comunicaba con el exterior; lo utilizarían como respiradero y salida de humos. Un día que estuve descansando en la entrada, escarbé y hallé dos fragmentos de sílex aplanados y con los bordes afilados.

Desde niño me han atraído las grutas, me parecían lugares oscuros, profundos y misteriosos. La persona que me animó para penetrar sin temor en ellas fue mi primo Paco Pimentel. Acompañados de su hijo Manuel y de un gitano llamado José el de las Hierbas, exploramos las que existían en las cercanías de Algodonales. José se dedicaba a recoger y vender plantas medicinales. Nos contó que ese oficio lo aprendió mientras hacía la mili en Marruecos,

donde conoció a un curandero, que le inició en el uso y beneficios de estas. José siguió profundizando por su cuenta en esa materia, comprando algún que otro libro. En ocasiones ejercía de guía, ya que de tanto recorrer el campo y las sierras conocía todos los recovecos y cuevas de la comarca. Solamente comentaré nuestra experiencia en tres de ellas.

La Cueva de los Zorros -como su nombre indica-, tuvo que ser una antigua madriguera de esos animales; en ella entrábamos reptando. Durante varios días estuvimos sacando la tierra acumulada. La mayor parte del trabajo lo realizamos Manuel y yo, ya que debido a nuestra escasa corpulencia nos movíamos con más facilidad por el interior. Al estar cerca del pueblo, acudía gente para ver qué hacíamos, algunos pensarían que buscábamos un tesoro. Cuando estábamos dentro, sin apenas podernos mover, me acordaba de los prisioneros de guerra en la película **La gran evasión**, excavando los túneles en el campo de concentración. Alguien le había dicho a José que la cueva se comunicaba con otra más grande; pero después de varias jornadas de trabajo hasta sacar todo el sedimento acumulado durante años, llegamos al final sin encontrar ningún paso.

La Cueva de las Víboras parecía un pozo estrecho; descendimos despacio apoyándonos en los pies y haciendo presión con los brazos en las paredes. Cuando llegamos al fondo, sólo encontramos huesos de animales; las víboras habrían huido al oír el ruido y el eco que provocamos en el descenso. El grupo lo encabezaba José. Su aspecto, en cierto modo, impresionaba por su delgadez fibrosa, piel oscura propia de su raza, pómulos prominentes, ojos pequeños y vivaces.

La tercera cueva, situada en las proximidades de la aldea de Arroyomolinos, junto al río Guadalete, estaba constituida por varias galerías; en una de ellas empleamos cuerdas sin pasar más dificultades. Al llegar a lo más profundo de la gruta, permanecemos unos minutos en silencio para escuchar el rumor del agua proveniente de una fuente o río subterráneo.

Después de las excursiones con Paco, Manuel y José, tuve una inquietante experiencia espeleológica. Con mis amigos Pepe Almoguera y Pepe Gallego, viajamos desde Sevilla a Algodonales; deseaban entrar en una cueva. Les había comentado mi afición a esta práctica, y los llevé a la sierra de Líjar, en un paraje conocido como La Junta de los Cinco Arroyos, a pocos kilómetros del pueblo. La gruta, a través de un angosto pasadizo, comunicaba con las entrañas de la sierra; hasta ese momento, nunca me había arriesgado a pasar de allí. A lo largo de todo el trayecto que realizamos existía en el suelo una grieta de varios metros de ancho, tan profunda que tiramos una piedra y no

oímos el ruido al chocar con el fondo; en ella estaban incrustadas numerosas rocas desprendidas de las paredes y del techo. Comenzamos a descender despacio por el borde; a veces apoyábamos los pies en los riscos, ya que era la única forma de proseguir la marcha. Cuando nos sentamos a descansar, me di cuenta de la imprudencia que estábamos cometiendo: íbamos mal equipados, con zapatillas de deporte con las suelas resbaladizas, pantalón vaquero, camisa, chaleco, un chubasquero, linternas sin pilas de repuesto, y andando por el borde de un profundo precipicio. Si las baterías se hubieran agotado, no habríamos salido de aquel lugar. Procuré disimular mi preocupación y temor; les dije a mis dos compañeros que regresáramos, y emprendimos el camino de vuelta con precaución. Ellos ignoraban el riesgo que corríamos, la iluminación que proporcionaban las linternas en aquel inmenso espacio era tan escasa que durante unos segundos me desorienté y no sabía por dónde seguir; no me quedé tranquilo hasta que salimos de aquel tenebroso mundo subterráneo. En la novela **Viaje al centro de la Tierra** de Julio Verne, hay pasajes parecidos a los que experimentamos aquel día.

Vuelvo a insistir, he conservado mi afición a las cuevas, especialmente las que están decoradas con pinturas rupestres; siempre que he pasado cerca de una de ellas la he visitado. Entre las que más me han agradado citaré la Cueva de la Pileta en Benaolán, Buxu en Cangas de Onís, Tito Bustillo en Ribadesella, y la Cueva del Pindal situada en un acantilado -en cuyas proximidades se encuentran las ruinas del monasterio cisterciense de Santa María de Tina-. Hace muchos años, al final del verano, pasé unos días en Santillana del Mar. Por las mañanas, iba corriendo hasta la entrada de la Cueva de Altamira. Llevaba la esperanza de encontrarla abierta y poder entrar, aunque sólo fuera unos instantes; no tuve suerte, nunca encontré abierta la Capilla Sixtina del Arte Rupestre.

.....

Cerca de Algodonales, la naturaleza ha creado dos lugares mágicos: El nacimiento del río Dulce y La Ermita de la Garganta. El primero está situado en un lugar llamado Bocaleones. Había que atravesar las huertas de Zahara para llegar a una pequeña playa arenosa que daba entrada a un estrecho desfiladero, por el que corría con lentitud agua cristalina. Para adentrarse en la garganta era necesario desprenderse de la mochila y de la ropa, entrar lentamente en el río para adaptarse al frío, caminar unos pasos hasta que cubría, y nadar varias decenas de metros a contracorriente hasta llegar al

corazón del nacimiento -donde el agua manaba del suelo y de las paredes-. Estaba tan limpia y transparente que estimulaba a nadar y beber al mismo tiempo. Era un lugar fascinante, virgen y solitario, propio de un escenario de cuentos y aventuras infantiles.

La Ermita de la Garganta se encuentra al final de un desfiladero que comienza en la Sierra del Pinar, cerca de Grazalema. En este sitio persiste un bosque de árboles majestuosos, los pinsapos, una variedad de abetos. Estos árboles tienen su origen en las montañas de los Balcanes y abundan en las zonas frías del planeta. Sin embargo, pequeñas poblaciones de esta especie aún subsisten en escasas regiones, entre ellas la Sierra del Pinar, donde se han refugiado y adaptado en zonas de fuertes pendientes. El pinsapo se puede considerar un fósil viviente; se le calcula quince millones de años de evolución, y ha sido capaz de sobrevivir a los sucesivos cambios climáticos y a la actividad humana. Cerca del pinsapar de la Sierra de Grazalema se inicia una garganta horadada a lo largo de millones de años, por la erosión del arroyo del Pinar y por los cambios geológicos. Siempre estuve en ese asombroso lugar en verano, cuando el lecho del cauce estaba seco; aparcaba el coche junto a la carretera que unía Zahara de la Sierra con Grazalema, andaba unos treinta minutos y llegaba a La Ermita de la Garganta. El camino, al principio cómodo, paulatinamente se convertía en una senda que descendía hasta el lecho del desfiladero; la última parte se bajaba por escalones esculpidos en la pared rocosa. Una de las veces que visité La Ermita me acompañaban mis sobrinos Emilio y José Ignacio. Casi al final de la bajada, Emilio resbaló y cayó al vacío, con la suerte de que en esa zona había un árbol seco. Tuvo la habilidad y sangre fría de agarrarse al tronco desnudo y liso, deslizándose por él hasta llegar al suelo sin sufrir ningún daño. Otro día, encontré un buitre agazapado en el lecho de la garganta, tenía el cuello erguido y giraba la cabeza siguiendo mis movimientos. Yo también lo miraba sin saber qué hacer, no me atrevía a acercarme, y me mantuve a cierta distancia sin perderlo de vista. Más tarde comprendí que el buitre estaba enfermo o herido, afrontando con tranquilidad la llegada de la muerte. Los animales muestran más entereza y resignación en los momentos finales que los seres humanos. En algunas zonas del desfiladero, las paredes miden más de cien metros de altura; en lo más profundo se ha formado una grandiosa gruta. En la pared del fondo, las filtraciones y el constante goteo del agua han producido estalactitas y estalagmitas a diferentes niveles, de variados colores, imitando un retablo policromado; de ahí el nombre de Ermita de la Garganta. Es una maravilla de la naturaleza, llena de magia y misterio, en la que reina el silencio; sólo

se oyen los pájaros en las alturas y las gotas de agua que se filtran y caen del techo de la gruta. En la zona del retablo, el agua continúa con su lenta labor artesanal desde hace milenios.

.....

Mis vivencias en el colegio de los Escolapios de Sevilla, entre los cuatro y quince años, están llenas de luces y sombras, diría que más de estas que de aquellas. En el primer curso, llamado jardín de infancia, entrábamos por una puerta diferente a los demás alumnos. Delante de la clase había un patio ajardinado plantado de setos y árboles, donde permanecíamos parte de la jornada escolar. Entre otros juegos, nos divertíamos con unos puñales de goma que nos lanzábamos al cuerpo, y cuando daban en el blanco parecía que nos había golpeado una piedra. A cargo del grupo estaba el padre Antonio; se sentaba en una silla detrás de una mesa que tenía los laterales y el frontal cerrados, de tal forma que no se podía observar desde la clase lo que ocurría detrás de ella. El cura nos llamaba uno a uno, nos colocaba de pie a su lado para leer un libro, y mientras leíamos nos hacía tocamientos. No le di mayor importancia a ese hecho y no les dije nada a mis padres; supongo que algún compañero no pensaría lo mismo y lo comentaría en su casa, porque el cura, antes de acabar el curso, desapareció del colegio; probablemente lo destinarían a otro centro para proseguir sus perversiones.

En los siguientes años tuve que adaptarme a la rutina y a la rígida disciplina casi monacal de los Escolapios. A primera hora de la mañana nos agrupaban por cursos en la calle, junto a la entrada; a continuación, en silencio y en fila, recorriamos varios pasillos hasta llegar a la iglesia por una puerta situada en un lateral de la cabecera. El sacerdote oficiaba la misa en latín, de espaldas a los alumnos ayudado por dos monaguillos que en los momentos más solemnes de la ceremonia agitaban las campanillas. En la cartera, además del material escolar era obligatorio llevar un grueso misal, para leer los pasajes correspondientes a cada día. A veces salía del banco para ir al confesionario y le contaba al padre Leonardo mis pensamientos pecaminosos. Otros días comulgaba, para lo cual era imprescindible ayunar tres horas antes de recibir la comunión. Los miércoles de ceniza, al terminar la eucaristía, acudíamos al altar mayor donde nos esperaba el sacerdote con un recipiente lleno de ceniza, con la cual nos hacía en la frente la señal de la cruz. Ese día procuraba no jugar ni lavarme la cara con el fin de que el polvillo no se desprendiera de la frente. Teníamos que asistir obligatoriamente a diario a misa, incluidos los festivos.

Recuerdo el día que mi padre fue a ver al prefecto para pedirle permiso y no asistir a la ceremonia un domingo que viajaríamos a Córdoba; antes de salir del despacho, mi padre, con cierta ironía, le dijo al cura: *Quédese tranquilo, porque el domingo asistiremos a misa en la mezquita de Córdoba.*

Habitualmente al finalizar la misa, de nuevo en silencio y en fila nos dirigíamos a las aulas, que estaban presididas por un retrato de Franco; el tiempo no pasaba para él, aparecía en las fotos con un fajín, joven, gordo y lozano. Antes de empezar la primera hora lectiva rezábamos una oración. Las clases se sucedían una tras otra, mañana y tarde, sólo interrumpidas al mediodía para almorzar.

De los primeros cursos solamente recuerdo dos profesores: Leopoldo, un inspector de policía, serio, de trato correcto con los alumnos, y Ramón Gómez de Tejada, afable y buen docente; años más tarde, su hijo me dio clase en la Facultad de Medicina, con el que posteriormente mantuve una larga relación profesional.

Durante el horario escolar, muchos días miraba a través de las ventanas observando las casas situadas frente al colegio, escuchaba el ruido de un vehículo a motor que circulaba cerca, el canto de alguna mujer mientras faenaba, el ladrido de un perro, el tañido de las campanas de una iglesia cercana, la flauta del afilador, y las voces de los vendedores ambulantes. Recuerdo uno que pregonaba: *¡Caracoles de la Isla! ¡Caracoles de la Isla!* Al dejar de soñar volvía a la anodina existencia, bajaba la cabeza, veía un libro abierto sobre mi pupitre, y oía la voz del maestro explicando cosas que por lo general no me interesaban.

El momento que más deseaba era la salida del colegio por las tardes. Algunos días compraba piñones o paloduz que vendían en la puerta. Un hombre despachaba piñones en cartuchos de papel, y con cada uno de ellos entregaba una pequeña puntilla con el extremo aplanado para abrirlos con facilidad. Otro vendía paloduz, así le llamábamos a la raíz de un arbusto; comprábamos trozos alargados, que se pelaban con una navaja, los masticábamos y producían un sabor agradable.

Ahora voy a mencionar mi tartamudez. En ciertas situaciones, como en los recreos o hablando con los amigos, apenas tartamudeaba; sin embargo, en otros momentos, por ejemplo, las preguntas en clase y en los exámenes orales, mi defecto aumentaba, y a veces incluso me bloqueaba y no podía seguir hablando. Eso me ha seguido ocurriendo a lo largo de mi vida. En la etapa escolar hubo momentos que lo pasé mal, aunque no tuve ningún problema de burla por parte de mis compañeros ni con los profesores. No obstante, no

he olvidado un incidente desagradable durante unos ejercicios espirituales -que realizábamos obligatoriamente todos los años-. Duraban varios días, consistían en conferencias y meditaciones. En una charla hablé un momento con el compañero que tenía al lado; el cura se dio cuenta, se quedó mirándome y siguió hablando, pero tartamudeando. Fue un castigo tan sutil que creo pasó desapercibido para el resto del grupo.

Considero que la enseñanza dejaba mucho que desear, por lo general consistía en preguntar y con frecuencia castigar si no sabías la respuesta. Comentaré la manera de enseñar en tres asignaturas: Matemáticas, Geografía e Historia y Literatura. El profesor de Matemáticas, el día que estaba de buen humor, cuando un alumno no sabía una pregunta o se equivocaba al resolver un problema, le decía: *Tu tía Frasquita niño, tu tía Frasquita*. Los días que estaba de mal humor castigaba de tres maneras. La más habitual consistía en golpear con una regla de madera en la palma de la mano las veces que consideraba oportuno, y si intentabas retirarla, daba doble número de palmetazos. Otro castigo era una bofetada; se hacía el distraído, se daba la vuelta y de pronto giraba su cuerpo para coger impulso y dar el tortazo, dejando la mejilla enrojecida. La tercera forma consistía en coger una patilla con sus dedos índice y pulgar, y tirar hacia arriba provocando un dolor agudo; a veces, del tirón arrancaba algún pelo. Este mediocre y malvado maestro me provocó un profundo desinterés y antipatía por las Matemáticas. Otro pésimo profesor, el de Geografía e Historia, era gordo, tranquilo y se movía con mucha parsimonia; llegaba al colegio montado en un sidecar que aparcaba junto a la entrada. Una vez en el aula, subía lentamente los peldaños del estrado, se sentaba en la silla detrás de su mesa y sacaba de su cartera de mano un cuaderno de notas. Las clases consistían en preguntar todos los días a todos los alumnos, nos llamaba y nos situábamos delante de su mesa; parecíamos pequeños herejes ante un inquisidor. Preguntaba de las dos materias, y cuando un alumno no sabía la respuesta, decía con sarcasmo: *Emprenda la hégira y márchese a su sitio*. El primer día de clase al llegar a mi casa, busqué en el diccionario el significado de la palabra hégira; al menos aprendí algo. Al final de su hora, ordenaba: *Para mañana estudiáis la siguiente lección de Geografía y la siguiente de Historia*. El maestro de Literatura, un cura joven, de buen carácter hasta que se enfadaba, estaba obsesionado con el poeta Luis de Góngora. La mayor parte del curso lo dedicamos a leer y analizar sus obras: **Soledades**, **La fábula de Polifemo y Galatea** y **Sonetos**. Además de Góngora, Góngora y Góngora, leímos algo de Cervantes, de otros autores del Siglo de Oro, de Bécquer, fragmentos de **Los Episodios Nacionales** de Pérez Galdós, y de escritores como los hermanos

Álvarez Quintero, Jacinto Benavente y José María de Pereda. Con los años descubrí poco a poco numerosos y grandes autores literarios que no se llegaron ni a mencionar en la asignatura de Literatura.

Tengo buen recuerdo de Antonio Martín Flores, el profesor de Formación del Espíritu Nacional. Al contrario de lo que cabía esperar, cuando explicó la Guerra Civil lo hizo con sosiego, sin tomar excesivo partido por el bando franquista. Hablaba de reconciliación y de que jamás debería repetirse esa locura, porque había provocado un millón de muertos; esta frase la decía elevando la voz y con mucho énfasis.

Uno de los sucesos más desagradables que experimenté en los Escolapios se produjo en un examen oral a final de curso, ante un tribunal constituido por un cura y dos maestros. La prueba se realizó en la sala de estudios, un aula grande en la que entramos todas las clases del nivel. Me encontraba sentado en un pupitre cerca del tribunal, nervioso y atento a que me llamaran. Terminó el examen y no me nombraron, me acerqué a la mesa y les comenté esa circunstancia. El cura que ejercía de presidente dijo que sí lo habían hecho, pero que yo estaría distraído; el examen había concluido y estaba suspenso. Ese cura nunca me había dado clase, se le conocía en el colegio por su mal carácter, de joven fue militar y años más tarde se ordenó escolapio. Salí del colegio con ganas de llorar, lleno de impotencia y rabia. Al llegar a casa les expliqué a mis padres lo sucedido, y acordamos que por la tarde volvería al colegio acompañado de mi hermano, que había sido antiguo alumno del centro. Antonio le explicó al cura el motivo de la visita; este, en un tono insolente, le repitió lo que me había dicho a mí por la mañana. Mi hermano le respondió que quería hablar con el Rector, contestándole que no tenía derecho a hacerlo. La discusión y las voces subieron de tono, y cuando estaban a punto de llegar a las manos, se acercaron alarmados varios curas que paseaban por allí. A partir de ese momento he olvidado lo que sucedió, supongo que al día siguiente me examinaron y aprobé, porque no repetí curso.

En contraste con la amarga experiencia con el detestable cura anterior, guardo un grato recuerdo de los padres Eduardo y Leonardo. El padre Eduardo se marchó del colegio a mitad de curso por problemas de salud. Partió de Sevilla una noche desde la estación de Córdoba; un grupo de alumnos fuimos a despedirlo. Recuerdo su sonriente figura asomado a una ventanilla, diciendo adiós y saludando con los brazos. El tren se puso en marcha y los estudiantes, durante unos segundos, caminamos por el andén junto a su vagón; en ese instante se me saltaron las lágrimas. Poco a poco el tren cogió velocidad, y desapareció de nuestra vista. Al padre Leonardo, de edad avanzada, todos en

el colegio le guardaban un profundo respeto; también se le conocía como el Vicerrector porque había ejercido ese cargo. Acostumbraba a caminar despacio por los pasillos mientras rezaba y meditaba. Llevaba una sotana tan larga, que casi le llegaba al suelo; en lugar de andar, parecía levitar.

A lo largo de los años escolares realizábamos excursiones y visitas culturales; me gustaban porque se alteraba la rutina del colegio. En una de ellas viajamos en autobús al Seminario de Pilas, yo tendría unos cinco años. Almorzamos sentados en el suelo, junto a un monumento que se alzaba en una explanada. De una bolsa saqué lo que me había preparado mi madre y empecé comiendo un plátano; un cura me explicó sonriendo que la fruta se tomaba al final de la comida. Es el único detalle que recuerdo de la excursión. Otro año visitamos el Real Alcázar de Sevilla, palacio amurallado construido en diversas etapas, iniciándose su edificación en la Alta Edad Media. Paseamos por los espléndidos jardines. No he vuelto a visitarlo desde entonces. Pude hacerlo años más tarde para recoger un premio, pero no acudí; ya contaré esa historia. En el cine Rialto, situado en la Plaza Ponce de León junto a los Escolapios, vimos una película protagonizada por un niño que jugaba con un globo en las calles de una ciudad. Hace unos meses he averiguado que la película es **El globo rojo**, se rodó en París y la dirigió Albert Lamorisse en 1956. En otro curso estuvimos en la Casa de Pilatos, edificio que combina los estilos mudéjar y renacentista, construido entre los siglos XV y XVII. En las estancias de este palacio y en otros lugares de Sevilla se filmó la película **Lawrence de Arabia**. En otra ocasión fuimos a la planta embotelladora de Coca Cola, que estaba situada cerca de la Cruz del Campo. Recorrimos la fábrica en la que un directivo nos dio una charla sobre las bondades de esa bebida, aconsejando que la forma más conveniente de tomarla era en la propia botella de cristal. Luego nos invitaron a un refresco y proyectaron un cortometraje del Gordo y el Flaco. Una mañana salimos del colegio, y caminando nos dirigimos a la cercana iglesia de San Román. Sentado en un sitial junto al altar mayor se encontraba el cardenal José María Bueno Monreal; los niños pasamos por delante de él de uno en uno, y mientras pronunciaba unas palabras, nos daba un cachete y recibíamos la confirmación.

En aquellos años tuve dos perros: Gilda y Toni. Desde mi primera infancia deseaba tener un perro. Mis padres se negaban una y otra vez, pero ante mi insistencia por fin me hicieron ese regalo. Desde Algodonales me enviaron la perrita Gilda, encargándose de la gestión mi primo Antonio Ramírez. Recuerdo el día que la perra llegó al piso, venía en una caja de cartón con agujeros para respirar; al desatar la cuerda y abrir el paquete, mi alegría fue inmensa.

El animal salió de su pequeño habitáculo desorientada, pero en unos segundos se movió de un lado a otro sin parar; era de color blanco con manchas negras. Los primeros días permaneció en el piso mientras la cuidaba y alimentaba, luego la subimos a la azotea. Al levantarme por las mañanas y al volver del colegio, lo primero que hacía era ir a verla para jugar con ella. Surgió un problema con el que no habíamos contado. Mi madre tendía la ropa para que se secara, y Gilda, cuando creció, se entretenía arañando y mordisqueando las sábanas; mi madre se enfadó y la devolvieron a su primer dueño. Un año más tarde se repitió la historia, yo insistía porque quería otro perro; mis padres, de forma incomprensible, dieron su brazo a torcer y de nuevo me regalaron un cachorro, al que puse de nombre Toni. Después de unos meses, también desapareció de mi vida.

Antes he nombrado la azotea; igual que en la calle Imperial, era el lugar preferido para mis juegos. En la casa contigua vivía un niño, Eduardo, algo mayor que yo; algunos días venía a mi azotea o yo saltaba a la suya. Una tarde me contó que había visto una película de indios muy bonita: **Centauros del desierto**; por primera vez tuve noticias de ella, es una de mis preferidas y la citaré más veces en estas Memorias.

Volviendo de nuevo a los Escolapios, me gustaría comentar algo sobre los alumnos gratuitos. Entraban por una puerta situada en las traseras del colegio, y los curas no permitían el contacto con los escolares de pago. La zona donde se les impartían las clases estaba aislada, en la parte más antigua del recinto, junto a un amplio trastero lleno de pupitres, aparatos de gimnasia, bancos de madera, y otros muebles inservibles. Un día los vi salir del colegio, me llamó la atención su delgadez, palidez y aspecto enfermizo; aún me sorprendió más la apariencia de los maestros, con trajes anticuados y la misma cara de tristeza que sus raquíticos alumnos.

Todos los años, unos días antes de empezar las clases, compraba en la librería del centro escolar el material y los libros que iba a necesitar durante el curso. Me gustaba abrirlos y ojearlos; desprendían un olor que me agradaba y disfrutaba pasando las páginas para ver las fotografías, dibujos, y el texto que tendría que estudiar en los meses siguientes. Esta costumbre la repetía a diario hasta el comienzo de las clases. Algunas veces, mi padre se acercaba para mirarlos; recordaría que abandonó la escuela a una edad muy temprana para ponerse a trabajar.

En 5º curso de Bachillerato nos dio clase un profesor de edad avanzada y carácter afable. A diferencia de otros, en lugar de preguntar, explicaba la lección a diario, y a final de mes ponía un examen escrito. Tenía la costumbre

de redactar las preguntas el día antes, para lo cual le pedía una hoja al alumno situado en el pupitre junto a su mesa. Una vez escritas, doblaba el folio y se lo guardaba en un bolsillo de su chaqueta. A un compañero se le ocurrió un brillante y picaresco plan: le dijo al chico situado cerca del maestro que cuando le pidiera la hoja, en lugar de una, le entregara dos, y al terminar de escribir las preguntas, pusiera una excusa para que le devolviera la que no había usado. A final de mes llegó el día indicado, la clase estaba expectante, en silencio, para comprobar que todo se desarrollara según lo previsto. Así sucedió, el ingenuo profesor pidió la hoja, le entregó dos folios, y una vez escritas las preguntas, el avisado alumno hizo su papel a la perfección; no se le notó el más mínimo nerviosismo y reclamó el folio sobrante. Al terminar las clases, un estudiante se encargó de sombrear con un lápiz el texto y como por arte de magia aparecieron las preguntas en color blanco sobre un fondo negro. A continuación las dictó, y contentos nos marchamos a casa para aprenderlas. Al día siguiente realizamos el examen; cuando un alumno entregó el suyo, al maestro se le escapó un grito de asombro: el ejercicio estaba escrito a máquina. La idiotez se deja notar desde la niñez.

Los momentos más felices que pasé en los Escolapios fueron, sin duda, los partidos de fútbol que jugábamos un grupo de amigos por las mañanas, a pocos metros del colegio. Llegábamos unos cuarenta minutos antes de empezar las clases, formábamos dos equipos, sorteábamos el campo, y sin más demora empezaba el partido. El terreno medía unos treinta por veinte metros, comprendía una acera ancha, una carretera adoquinada por la que circulaba algún coche, y otra acera más estrecha, que lindaba con un parque infantil. La pelota era de plástico, se controlaba bien porque apenas botaba. Durante los encuentros teníamos que estar atentos a los adversarios, a los desniveles de las dos aceras, a los árboles, a las señales de tráfico, a los coches, y a las irregularidades del terreno. Al llegar alumnos de otros cursos, se situaban alrededor del campo para presenciar el juego, que finalizaba bruscamente cuando un cura, desde la puerta, sonaba el silbato que era la señal del comienzo de la jornada escolar. He jugado muchos partidos de fútbol, pero ninguno con tanta ilusión como los que acabo de comentar.

.....

Cuando nos mudamos a Sevilla, en el año 1951, nuestra vida cambió radicalmente. Acostumbrados al ambiente tranquilo y familiar del pueblo, tuvimos que adaptarnos a la nueva situación. Pienso que el que más notaría el cambio

sería mi padre, porque tendría que trabajar en algo diferente a lo que había hecho hasta entonces. Había nacido a la vez que el Cine, en 1895; por lo tanto, cuando nos asentamos en Sevilla, tenía cincuenta y seis años. Sólo poseía estudios elementales, pero mucha experiencia comercial y mundología. Supongo que más de una vez pensó que si las cosas no marchaban bien, tendríamos que regresar a Algodonales. Por sus condiciones comerciales decidió dedicarse a la compra-venta de pisos. Al disponer de un capital limitado, no compraba viviendas grandes, lujosas y céntricas; al contrario, apartamentos modestos, alejados del centro, y muchas veces ocupados por inquilinos con contratos de alquiler antiguos. Por las mañanas acudía al Círculo Mercantil en la calle Sierpes, donde conoció a personas relacionadas con el ambiente en el que se desenvolvería. La mayoría de las operaciones que realizó las hizo con dos corredores: Fernando Rodríguez, y sobre todo, Celestino Briz; con este último llegó a tener una gran amistad y confianza. Eran de la misma edad, habían llevado una vida parecida, viajando, trabajando, y comerciando desde niños. El señor Briz, fumador empedernido, encendía un cigarro tras otro sin apenas descanso, solamente fumaba puros cuando se los regalaban. Un día, mi hermano le preguntó: *Don Celestino, ¿por qué no se da usted el gusto de comprarse de vez en cuando una cajita de puros?* Este le respondió: *Antonio, eres muy joven, tienes poca experiencia y debes saber que uno empieza comprándose una cajita de puros y no sabes lo que terminará comprando.* Hasta en el hablar era austero, hablaba poco, de forma pausada y concisa; dominaba cualquier tema, y si se le hacía una pregunta, aportaba una opinión interesante y certera. De la administración de los pisos que mi padre iba negociando se encargaba su amigo Fernando Cañete.

Comentaré algunos ejemplos de negocios de los que fui testigo. El primer domingo de cada mes acudía a nuestro piso de la plaza de la Alfalfa un hombre joven llamado Chávez, propietario de una carbonería. Vivía en un piso que había comprado a mi padre y lo estaba pagando a plazos. De un saquito de tela, Chávez sacaba varios billetes y muchas monedas de diverso valor. Cuando se terminaba de contar el dinero, el carbonero se marchaba hasta el siguiente mes, y mi padre se apresuraba a lavarse las manos, porque se le habían quedado manchadas del polvo del carbón que venía pegado en los billetes y en las monedas.

La compra de viviendas en el edificio Felipe II fue posiblemente el mejor negocio que hizo en Sevilla. Era un bloque antiguo de seis plantas, el bajo lo ocupaba el cine del mismo nombre que el edificio. El inmueble estaba formado por unas cien viviendas, de las cuales sesenta estaban ya vendidas y las cuarenta restantes correspondían a pisos de diferentes tamaños, en los

que habitaban familias con contratos de alquiler antiguos y de rentas bajas. El dueño de estas últimas era un marqués arruinado que necesitaba venderlas porque según él sólo le provocaban problemas y quebraderos de cabeza. Mi padre, aconsejado por Celestino, se las compró y en los meses siguientes se dedicaron a negociar con los inquilinos. Presencié los tratos de la venta de algunos apartamentos; tenían claro dos cosas: que la principal dificultad radicaba en vender las primeras viviendas, y que el domingo sería el día de la semana elegido para hablar con los arrendatarios, porque ese día no trabajaban, estarían relajados, y sería buen momento para negociar. El primer domingo entramos en el edificio Felipe II y los tres nos dirigimos a la primera planta; previamente acordaron que una vez hablaría uno, y en el siguiente trato, otro. Pulsaron el timbre, y al abrirse la puerta mi padre se presentó; a continuación aclaró que había adquirido el edificio y su intención era vender los pisos. Al principio, los inquilinos no querían comprarlos, argumentaban que pagaban poca renta y no les importaba seguir así toda la vida. Además, no disponían de ahorros y no estaban dispuestos a pedir un préstamo. Con paciencia y persuasión, les explicaban que se lo venderían a buen precio, con muchas facilidades, sin gran esfuerzo económico por su parte, y a la postre serían los legítimos propietarios. Al final se llegaba a un acuerdo y como habían previsto, una vez vendidas las primeras viviendas, las restantes se negociaban con más facilidad. Terminábamos en un bar tomando una cerveza; mi padre y Celestino conversaban sobre cómo se había desarrollado la mañana y qué deberían hacer el próximo día. Un domingo, mi padre comentó que probablemente en un futuro, yo, acompañado de otro corredor, seguiría con los negocios; guardé silencio por no desilusionarle, pero tenía claro que ni me gustaba ni poseía condiciones para dedicarme a esa profesión. Después de tomarnos la cerveza regresábamos a casa en autobús. Esta historia tuvo un final feliz para todos: el marqués vendió los pisos, los inquilinos se convirtieron en propietarios, Celestino Briz consiguió una buena comisión, mi padre realizó un laborioso y excelente negocio, y yo, los domingos que los acompañé, estuve muy entretenido observando los entresijos de esta historia, que ahora después de tantos años me parece un sueño.

.....

Muchas tardes mi padre se reunía con un grupo de amigos en el bar Cobo, situado en la Puerta de la Carne. Aquella reunión era el contrapunto de las mañanas, se hablaba de cualquier tema, excepto de negocios. Mi padre era un

gran conversador y disfrutaba charlando relajadamente con sus amigos. Ignacio, uno de los contertulios, era suegro de Araújo, delantero centro del Sevilla F.C., que había dejado huella en el club por su profesionalidad y pundonor. Esa amistad me enorgullecía. Desde niño fui socio y apasionado seguidor del Sevilla F.C., acudía al Sánchez Pizjuán con mi hermano para ver los partidos. Una alineación que recuerdo, aunque algunos jugadores no coincidieron al mismo tiempo fue: Bustos, Guillamón, Campanal, Valero, Ruiz-Sosa, Achúcarro, Agüero, Diéguez, Antoniet, Pereda y Szalay. Mi ídolo futbolístico ha sido Marcelo Campanal, defensa central nacido en Asturias, sobrino de Campanal I, antiguo ariete del Sevilla F.C. Mientras fui socio, la época de la que tengo mejores recuerdos, seguíamos los partidos de pie, en la grada sur del estadio llamada Gol Sur. Cuando el Sevilla marcaba un gol, durante unos segundos permanecía en trance, abrazaba a mi hermano y a los hinchas que estaban a mi alrededor. De mis primeros años de socio no he olvidado un gol: lo marcó Szalay, extremo izquierdo húngaro de gran clase. Me encontraba unos metros detrás de la portería y un futbolista del Sevilla tiró a puerta desde fuera del área; el balón, a gran velocidad, se dirigía hacia la escuadra derecha y el portero se estiró en esa dirección. Szalay, que se encontraba situado cerca del punto de penalti, en lugar de agacharse y dejar pasar el cuero, se quedó quieto, giró suavemente la cabeza y el esférico cambió de trayectoria, entrando en la portería por el ángulo izquierdo. La temporada siguiente el Barcelona fichó a Pereda y a Szalay; Pereda triunfó y fue internacional muchas veces, por el contrario, el jugador magiar no encajó en el equipo. Otros futbolistas anteriores a esa época, que no tuve la suerte de ver jugar y que dejaron un gran recuerdo fueron: Ramoní, Pepillo y sobre todo, Juan Arza.

Con el buen tiempo, los domingos por las mañanas salía a pasear con mis padres hasta los Jardines de Murillo; nos sentábamos en la terraza del bar Puente, y mi padre palmoteaba para avisar al camarero. Tomábamos una jarra de cerveza con gambas, y yo pedía una tapa de ensaladilla; esto no le hacía ninguna gracia a mi madre, porque no me gustaba la que ella preparaba en casa. Más tarde, llegaba un hombre tirando de un pianillo sobre ruedas, paraba junto a la terraza, giraba el manubrio, sonaba una alegre música, y luego, con un platillo en la mano pasaba de mesa en mesa pidiendo la voluntad.

.....

En el piso de La Alfalfa empezaron a notarse las ausencias: en 1961 se casó Margarita con Camilo Casas de León, unos meses después Juanita hizo

lo propio con Pepe Machuca, y en 1967 Antonio contrajo matrimonio con Mercedes Lara. De estos enlaces vinieron al mundo: José Manuel, Margarita, Emilio, José Ignacio, Inmaculada, María José, Auxiliadora, José y Mercedes. Mi primer sobrino, José Manuel, nació en nuestro piso; recuerdo los lamentos de Margarita durante el parto y las caras de preocupación de mis padres y de mi cuñado Camilo. Aunque todo salió bien, después de la ansiedad que pasamos, mis otros ocho sobrinos nacieron en centros sanitarios.

Inmaculada padecía síndrome de Down, era muy cariñosa, poseía grandes y tristes ojos azules y una piel blanca como la nieve; vivía con sus padres y hermanos en Estepa. Cuando venían a Sevilla, llegaba la primera al piso, subía las escaleras a gatas diciendo con su media lengua *jabelo!, jabelo!*, y corría a besar a mi padre, que en aquella época solía estar en la salita, sentado junto a la mesa camilla. Inmaculada murió de leucemia poco antes de cumplir cuatro años. Por primera y única vez vi llorar a mi padre.

He conocido a muchas personas, pero verdaderamente buenas, se podrían contar con los dedos de una mano; una de ellas fue mi cuñado Camilo. Cuando se casó con Margarita era el administrador de Correos en Algodonales, estaba viudo y tenía un hijo de mi edad con el que compartí juegos, deportes y viajes en los siguientes años. Camilo, además de sus excelentes cualidades humanas, poseía gran cultura y profunda fe religiosa. Conocerlo fue decisivo para mi formación, me orientó sobre cómo aprovechar mejor el tiempo libre, me enseñó a jugar al ajedrez, me inició en la astronomía, pintura, literatura y música; asimismo me aficionó a la filatelia y a la numismática. En literatura, le gustaban especialmente los escritores clásicos del siglo XIX; una de sus novelas predilectas era **Madame Bovary** de Gustave Flaubert. Yo conocía **Los relatos de Guillermo Brown** de la escritora Richmal Crompton; acudía algunas tardes a una biblioteca pública en la calle Rioja para leer **Las aventuras de Tintín** de Hergé y ojear el **TBO**, **El Capitán Trueno**, **El Jabato**, **El Guerrero del Antifaz**, **Roberto Alcázar y Pedrín** y **Las Hazañas Bélicas**; en versión resumida, leí **Pepita Jiménez** de Juan Valera. Mi cuñado me recomendó las novelas de Julio Verne y otros libros como **El Conde de Montecristo** de Alejandro Dumas. Me explicaba las características de la música clásica; entre los compositores más importantes sentía verdadera pasión por Tchaikovsky. Estuvimos juntos un verano. Por las mañanas se inventó un relato de dos astronautas que viajaban por el espacio en una nave hacia un planeta muy lejano; los protagonistas de esa historia éramos su hijo Camilo y yo. Al terminar el desayuno interrumpía la narración y la continuaba al día siguiente. Yo estaba más pendiente de la aventura que nos relataba, que de la comida.

El talón de Aquiles de Camilo era su mala salud, padecía una insuficiencia respiratoria crónica; lo atribuía a que haciendo las milicias universitarias, una tarde salieron de marcha, llovió en abundancia, permaneció toda la noche con el uniforme empapado, y no se pudo cambiar hasta el día siguiente. Con los años se agravó, y al final de su vida, hasta caminar despacio le suponía un gran esfuerzo. Después de su muerte, Margarita me contó una anécdota que revela la singular personalidad de Camilo: paseando por Sevilla, lo hacía con gran dificultad, y para que mi hermana no se diera cuenta y se preocupara en exceso, se paraban continuamente delante de los escaparates haciendo tiempo para recuperarse; de esa manera llegaban a casa. Margarita sabía el motivo de las paradas, le seguía la corriente, y simulaba no enterarse de la estoica conducta de su esposo.

.....

Aunque no me entusiasmaba, me agradaba la Semana Santa porque durante unos días disfrutaría de vacaciones. En esa época, el tiempo en Sevilla era agradable, la lluvia y el frío del invierno quedaban atrás y aún no habían llegado los calores estivales. Desde el Domingo de Ramos hasta el Sábado Santo, recorrían las calles de Sevilla seis o siete cofradías al día, y obligatoriamente debían pasar por la Carrera Oficial entre La Campana y la Catedral. En todo este recorrido, para admirar cómodamente el paso de las cofradías, se colocaban sillas. Las alquilábamos cerca del Ayuntamiento, y todos los días, sobre las seis de la tarde íbamos caminando hasta ese lugar. Mientras mis padres permanecían sentados, yo me levantaba a menudo, y entre otras cosas me entretenía formando bolas de cera. Cuando los nazarenos se paraban (lo cual era muy frecuente debido al parsimonioso paso de las hermandades), los niños nos acercábamos y cogíamos de los cirios los fragmentos de cera que estaban a punto de caer al suelo; formábamos una bola multicolor que poco a poco crecía, y al terminar la Semana Santa alcanzaba el tamaño de una naranja. Algunos penitentes permitían que nos acercáramos para recogerla, otros con un gesto que intuíamos a través del antifaz o con un manotazo, nos apartaban de los cirios como si fuéramos moscas. A la hora de cenar regresábamos a casa sorteando el bullicio de las calles de Sevilla.

Todos los días cruzaba alguna hermandad por la plaza de la Alfalfa camino del itinerario oficial, o al regreso, para recogerse en su iglesia. Desde los balcones observábamos las procesiones. Se congregaban tantas personas en la

plaza, que dificultaban o incluso impedían la marcha de la procesión, que se detenía, escuchándose a menudo una saeta. Desde mi casa se oía al capataz dando ánimos a los costaleros para soportar el gran esfuerzo que suponía alzar y transportar el enorme peso del paso con las imágenes. En la Semana Santa de 1986, el 26 de marzo, un costalero de la iglesia de San Bernardo, de repente se encontró mal, y en pocos minutos falleció; una placa de cerámica colocada poco después recuerda el suceso.

En Semana Santa, mi madre elaboraba tres dulces típicos de esas fechas: torrijas, pestiños y gañotes. Los ingredientes de estos últimos eran: harina, huevos, canela, semillas de sésamo, anís, corteza de naranja y aceite de oliva. Una vez hecha la masa, en forma de cordón se enrollaba alrededor de trozos de cañas de unos diez centímetros de longitud; se freía en aceite de oliva, luego se sacaba la caña por un extremo, y el dulce adoptaba la forma de tirabuzón. Cuando estábamos sentados en las sillas observando el paso de las cofradías, mi madre, que siempre llevaba en su bolso varios gañotes, de vez en cuando cogía algunos trocitos con los que nos endulzábamos la boca.

Otro dulce delicioso lo hacía con batata, y otro más rico aún, con cabello de ángel. El de batata se preparaba con una variedad especial de color amarillo; la receta era muy simple, la misma cantidad de batata que de azúcar. Al fallecer mi madre, mi hermana Juanita siguió la tradición y se encargó de elaborarlo. Pero el que más me gustaba era un pastel constituido por varias capas de galletas María bañadas en leche, alternando con cabello de ángel de elaboración casera; se recubría de mantequilla y en la cara superior se esparcían trocitos de almendras y una cereza en almíbar. Su recuerdo me evoca imágenes y sensaciones infantiles, quizá similares a las que percibía un renombrado escritor con las magdalenas.

Debía ser el año 1963. Una mañana, mi padre ojeaba en el periódico el horario de las cofradías, y me comentó: *Si comemos pronto, podríamos ver la salida de San Bartolomé*. Me sorprendió su propuesta porque era poco aficionado a las procesiones. Almorzamos antes de lo habitual y caminando, en unos minutos llegamos a las inmediaciones de la iglesia. Al pasar por la plaza de Las Mercedarias observamos que la cruz de guía ya había salido y estaba delante del palacio de Miguel de Mañara. En la calle, además de algunos nazarenos se encontraban escasos grupos de personas, y con facilidad llegamos a la puerta del templo. Poco después salió el paso del Cristo, y tras varios minutos, mi padre, inquieto y harto de ver salir cofrades, antes de que lo hiciera la Virgen, me dijo: *Podríamos regresar ya a casa*. Me pareció buena idea, ya que empezaba a aburrirme. En la actualidad esto no se podría hacer; hay tal muchedumbre

en las calles, que para ver la salida de los pasos habría que estar en la puerta de la iglesia con varias horas de antelación.

En la Semana Santa de 1965, una mañana oí gritos en la calle, me asomé a un balcón y vi a estudiantes universitarios corriendo, perseguidos de cerca por la Policía Armada. Tres grises acorralaron a uno de ellos y lo golpearon con las porras. Un hombre de mediana edad que pasaba por allí, se detuvo y les dijo algo a los agentes, posiblemente que dejaran de ensañarse con el joven; un gris se revolvió pegándole. Poco después llegó una furgoneta celular y metieron dentro al hombre y al estudiante. Mi padre, que también se encontraba en el balcón, me mandó entrar en el piso. Por primera vez percibí la represión y brutalidad policial; creo que ese día se inició mi aversión al régimen franquista.

Volviendo a los asuntos religiosos, con el transcurso del tiempo, lo que más me agradaba de la Semana Santa era visitar las iglesias para admirar con detalle y tranquilidad los pasos y sus imágenes. En las primeras horas de la mañana los templos estaban casi solitarios, excepto las cofradías más populares como la Macarena, la Esperanza de Triana o el Gran Poder. Esta costumbre la inicié con mis padres y luego la mantuve yo solo durante muchos años; de esta forma visité todas las iglesias de las que salían procesiones, realizando al mismo tiempo largas caminatas con las que tanto disfrutaba. En mi niñez deseaba que los pasos estuvieran adornados con muchas figuras: los discípulos, legionarios, caballos, y otras imágenes. Posteriormente, mis predilectos fueron el paso y la imagen de Jesús de la Pasión, escultura de madera policromada creada por Juan Martínez Montañés, ubicada en la iglesia del Salvador, y el Cirineo, tallado por Francisco Ruiz Gijón, en la iglesia de San Isidoro.

.....

Para terminar con las delicias gastronómicas, no puedo olvidarme de las matanzas que realizaba mi madre en Navidad; su especialidad eran los lomos y los chorizos. Los primeros se cortaban en trozos, los freía en aceite y cuando se enfriaban los metía en una tinaja con manteca blanca; los segundos los introducía en otro recipiente con manteca roja. Con el tiempo, se curaban y adquirían un sabor exquisito. Aunque los lomos estaban muy buenos, los chorizos todavía me gustaban más; lo mismo pensaba mi cuñado Pepe Machuca. Cuando llegaba a La Alfalfa, una de las primeras cosas que hacía era entrar en la alacena provisto de una larga cuchara de madera, levantaba la tapadera de la tinaja de manteca roja y rebuscaba hasta que encontraba un chorizo,

le quitaba la manteca, lo cortaba en lonchas, y con pan, una copa de vino o cerveza, se lo zampaba en un santiamén. En el plato no quedaba ni el rastro de la manteca; Pepe sonreía satisfecho, y mostraba un semblante arzobispal.

.....

A mediados de los años 60 viví una extraña noche de Reyes. Pensaba ir con mis sobrinos a ver la cabalgata; previamente, a primera hora de la tarde fui al cine Alcázar, situado en la Ronda de Capuchinos. Al finalizar la película salí a la calle y me quedé atónito; parecía que estaba en otro planeta, la niebla era tan densa que apenas se veía a poco más de un metro de distancia. Nunca había visto ni he vuelto a ver una niebla tan espesa, los escasos coches que se habían aventurado a circular iban muy despacio, no se distinguían los pasos de cebrá, ni los semáforos; hasta los árboles eran invisibles. Cuando me repuse de la sorpresa, me dirigí a casa con mucha precaución, y como era lógico, para desilusión de niños y mayores, se suspendió la cabalgata. Hace pocos años subí a un taxi. Durante el trayecto charlé con el conductor, hombre amable y locuaz; tendríamos una edad parecida. Le hablé sobre aquel extraño día, y se echó a reír ya que él también lo recordaba. Esa tarde se encontraba trabajando de camarero en un bar en la Puerta de Carmona. Estaba detrás de la barra, alguien dejó la puerta abierta, y la niebla penetró extendiéndose con rapidez por todo el local -siguió contándome sin perder la sonrisa-; la visibilidad era tan escasa, que algunos clientes aprovecharon esa circunstancia para marcharse sin pagar.

.....

En 1966 aprobé 6º curso de Bachillerato y la Reválida; según los planes de estudio de aquella época, el siguiente curso era el Preuniversitario. Aunque no estaba a gusto en los Escolapios, pensaba seguir allí un año más. De los aproximadamente noventa alumnos que terminamos 6º, sólo doce pretendíamos continuar en el colegio para estudiar Preu. A los curas no les interesaba organizar un curso con tan pocos estudiantes, por lo que tuve necesariamente que cambiar de centro. Me matriculé en la Academia IFAR; uno de los socios fundadores había sido Paco Madroñal, un abogado de Algodonales. La Academia estaba situada cerca de La Alfalfa, frente a la iglesia de los Filipenses, en un antiguo palacio adaptado para la enseñanza. En un principio solamente se ofrecían clases de idiomas, de ahí el nombre: Inglés, Francés, Alemán y

Ruso. Cuando estudié se impartían los últimos cursos de Bachillerato y Pre-universitario. El horario, de cuatro a ocho de la tarde, me permitía dar largos paseos antes de entrar a clase. El ambiente estudiantil y la manera de enseñar eran muy diferentes a los Escolapios.

El profesorado, según mi parecer, sólo tenía una oveja negra: el responsable de Filosofía; era antipático, pedante, vanidoso y mostraba ademanes amanerados. En lugar de explicar las ideas y pensamientos de los filósofos que existieron desde la antigüedad hasta nuestros días, y enseñarnos a razonar como era propio de su asignatura, se detenía en nimiedades y se dedicaba a preguntar. El día que estudiamos a Platón, llamó a cada uno de los alumnos, nos situamos junto a su mesa y tuvimos que citar de corrido todas las obras del filósofo.

Al contrario, guardo gratos recuerdos de tres profesores, los de Sociología, Historia y Francés. El de Sociología transmitía entusiasmo por lo que enseñaba y era tan joven que parecía un estudiante más. Sus charlas, muy interesantes y didácticas, contenían conceptos poco conocidos por mí: democracia, partidos políticos, alternancia de gobierno, sufragio universal, derechos sociales, imparcialidad de los jueces, presos políticos, derecho a la manifestación y a la huelga, salario justo..., y con frecuencia criticaba duramente la dictadura franquista. Alguna tarde temí que irrumpieran en clase los grises con un comisario político para meternos a todos en la cárcel. El profesor de Historia era excelente, y al igual que el de Sociología, siento no acordarme de su nombre. Tenía un carácter afable, tranquilo, hablaba en voz baja de forma pausada, daba las clases de pie junto a su mesa o moviéndose lentamente por el pasillo; en cualquier momento podías interrumpirle para aclarar las dudas. Cada mes hacía una prueba escrita, y si aprobabas estabas exento de esa parte en el examen final de curso. Aquellas amenas y didácticas clases me aficionaron y engancharon a la asignatura, y desde entonces no he dejado de leer libros de Historia y novelas históricas.

Faltaba lo mejor: André Duval, el profesor de Francés, que por las veleidades del destino se convirtió en una persona fundamental en mi vida ya que me hizo descubrir un Arte al que he dedicado mucho tiempo: el CINE. André Duval, que tenía un parecido físico con el actor francés Jean Louis Trintignant, era un apasionado cinéfilo y estimó oportuno transmitirnos su afición. Dedicó gran parte del horario de clase al séptimo arte desde un punto de vista técnico: la dirección, el guion, la fotografía, el sonido, el montaje, etc.

El cine siempre ha estado presente en mi vida; muchas veces iba con mi padre a ver películas en Sevilla. Entre otras vimos **La quimera del oro**,

Casablanca y **El botones**, el primer filme de Jerry Lewis. Después de ver **Casablanca**, ingenuamente le pregunté ~~ya que vivió de niño en esa ciudad,~~ si recordaba los lugares donde se desarrolla la acción; yo ignoraba que se había rodado en los estudios Warner de Hollywood. Me gustaban las cintas de aventuras, de romanos, bélicas y del Oeste. Aunque no sabía apreciar la calidad técnica y artística, recuerdo **El príncipe Valiente**, **Los Vikingos**, **Ben-Hur**, **La vuelta al mundo en 80 días**, **Los cañones de Navarone**, **La gran evasión**, **Espartaco**, **West Side Story**, **La conquista del Oeste** y **La taberna del irlandés**. También acudía a las salas atraído por algunos actores y actrices. Varios meses antes de empezar las clases en la academia IFAR, un día que paseaba por Sevilla me crucé por la calle con dos jóvenes de aspecto universitario, solamente escuché una frase de la conversación que mantenían. Uno de ellos dijo: *¿Has visto la última película de Bergman?* Aquella pregunta me sorprendió porque no imaginaba que dos jóvenes estuvieran interesados en la actriz Ingrid Bergman, que en aquellos años, debido a su edad, había perdido gran parte de su atractivo físico. Mis dudas se disiparon meses más tarde cuando André Duval empezó a nombrar directores: Alfred Hitchcock, John Ford, Billy Wilder, Fritz Lang, Orson Welles, Jean Renoir, Roberto Rossellini y muchos más, entre ellos Ingmar Bergman, director sueco de gran prestigio entre los cinéfilos. Entonces comprendí que los dos universitarios no hablaban de Ingrid Bergman, sino de Ingmar Bergman.

André Duval, al observar el interés de la clase por el cine, cada día dedicaba más tiempo a este tema y menos al francés; de esta asignatura aprendí poco porque no tengo facilidad para los idiomas. André seguía comentando otros aspectos: las grandes películas y directores de la época muda, y diversos estilos como *el expresionismo alemán*, *la nouvelle vague* y *el free cinema*. En resumen, nos dio un curso de cinematografía y yo intentaba memorizar todo lo que explicaba. Para complementar sus charlas, nos recomendaba qué películas, según su opinión, deberíamos ver de las que por entonces se estrenaban en Sevilla; también nos aconsejaba sobre las que ponían en televisión y nos animaba a visionarlas en versión original subtitulada. Unos años más tarde abrió la librería Montparnasse en la calle Don Remondo, a la que acudía con frecuencia para ojear y comprar libros de cine. Casi siempre estaban allí él y su esposa. Ella se encontraba sentada en una silla, muy seria, altiva, silenciosa y controlando lo que sucedía a su alrededor; su figura y actitud me recordaba a la siniestra ama de llaves señora Danvers de **Rebeca**. Por el contrario, André Duval permanecía de pie, atento a resolver las dudas que tuvieras y orientarte sobre los libros que te pudieran interesar. Por timidez no le dije que había

sido alumno suyo, creo que me recordaba ya que se quedaba mirándome; supongo que por prudencia no me decía nada. Lamento no haberle comentado lo profundamente agradecido que le estaba por aquellas afortunadas tardes en las que nos transmitió su pasión por el séptimo arte, durante las clases de Francés en la Academia IFAR.

SEGUNDA PARTE

Etapas universitarias (1967–1974)

Después del prolongado período invernal escolapio (plagado de mediocre enseñanza y oscurantismo), le sucedió una breve y feliz etapa primaveral en la Academia IFAR, que me permitió seguir ampliando mis aficiones. En ese momento me encontraba en una incierta encrucijada, ¿qué camino seguir? ¿qué carrera elegir? No sabía la respuesta, no me decidía por ninguna, no me consolaba que algunos amigos tuvieran las mismas dudas. A veces nos inclinamos a seguir la profesión de nuestros padres o hermanos. En este caso no me sirvió de ayuda: mis padres sólo contaban con formación elemental, mis hermanas no cursaron estudios superiores, y mi hermano era abogado, posibilidad que quedaba excluida porque la carrera de Derecho me desagradaba.

En esos días conocimos una inesperada y triste noticia: a mi padre se le diagnosticó cáncer de recto. Llevaba varios meses con síntomas y consultó con un cirujano, que le tomó una biopsia que fue negativa. Ante la evidencia de que se observaba una lesión de aspecto tumoral, se decidió intervenir; el estudio anatomopatológico de la pieza quirúrgica confirmó el diagnóstico de adenocarcinoma rectal. Mi padre tenía tantas ganas de vivir, que se aferró al falso resultado de la biopsia y en los tres años que sobrevivió, de forma inexplicable, no se enteró de la enfermedad que padecía.

Vuelvo al dilema sobre la elección de carrera. Puesto a fantasear y soñar, si en aquella época hubiera sido multimillonario, habría estudiado Historia del Arte, y una vez adquiridos suficientes conocimientos y experiencia, habría dedicado mi vida a viajar y conocer las maravillas creadas por la naturaleza, a admirar las innumerables obras de arte realizadas por el hombre. El tiempo libre restante, lo ocuparía en otras aficiones.

La realidad era muy diferente, seguía confuso y no me decidía. Me gustaban Historia del Arte, Arqueología, Historia, Bellas Artes, Astronomía y Cine. Este último, por entonces no dejaba de ser una afición, y las salidas profesionales de las primeras carreras que he citado se limitaban a la enseñanza; no me consideraba capacitado para desempeñar esa labor. Por otro lado, la carrera de Astronomía exigía estudiar Matemáticas y Física, materias que no me atraían. Mi padre, a pesar de sus problemas de salud, pensaba en mi futuro y con su pragmatismo habitual me aconsejó que estudiara Medicina,

con el fin de hacer Análisis Clínicos u otra especialidad de Laboratorio. La idea me agradaba, había leído algo sobre la vida de Santiago Ramón y Cajal, Alexander Fleming y Louis Pasteur, y admiraba a Severo Ochoa. Me gustaba la posibilidad de trabajar en un laboratorio con un microscopio investigando y analizando muestras. Tuve en cuenta el consejo de mi padre, y decidí estudiar Medicina.

.....

Durante los últimos cursos de Bachillerato, me había hecho a la idea de que en el futuro estudiaría la carrera universitaria en el histórico edificio de la Real Fábrica de Tabacos. Algunas veces había entrado y paseado por el interior de ese monumental sitio, observando los patios, los largos y amplios pasillos, las numerosas aulas y las bibliotecas. Un día asistí a una conferencia del profesor Enrique Sánchez Pedrote, conocido por mi familia, porque en la década de los 40 -antes de especializarse en Música- había ejercido de maestro en Algodonales.

Al llegar por primera vez a la Facultad de Medicina me llevé una gran decepción, porque no se parecía en nada al sobresaliente edificio que antes he mencionado; además, se encontraba a mucha distancia de mi domicilio. Durante el primer curso las asignaturas se impartían en dos aulas, una situada en el Instituto Anatómico Forense y otra en el Departamento de Fisiología. No recuerdo el número exacto de alumnos que empezamos la carrera de Medicina, calculo que alrededor de cuatrocientos, con un alto porcentaje de extranjeros procedentes de Sudamérica, Centroamérica, Puerto Rico y Siria. Me encontré con antiguos compañeros de los Escolapios, como José Pérez Bernal, Germán Serrano, Jorge Patrignani y Laborde Ruiz. Con el que más me relacioné fue con Pérez Bernal, al que volví a ver años después en televisión, ya que coordinaba los trasplantes de órganos en los hospitales de Sevilla.

Una persona singular y extraña era Laborde Ruiz, con el que había compartido pupitre en 3º de Bachillerato; era inteligente e imaginativo, aunque perezoso. En el colegio me comentó que escribía un diario y para que no le descubrieran lo que anotaba, había intercambiado el significado de las letras del abecedario, tomando como ejemplo sus apellidos. La letra l la había sustituido por la m, la a por i, la b por d, la o por u, la r por t, la d por b, la e por o, la u por a, la i por e y la z por v; de esta forma, sus apellidos se convirtieron en Midutdo Taev. El intercambio de las restantes letras del alfabeto no me lo reveló. Cierta día, en la clase de Literatura, el cura que durante todo el curso

intentó transmitirnos su obsesiva pasión por el poeta Luis de Góngora, mandó que escribiéramos en casa una redacción; eligió a varios alumnos para que leyeran en voz alta su trabajo, y uno de ellos fue Laborde Ruiz. Este sacó el cuaderno de su cartera y la comenzó a leer en voz alta; transcurridos varios minutos empezó a titubear, el profesor se acercó al pupitre para ver qué le ocurría y asombrado, observó que su cuaderno estaba en blanco, sin estrenar. Por tanto, mi compañero, durante unos minutos, al mismo tiempo que hablaba inventaba el texto; pero la inspiración se le estaba agotando. El cura no sólo no le reprendió por intentar engañarle, sino que alabó su ocurrencia; le puso una buena nota, y al siguiente alumno elegido para leer su redacción le dijo que hiciera lo mismo que Laborde Ruiz.

El día antes de comenzar las clases en la Facultad me acerqué para observar el lugar. Entré en el Instituto Anatómico Forense, subí las empinadas escaleras, y al llegar a la sala donde se impartiría la asignatura de Anatomía, me encontré en la entrada a Laborde, que se comportó como si no hubiéramos dejado de vernos en ese tiempo. El aula estaba cerrada, la puerta era de madera, excepto la parte superior de cristal esmerilado que ocultaba el interior. Se acercó al cristal, miró a los lados, movió los brazos de forma circular como los brujos cuando intentan adivinar el futuro, y me dijo muy serio: *Aquí caben doscientas cincuenta personas*. A Laborde Ruiz -es decir Midutbo Taev- lo vi en clase los días siguientes, luego se esfumó y no he vuelto a saber de él. Me gustaría conocer qué fue de su vida; lo imagino trabajando en una agencia de espías o detectives, falsificando obras de arte, o descifrando la escritura de una antigua y desaparecida cultura.

Entre los compañeros que conocí en el primer curso de Medicina, recuerdo a tres portorriqueños que vivían en la calle Arjona en un piso muy espacioso y confortable; en segundo de Medicina los perdí de vista. Pensé que su intención era matricularse en España y luego pedir el traslado a una Universidad de su país o norteamericana. Una persona que me interesaba conocer por razones obvias era Edwin Pimentel; procedía de un país centroamericano, vivía en un pequeño piso, estaba casado, y estudiaba y trabajaba al mismo tiempo. También me relacioné con un licenciado en Matemáticas, de apellido Suárez; lo mismo que los anteriores, en pocos meses dejó la Facultad. Por el contrario, con Paco García Mateos mantuve la amistad durante toda la carrera; compartíamos una misma afición, el fútbol, y me agradaba su compañía por su carácter alegre y optimista. Imitaba muy bien a Salvatore Adamo, cantante popular en aquellos años. A partir de tercero apenas coincidíamos en las clases, suspendió algunas asignaturas de los dos primeros cursos y quedó rezagado.

Al concluir primero de Medicina, junto con otros amigos, realizamos una excursión de senderismo que relataré más adelante.

.....

Vuelvo a mis inicios en la Facultad para comentar algunos aspectos. Me gustaba el ambiente universitario, la sensación de independencia y libertad, y que carecía de obligaciones a corto plazo; no obstante, debía organizarme con el fin de superar los exámenes y pasar al curso siguiente. El primer día de clase, los catedráticos explicaban las particularidades de las asignaturas: contenido del programa, horario de las clases y fechas aproximadas de los exámenes parciales y finales. Algún profesor puntualizaba que se procuraría dar todo el programa, y los temas que no se explicaran los tendríamos que estudiar por nuestra cuenta. Al principio, las aulas resultaban pequeñas para acoger a tantos estudiantes; los días siguientes, la asistencia disminuía de forma considerable.

Aunque por lo general ni los profesores ni las asignaturas me atraían, asistía con asiduidad a clase; en casa pasaba a limpio los apuntes y los completaba con resúmenes sacados de los libros, pues de cada asignatura solía comprarme el que recomendaba el catedrático. Me desagradaban dos asignaturas, Bioquímica y Embriología. La primera, porque mis conocimientos en Química eran muy deficientes, y como no comprendía lo que se explicaba en clase, opté por aprenderme de memoria parte de la asignatura. Las clases de Embriología me aburrían, el profesor no era didáctico y el libro de texto que adquirí no me resolvía las dudas; hice lo mismo que con Bioquímica, aprenderme de memoria sin entender lo que estudiaba.

Las prácticas de Anatomía se realizaban en la sala de disección; los alumnos estábamos repartidos en unas veinte mesas, en grupos de diez por cada una. Varias semanas antes de empezar las prácticas, los cadáveres se sumergían en piletas llenas de formol para fijar y conservar los tejidos; este producto provocaba irritación de mucosas, especialmente en los ojos. Se diseccionaban minuciosamente las extremidades superiores e inferiores para reconocer los músculos, nervios y vasos sanguíneos. Con el paso de los días, a medida que avanzaba la disección, los miembros terminaban irreconocibles debido a nuestra actividad depredadora.

Desde el primer día observé que junto a la Facultad se encontraba el estadio polideportivo de la Macarena. Una mañana salí de casa provisto de una bolsa con ropa deportiva para dar algunas vueltas por las pistas de ceniza

que rodeaban el campo de hierba que se usaba para jugar al fútbol y al rugby. Me gustó la experiencia, y los días siguientes me adapté a un ritmo adecuado para no cansarme demasiado, incrementando paulatinamente la duración de las carreras. Luego me duchaba en los vestuarios, antes de volver a clase. Hablando con un compañero, le comenté mi actividad en esas horas, me dijo que le gustaría acompañarme; a partir de aquel día entrenamos juntos. Su nombre, Manuel Hernández. Fue el primero que conocí de un grupo de amigos como Antonio Figueredo, Juan Manuel Curado, Braulio Ramírez, Luis Torres, Carlos Ramírez, Fernando Brea y otros, con los que mantuve gran amistad, que perduró hasta que terminamos la carrera de Medicina.

.....

Algunas tardes después de estudiar me acercaba al Café Madrid para ver jugar al billar francés. El interés por este juego se había iniciado en mi niñez en Algodonales, en el bar Candial, situado en un extremo de la plaza, cerca de la parada de los autobuses. Allí había una mesa de billar, y cuando pasaba por las proximidades oía el sonido producido por el choque de las bolas. A veces entraba y me entretenía viendo jugar, recuerdo que se usaban relucientes bolas de marfil. Unos participantes cogían el taco con cierta delicadeza, golpeaban suavemente la bola y realizaban alguna carambola. Por el contrario, otros rudos jugadores, lo agarraban como si se tratara de un apero de labranza; creían que ese juego consistía en golpear las bolas lo más fuerte posible. Por este motivo, a menudo, alguna bola saltaba de la mesa, rodaba ruidosamente por el suelo unos metros, y se detenía al chocar en la pata de una silla o en el pie de un parroquiano.

Mi inclinación por el billar se reavivó mientras estudiaba Medicina, ya he comentado que algunos días iba al café Madrid en la calle Sierpes. A la entrada del amplio recinto existía un vetusto local que había conocido tiempos mejores, mostraba viejas mesas de mármol, espejos deslustrados y acanaladas columnas de hierro. Más adentro había varias salas para jugar, la mejor mesa estaba reservada para los más expertos. A veces me entretenía echando una partida con algún amigo; sin embargo, el principal motivo de ir a ese sitio, era apreciar la destreza de los magníficos jugadores que allí competían. Destacaban dos que no se enfrentaban entre sí por su enemistad. Uno de ellos era muy delgado, bromista, y como la mesa estaba situada cerca de la barra, durante la partida se tomaba varias cañas de cerveza o alguna copa de vino. Cuando realizaba una carambola difícil, miraba hacia arriba como si invocara

a un santo y gritaba: ¡*Baja, Manué!* Antes de continuar jugando, echaba un trago de alcohol y hacía algún comentario gracioso dirigiéndose a los espectadores que seguíamos la partida. El segundo jugador tenía un aspecto físico y carácter muy diferentes, era grueso, serio, y jugaba muy concentrado; se parecía mucho al gordo de Minnesota de la película **El buscavidas**, de Robert Rossen. Las partidas más espectaculares eran las de la modalidad a tres bandas; algunas veces se jugaba a la variante libre, menos atractiva para el público. Una tarde, el jugador grueso hizo cerca de quinientas carambolas seguidas. Aunque practiqué muchas horas, no estaba dotado para jugar al billar, nunca conseguí hacer más de cinco o seis de una sola tacada.

Hacia el año 1970 se celebró en Sevilla el Campeonato de Europa a tres bandas, y para ello se acondicionó la planta baja de un palacio situado en la Plaza del Duque. Todos los días asistía para seguir el desarrollo de algún partido. La mesa de juego era magnífica, de grandes dimensiones y provista de un sistema de calefacción para facilitar el desplazamiento de las bolas. Competieron los mejores jugadores que entonces existían en Europa. Me asombró la delicadeza con que manejaban los tacos; continuamente los limpiaban con una bayeta, los entizaban y no perdían de vista el tapete verde, observando el estilo del contrario. Ganó el belga Ceulemans. Creo que el secreto de su éxito, aparte de su gran talento para este juego, era que lo hacía para divertirse, de forma relajada; acertara o fallara la carambola, siempre sonreía.

.....

Como en estas memorias no sigo de manera estricta un orden cronológico, voy a comentar la vida y andanzas de mi primo Juan de Jesús Ramírez Leo, un personaje peculiar. Tuvo seis hermanos: Paco, Antonio, Ignacio, Sebastiana, Mariquita y Pura. Paco, excelente carpintero, talló por encargo de mis padres unas sillas con la madera de un nogal que se alzaba en El Álamo. Antonio, del que ya he escrito y seguiré escribiendo. Ignacio, al que le faltó tiempo para convencer a toda la gente de Barcelona. Sebastiana, que se instaló en Villafra de los Montes del Guadalupe. Mariquita, de risa fácil, no se movió del pueblo. Y Pura, digna de su nombre, cuidó de sus padres hasta que fallecieron; en los últimos años de su vida no tuvo suerte.

Lo primero que hay que decir de Juan de Jesús es que no tenía la cabeza bien amueblada. Llevó una vida muy ajetreada, se marchó de casa varias veces -pensaría que en una familia tan numerosa uno menos no importaba-, aunque meses después lo pensaba mejor y regresaba al hogar. Con su padre, hombre

afable y campechano, se llevaba bien; sin embargo, con su madre, de fuerte carácter, discutía a menudo. Una de las veces que volvió a casa le regaló una lápida; ella le dijo: *Hijo, ¿por qué me haces este regalo tan desagradable?* Juan le respondió: *Mamá, para que cuando te mueras no tengas que comprarla.* Otra vez que se marchó, ya no volvió, comenzó la Guerra Civil y se quedó en la zona republicana. Más tarde se dirigió a Francia, y durante unos meses trabajó de guía en los Pirineos ayudando a refugiados españoles que huían de la guerra. En los años siguientes no se sabe qué fue de su vida, no quería hablar de esa época; puede que se enrolara en la Resistencia, que estuviera encerrado en un campo de refugiados, o escondido en el Pirineo francés.

Pocos años después se casó con Fina, afable y tranquila mujer aragonesa, asentándose en Toulouse. Fue atropellado por un coche conducido por un acaudalado norteamericano. Sufrió un grave traumatismo craneoencefálico que le dejó la cara desfigurada con una oreja más alta que la otra, la pierna izquierda casi inútil, rígida, obligándole a llevar desde la cadera hasta el pie un complicado armazón metálico. Con eseartilugio podía andar aunque lo hacía con gran dificultad; también se ayudaba de un bastón ortopédico. Denunció al norteamericano, ganó el juicio y consiguió una holgada renta vitalicia que le permitió vivir con bienestar.

Enfermo y con nostalgia de su país, a principios de la década de 1960 le escribió a mi padre para que le ayudara a regresar a España; la gestión fue laboriosa, porque arrastraba una amplia ficha policial. Mi padre se entrevistó con un alto cargo militar encargado de esos trámites, y finalmente le concedieron el permiso de residencia en España. Compró una casa con un pequeño huerto en Castilleja de la Cuesta. Como estaba muy agradecido a mis padres, nos visitaba muy a menudo; les llamaba tito Joseíto y tita Pepa. En esa época lo conocí. Acostumbraba a hablar alto y muy cerca de su interlocutor; mi padre, cuando terminaba de charlar con él, decía que le había dejado la cabeza como una olla de grillos. Me invitó varias veces a su casa, a la que iba con agrado porque me gustaba su compañía. A pesar de sus problemas físicos, todos los días trabajaba en el huerto. Me contó que estuvo en Rusia, le agradaba el civismo de la gente y la limpieza en las calles; sin embargo, no mencionó -posiblemente por ignorancia- la crueldad del régimen estalinista. Cada vez que Franco viajaba a Sevilla, recibía un aviso de la Guardia Civil para que no saliera de su casa mientras el caudillo permaneciera en la ciudad.

Mi primo se enfadaba cuando le llamaban Juan de Jesús; decía que su nombre era Juan y no quería cuentas con Jesús, ya que era ateo y republicano. Pero nadie le hacía caso y le seguían llamando por su nombre completo.

Llevaba siempre los bolsillos repletos de cartas, recibos y notas, pero cuando buscaba algún papel, no lo encontraba. Durante un tiempo entraba con frecuencia en el Ayuntamiento de Sevilla para hablar con Paco Pimentel (que ya ejercía de Interventor), para que este le indicara dónde se pagaban algunos recibos. Uno de esos días le informaron que estaba reunido con el alcalde y varios concejales. Insistió en que necesitaba hablar urgentemente con él; Paco salió de la reunión, y viendo que era Juan de Jesús, se enfadó tanto que le dijo que no lo molestara nunca más.

Tuvo la disparatada idea de crear una Asociación constituida por personas de Algodonales residentes en Sevilla; los paisanos se reunirían para charlar y comentar cosas del pueblo. Se eligió a sí mismo presidente. De los asuntos administrativos se encargaría Paco Pimentel, para consultar con un abogado contaba con mi hermano, y de la correspondencia y el transporte de algún paquete urgente había pensado en nuestro primo Jaime Leo, que trabajaba en la Unidad de Tráfico de la Guardia Civil. Comenzó a escribir los estatutos, pero debido al poco éxito de su idea no acabó de redactarlos. Cuando la gente comprobó el desahogo económico del que gozaba, alguien comentó con sarcasmo: *A Juan de Jesús, cuando lo atropelló el americano, lo hizo un hombre.*

.....

En la fase inicial de la enfermedad de mi padre apareció en nuestras vidas el clérigo Rafael Pimentel, que rondaba cuarenta y cinco años. Lo conocimos por mediación de Paco Pimentel, quien averiguó que en el colegio Claret de Sevilla formaba parte de la congregación una persona de ese apellido; procedía de Arriate y tenía lazos familiares con mi padre. En los siguientes años mantuvimos una estrecha relación, con frecuencia venía a nuestra casa y nos entretenía recordando historias y anécdotas de su pueblo. Por otra parte, nos sorprendía su bienestar económico: vestía elegantes trajes, consumía caros cigarrillos, se desplazaba habitualmente en taxi por Sevilla, y repartía obsequios como un Rey Mago. Me compró una edición del Nuevo Testamento, y cuando se enteró de mi afición filatélica me regaló un álbum repleto de colecciones de sellos nuevos. Posteriormente, Rafael fue destinado a Canarias y antes de marcharse encargó en un establecimiento el árbol genealógico del apellido Pimentel, del que nos regaló una copia a cada miembro de la familia.

.....

Al finalizar los exámenes del primer curso de Medicina, cumplí un sueño: me ilusionaba hacer la ruta Ronda-Algodonales tras varias jornadas caminando por el campo. Previamente le había propuesto la excursión a Camilo, a Paco García Mateos y a Carlos Benito, amigo que conocí en los billares del Café Madrid. A primeros de julio de 1968 salimos por la mañana en autobús desde Sevilla con destino a Ronda; también viajaba Rafael Pimentel, que iba a pasar unos días en su pueblo. Al bajar del autobús nos dirigimos al Tajo y desde un balcón mirador contemplamos las hermosas vistas; Rafael cogió después un taxi rumbo a Arriate. Con un sol abrasador emprendimos la marcha hacia la Cueva del Gato, la salida sur del sistema espeleológico Hundedero-Gato. Del interior de la gruta salía un frescor muy agradable y abundante agua gélida, formándose a unos pasos de la cueva un profundo charco, donde nos dimos un estimulante baño antes de almorzar. Proseguimos la ruta; he olvidado el itinerario exacto de los dos primeros días, pasaríamos cerca de Montejaque y Benaoján. Íbamos un poco a la aventura, con mochilas muy cargadas y una pesada tienda de campaña que nos distribuimos entre los cuatro. Nos alimentábamos de bocadillos y latas de conserva, el desayuno consistía en leche condensada y galletas. Carecíamos de experiencia senderista: por las mañanas comenzábamos a caminar muy tarde, sin sombreros para protegernos del sol, el calzado y la ropa no serían los más adecuados para esa época del año, y llevaba una mochila que me había comprado de segunda mano, muy grande, e incómoda de transportar. Pero no me importaba ninguno de estos inconvenientes; con dieciocho años, lo mismo que Gregory Peck, imaginaba que el mundo estaba en mis manos.

La primera noche acampamos en un terreno irregular y duro; la segunda nos pasamos de listos y montamos la tienda en un islote recubierto de hierba situado en medio de un riachuelo. Al levantarnos por la mañana observamos que, con nuestro peso, el islote se estaba hundiendo y el agua llegaba a los bordes de la tienda de campaña; recordamos que la tarde anterior habíamos descubierto peces que parecían pirañas, y devoraban todo lo que les echábamos de comer. Recogimos de prisa la tienda y nuestros bártulos antes de hundirnos. Cuando llegamos a Grazalema, el entorno me resultaba familiar, bordeamos la Sierra del Pinar, y pasamos junto al bosque de pinsapos; no descendimos a La Ermita de la Garganta ya que el calor era sofocante y el camino de ida y vuelta suponía cerca de dos horas. Seguimos hasta Zahara de la Sierra, que contemplada desde lejos es uno de los pueblos más bonitos y pintorescos de España.

Caminamos un trecho por la orilla del río Guadalete, solamente quedaban tres kilómetros de suave subida hasta Algodonales. Poco después, cerca

del arroyo Batán, Carlos Benito dejó la mochila en el suelo y se sentó al lado; dijo que estaba agotado y no podía dar un paso más. Intentamos convencerlo para que se levantara, pero no hubo manera. Después de unos instantes de duda, Camilo tomó la iniciativa: soltó su mochila en el suelo, lo levantó y se lo echó a la espalda; Paco y yo cogimos las pertenencias de ambos. Al atardecer llegamos al pueblo, cruzamos la plaza y entramos en mi casa. Alguien que nos vio llegar pensaría que habríamos sufrido un accidente y avisó a mi tío Manuel, que apareció para ver si estábamos bien; nos dijo que descansáramos y fuéramos a su casa a cenar. Mi tía Catalina improvisó una cena, que nos supo a gloria, a base de filetes con patatas fritas y abundante fruta. Carlos Benito resucitó, no dejó de comer y de explicar lo bien que se lo había pasado durante la excursión. No le faltaba razón, fueron unos días inolvidables, y su desfallecimiento lo recuerdo ahora como una anécdota divertida. Nos despedimos de mis tíos, fuimos directamente a dormir, y por la mañana regresamos en autobús a Sevilla.

En las vacaciones de Semana Santa de 1969 repetimos la experiencia, esta vez en la provincia de Huelva; faltó Paco García Mateos, y en su lugar vino José Pérez Bernal. Caminamos entre Aracena y Rosal de la Frontera, pasando por Fuenteheridos, Galaroza y Cortegana; gran parte de la ruta la realizamos por asfalto, y desde entonces fue la última vez que cargamos en una salida con tienda de campaña. Al llegar a Galaroza se notaba el frío y caía una fina pero persistente lluvia, decidimos alojarnos en el hotel Venecia. Por la noche vimos en televisión el Festival de Eurovisión, que se celebraba en Madrid: hubo un cuádruple ganador, entre ellos, España con Salomé y una olvidable canción. Finalizamos la excursión en Rosal de la Frontera, donde los padres de Carlos Benito poseían una casa; destacaba un bonito pozo en medio del patio, y como el pueblo ofrecía pocas posibilidades de entretenimiento, aprovechamos aquel para lanzarnos cubos de agua con el consiguiente enfado del anfitrión. La última jornada nos cambiamos de nombre, tomando las siguientes identidades: Camilovich Mean, Carlovitch Menean, Pepotoff Pean y Joseph Cagan. Los días transcurrieron con placidez, sin adversidades, y el tiempo fresco colaboró; sin embargo, eché en falta la ilusión permanente que mantuve en la primera excursión.

En los años siguientes realicé excursiones aprovechando los veraneos, finalizando todas ellas en mi pueblo. Para no cansar al lector, solamente contaré algunos detalles y anécdotas de esos viajes. En 1970 repetí la ruta Ronda-Algodonales, esta vez con José Luis Sánchez y José Antonio Bellido; destacaré dos sitios muy interesantes e inéditos para mí. El primero, la Cueva de la

Pileta en Benaoján (Málaga), descubierta en 1905 por el pastor José Bullón, igual que otras muchas, de manera fortuita. Cuando llegamos a la entrada, esperaban dos parejas de turistas franceses que también deseaban visitarla; un cartel indicaba que para entrar había que avisar al guía que vivía en una casa situada a varios centenares de metros de distancia. Ante la sorpresa de los turistas, José Luis, José Antonio y yo voceamos a la vez en dirección a la casa del guarda avisándole de nuestra presencia; en poco tiempo apareció, y resultó ser el nieto de José Bullón. Nos explicó que la cueva fue descubierta porque una cabra se introdujo por una hendidura de la sierra, su abuelo se metió a buscarla y encontró la gruta. Una vez en el interior, encendió una lámpara de petróleo, y nos recomendó que no nos separáramos de él porque existía una peligrosa y profunda sima a pocos metros de donde estábamos. Recorrimos la galería principal, sobrecogía caminar por aquel lugar que miles de años antes abrigó a nuestros ancestros; solo se oían las pisadas, el sonido de las gotas de agua que caían del techo y las concisas explicaciones del guía. En las paredes se observaban numerosas pinturas y grabados de estilo franco-cantábrico con representaciones de cérvidos, caballos, una yegua preñada, peces, cabras, toros, un bisonte, signos abstractos y figuras indeterminadas. Con la tenue luz de la lámpara no se veían bien las imágenes, lo cual daba más encanto y misterio a la visita. Cuando salimos de la mágica caverna desapareció el hechizo; en la entrada revoloteaban murciélagos. Los franceses no conocían a estos mamíferos voladores y no entendían el significado de esa palabra; a José Luis se le ocurrió llamarlos *petit vampyr*, y por fin comprendieron de qué se trataba.

El segundo episodio destacable de la excursión consistió en el ascenso al Pico San Cristóbal en la Sierra del Pinar. La noche anterior nos alojamos en Grazalema, emprendiendo la marcha al amanecer. Llegamos a la base del pico, dejamos allí las mochilas, y trepamos los últimos metros hasta la cumbre. Parecíamos hombres araña, ascendimos con lentitud, con mucha precaución, porque al más mínimo error caeríamos al vacío; usábamos las manos y los pies aprovechando las grietas de la pared rocosa. Respiramos tranquilos al llegar a la cúspide, que parecía un nido de águilas, y donde se alzaba una sencilla cruz de madera. A lo lejos se divisaba la Sierra de Líjar, destacando Algodonales en la parte baja de la ladera. Descendimos con idéntica cautela y nos sentimos aliviados al recoger las mochilas. Luego atravesamos el venerable bosque de pinsapos y el hermoso Paraje conocido como La Viña del Moro. Tras pasar por la Cañada de Ballesteros, llegamos a la pista forestal que acababa en la carretera; cerca nos esperaba Zahara. A partir de ahí conocíamos tan bien el camino que podríamos haber llegado a Algodonales con los ojos cerrados.

Solamente efectué una vez el recorrido Ronda–Acinipo–Montecorto–Algodonales. Los senderistas fueron más numerosos, José Luis Sánchez, Gabriel Nadales, Juan José Benítez, Guillermo el Zorro, Juan el John, el Clavos, y el narrador. Sin duda, lo más interesante de la excursión consistía en visitar las ruinas de la ciudad romana de Acinipo, ubicada cerca de Ronda. Resaltaba el magnífico emplazamiento a unos 1000 metros de altitud, contemplándose un extenso panorama de las provincias de Cádiz, Málaga y Sevilla. Acinipo se originó a partir de un poblado neolítico, conservándose varias cabañas de la Edad del Hierro, luego se convirtió en una ciudad ibérica fortificada. Su apogeo llegó en el siglo I con el emperador Augusto, teniendo tal importancia que consiguió acuñar su propia moneda. Destaca el Teatro, un Domus o casa señorial romana, y las Termas. Después de pasear entre las ruinas nos encaminamos hacia Montecorto; desconocíamos cuantos kilómetros nos faltaban para llegar. Cuando llevábamos andado un trecho le preguntamos a un aldeano a qué distancia se encontraba el pueblo, nos dijo que a una hora. Caminamos poco más de media hora y le hicimos la misma pregunta a otro campesino, respondiendo que faltaba una hora; algunos del grupo sonrieron. Más tarde nos cruzamos con otro aldeano y a la consabida pregunta, respondió que aproximadamente faltaba una hora; la carcajada del grupo fue general, supongo que el hombre nos tomaría por locos, porque esta vez era verdad: en una hora llegamos a Montecorto. El alcalde nos entregó la llave de la Escuela Pública, donde pasamos la noche; nuestras mantas nos preservaron de la dureza del lecho escolar.

En la única excursión con salida y llegada a Algodonales, pasamos por El Bosque, Ubrique, Benaocaz, Villaluenga, Grazalema y Zahara de la Sierra; me acompañaron José Luis Sánchez y Juan Pedro Ruiz. El primer día llegamos a El Bosque. A la entrada cruzamos una piscina natural donde se bañaban varias personas, que nos miraban con extrañeza por la pinta que llevábamos; seguimos adelante porque deseábamos ducharnos y cambiarnos de ropa. En la pensión surgió un pequeño problema: sólo quedaban libres dos habitaciones, pero una había que compartirla con un hombre; sorteamos quién dormiría con el desconocido y le tocó a Juan Pedro. Esa tarde y la mañana siguiente bromeamos a su costa, diciéndole entre otras cosas que por fin había encontrado el amor de su vida. Camino de Ubrique descansamos un rato en la orilla de un río, cerca de donde un trabajador cargaba guijarros en un camión; poco después se acercó a charlar con nosotros, y resultó ser el desconocido que había dormido en la habitación con Juan Pedro; aguantamos la risa. Por la noche paseamos por Ubrique; ha sido la única vez que he estado en ese

municipio conocido por la artesanía de la piel. Al día siguiente, en Villaluenga del Rosario, nos detuvimos para ver una capilla en ruinas, sin techumbre; no se habían tomado la molestia de retirar las imágenes situadas en el altar, que tenían las maderas carcomidas y los ropajes enmohecidos, hechos jirones, formando colgajos y dejando las esculturas parcialmente desnudas. Parecía una escena surrealista propia de un ensueño de Luis Buñuel. Las dos jornadas siguientes transcurrieron de forma apacible, caminando por lugares hermosos que ya he descrito en otras excursiones. Uno de los mejores recuerdos que guardo de esos días es la actitud distendida y alegre de mis dos compañeros.

.....

Y el mundo marchaba, los cursos se sucedían en la Facultad de Medicina. Entre otras asignaturas estudié Histología y Anatomía Patológica; no me cautivaron, aunque al menos me interesaron más que otras materias. Las clases las impartían el catedrático Diego Ribas Mugal y los adjuntos Pilar Panea, Ramón Gómez de Tejada y José María Rivera. Las escasas clases prácticas y los libros de texto poco didácticos (con ilustraciones en blanco y negro) no avivaron mi interés por esas dos asignaturas. Una mañana, en el Departamento de Fisiología observé un hecho repulsivo: experimentaban con un perro al que le habían practicado una amplia abertura en la pared torácica dejando al descubierto los pulmones y el corazón. Le habían realizado una ligadura de las arterias coronarias para provocarle un infarto de miocardio y analizar las reacciones que se producían en el organismo del animal. La persona que operaba era un joven, y aunque el animal estaba sedado, su comportamiento me pareció estúpido. Mientras fumaba tranquilamente, nos miraba presuntuoso, no sería la primera vez que torturaba a un perro; yo sí era la primera vez que lo presenciaba. Me acordé de Gilda y Toni; si el avance de la ciencia se basaba en martirizar animales, no me parecía correcto.

Entre los profesores destacaba una rara avis; Balen, el catedrático de Microbiología. Cuando en clase decía alguna cosa que consideraba graciosa, se reía de forma extraña, apretaba los labios y torcía la boca hacia un lado. De su actividad académica y de su vida se contaban anécdotas estrafalarias, recuerdo dos. Un año, al terminar de corregir los exámenes finales de junio, comunicó que las notas se entregarían en su domicilio particular. Mientras los estudiantes esperaban junto a la puerta de la casa, Balen se asomó al balcón y lanzó al aire los papeles con las calificaciones; imagino el barullo que se formaría en la calle hasta que cada estudiante encontró el suyo. Balen poseía

una finca en Extremadura. Un proveedor apellidado Castillo le vendió una piara de cerdos enfermos, que contagiaron a los suyos, y por consiguiente hubo que sacrificarlos a todos. Desde entonces, los alumnos con apellido Castillo suspendían una y otra vez la Microbiología; la única solución que les quedaba era cambiarse de Facultad. Estas extravagantes historias sucedieron pocos años antes de iniciar mis estudios de Medicina.

A partir del tercer curso las clases se impartían en el Policlínico Rector Hernández Díaz; las aulas se despoblaron, algunos dejarían de estudiar Medicina y a otros, por diversas causas, no les interesaría ir a clase. Por mi parte, seguía acudiendo a la Facultad, las tardes las pasaba estudiando y realizando otras actividades; al acercarse los exámenes no había más remedio que dedicar más horas al estudio. Las prácticas se realizaban en el vetusto -y de inquietante nombre- Hospital de las Cinco Llagas. Una mañana se desplomó el techo de una sala, hiriendo a pacientes y sanitarios; fue clausurado, construyéndose el nuevo Hospital Universitario. Pasados unos años, el antiguo edificio fue reformado para convertirse en la sede del Parlamento Andaluz.

En aquellos años disponía de poco dinero; no obstante, mis necesidades personales estaban cubiertas, ya que desde que nací pocas veces me separé de mis padres. Esto conllevaba ventajas e inconvenientes. Mis gastos consistían en comprar algún libro, jugar de vez en cuando una partida de billar y sobre todo, ir al cine varias veces a la semana, especialmente a los de barrio, por ser más económicos. A la Facultad, que estaba poco más de media hora desde mi casa, iba caminando; no se me pasaba por la cabeza coger el autobús, y mucho menos un taxi como hacía Rafael Pimentel. Alguna vez le escuché decir a mi padre que si una persona, por ejemplo, ganaba diez, no debía gastar diez, ni nueve, ni siquiera ocho, a lo sumo siete; convenía ahorrar por si surgía un gasto imprevisto. Esa forma de proceder he procurado seguirla durante toda mi vida, no crearme necesidades superfluas, y esforzarme por ahorrar.

.....

En el Colegio Portaceli, situado cerca del estadio Sánchez Pizjuán, algunos fines de semana organizábamos partidos de fútbol en un campo de tierra de dimensiones más reducidas de lo habitual. Nos reuníamos un grupo de amigos; unos días jugábamos entre nosotros, y otros, contra un equipo formado por antiguos alumnos del colegio. En un lateral del terreno de juego había una huerta, en la que a menudo trabajaba un hombre corpulento de unos cuarenta años, que a veces miraba cómo jugábamos. Un día le preguntamos

si quería participar en un partido de entrenamiento, dejó la azada en un surco del huerto, y se acercó con lentitud. Llevaba una camiseta muy ajustada y un pantalón corto que dejaban ver su poderosa musculatura; calzaba viejas alpargatas manchadas de barro. Mientras se acercaba, lo reconocí; sin querer, dije en voz alta: *¡Pero si es Idígoras!* Me miró con gesto inexpresivo y asintió. Había sido delantero centro del Sevilla F.C., y yo lo había visto jugar varias temporadas en el Sánchez Pizjuán. Era un jugador muy valiente, arrollaba con su coraje a los defensas contrarios, y poseía un innato y certero remate de cabeza debido a su potente salto. Recordaba un partido nocturno de la Copa del Generalísimo jugado en el campo del Sevilla. En la ida el Español de Barcelona había ganado en Sarriá 2-0, y en la vuelta el Sevilla venció 3-0. Los tres goles los marcó Idígoras. Al finalizar el partido, los aficionados coreábamos al unísono: *¡Idígoras... Idígoras... Idígoras...!* Un grupo de hinchas saltó al césped, lo alzaron a hombros, y como si fuera un torero, lo llevaron al vestuario. Ha sido el único futbolista al que he visto sacar de esa forma de un terreno de juego. Al final de esa temporada lo fichó el Español; no seguí su trayectoria deportiva. Ahora se disponía a jugar un partido con nosotros. Cada vez que tenía ocasión le pasaba el balón, pero le noté cabizbajo y torpe. Si alguna vez tuvo algo de técnica la había perdido, no podía controlar el cuero y menos, hilvanar una jugada. Aquel partidillo me dejó pensativo y triste, no comprendía cómo había llegado a esa situación; lo tuve entre mis manos en forma de cromó, pocos años antes coreaba su nombre, y ahora se había convertido en un ídolo caído, en un juguete roto. Evidentemente, no siguió el consejo de mi padre, derrochó el mucho dinero que había ganado.

.....

Mi afición al cine creció tanto que acabó en pasión. Al llegar a casa desde la Facultad, lo primero que hacía era repasar la cartelera en el periódico para saber los títulos que me interesaban. En la década de los 60, grandes directores seguían en activo. A veces, en las salas de reestreno proyectaban películas clásicas y pude ver **Fort Apache**, **Pasión de los fuertes**, **Los mejores años de nuestra vida** y **El tercer hombre**. Con esta última recuerdo una anécdota singular. Leí en la cartelera que la proyectaban en un cine de la lejana barriada del Cerro del Águila; ese mismo día fui a verla. El lugar estaba tan distante que calculé mal el tiempo, y cuando llegué, pasaban varios minutos de la hora señalada para el inicio de la sesión. Apenas me detuve en la taquilla y compré una entrada de abajo -muchas salas tenían una zona baja o patio

de butacas, también llamada abajo, a diferencia de la parte alta o arriba. Al entrar en el local, observé que abajo correspondía a las siete primeras filas, muy cerca de la pantalla. La sesión había empezado y no quise perder tiempo en descambiar el ticket; me senté en una butaca de la séptima fila y contemplé la película con la cabeza erguida. No obstante, a los pocos minutos me olvidé de las incomodidades. Las imágenes que aparecían me atraparon desde el primer momento: empezando por las vicisitudes de la llegada de Martin (Joseph Cotten) a Viena, la primera aparición de Harry Line (Orson Welles) en la penumbra -con expresión burlona y un gato acariciándole los pies-, el diálogo en la noria entre Harry Line y Martin, la persecución en las alcantarillas, y el último y largo plano en una calle del cementerio. Por el centro avanzaba lentamente Ana (Alida Valli), mientras Martin permanecía a la izquierda apoyado en un carro de leña; Ana pasaba por delante de Martin, ignorándolo, y sale del campo de visión. Varios segundos después aparece la palabra fin. Las imágenes estaban acompañadas por el sonido de la cítara de Anton Karas. He vuelto a verla muchas veces en televisión. **El tercer hombre** (Carol Reed) es tan sublime como otras películas que contemplé en aquellos años: **La mujer del cuadro** (Fritz Lang), **Laura** (Otto Preminger), **Encadenados** (Alfred Hitchcock), **Eva al desnudo** (Joseph Leo Mankiewicz), **Ciudadano Kane** y **Sed de mal** (Orson Welles) **Fresas salvajes** (Ingmar Bergman) y **Centauros del desierto** (John Ford).

En televisión se programaban excelentes y variados ciclos de cine francés, italiano y japonés, lo que me permitió conocer a los directores Kenji Mizoguchi, Yasujiro Ozu y Akira Kurosawa; también se proyectaron películas mudas, western clásico y cine negro. Uno de los ciclos que más me gustó fue dedicado al director Douglas Sirk, viéndose la mayor parte de su filmografía, incluidas sus primeras obras realizadas en su Austria natal. El ciclo lo dirigió Antonio Drove, entonces joven director de cine. Sirk, ya jubilado y retirado, residía en Suiza; allí se desplazó y permaneció varias semanas Antonio Drove entablando una larga y fructífera entrevista con el director austríaco. Antes de comenzar cada película programada, Drove la presentaba, y al finalizar la sesión insertaba la parte de la entrevista correspondiente. Las preguntas inteligentes de director a director, las respondía el cineasta con sabiduría. Recuerdo la relevancia que le daba a la elección del título, al significado y simbolismo de los espejos, y la importancia de los colores; también expuso sus ideas sobre el arte y la vejez. Creo que esta entrevista no se llegó a editar, no tenía nada que envidiar a la que François Truffaut mantuvo con Alfred Hitchcock en el libro **El cine según Hitchcock**. Los argumentos de los filmes de Douglas Sirk, en manos de otro

director serían ridículos e inverosímiles; pero él, con su maestría, los convirtió en melodramas sobresalientes. Mi preferido es **Tiempo de amar, tiempo de morir**, seguido de: **Escrito sobre el viento**, **Ángeles sin brillo**, **Siempre hay un mañana**, e **Imitación a la vida**.

.....

De forma breve no puedo dejar de mencionar el entusiasmo que me produjo la serie Cosmos, dirigida por el científico y divulgador Carl Sagan, en la que cada programa estaba dedicado a un planeta. Aun cuando los conocimientos que existían del Sistema Solar y los efectos especiales no eran los actuales, la serie me pareció magnífica y reforzó mi interés por la Astronomía.

Lo mismo que sucede en otros planetas, la Tierra no se libra de las actividades tectónicas; sobre todo, recuerdo el seísmo que aconteció el 28 de febrero de 1969. De madrugada me despertaron unas fuertes sacudidas; al principio creía que alguien había zarandeado la cama, me levanté y encendí la luz. La lámpara del techo aún oscilaba y el cabecero se había desplazado varios centímetros de la pared. Mis padres también se levantaron; los tres nos sentamos en la sala de estar en torno a la mesa camilla comentando lo sucedido, comprobando con inquietud, que en la pared donde estaba colgado el espejo se había producido una grieta desde el techo hasta cerca del suelo. A través de los cristales del balcón observamos grupos de personas que permanecían en el centro de la plaza en prevención de nuevos temblores. Esa fecha probablemente la habría olvidado, sin embargo, aquel mes de febrero fue extraño, todos los días llovió. En Sevilla hay gente que se ríe hasta de su sombra, el día siguiente al seísmo circuló por la ciudad un dicho ingenioso: *¡Qué poca vergüenza ha tenido el mes de febrero, todos los días ha estado meando y para colmo, el último, se ha tirado un pedo!*

.....

Desde finales de la década de los 60 visité con asiduidad museos y otros lugares de interés artístico o cultural. Las hordas turísticas todavía no habían llegado, en los museos no existían aglomeraciones, y las obras expuestas se podían contemplar con calma y en silencio. Me encantaba entrar en el Museo Arqueológico ubicado en la Plaza de América, en el Parque de María Luisa. Pasear por las salas entre bustos y estatuas romanas producía una sensación de intemporalidad; me llamaban la atención una escultura de bronce y el busto de

mármol del emperador Augusto. No me cansaba de admirar en semipenumbra el tesoro de El Carambolo, descubierto en 1958 en el cerro del mismo nombre, en las proximidades de Camas. De origen tartésico-fenicio, está constituido por anillos, brazaletes, collares y pectorales de oro, de exquisita orfebrería. Hace unos años volví a contemplarlo en el Museo Arqueológico Nacional. El Museo de Bellas Artes está situado en una plaza presidida por una escultura dedicada a Bartolomé Esteban Murillo; ocupa el antiguo convento de la Merced. Me gustaban el edificio y los cuadros del pintor sevillano.

Todos los años caminaba desde Sevilla hasta las ruinas de Itálica, en Santiponce, cerca del río Guadalquivir. La ciudad fue fundada en el año 206 a.C. por Publio Cornelio Escipión, el Africano, como lugar de descanso para los veteranos de guerra. Me asombraba que esa pequeña ciudad fuese el lugar de origen de dos emperadores tan ilustres como Trajano y Adriano. Se cree que la población se mantuvo hasta la época musulmana. Destaca el Teatro, el Anfiteatro, el Templo de Trajano y las Termas. Un día, mientras paseaba por las ruinas observé que en el suelo sobresalía un objeto. Era la parte superior de un frasco de color azul celeste; lo conservo como una joya.

Con Pepe Almoguera, estudiante de Filosofía y Letras, visitamos varios palacios; el más deslumbrante fue el de los marqueses de Lebrija en la calle Cuna. Fue construido en el siglo XVI, siendo uno de los mejor pavimentados de Europa; posee quinientos ochenta metros cuadrados de mosaicos romanos que recubren todo el suelo y las paredes de la planta baja. El museo atesora obras de arte desde la Antigua Grecia y Roma hasta una pintura de Sorolla. Una mañana llegamos al vestíbulo, le dijimos al conserje que estudiábamos Filosofía y Letras y deseábamos conocer el museo. Nos permitió la entrada; antes de marcharse nos recomendó que no hiciéramos ruido, porque en la planta superior descansaban los hijos de los marqueses. Me sorprendió la confianza que depositó en nosotros al dejarnos solos. Vimos con tranquilidad las innumerables obras artísticas, entre ellas piezas romanas procedentes de las ruinas de Itálica y de otros países, estatuas, columnas, bustos grecorromanos, ánforas, lucernas, vasijas, jarrones chinos, litografías japonesas, tallas de madera, estatuillas y marfiles. Creo que pudimos haber permanecido en el palacio toda la mañana, pero no quisimos abusar de la sorprendente amabilidad del portero.

Otro día nos acercamos en coche a Coria del Río para ver los restos de un barco romano recién descubierto. Al llegar al sitio, vimos que se conservaba parte de su estructura; esparcidos por el fango se observaban numerosos fragmentos de los eslabones de la cadena del ancla, cogí uno rugoso y oxida-

do. Me emocionó sostener en las manos un objeto fabricado 2000 años antes.

Más tiempo nos llevó la excursión a Medina Azahara, mágica ciudad palaciega mandada construir por Abderramán III en el siglo X. Está situada a los pies de Sierra Morena, en las cercanías de Córdoba. Tuvo una efímera existencia, ya que fue destruida a los setenta años de su edificación. Cuando estuvimos allí, seguían sacando a la luz elementos de las ruinas de la ciudad y de sus jardines.

Con Juan Fernández Ortega realicé varias excursiones de notable interés. Buscando la casa familiar de Don Gaspar de Guzmán y Pimentel, más conocido como Conde Duque de Olivares, valido del rey Felipe IV, viajamos al pueblo de Olivares en el Aljarafe. Una vez en la calle donde se supone que estuvo ubicado el palacio del Conde Duque, indagamos intentando averiguar su emplazamiento exacto: entramos por una amplia puerta que conducía a un patio enlosado. Mientras observábamos el edificio, se acercaron dos guardias civiles, que nos llevaron a un despacho en el que había otro agente sentado detrás de una mesa; nos pidió el DNI, y tras un breve interrogatorio, nos dejó marchar. Una vez en la calle, levantamos la cabeza, y en la parte superior de la entrada vimos un cartel con el lema TODO POR LA PATRIA. Regresamos a Sevilla malhumorados por el incidente, y sin confirmar si el edificio donde habíamos entrado era la antigua casa familiar del hombre que vivió obsesionado por la pasión de mandar.

Más provechosa fue la visita a la necrópolis romana de Carmona; tuvimos la suerte de que no aparecieran guardias civiles, ni la guardia pretoriana. Fue utilizada desde el siglo II a.C., y es uno de los conjuntos funerarios romanos de mayor extensión y mejor conservados de la Península Ibérica. Las tumbas se excavaban en la roca; en su interior se depositaban las urnas cinerarias con las cenizas del difunto, accediéndose por un pozo o una escalera. Los ajuares funerarios descubiertos se exponen en el museo situado a la entrada. El día de la visita se notaba un intenso calor; antes de entrar al recinto compré un helado, y en el recorrido, la bola se me cayó; quité el trozo que había contactado con el suelo, puse el resto del helado en el cucurucho, y me lo tomé tranquilamente. Esta anécdota la había olvidado, Juan Fernández me la ha recordado hace poco; supongo que le extrañaría mi falta de escrupulosidad. Paseamos por la necrópolis; estaba solitaria, no obstante, nos acompañó el estridente chirrido de las incansables cigarras. Descendimos a la tumba de Servilia, en la que destacaba un elefante de piedra muy erosionado por el tiempo. Nos sentamos a la sombra, y pensé en una época lejana cuando los sirvientes bajaban -portando bandejas de comida y bebida- para celebrar el

banquete en memoria de la difunta. En las cercanías existe un anfiteatro parcialmente excavado en la roca.

.....

Mientras tanto, debido a la enfermedad de mi padre, los veraneos en Algodonales cambiaron; las largas vacaciones de años anteriores se acortaron. Mi padre no se encontraba bien en ninguna parte, las incomodidades y los dolores le agobiaban. Estando allí un día de julio de 1969, se levantó por la mañana con deseos de ir a Arriate -su lugar de nacimiento-, que distaba unos 40 kilómetros. Realizamos el viaje, dimos un corto paseo por el pueblo y entramos en casa de un pariente lejano al que apenas conocíamos; poco después se sintió indispuesto y regresamos con rapidez, fue su despedida de Arriate. Unos días más tarde también nos marchamos de Algodonales.

En representación de mi familia, viajé alguna vez a mi pueblo para asistir a entierros de familiares y amigos. Antonio Ramírez nos mantenía informados de las noticias que allí sucedían; una tarde nos telefoneó para comunicarnos el fallecimiento del marido de Catalina Barbarita, amiga de mi madre. El día siguiente por la mañana tomé el autobús; a la llegada me esperaba mi primo Antonio, para ir juntos a dar el pésame a la familia. Por el camino me explicó que minutos después de fallecer el marido de Catalina, murió su suegra, que vivía en la misma casa; probablemente por su avanzada edad no conoció la muerte de su hijo. Fue un hecho insólito, una burla del destino.

Otro día, con mi hermano y nuestro primo Juan de Jesús, asistimos al entierro de mi tío Lorenzo Leo, aquel que me llevó a cazar pajaritos con la pegajosa liria. No he olvidado el viaje de vuelta. Juan de Jesús, que estaba sentado en el asiento del copiloto, empezó a charlar echándose encima de mi hermano y no dejándole espacio ni para cambiar de marcha. Temiendo el viaje que le esperaba, se le ocurrió una idea: le dijo que cada vez que nos cruzáramos con una mujer por la carretera o al pasar por los pueblos, la llamara con algún nombre que se le ocurriera. Mi primo aceptó la sugerencia, bajaba el cristal de su ventanilla y voceaba, unas veces ¡Mariíííaaa!, ¡Peeepaaa!, ¡Juuaanaaaa! y otras ¡Aaaaaa!, ¡Loolaaa...!, ellas miraban sorprendidas, y algunas, por la cara que ponían, se quedaban con la duda de quién las llamaba. Con esta estrategia la conducción fue relajada y mantuvimos entretenido a nuestro primo, que acabó el viaje ronco de tanto gritar.

Una tarde me encontraba en el sofá repasando apuntes de clase, mi padre estaba sentado junto a la mesa camilla hojeando el periódico. En ese ambiente

apacible apareció Juan de Jesús, cogió una silla y se colocó junto a su tío; como tenía por costumbre, comenzó a hablar muy alto y cerca de él, con la buena intención de distraerlo. Mi padre, incómodo, se desplazó un poco a su derecha; mi primo hizo el mismo movimiento, siguiéndolo, desplazamientos que se repitieron varias veces. Llegó un momento en que no pudo moverse más, y mi progenitor quedó aprisionado entre la puerta del balcón y su sobrino. En ese instante entró mi hermano interesándose por la salud de mi padre, que muy serio dijo: *Aquí estoy con Juan de Jesús, acabamos de dar tres vueltas a la mesa camilla. Esta ingeniosa respuesta rompió la tensa situación, provocando una carcajada general.*

Como mi padre ignoraba la gravedad de su enfermedad, pensaba en mejorar y recuperarse para pasar largas temporadas en Algodonales, donde podría pasear, conversar con sus amigos y entrar en la tienda para hablar con su sobrino Antonio, al que tanto apreciaba; en resumen, distraerse y que su vejez transcurriera con tranquilidad y sosiego. Mandó reformar parte de la planta baja de la casa para acondicionar un dormitorio con cuarto de baño. Sin embargo, el cáncer progresaba de forma inexorable, apreciándose el deterioro día a día. El 20 de diciembre de 1969 escribió desde Sevilla la última carta, con letra temblorosa y casi ilegible; comentaba el presupuesto de la obra, que por fin había concluido. Luego escribía: *Antonio cada día tengo más molestias, no sé en qué va a terminar esto. Muchos recuerdos a tu familia.* Conservo esa carta porque mi primo me la entregó unos meses después para que la guardara de recuerdo. A los pocos días se metió en la cama y ya no la abandonó; los dolores eran tan intensos que el médico le recetó morfina. Algunas tardes estudiaba sentado en un sillón junto a la cabecera de su cama, él abría los ojos, me miraba y luego se quedaba adormecido. En las últimas semanas de vida, mi tío Manuel y mi primo Antonio venían todos los domingos desde Algodonales a visitarlo. La última vez mi tío, que presagiaba el final, no quiso entrar en la habitación; nos dijo que no deseaba que el postrero recuerdo de su hermano fuera el de un moribundo.

Una mañana temprano mi hermano me despertó. Yo estaba profundamente dormido, ya que de madrugada me había levantado para inyectarle morfina a mi padre; me desvelé y tardé mucho tiempo en conciliar el sueño. Al incorporarme presentí lo que había sucedido. Cuando llegamos al dormitorio noté un silencio extraño, mi madre estaba quieta como una estatua junto a la cama. La respiración ruidosa y el leve quejido que mi padre emitía las semanas anteriores habían cesado. Yacía acostado boca arriba, cubierto por la sábana; sólo se le veía la cara, con los párpados entreabiertos. Le toqué la frente, estaba

fría pero no demasiado, Antonio, en voz baja me preguntó si había muerto; asentí, su vida se acababa de marchar sigilosamente como una sombra. Mi madre, llorando y lamentándose salió de la habitación, mi hermano también lo hizo para realizar varias llamadas telefónicas. Este hecho sucedió el día 23 de marzo de 1970, un Martes Santo; ironía del destino, esa tarde pasaría por delante de mi casa la procesión del Cristo del Buen Viaje, de la iglesia de San Esteban. Mientras lo afeitaba con su vieja máquina eléctrica, vi la transformación que en pocas horas había experimentado su rostro: parecía de cera, el gesto de dolor de sus últimos días había desaparecido, mostraba placidez, la placidez de la muerte; lo que más cambió fue su nariz, que se convirtió en fina y delicada, propia de las esculturas funerarias. Después abrí el armario, registré los bolsillos de la última chaqueta que se había puesto, y encontré su cartera de piel con una antigua foto, un bonobús caducado y varios palillos de dientes. Todas esas cosas, incluida la máquina de afeitar, la carta mencionada, un reloj, su anillo de sello y la pluma estilográfica que me regaló el año antes de morir, las guardo desde aquel día como un tesoro. Me asomé al balcón lleno de tristeza y melancolía; poco después observé que Antonio Figueredo se acercaba a mi casa, probablemente con la intención de dar un paseo por el centro de Sevilla para ver el ambiente de la Semana Santa. Desde el balcón le expliqué lo sucedido, hizo un gesto de pesar, y se marchó.

Más tarde empezaron a llegar familiares y amigos. Por la noche, varios de ellos, entre los que se encontraba mi hermana Juanita, se reunieron en la sala de estar, alrededor de la mesa camilla, contando historias y anécdotas sobre la vida de mi padre. A medianoche me acosté en un cuarto pequeño, situado a la entrada del dormitorio en el que yacía el cuerpo; apenas pude dormir, continuamente entraban y salían personas para velar el cadáver. Mientras, en la reunión, seguían contándose anécdotas; Juanita, nerviosa, con un pañuelo en las manos, unas veces lloraba y otras reía.

Del entierro conservo pocos recuerdos, numerosas personas ocupaban la calle y llenaban la parroquia de San Isidoro. El párroco, en lugar de situar el féretro en la parte delantera cerca del altar como era lo habitual, mandó colocarlo a los pies del templo; mi madre no olvidó este detalle, y en lo sucesivo dejó de asistir a esa iglesia. La enfermedad y muerte de mi padre fue una dura prueba para ella; durante los tres años que había durado ese proceso no se retiró de su lado, viendo y afrontando con entereza el sufrimiento de su esposo. Además, en ese período, la artrosis generalizada que padecía, se acentuó. Mis hermanos le aconsejaron buscar una asistenta para acompañarla y ayudarla en los quehaceres de la casa. Esa mujer fue Rosa Gamero; viuda,

que residía en Algodonales. Era una persona alegre y cariñosa, convirtiéndose en poco tiempo en un miembro más de la familia.

.....

Seguía sin tener inclinación por la medicina; por el contrario, continuaba con mis aficiones, sobre todo el cine, que cada día me apasionaba más. Con un dinero que había heredado me compré un tomavistas de super 8 mm, un trípode y un fotómetro; este último apenas lo utilicé porque comprobé que no se necesitaba. Leí con detenimiento el manual de instrucciones y en los meses siguientes, mientras veraneaba en Algodonales, realicé pruebas con la cámara: panorámicas, travellings, zooms, aberturas, fundidos a negro, etc. Aunque el trípode proporcionaba estabilidad a la imagen, impedía mover la cámara con soltura para mantener en todo momento un encuadre adecuado.

Una vez que aprendí todas las posibilidades del tomavistas, lo siguiente era buscar un argumento para realizar mi primera película. En aquellos días vi en televisión **El signo del león**, de Eric Rohmer, que narraba la vida de un vagabundo en una ciudad; me pareció buena idea filmar a un indigente deambulando por las calles de Sevilla. Se lo comenté a Antonio Figueredo, y acordamos que él lo interpretaría. Localicé los lugares para el rodaje, y al inicio de 1971 realizamos el cortometraje con el título **¡Rechazado!** Mi hermana Margarita aparece en una toma saliendo de una supuesta panadería; esa escena se rodó en el patio del chalet donde vivía, en la calle Beatriz de Suabia. En otro plano rodado en la Plaza de América, estoy sentado en un banco engullendo un enorme bocadillo; cerca se encontraba un coche de caballos, con el animal comiendo un puñado de paja. El vagabundo pasaba por allí y nos miraba con envidia. Previamente habíamos alquilado el carruaje; nos acompañaban Braulio Ramírez y Manuel Hernández, que intervenían en otra secuencia. Una vez llegamos al lugar del rodaje, colocamos la cámara en el sitio previsto; sin embargo, el cochero, al observar nuestras dudas, nos dio unas indicaciones tan simples y lógicas que acabó codirigiendo la escena. Lo único que me gustó del cortometraje fueron las imágenes finales con el protagonista andando junto a la vía de un tren, observándose en las cercanías unas enormes cisternas industriales de color rojizo.

Las cintas de super 8 las enviaba por correo a un laboratorio que las devolvía reveladas al cabo de una semana. Durante la espera, estaba impaciente por temor a que se extraviaran; tuve la suerte de que nunca sucedió. Con la ayuda de la moviola realizaba el montaje, después la enviaba a otro labora-

torio para colocarle una fina banda magnética donde se grababa el sonido. A **¡Rechazado!** no se la puse, y se mantuvo como un cortometraje mudo de siete minutos de duración.

Para el segundo corto, **El sueño**, rodado en Algodonales en febrero de 1972, elegí un argumento que reunía algunas de mis aficiones: dos amigos viajan en coche a un pueblo para explorar una cueva; al salir, descansan junto a la entrada, y uno de ellos se duerme mientras lee un libro. Sueña que en ese lugar habitan hombres prehistóricos, se integra en el grupo, observa sus costumbres, intenta robarles un ídolo, es descubierto y apresado; cuando se disponen a sacrificarlo, vuelve a la realidad. Con los medios de que disponía, la película era difícil de filmar y estaba por encima de mis posibilidades técnicas y económicas. Se necesitaban extras, vestirlos adecuadamente, desplazarnos hasta Algodonales, y el rodaje debía ser rápido para no prolongar nuestra estancia. En la Facultad habíamos observado a un compañero de clase, tenía largos cabellos rubios y facciones prominentes. Le explicamos lo que pretendíamos hacer, y sin dudarlo dijo que deseaba participar; se llamaba Luis Pérez Torres. Él mismo nos proporcionó varias pieles de cabra que utilizamos para vestir a algunos cavernícolas; el ídolo prehistórico lo fabriqué con masilla. Necesitábamos un coche para la llegada al pueblo de los dos protagonistas; Braulio Ramírez consiguió un Citroen 2 CV. Los actores y el reducido equipo técnico nos desplazamos a Algodonales en autobús, alojándonos en mi casa. Gabriel Nadales y Juan el John, conocidos del pueblo, participaron como extras.

Juan Carlos Jurado y Braulio Ramírez improvisaron un grupo musical semejante a una tuna universitaria; ensayamos brevemente y por la noche rondamos a mi prima Mari Pepa Ramírez, a María José Rojas, hija del alcalde, y a una maestra que conocimos aquella tarde. Después de cada intervención nos invitaban a una copa de anís o de coñac con un dulce. El alcalde Lorenzo Rojas puso a nuestra disposición un municipal para acompañarnos en el recorrido por el pueblo. Una vez terminada la ronda, nos dirigimos a mi casa para descansar; advertí en la semioscuridad de la calle que a corta distancia nos seguía una pareja de guardias civiles embozados en una capa, con un fusil en la mano derecha. Parecían dispuestos a entrar en acción. Se lo comenté al policía local, que se acercó a la pareja para decirles que éramos gente de bien, gente de paz; no obstante, persistieron en su actitud. Llegamos a mi casa, entramos y me olvidé de las dos amenazadoras figuras. Aquella noche solo conseguí dormir varias horas pensando en el rodaje del día siguiente.

Empezamos filmando un largo travelling desde el interior del coche, circulando por la calle principal de Algodonales; yo estaba sentado en el asiento

trasero, indicándole a Braulio el conductor, que no se detuviera para no cortar la escena. A través del parabrisas se reconocen muchas personas que en aquella época vivían en el pueblo. A continuación, todo el grupo de amigos caminamos hasta la gruta. El tiempo fue desapacible, lloviznó y los cavernícolas que estaban semidesnudos, tomaban un trago de coñac en las pausas del rodaje para combatir el frío. El único extra que parecía un cavernícola de verdad era Luis Pérez. Actuó todo el tiempo descalzo, solo vestía un taparrabos de piel de cabra, hacía todo lo que se le decía, corría, saltaba ..., en la escena de la persecución del ladrón, resbaló, se golpeó contra el suelo, pero inmediatamente se levantó y siguió corriendo. Mis compañeros no olvidaron los dos días que pasamos en el pueblo. Cuando en 1992 nos reunimos para celebrar el 25 aniversario de nuestra promoción, llevaron una fotografía gigante tomada durante el rodaje, en la que aparecemos abrazados y andando por el Callejón de Piedra de Algodonales.

Después de la experiencia de dos cortometrajes, saqué algunas conclusiones: me gustaba la preparación de la película, pensar el argumento, localizar exteriores, escribir el guion literario, y planificar la parte técnica. Sin embargo, en los rodajes me sentía inseguro, nervioso, surgían problemas con los que no había contado, dedicaba toda mi atención a la cámara, los actores -que eran mis amigos- carecían de experiencia, y yo no atinaba a darles explicaciones precisas y convincentes sobre lo que debían hacer. En el proceso creativo, donde más disfrutaba era en el montaje -a diferencia de los rodajes donde predominaban las prisas y la improvisación-; en esta fase disponía de tiempo y tranquilidad, aprendía cine modificando el ritmo de las imágenes, limando defectos, y en suma, creando la película. Utilizaba guantes de hilo para no dejar mis huellas en la cinta; a lo largo de los años compré empalmadoras cada vez de más calidad. La banda sonora, sobre todo en los diálogos, dejaba mucho que desear (debido a los problemas técnicos inherentes al super 8). Para soslayar este inconveniente, no grababa sonido directo; más tarde le incorporaba la música y la voz en off de un narrador.

En proporción con el nivel de vida de aquella época, los carretes de películas de super 8 eran muy caros. Cada carrete filmado a la velocidad de 24 imágenes por segundo duraba dos minutos y treinta segundos, y salía por unas trescientas pesetas. Realizar una película resultaba una afición costosa y yo no disponía del presupuesto del productor Samuel Bronston. Me informé que en Ceuta las películas -igual que otros muchos artículos- costaban la mitad que en España. Como necesitaba cintas virgen porque estaba preparando un nuevo cortometraje de mayor duración que los dos anteriores, organicé un

viaje con Luis Pérez y otro amigo; el trayecto de ida y vuelta sólo suponía dos días. Salimos de Sevilla en coche con destino a Algeciras, donde embarcamos; esa misma tarde hicimos las compras. La cantidad que se podía adquirir de un mismo artículo estaba limitada; a mí me interesaban las películas, Luis llevaba el encargo de comprar whisky escocés, y nuestro amigo, tabaco rubio americano. Por la mañana, antes de subir al barco, entramos en el concesionario de Mercedes ubicado cerca del puerto. A Luis le ilusionaba comprarse algún día un coche de esta marca; serio, como un actor en el papel de un joven millonario, se montó en varios modelos de la exposición y le informaron de los precios. Mientras permanecemos en el concesionario estuve aguantándome la risa. Para su desilusión, Luis comprobó que un Mercedes costaba mucho más que una botella de whisky escocés. Al regreso, antes de pasar la aduana de Algeciras nos distribuimos las compras, y después elegimos lo que a cada uno nos interesaba; el ahorro lo invertíamos en el viaje, y durante dos días olvidábamos la rutina de la Facultad.

.....

En aquellos maravillosos años, al menos veía una película diaria. Además de las que ponían en televisión, iba al cine con frecuencia y los fines de semana acudía a los cineclubs; descubríamos nuevos filmes, hablábamos de cine intercambiando opiniones y seguíamos aprendiendo. Contemplaba nuevas obras sublimes como **Amanecer** (W. F. Murnau), **Siete ocasiones** y **El maquinista de la General** (Buster Keaton), **Ser o no ser** (Ernst Lubitsch), **La mujer pantera** y **Yo anduve con un zombie** (Jacques Tourneur), **La noche del cazador** (Charles Laughton), **El increíble hombre menguante** (Jack Arnold), **Los sobornados** (Fritz Lang), **Anatomía de un asesinato** (Otto Preminger), **Te querré siempre** (Roberto Rossellini), **Gertrud** (Carl Th. Dreyer), **Mi noche con Maud** (Eric Rohmer), **¡Qué verde era mi valle!** y **El hombre que mató a Liberty Valance** (John Ford), **Psicosis**, **Vértigo** y **Con la muerte en los talones** (Alfred Hitchcock).

Cuando una película me gustaba mucho o técnicamente pensaba que podría aportarme alguna idea para mis cortos, los días siguientes procuraba verla de nuevo. A veces lo hacía dos y hasta tres veces seguidas; un día, en el cine Cervantes, entré a las cinco de la tarde y salí a las once de la noche. Llevaba conmigo un bloc de notas, un bolígrafo y una pequeña linterna para ayudarme a escribir en la oscuridad; supongo que cuando el acomodador pasaba cerca de mí, me observaría con extrañeza y recelo. No he olvidado algunas películas que estrenaron entonces: **Faraón** (Jerzy Kawalerowicz),

Romeo y Julieta (Franco Zeffirelli), **La vida privada de Sherlock Holmes** (Billy Wilder), **El guateque** (Blake Edward), **El carnicero** (Claude Chabrol), **Dos en la carretera** (Stanley Donen), **Paseo por el amor y la muerte** (John Huston), **Grupo Salvaje** (Sam Peckinpah), **El ejército de las sombras** (Jean Pierre Melville), **La noche americana** (François Truffaut), **La huella** y **El día de los tramposos** (Joseph Leo Mankiewicz) y **Frenesí** (Alfred Hitchcock). A menudo entraba en la librería Montparnasse para comprar algún libro. Me alegraba enormemente ver a André Duval; recordaba sus apasionadas charlas de iniciación al Séptimo Arte.

.....

En el piso donde ahora vivo, hay a la entrada una consola de caoba; lleva conmigo más de cincuenta años. Contaré su historia: un jueves, al terminar las clases en la Facultad, en lugar de regresar a casa por el camino habitual, lo hice por la calle Feria. En ese lugar, todos los jueves se montaba un mercadillo parecido al Rastro madrileño; en él se podían encontrar multitud de objetos de muy diverso interés. Aquel día caminé entre los puestos y al llegar casi al final, observé una consola que, a pesar del deficiente estado de conservación, llamó mi atención. Cuando llegué a casa se lo comenté a mi madre. Notando mi entusiasmo, nos acercamos para verla; a ella también le gustó. Hablamos con el vendedor, nos dijo que había adquirido el mueble en un seminario del País Vasco. Acordamos un precio, y esa tarde lo llevaron a nuestra casa. Al día siguiente, el hombre nos reclamó más dinero, porque opinaba que nos lo había vendido muy barato; mi madre, enfadada, le replicó que nos devolviera el dinero y se llevara el mueble, el vendedor se marchó y no lo volvimos a ver. Un ebanista restauró la consola y diseñó un adorno que colocó en la parte inferior entre las patas, para al mismo tiempo darle más estabilidad. Una vez restaurada se pudo apreciar su belleza. En el frontal se observan racimos de uvas, hojas y figuras concéntricas; en el centro se adivina un escudo rodeado por dos florecillas de marfil. Las patas delanteras curvadas, imitan las de un animal mitológico y muestran una elaborada talla con motivos vegetales. En la cara superior, haciendo contraste con el color de la caoba, se aprecian múltiples incrustaciones decorativas en madera de limoncillo, y en las esquinas, flores de lis. En el centro, grabado en la madera en tres niveles se lee: *MANUEL YGLESIAS DEDICA A SU DIRECTOR ESTE RECUERDO*. He reflexionado muchas veces sobre la identidad de Manuel Yglesias. ¿Quién sería su Director? ¿Por qué le hizo ese bello regalo?

.....

Al aproximarse los exámenes de junio finalizaban las clases en la Facultad, y durante unas semanas tenía la obligación de dedicarle más tiempo a la Medicina que a otras actividades. Algunas mañanas, cuando apretaba el calor, estudiaba en el Parque de María Luisa que distaba de mi casa unos veinte minutos. Después de callejear por el centro, cruzaba los Jardines de Murillo, pasaba junto a la Universidad de Sevilla y entraba en el parque. Mi sitio preferido para estudiar era la glorieta de Gustavo Adolfo Bécquer, lugar sombreado, fresco y solitario. En el centro de esta existía un longevo y vigoroso ciprés, alrededor del cual se alzaba un monumento de mármol blanco de planta circular, en el que sobresalía el busto del poeta romántico sevillano y algunas figuras, entre ellas, tres mujeres sentadas en un banco. Fue inaugurado en 1911 por iniciativa de los hermanos Álvarez Quintero, y concebido por el escultor Lorenzo Coullaut Valera. Al llegar allí me sentaba en un banco; de vez en cuando dejaba de estudiar, alzaba la cabeza y observaba los detalles de las figuras. Todos los días, con estricta puntualidad, llegaba a la plazuela un hombre de unos sesenta años, con una maleta; sacaba de su interior quince o veinte libros que colocaba en una estantería de mármol. Permanecía sentado leyendo uno de ellos, y de vez en cuando se levantaba y paseaba por los alrededores. Nunca tuve la curiosidad de acercarme para ojear los textos; supongo que corresponderían a las obras completas, artículos, ensayos y biografías sobre el poeta sevillano. Aquel misterioso hombre de la maleta volvía todos los días como las oscuras golondrinas.

El Parque de María Luisa me evoca numerosos recuerdos; por sus plazas, calles arboladas, gloriets y junto a los estanques, he paseado innumerables veces desde mi infancia hasta hace pocos años. Mi primer recuerdo del parque es acuático, tendría cuatro años: una tarde me encontraba en el borde de un estanque mirando los peces que se acercaban esperando que les echara de comer, intenté atrapar uno, y caí al agua. Mientras tanto, la criada que me cuidaba, estaba sentada en un banco con su novio militar; el ejército vino en mi ayuda, ya que el soldado me sacó del agua chorreando desde la cabeza hasta los zapatitos. La muchacha, para evitar el enfado de mis padres, en lugar de acudir inmediatamente a casa para cambiarme de ropa, no se le ocurrió otra idea que llevarme hasta el cercano río Guadalquivir, donde me desnudó y nos puso a secar al sol tanto a la ropa como a mí. Al anochecer, regresamos a casa. Mi madre, nada más verme advirtió que algo raro había sucedido; al tocar mi ropa notó que estaba húmeda. No puedo contar el desenlace de esta historia, porque se ha borrado por completo de mi memoria.

Muy cerca de la glorieta de Bécquer se encuentra la Plaza de España, proyectada por el arquitecto Aníbal González. Se levantó entre 1914 y 1919, siendo una de las construcciones principales de la Exposición Iberoamericana celebrada en Sevilla en 1929. Tiene forma semicircular, flanqueada por dos altas y puntiagudas torres, abierta hacia el Parque de María Luisa. En el centro hay una amplia zona donde se suelen celebrar fiestas y eventos diversos; alrededor del espacio central existe una ría atravesada por ocho puentes. En esta plaza, así como en otros lugares de Sevilla, se rodaron escenas de **Lawrence de Arabia** (1962) dirigida por David Lean; es una de las películas más hermosas de la Historia del Cine.

Cuando la Feria de Abril se celebraba en los Jardines de Murillo y en el Prado de San Sebastián, la Plaza de España permanecía abierta durante la noche y mucha gente se acercaba allí para descansar del ajetreo. Hacia el año 1970 el recinto ferial fue trasladado a una gran explanada junto al barrio de Los Remedios. Era más espacioso, aumentando el número de casetas y atracciones; no obstante, creo que la Feria perdió parte de su encanto. De esta celebración solamente voy a referir dos anécdotas. En las décadas de los 50 y 60 solía visitarla un personaje pintoresco, con el que me crucé varios años. Todo el mundo lo conocía como Pepe el Escocés; era muy alto, delgado, y ataviado con el traje tradicional de su país: la típica falda de cuadros y gruesos calcetines de lana hasta las rodillas. Tanto los niños como los adultos se acercaban para contemplarlo, y él posaba con paciencia al ser fotografiado. Lo llamaban de las casetas y se ponía bien de jamón, queso, gambas, pescaíto frito, cerveza y vino blanco, lo que habitualmente se tomaba en esos días; cambiaba durante una semana el whisky por la manzanilla. A partir de cierto momento no se le volvió a ver, posiblemente enfermó de gravedad o falleció. Había dicho en repetidas ocasiones que mientras viviera, no faltaría a la Feria de Sevilla. Un año se incendió el recinto; se pudo sofocar a tiempo, y sólo ardieron varias decenas de casetas. Delante de una de ellas tendieron un cordel del que colgaban algunos objetos quemados, con carteles en los que se leía: *esto era un sombrero, esto era un teléfono, esto eran unas castañuelas, esto era un langostino...*; en último lugar, aparecía un objeto completamente quemado, retorcido e irreconocible. En el cartel ponía: *¿Y esto qué coño sería?*

Una de las zonas del Parque de María Luisa que más frecuentaba de niño era la Plaza de América. Es un espacio ajardinado con glorietas, estanques y fuentes, rodeado por tres pabellones: el Museo de Artes y Costumbres Populares, de estilo neomudéjar, el Pabellón Real de estilo neogótico, y el Museo Arqueológico de estilo neorrenacentista. Estos edificios, lo mismo que la Plaza

de España, fueron contruidos para la Exposición Iberoamericana. Bandadas de palomas revoloteaban alrededor de la Plaza de América; una mujer vendía cartuchos de papel con pepitas de color oscuro, que les servían de alimento. Algunas personas se ponían las semillas en la palma de la mano, en la cabeza o en la boca, y las aves acudían con rapidez picoteando con ansiedad hasta no dejar ni un grano. Conservo fotografías de aquella época; en una con cinco o seis años, aparezco en cuclillas echándoles de comer mientras revolotean a mi alrededor.

.....

En los últimos cursos de la carrera, algunos días a primera hora de la tarde, Antonio Figueredo se acercaba a mi casa; yo bajaba desde la segunda planta y en el portal charlábamos. Estaba alojado en una casa de huéspedes en las proximidades de La Alfalfa; tenía un carácter afable, risueño y nunca perdía el buen humor. Luis Torres, un compañero de curso, me comentó un día la suerte de Antonio, lo bien que se lo pasaba mientras estudiaba, porque cualquier detalle le hacía gracia; por ejemplo, el nombre de una enfermedad rara, un síntoma extraño, o un fármaco difícil de pronunciar. Compartía con él algunas aficiones, y enseguida se creó entre nosotros empatía y confianza. A los dos nos seducía la ideología de izquierdas; aunque sus convicciones políticas eran más firmes y razonadas que las mías, yo sentía un profundo antifranquismo que se inició en las clases de Sociología en la Academia IFAR. Aunque el carácter de Antonio permanecía equilibrado, en cambio, su peso corporal fluctuaba: unas temporadas se ponía a régimen y adelgazaba; otras, no podía controlar el hambre, y engordaba. Cuando estaba a dieta solía almorzar un simple paquete de pipas de girasol. A veces estudiábamos en mi casa; mi madre había colocado encima de un mueble del cuarto donde estudiaba una bandeja repleta de tortas de chicharrones. Un día las probó, y desde entonces cada vez que venía a estudiar, las tortas desaparecían; mi madre se dio cuenta y se llevó la bandeja a la despensa. En el portal hablábamos de cualquier tema, aunque predominaban la música, los libros y el cine. Un día le comenté la profunda impresión que me produjo la visión de **Ordet**, de Dreyer, que había visto la tarde anterior en el cineclub Vida. Es la única película que conozco en la que un hecho sobrenatural como es la resurrección de una persona resulta creíble, debido al talento y genialidad de su director. Siento predilección por Alfred Hitcochck, pero las obras de Carl Theodor Dreyer son diferentes, por su estilo incomparable, con sobrios y elegantes planos-se-

cuencia, y por la forma tan especial y ceremoniosa de moverse, mirar y hablar los actores. Creo que **Ordet** merece estar entre las diez mejores películas de la Historia del Cine. Volviendo a asuntos más mundanos, frente a mi casa vivía un matrimonio con dos hijas muy atractivas. Mientras charlábamos en el portal, las chicas salían y entraban en su casa; como estaban de buen ver, le pusimos el nombre de *güenina* a la más joven y *güenona* a la mayor.

Algunos días interrumpíamos la conversación y nos dirigíamos andando a la pensión Placentines, donde se hospedaba nuestro compañero Juan Manuel Curado. Esta se encontraba en un cul de sac, al final de un estrecho callejón sin salida, que partía desde la calle Placentines en las proximidades de La Giralda. Nada más entrar en la casa había un pequeño patio cubierto por una cristalera. En la planta baja vivían la dueña, su hija, y la asistente; en la primera planta se alojaban los huéspedes en pequeñas habitaciones separadas del patio por un estrecho corredor. Los cuartos estaban amueblados de forma austera: una cama, un pequeño armario, una mesa y dos sillas; allí se servían las comidas. Juan Manuel era de baja estatura, adicto al tabaco, le escaseaba el pelo, mostraba cierto amaneramiento y aparentaba más edad que nosotros. Un día que estuvo en mi casa, al marcharse, Rosa me dijo: *Tu amigo tiene cuerpecito de niño y carita de viejo*. Afrontaba los estudios con tranquilidad, iba a su aire, posiblemente porque no le atraía la Medicina. Por el contrario, le seducía el cine; escuchaba con atención sus opiniones, que eran agudas, escuetas y certeras. Una vez me hizo un comentario que no he olvidado: *Ayer vi en el cine Rialto Círculo rojo de Jean Pierre Melville, tiene un montaje tan preciso que no le sobra ni le falta un solo fotograma*. Mientras permanecíamos en su cuarto, nos contaba historietas que sucedían en la pensión, recuerdo dos. Durante unos meses estuvo alojada una chica irlandesa que desagradaba sobremanera a nuestro amigo, porque descubrió que cuando menstruaba, en lugar de utilizar compresas, usaba papel de periódico, que dejaba en el cuarto de baño comunitario. La segunda anécdota se refería a un asunto de amoríos: un hombre de mediana edad, empleado en una conocida librería sevillana, entraba en la casa a primera hora de la tarde y se entendía con la sirvienta. Según Juan Manuel, en el silencio de la siesta se oían los gemidos de placer de la mujer. Antonio Figueredo también estuvo alojado allí el último curso de la carrera. En las dos últimas pensiones en las que vivió, casualmente las dueñas fallecieron; parecía Landrú, pero en lugar de viudas liquidaba a sus caseras. Juan Manuel me contó algunas anécdotas de Toni, lateral derecho del Sevilla F.C., al que conocía muy bien porque los dos habían nacido en Los Molares, cerca de Utrera. Con ironía, decía que Toni ganaba dos sueldos, el que percibía del

Sevilla y el que escamoteaba a sus compañeros de equipo, ya que organizaba partidas de póker en las concentraciones previas a los partidos, en las que casi siempre ganaba. Era un lateral fuerte, fibroso, veloz y con exceso de dureza. Cuando el Sevilla jugaba en casa, empleaba la siguiente táctica: al inicio de los partidos, la primera vez que el extremo izquierdo contrario llegaba con el balón controlado a su demarcación, le hacía una entrada violenta. Mientras el extremo se retorció de dolor en el césped, se acercaba con cara de inocencia para disculparse, le acariciaba la cabeza, y cuando el árbitro acudía al lugar dónde se había producido la dura entrada, Toni levantaba los brazos como si no hubiera hecho nada, a continuación bajaba la cabeza con humildad y se alejaba. El colegiado no se atrevía a expulsarlo, posiblemente por miedo a la protesta de la afición. El delantero contrario quedaba atemorizado y renqueante para el resto del partido (en aquella época aún no se habían implantado las tarjetas, ni las sustituciones). Estas argucias las comprobaba cada domingo desde mi asiento en el estadio Sánchez Pizjuán. Juan Manuel también era socio del Sevilla y tenía su asiento unas filas más abajo de donde yo me encontraba; cuando su paisano entraba en acción, a veces se volvía y me guiñaba un ojo. Recordando a Toni, lo imagino andando o cabalgando por Sierra Morena, con una navaja escondida en el fajín y un trabuco en las manos. Estuve dos veces en Los Molares, una para jugar un partido de fútbol que describiré luego, y otra para admirar un dolmen ubicado en el pueblo. Desde niño he sentido fascinación por las construcciones megalíticas, esas enormes piedras talladas y alzadas en tiempos remotos. La excursión fue muy fructífera porque después de ver el dolmen, el padre de Juan Manuel que conocía mi afición por la arqueología, me regaló una pequeña pieza de arcilla, redondeada y perforada -que formaría parte de un collar-, y una lucerna romana que un arado había desenterrado en su finca. Cuando mi amigo terminó la carrera, ejerció la Medicina en varios pueblos, estableciéndose finalmente en Villaverde del Río, donde fui varias veces con Antonio Figueredo; este me llamó un día por teléfono para decirme que Juan Manuel había fallecido. El desasosiego de nuestro compañero desapareció para siempre; aunque nos abandonó hace mucho tiempo, no dejo de recordarlo.

.....

En la Facultad de Medicina formamos un equipo de fútbol; aunque no participamos en campeonatos, organizábamos partidos amistosos. En el invierno de 1971 nos enfrentamos a los seminaristas, en un campo que existía

en el Palacio de San Telmo. Allí quedaban pocos estudiantes, ya escaseaban las vocaciones sacerdotales. Fue la única vez que entré en el edificio, que se encontraba en mal estado. Recorrimos el interior atravesando largos y desangelados pasillos, y húmedas habitaciones; el vestuario estaba tan frío que parecía una nevera. El Palacio de San Telmo empezó a construirse en el siglo XVII. En la segunda mitad del siglo XIX sirvió de residencia habitual del duque de Montpensier y de su esposa, la infanta María Luisa. Desde principios del siglo XX, el palacio albergó el seminario; en 1968, tres años antes de que jugásemos el partido de fútbol, fue declarado Monumento Histórico Artístico. Posteriormente, en 1989 se firmó un convenio entre el Arzobispado de Sevilla y la Junta de Andalucía para que fuese sede de la Presidencia de la Junta.

Al año siguiente, en 1972, jugamos en Los Molares; fue un partido completamente opuesto al del Seminario, con numerosos espectadores. El primer tiempo competimos muy bien, nos adelantamos en el marcador con un gol de nuestro delantero Federico Pájaro. En el segundo se impuso la mejor preparación física de los jugadores molarenses; no podíamos salir de nuestro campo y terminamos encerrados en el área. Empecé jugando de centrocampista, pero tuve que retroceder situándome entre los centrales para despejar y achicar balones. Nuestro portero, que realizó meritorias paradas, tenía gran parecido físico con Gordon Banks -legendario guardameta inglés de aquella época-. El tiempo reglamentario finalizó 0-1, pero el árbitro prolongó el partido y diez minutos después consiguieron empatar. El encuentro continuó, querían ganar a toda costa, y recibí un plantillazo que me impidió entrenar durante unas semanas. Lo único que faltó fue que Toni se hubiera vestido de corto para repartir más leña. Mientras anocheecía, apenas se distinguía el balón, el asedio seguía, y Gordon Banks lo paraba todo. Algunos espectadores empezaron a pedir la hora; por fin, el árbitro dio el juego por finalizado con empate a uno.

Los domingos que el Sevilla F.C. jugaba en casa acudía con mi hermano al Sánchez Pizjuán. Llevábamos años con pocas alegrías, la situación económica era precaria y cuando surgía un jugador destacado de la cantera, se traspasaba. El equipo solía terminar en la mitad de la tabla, incluso un año descendimos a Segunda División. Solamente disfrutamos dos temporadas, las de Max Merkel, entrenador alemán apodado místico Látigo, por la intensidad y dureza de sus entrenamientos. El primer año que ejerció de místico estuvimos cerca de ganar la Liga. No he olvidado un partido contra el Valencia. Llevaba varios días lloviendo sin parar, arreciando el viento y la lluvia en las horas previas y durante el partido. En el Valencia jugaba Paquito, un centro-

campista internacional de gran talento. En el primer tiempo dio una lección magistral de fútbol, controlando, reteniendo el balón el tiempo justo para que sus compañeros se desmarcaran, dando pases en corto y en largo, e incluso creo recordar que marcó un gol. Al descanso se llegó con el resultado de 0-2.

Durante los diez primeros minutos del segundo tiempo siguió la misma tónica, pero el campo se había convertido en un barrizal; a Paquito y a sus compañeros se les acabó la gasolina, emergiendo la potencia física del Sevilla. Eloy, el organizador, cogió las riendas del equipo, a Enrique Lora y Pablo Blanco parecía que les habían dado cuerda, los laterales Toni el niño de Los Molares e Hita el expreso de Algeciras, se adueñaron de sus respectivas bandas; Baby Acosta se calentó y afinó la puntería. Cada vez llovía más, llovía agua y goles: uno, dos, tres, y cuatro. Los espectadores estábamos entusiasmados, empapados, el viento volvía del revés los paraguas, el público no paraba de levantarse y sentarse, impidiendo ver el desarrollo del juego. Aquello fue un auténtico vendaval de viento, lluvia, juego, goles y entusiasmo. Ya escribí que no he olvidado el gol de Szalay. El partido Sevilla 4-Valencia 2, lo recordaré mientras viva; sin duda ha sido el mejor segundo tiempo que he presenciado en el Sánchez Pizjuán.

.....

Una tarde, junto a un compañero de la Facultad, asistí a un alumbramiento en el Servicio de Ginecología; resultó emotivo, por primera vez presenciaba un parto. El nacimiento transcurrió con normalidad, la enfermera cogió al recién nacido, un varón envuelto en suciedad y secreciones, lo limpió de forma apresurada, dejándolo sobre la mesa de reconocimiento. El crío, lleno de energía, lloraba, agitando sin parar los brazos y las piernas; mi compañero de prácticas y yo no lo perdíamos de vista, presintiendo lo que podía suceder. Mientras el ginecólogo y la enfermera atendían a la madre el niño seguía inquieto, desplazándose poco a poco hacia los bordes de la mesa. De pronto se deslizó, quedando medio cuerpo en el aire; nos acercamos con rapidez y lo cogimos a tiempo, antes de que resbalara y cayera al suelo. La enfermera terminó de limpiarlo y lo puso en un lugar seguro. Pocos años después me crucé varias veces con el ginecólogo en los pasillos del Hospital donde los dos trabajábamos. El niño, si ahora vive, tendrá alrededor de cincuenta años; si conociera esta historia -depende de la suerte que haya tenido en la vida- nos agradecerá, o bien nos reprochará la ayuda que le prestamos durante la práctica de ginecología.

Tengo buenos recuerdos de la mayoría de los profesores en la Facultad de Medicina. De los últimos cursos mencionaré a tres, que por diferentes motivos no he olvidado: Francisco Alonso-Fernández, José León Castro y Sebastián García Díaz. La asignatura de Psiquiatría me interesaba más que otras porque deseaba aprender a diagnosticar enfermedades como la depresión, neurosis, esquizofrenia... que afectan a muchas personas, más de lo que imaginamos. Para empezar, compré el libro **Fundamentos de Psiquiatría** escrito por Alonso-Fernández, el catedrático; constaba de dos gruesos tomos de unas setecientas páginas cada uno. La primera vez los abrí con ilusión, la misma ilusión que he experimentado desde niño cada vez que empezaba a leer un libro. Los días siguientes seguí leyendo en diferentes partes de los dos textos, comprobando pronto que estaban escritos de forma confusa, no existían conceptos claros y no se explicaban las diferencias entre las diversas enfermedades mentales; resultaban tan indescifrables como la lectura de un papiro egipcio. Las clases que impartía Alonso-Fernández, aunque casi tan áridas como sus escritos, me gustaban más por la forma que por el fondo de lo que explicaba. Parecía un hombre al que le apasionaba su profesión. Manifestaba gran interés y entusiasmo en sus exposiciones, hablaba con gran fluidez, no descansaba ni para respirar, terminaba las clases exhausto, con la boca y los labios resecos, con secreción espesa en las comisuras labiales. Bebía con avidez un vaso de agua, y respiraba relajado como si hubiera terminado una carrera de fondo. Desde 1977 impartió la docencia en la Universidad Complutense de Madrid; en diversas ocasiones escuché sus opiniones sobre trastornos mentales en diferentes programas de televisión.

José León Castro mostraba un físico y un carácter opuestos a lo que su primer apellido representaba: era de baja estatura, tímido, serio, tranquilo, hablaba en voz baja de forma pausada, y aparentaba más edad de la que en realidad tenía. Sus enseñanzas de Patología Médica las impartía en los tres últimos cursos de la carrera. Procuraba ir a todas sus clases; algunos días estábamos casi en familia, ya que asistíamos pocos alumnos. León Castro consideraba imprescindible escuchar con atención al enfermo, realizar una minuciosa exploración y detallada historia clínica; a veces llegaba a clase acompañado de un paciente que padecía la enfermedad que ese día iba a explicar. La sabiduría que poseía en Medicina Interna le faltaba en otros temas. Recuerdo que en una clase comentó los grandes esfuerzos de los atletas al competir; consideraba una proeza correr cien metros en cerca de un minuto. Le aclaramos que algunos velocistas corrían esa distancia en alrededor de diez segundos. El examen final de Patología Médica II, en junio de 1972,

consistió en una prueba escrita con tres preguntas, las dos primeras las sabía más o menos bien; al dictar la tercera, ETIOLOGÍA DE LA PANCREATITIS CRÓNICA, me quedé con la mente en blanco porque no la había estudiado. Redacté los dos primeros temas, y a continuación recurrí a la intuición, al sentido común y a mis limitados conocimientos en Medicina Interna. Empecé preguntándome ¿Cuál puede ser la causa de una enfermedad crónica? Probablemente una enfermedad aguda mal curada. Adorné las respuestas con algunas palabras para que no parecieran un telegrama, y escribí: 1) La causa más frecuente de pancreatitis crónica es una pancreatitis aguda de repetición, mal curada. Poco después encontré otra respuesta 2) Puede producirse por una dieta incorrecta, abundante en azúcares, grasas y alcohol. No había que pensar mucho para buscar otra causa, el culpable de numerosas afecciones de los seres humanos: el tabaco, la nicotina, por tanto 3) El hábito de fumar, sobre todo en fumadores que consumen más de un paquete de cigarrillos al día. Eché mano de la lógica: cuando en una máquina una pieza no funciona bien, es probable que, al intentar ajustarla, se desajuste otra pieza de al lado 4) Después de una intervención quirúrgica en el propio páncreas o en las proximidades, como en la cavidad abdominal. De esta forma, con calma, razonando y aprovechando el tiempo de que disponía, conseguí encontrar diez o doce causas. Cuando llegué a casa, comprobé que mi improvisada respuesta había sido acertada y hasta saqué buena nota. Mientras estudiaba el último curso de la carrera, en abril de 1973, falleció León Castro. Al parecer, un estudiante que no conseguía aprobar Patología Médica lo amenazó de muerte. Intervino la policía; la preocupación y el temor debieron afectarle y le provocaron un fallo cardíaco. Unos meses más tarde, en julio de 1973, el Ayuntamiento de Sevilla le dedicó una placa de cerámica en la fachada de la casa donde había nacido, en la calle Pureza, en Triana.

La Patología Quirúrgica no me interesaba nada, sin embargo, necesitaba asistir a clase, porque no existía un libro de texto de esa asignatura. En la Facultad se sabía que estudiando los apuntes de las Quirúrgicas se aprobaba con relativa facilidad. Igual que la Patología Médica, se explicaba durante los tres últimos cursos de la carrera. El catedrático Sebastián García Díaz poseía un compendio de cualidades: personalidad, inteligencia, brillantez, elegancia, oratoria y humanismo. Lo había conocido unos años antes, en 1968, ya que operó a mi padre de una recidiva del carcinoma rectal que padecía. La infiltración tumoral era tan extensa que poco pudo hacer. Una de las veces que estuvo en mi casa para revisar la evolución de la intervención, mi padre, que empezaba a desilusionarse, le dijo: *Don Sebastián la operación no ha salido como*

yo esperaba; este le ocultó la verdad y de forma educada le dedicó unas frases de consuelo y ánimo. Desde el primer día que apareció en la clase percibí su gran personalidad, el modo de entrar en el aula, de moverse, su alta y delgada figura, su pronunciada calvicie que no ocultaba, su mirada inteligente y penetrante, el acento y tono de su voz, las pausas para atraer la atención, y el movimiento de sus hermosas manos. Ejercía tal poder de atracción, que no podías separar la vista de él y casi no atendías a lo que explicaba; el tiempo transcurría con rapidez, y al terminar sus disertaciones se marchaba con la misma elegancia con la que había llegado. Residía en una antigua y restaurada casa en la calle Cruces, en el barrio de Santa Cruz. Con frecuencia yo pasaba por el portal, me fijaba en la placa médica y en la sencilla puerta de madera que guardaba la vivienda. Mi hermano lo visitó una vez para consultarle sobre la enfermedad de mi padre; me contó que en el edificio de dos plantas destacaba una torre palomar, un patio, una biblioteca con miles de libros y un espacioso despacho consulta. Sebastián García Díaz no pudo disfrutar muchos años de ese paraíso tranquilo y apacible en el centro de Sevilla; murió demasiado pronto, en 1987, a consecuencia de un tumor hepático. Él, que con sus habilidosas manos -ayudado de un bisturí- había conseguido salvar tantas vidas, nada pudo hacer para salvar la suya. Al recordarlo ahora, por su figura, expresión corporal y extraordinaria oratoria, lo imagino como un senador romano, por ejemplo, como uno de los que aparecen en la película **Julio César**, basada en la obra de Shakespeare y dirigida por Mankiewicz. Ataviado con una túnica no hubiera desentonado al lado de James Mason, Marlon Brando o John Gielgud; incluso podría haber interpretado a Julio César, en lugar del actor Louis Calhern, que en esa película representaba el papel del mítico personaje. Sebastián García Díaz ha sido con diferencia el más brillante profesor que tuve el privilegio de conocer en la Facultad de Medicina.

.....

En el apartado anterior comencé escribiendo sobre Cirugía y he terminado haciéndolo de Cine, no tengo remedio; a riesgo de cansar al lector, voy a seguir contando historias de ese tema. Durante los últimos años en la Facultad compaginé los estudios de Medicina con tres Cursos de Cine, organizados por el cineclub Vida. Se impartieron por las tardes a lo largo de un cuatrimestre. Los profesores Francisco Casado, Juan Fabián Delgado y Rafael Utrera explicaron los múltiples aspectos del séptimo arte: sus inicios, la etapa muda con los primeros creadores del lenguaje cinematográfico, el comienzo

del sonoro, la época clásica, el cine europeo y de otros países, los diferentes tipos de planos, los movimientos de cámara, el guion literario y técnico, la banda sonora, la iluminación y el montaje. Para complementar las enseñanzas teóricas visionábamos obras maestras que habían dejado profunda huella. Al finalizar el último Curso realizamos una película en 16 mm bajo la supervisión del director Paco Perrián.

En 1972 asistí por primera y única vez al estreno de una película presentada por el director y la actriz principal. Se titulaba **La casa de las palomas**, dirigida por Claudio Guerín, con Ornella Muti y Lucía Bosé entre otros intérpretes. La sala elegida fue el cine Pathé. Antes de la proyección, el director apareció en el escenario vestido con un traje marrón oscuro, su color favorito, acompañado de una atractiva adolescente, Ornella Muti. La cinta se había rodado en Córdoba; narraba la iniciación amorosa de una colegiala a manos de un galán norteamericano en una ciudad andaluza. Lo mejor era su esmerada factura técnica, con una bella fotografía; el principal defecto, la deficiente interpretación. Ornella Muti carecía de experiencia, daba sus primeros pasos en el cine, y el actor norteamericano que interpretaba el papel de seductor era muy inexpresivo. Fue el primer largometraje que realizó Guerín; al año siguiente, dirigió el segundo, **La campana del infierno**, que narraba una historia de terror ambientada en la Galicia rural. Todavía resultó más terrorífico el final del cineasta. La última escena se rodaba en el campanario de la iglesia de Noia (La Coruña), y para facilitar el rodaje se había construido otra torre campanario, unida a la original por un pasadizo de madera. Preparando un plano complicado, Claudio Guerín, confiado en su buena condición física, saltó desde el pasadizo a un voladizo de la iglesia, perdió el equilibrio y cayó al vacío. Murió camino del Hospital; tenía treinta y cuatro años. Finalizó la película su amigo Juan Antonio Bardem.

Durante los días en los que se proyectaba **La casa de las palomas** en el cine Pathé, rodaba con mis amigos un sencillito cortometraje en Alcalá de Guadaira, pueblo donde Claudio Guerín pasó su infancia. El corto lo realizamos entre los meses de febrero y mayo de 1972 con el título **Tarzán, pero menos**. Pretendíamos hacer una parodia de las películas de este personaje, que tan entretenidos y alegres momentos nos había deparado en nuestra niñez. Contaba la vida de un Tarzán decadente, emigrado desde África a una zona boscosa en Andalucía. Informados de la presencia del legendario personaje, dos periodistas acuden a visitarlo para hacerle una extensa entrevista sobre diversos aspectos de su vida. Para el rodaje elegí un lugar tan conocido como Los Pinares de Oromana en las inmediaciones de Alcalá de Guadaira; el bosque

estaba surcado de caminos, aislado y situado junto al río Guadaira. Aunque conocía ese lugar, antes de empezar a grabar recorrí el pinar a fin de localizar las zonas más apropiadas y tranquilas; casualmente encontré una cabaña de madera, cañas y paja, que la aprovechamos para la morada de Tarzán. El protagonista no podía ser otro que Luis Pérez Torres que nos había sorprendido gratamente en **El sueño**. Luis permaneció durante todo el rodaje descalzo y vestido solo con un corto bañador. Su mediana estatura, delgadez, cabellera rubia y su expresiva cara eran perfectas para encarnar a un Tarzán venido a menos. Hacía todo lo que se le indicaba sin rechistar. En una escena tenía que bañarse en el río simulando que luchaba con un cocodrilo; a pesar de lo fría que estaba el agua, se mantuvo allí el tiempo necesario. En otra secuencia, una chica es perseguida por un hombre -Luis García Corral- con el torso desnudo, la joven da un traspié y cae al suelo; cuando el sádico se dispone a violarla, Tarzán entra en acción, lanza su grito característico y corre en su ayuda, pisa una trampa y queda colgado boca abajo de la rama de un árbol. La joven y el hombre oyen los gritos de socorro, van en su ayuda y lo liberan. Mientras está herido en el suelo, el agresor mira con lujuria a la chica y vuelve a perseguirla. Luis Pérez era tan difícil de controlar en los rodajes como los Hermanos Marx, continuamente se saltaba las indicaciones y aportaba por su cuenta detalles que no estaban en el guion. En una escena que aparece sentado en la hierba junto a su pareja, se filmó en un largo plano la secuencia para apreciar de forma continua la evolución amorosa. Antes de empezar le indiqué a Luis que primero mirara a su pareja, luego le acariciara la cara con delicadeza y al final la abrazara; empezó ciñéndose al guion, luego le tocó un pecho y terminaron dándose un revolcón en la hierba. Más tarde, un grupo de admiradores llega a la choza para conocer, fotografiarse y pedirle autógrafos; invitó a las chicas a pasar y a los hombres les impidió la entrada. Miró a la cámara, sonrió como un niño travieso, se bajó el bañador y penetró en la cabaña. Algunas chicas se sorprendieron; otras, escandalizadas, se enfadaron, y las restantes se alegraron de lo que vieron. Estas improvisaciones y salidas de tono de Luis encajaron bien en la película. Al terminar la entrevista, los periodistas se despiden, quedándose nuestro héroe solitario en los pinos de Oromana. Durante esta escena se escucha la evocadora y melancólica música de **La strada**, de Nino Rota.

Tarzán, pero menos se proyectó numerosas veces en Sevilla; a Luis García lo reconocieron varias veces por la calle. Luis Pérez, una vez que acabó la carrera de Medicina se especializó en Psiquiatría. Aunque tiene muchos defectos, me gustó el resultado final. Es un corto sin pretensiones, sencillo,

ingenuo y alegre. La preparación del guion, las anécdotas del rodaje y sus imágenes las mantengo vivas en mi memoria; parece que sucedieron ayer.

.....

Desearía haber olvidado lo que voy a narrar ahora; no obstante, puede ser conveniente hurgar en algunas vivencias del pasado. Debía cumplir con mis deberes militares con la Patria, y para ello elegí las Milicias Universitarias en los veranos de 4º y 5º de Medicina, con el fin de que no interfiriesen en mis estudios. Formé parte de la última promoción de la IPS (Instrucción Premilitar Superior); los campamentos estaban ubicados en Montejaque, cerca de Ronda. Los que no disponíamos de coche propio salimos de Sevilla la primera vez el 1 de julio de 1971 por la noche, en un tren militar. Esa tarde, para distraerme y no pensar en lo que se me venía encima, fui al cine a ver **Sonrisas y lágrimas**, bonita, aunque empalagosa comedia musical sobre la familia Von Trapp. Me equivoqué; debí haber visto una película más acorde con lo que me esperaba, de ambiente militar y cuartelario. Habría sido perfecta **La chaqueta metálica**, pero en aquellos días Stanley Kubrick aún no la había dirigido.

El tren militar partió a las diez de la noche desde la estación de Cádiz. Íbamos hacinados, vestidos con el uniforme de paseo, en el que destacaba una gruesa y calurosa guerrera de la que colgaban dos cordones de diferentes colores -para identificar las Facultades de procedencia-. En los vagones olía a sudor, comida y alcohol; algunos jóvenes, posiblemente los veteranos del segundo año con ganas de juerga, charlaban, cantaban y bebían. El viaje fue interminable, atravesaríamos media Andalucía; continuamente el convoy se detenía, entre otros motivos para dar paso a los que se acercaban en sentido contrario. En el trayecto en coche Sevilla-Ronda se tardaba poco más de dos horas y media, en tren se convirtió en diez. Llegamos al apeadero de Montejaque a las ocho de la mañana, descendimos de los vagones en silencio, soñolientos, a trompicones, con rostros serios, pálidos y preocupados. En el apeadero esperaban los instructores, que con broncas voces de mando intentaban poner orden, gritando que formáramos; al ser la primera vez que oíamos esas órdenes no sabíamos qué hacer. Cuando por fin lo conseguimos, nos dirigimos al campamento. Yo miraba a mi alrededor procurando localizar algún paraje conocido de los que en otro tiempo había disfrutado practicando senderismo.

En pocos minutos llegamos al recinto militar y nos distribuyeron en diversas compañías. Al frente de cada una de ellas estaba un capitán, ayudado por un teniente y dos sargentos. De los mandos que tuve en los dos años,

únicamente guardo buen recuerdo del capitán Inxausti, un vasco alegre, campechano, educado, que transmitía confianza y se ganaba nuestro respeto sin alzar la voz. Un teniente mostraba cierto desequilibrio mental, por llamarlo de alguna forma; era de baja estatura, inquieto, enérgico y excitable, caminaba a un ritmo trepidante. Cuando se enfadaba ladeaba la cabeza, apretaba los dientes y cerraba los puños, y en esa postura permanecía unos segundos; creo que era su manera de controlarse para no estallar. Otro teniente, introvertido, callado, con cara de buena persona, era más peligroso que el anterior; su aspecto bonachón engañaba, y a la más mínima equivocación te castigaba. Las sanciones consistían en hacer guardias nocturnas, prohibir salir del recinto los fines de semana y amenazarte con repetir el campamento. El más malévolo de los mandos que conocí era un sargento de complemento. Durante el resto del año ejercía de maestro en un colegio, y en verano se enfundaba el uniforme militar para hacer la puñeta y amargarle la vida al que se le ponía por delante. A todas horas presumía de su musculatura y fuerza física, se hacía el simpático para que te confiaras y de pronto te ordenaba ponerte firme. Estos individuos eran dispares representantes de la fauna humana, que podrían añadirse a los que ya había conocido años antes en los Escolapios.

Nos alojábamos en tiendas de campaña, había que adaptarse a vivir en un espacio reducido. Cambiamos de identidad, dejé de llamarme Juan José, ni Juanjo, simplemente Juan. Tuvimos que aprender la jerga militar: las diferentes graduaciones, imaginarias, a la orden mi teniente, a la orden mi sargento, mosquetón, sargento de semana, cabo de cuartel, pasar revista, etc. Durante horas y horas practicaríamos la instrucción con machaconería, oiríamos una y mil veces: *¡a formar!*, *¡alinearse!*, *¡más rápido que estáis atontaos!*, *¡descansen!*, *¡fiiiirmes!*, *¡elevad la barbilla!*, *¡cerrad la boca, apretad los labios!*, *¡poned cara de mala leche!*, *¡maaaaarchen!*, *¡caminad erguidos!*, *¡uno, dos, er, aro!*, *¡derecha ar!*, *¡izquierda ar!*, *¡media vuelta ar!*, *¡llevad el paso!*, *¡al que se equivoque le voy a meter un puro!*, *¡aaaalto!*, *¡presenten armas, ar!* A lo largo del día formábamos, y pasaban lista numerosas veces; al escuchar nuestro nombre debíamos responder *¡Presente!*

La jornada empezaba a las siete y media; en el desayuno nos daban a beber un líquido lechoso achocolatado de mal sabor, que según radio macuto se debía al bromuro que le echaban para apaciguar y rebajar nuestra lascivia. A mí me tenían que rebajar poco, en lo único que pensaba era que aquella pesadilla se acabara pronto para marcharme de allí. Por las mañanas, además de la repetitiva instrucción para conseguir que nos moviéramos como auténticos autómatas, también recibíamos clases teóricas de armamento y táctica militar; se impartían al aire libre, sentados en el suelo a la sombra de las encinas. De

esas enseñanzas sólo recuerdo dos frases inteligentes y sagaces: *Cuidado con el enemigo, siempre está al acecho*, y *El enemigo no es tonto*.

Al mediodía, una vez terminaban las clases teóricas, nos duchábamos en dos túneles de hormigón; llegábamos caminando desnudos hasta la entrada del primero, llevando solo una toalla y jabón o champú. Cuando el instructor sonaba el silbato entrábamos en el túnel. Durante unos cuarenta y cinco segundos salía agua fría del techo. Al pitar de nuevo se cortaba el agua, avanzábamos unos metros para salir, y en un espacio a cielo abierto nos enjabonábamos durante unos sesenta segundos. Luego penetrábamos en el segundo túnel y durante otros cuarenta y cinco segundos salía agua el tiempo justo para enjuagarnos. Después de secarnos nos dirigíamos a las tiendas de campaña. A esa hora el sol golpeaba con tanta fuerza que adopté la costumbre de no secarme hasta llegar a la tienda; aunque la mayoría de los días, el sol se había encargado de hacerlo.

Una vez uniformados y tras pasar lista, marchábamos en formación a los comedores, el lugar más caluroso del campamento. Se comía en largos barracones mal ventilados, con techos de uralita, mesas y bancos de hormigón. Nos sentábamos tan juntos que al instante empezábamos a sudar, recuerdo que mientras comía, hilillos de sudor corrían por mi pecho y costados. A menudo servían judías blancas frías y filetes tan duros como la suela de un zapato. Muchos días, para resarcirnos de lo anterior y endulzarnos la boca, iba con un compañero de la tienda -Gerardo Pérez Calero- a la cantina para tomar un batido de vainilla o chocolate, con un cortadillo de cidra. Por las tardes continuaban las clases teóricas; más de uno se quedaba dormido, sobre todo los que la noche anterior estuvieron de guardia.

Algunas jornadas se rompía la rutina; realizábamos prácticas de tiro, marchas o maniobras, persiguiendo adversarios. Durante unas maniobras, como carecía de ardor guerrero, me metí en una zanja para escaquearme un rato; dentro se encontraba un miliciano de otra compañía, los dos habíamos tenido la misma idea. Estaba escondido y agazapado como un conejo en una madriguera. Lo saludé con recelo porque decía radio macuto que en el campamento existían soplones infiltrados, encargados de descubrir y denunciar soldados que renegaban del espíritu patriótico. Pronto comprendí que los dos pensábamos igual, y comentamos la pérdida de tiempo que suponía estar allí. Se llamaba Isidoro; tras varios minutos charlando, nos levantamos, asomamos las cabezas fuera de la trinchera, y vimos cómo nuestras respectivas compañías se alejaban victoriosas después de derrotar al enemigo. Salimos de la madriguera, nos despedimos y nunca más volví a verlo.

A partir de las siete de la tarde disponíamos de tiempo libre; lo empleaba en escuchar la radio, escribir cartas, o leer un libro. El simple hecho de estar vestido de militar me provocaba desánimo y melancolía; a los pocos días de mi llegada daba la impresión de estar en aquel lugar semanas o incluso meses, parecía una pesadilla. Para contrarrestar estos tristes pensamientos, soñaba con viajes o que me encontraba en Algodonales, descansando, tomando una cerveza con los amigos, o caminando por la Sierra de Líjar. Me prestaron un libro de relatos de Gabriel García Márquez. Al terminar de leerlo, para entretenerme, copié a mano el que más me gustó: **Un señor muy viejo con unas alas enormes**; creo que, inconscientemente, deseaba poseer esas alas para volar lejos de allí.

Algunas tardes observaba los entrenamientos de un equipo de balonmano, el Marcol de Valencia, uno de los equipos punteros de España que había ganado varias veces la Liga Nacional de ese deporte; reconocía a los jugadores porque seguía los partidos por televisión. La mayoría de sus integrantes se encontraban realizando las Milicias Universitarias en Montejaque, y los habían agrupado en la misma compañía para facilitar los entrenamientos. Los realizaban por las tardes y después jugaban un partido entre ellos, arbitrando un teniente; todos poseían gran envergadura, con marcada hipertrofia de los gemelos. En los encuentros entraban fuerte, sin contemplaciones, y algunos sangraban por la nariz, las cejas o las rodillas; el teniente árbitro disfrutaba entre aquellos jóvenes y hercúleos deportistas, los aleccionaba y estimulaba, les gritaba que entraran a por todas como auténticos hombres, y cuando comprobaba que los soldados del Marcol seguían su consigna, sonreía satisfecho.

Algunas noches, para compensar los sinsabores del campamento, cenaba en un cortijo situado en los aledaños; el menú no variaba: una sabrosa tortilla española con abundante cebolla, y un contundente plato combinado constituido por patatas, huevos fritos y un chorizo asado, vino tinto con gaseosa o cerveza. Pasábamos un rato agradable olvidando por unas horas la disciplina militar, regresábamos de noche, alegres, iluminados por la luna y las estrellas. Antes de irnos al cubil, formábamos y nos pasaban lista por enésima vez; luego, para desahogarnos, gritábamos *¡Un día menos!* La noche que estaba de guardia apenas dormía; antes de hacerla, por la intranquilidad de no despertarme a tiempo, después, porque pronto amanecería sin haber podido conciliar el sueño.

Momentos de placeres efímeros eran los fines de semana, durante los cuales abandonaba el cuartel. Subía al autobús en Ronda y en poco más de media hora me dejaba en el cruce del arroyo Batán, cerca de Algodonales. Me

sentía liberado al quitarme la gorra de plato y la sofocante guerrera; luego ascendía por la cuesta de los Yesos hasta llegar a una estrecha carretera. En quince minutos caminando entre huertas, llegaba al pueblo, que se divisaba durante todo el trayecto. Pasaba por delante del edificio de la antigua fábrica de jabón de mi abuelo materno; a poca distancia, en la entrada de Algodonales, se encontraba un antiguo caserón llamado Venta de las Ánimas, que evocaba la leyenda de Bécquer. Subía una ligera cuesta, pasaba por debajo del Arco, cruzaba la plaza, entraba en mi casa, abrazaba a mi madre y a Rosa, me cambiaba de ropa, y recuperaba mi verdadera identidad. Algunos efectos beneficiosos saqué de las milicias: economizar agua, sobre todo al ducharme, convivir en el reducido espacio de la tienda de campaña, y apreciar las comidas de mi madre; a partir de entonces la expresión *esta comida no me gusta*, desapareció de mi vocabulario. Aún así, los cuatro meses que pasé en los campamentos probablemente han sido los más olvidables, tristes y sombríos de mi vida. Durante muchos años me persiguió un sueño, una pesadilla kafkiana: una y otra vez soñaba que no había realizado la mili, y en pocas horas debía incorporarme al cuartel.

.....

Un personaje de Shakespeare dice: “Por oscura, triste, terrible y larga que sea la noche, siempre sale a su encuentro la luz del día”. Luminosos y alegres fueron los quince días que describiré a continuación.

En la primavera de 1973, aprovechando las vacaciones de Semana Santa y Feria de Abril, hicimos el viaje fin de carrera. En autobús recorrimos el trayecto entre Sevilla y Génova, desde donde embarcaríamos de regreso a Málaga tras nuestra aventura por Italia. Por primera vez viajaba al extranjero; y en las semanas previas estaba lleno de ilusión. Entre otras cosas, en el equipaje llevaba una lista de películas censuradas en España; sólo tuve la oportunidad de ver una. De nuestro grupo habitual de amigos, viajamos Braulio Ramírez, Antonio Figueredo, Carlos Ramírez y Luis Pérez, el inolvidable Tarzán.

Aunque pasamos muchas horas en el autobús, transcurrieron de forma entretenida y alegre. Un compañero de curso, Javier Ayarra, al salir de Sevilla se situó en la parte delantera al lado del conductor, cogió el micrófono y tomó la palabra, presentándose como el guía de la excursión. Nos amenizó el viaje, explicando por dónde circulábamos, el sitio de la próxima parada, contando anécdotas y chistes, haciendo entrevistas, y organizando concursos. Un día, los hombres desfilamos uno a uno por el pasillo del autobús, con los pantalones

remangados hasta las rodillas, para que las chicas eligieran los gemelos más atractivos; el ganador fue Javier Ayarra. Cuando se enteró de nuestra afición al cine, entrevistó a Antonio Figueredo, preguntándole cómo surgió nuestro interés por este, las películas que habíamos realizado y los siguientes proyectos. Otro día, entrevistó a Mark Spitz, el plusmarquista mundial de natación de esos años; Javier preguntaba en español, y haciéndose pasar por el nadador estadounidense, respondía en inglés con acento americano mezclado con risas y expresiones incomprensibles. Cuando notaba que el ambiente en el autobús decaía, cogía el micrófono y decía: *Ya estoy aquí de nuevo muchachos, despertad y levantad el ánimo, estamos llegando a nuestro próximo destino*, y otras frases parecidas. También informó de la triste noticia de la muerte en accidente de tráfico del cantante Nino Bravo, acaecida esos días.

Pasamos por Córdoba, Madrid y llegamos por la tarde a Zaragoza. El día siguiente, en Barcelona, visitamos el laboratorio farmacéutico que había subvencionado parte del viaje. En Las Ramblas, Luis Pérez compró un perfume muy caro, al salir de la tienda abrió el frasco, se echó la colonia en la cabeza y en la ropa, y esparció el resto entre los amigos que estábamos a su alrededor. Luego nos invitó a una cerveza en un bar; pagó y lo sobrante -una cantidad considerable- se lo dejó de propina al camarero. Poco después comentó que se había gastado todo el dinero que traía para el viaje. Esta anécdota demuestra el carácter imprevisible, desinteresado y generoso de Luis.

Por la tarde abandonamos Barcelona, cruzamos la frontera y llegamos a Perpiñán. Unos meses antes del viaje se había estrenado en algunos países, con gran escándalo, **El último tango en París** de Bernardo Bertolucci. Esa noche la vimos en un cine de la ciudad; cuando entramos, la película ya había empezado, y se emitía en versión original sin subtítulos. Me gustaron las sugestivas imágenes y la brillante puesta en escena; al finalizar la proyección le preguntamos a una pareja de franceses que nos explicaran algunos detalles del argumento que no habíamos comprendido. Posteriormente la he vuelto a ver varias veces. Creo que no ha soportado bien el paso del tiempo; ahora, uno de los aspectos que más aprecio es la excelente música de Gato Barbieri.

La sesión finalizó después de medianoche, nos montamos en el autobús, seguimos la ruta, pasamos cerca de Marsella y llegamos a Niza al amanecer. La mañana la dedicamos a pasear por esa ciudad; por la tarde fuimos al Principado de Mónaco y entramos en el casino de Montecarlo. Estuvimos en un amplio salón repleto de máquinas tragaperras que producían un ruido ensordecedor; los jugadores introducían monedas, bajando y subiendo como autómatas las palancas, buscando el ansiado premio. Me desagradó tanto aquel ambiente

que salí pronto del casino y caminé por los alrededores, esperando la hora acordada de volver a Niza en autobús.

Al día siguiente, y a lo largo de una magnífica autopista, atravesamos con rapidez los Alpes, llegando a Milán. Javier Ayarra informó que el hotel estaba situado junto a la Plaza de la Catedral -la Piazza del Duomo- en el centro del núcleo urbano. Unos meses antes del viaje vi en televisión **Rocco y sus hermanos**, de Luchino Visconti, película ambientada en esta ciudad. Recordaba la escena rodada en la cubierta de la catedral; los intérpretes deambulaban y conversaban, actuando de testigos mudos las numerosas figuras escultóricas allí colocadas.

Al salir del hotel nos dirigimos a la catedral. Cuando miré el templo quedé decepcionado, estaban restaurándolo y la fachada principal se encontraba tapada por un andamio con plásticos que la ocultaban por completo; no pudimos entrar en ese grandioso templo gótico, constituido por cinco naves. Caminamos por la piazza, en cuyo centro se alzaba la estatua del rey Víctor Manuel II; la plaza estaba circundada de bellos edificios de variados estilos arquitectónicos. Penetramos en una galería con el nombre de ese rey, un centro comercial en forma de cruz, con tiendas, restaurantes y hoteles de lujo, recubiertos de una luminosa bóveda de cristal y acero. Paseamos por el interior sin comprar nada; aunque se exhibían bellos y variados artículos, los precios eran prohibitivos para nuestros bolsillos.

Por la mañana, antes de abandonar Milán pasamos junto al Castillo de los Sforza. Al anochecer llegamos a Mestre, cerca de Venecia. Esta ciudad se fundó en el siglo V; situada en el mar Adriático, está formada por numerosas islas enlazadas por puentes. Como otros muchos lugares de Italia, Venecia posee un magnífico patrimonio artístico; no obstante, es una ciudad diferente, sin coches, que poco a poco se hunde, surcada por múltiples canales, entre los que destaca el Gran Canal, bordeado de palacios góticos y renacentistas. Después de caminar por calles estrechas desembocamos en la Plaza de San Marcos, donde entre otros edificios destacan la basílica del mismo nombre y el Palacio Ducal, de estilo gótico veneciano. La Basílica es una obra maestra de la arquitectura bizantina, el templo actual data del siglo XI. No olvidaré la entrada en la plaza: en la puerta de un café, un grupo musical interpretaba la alegre canción **La vida es un cabaret**, de la película **Cabaret**, estrenada en 1972. Mientras escuchábamos la música, paseamos por los alrededores y entré en una tienda para llevarme un recuerdo, un payaso multicolor de cristal de Murano que terminé regalando a mi hermana Juanita. Luego caminamos despacio por el borde del Gran Canal, contemplando asombrados las fachadas de los palacios, que parecían barcos apretujados flotando en el agua; tenía

en mente la llegada entre la bruma, en vaporetto, de un melancólico Dick Bogarde en el papel de Gustav Mahler, en **Muerte en Venecia**. Finalmente nos deslizamos con suavidad sobre el agua en una góndola, y cruzamos en silencio calles en las que apenas entraba el sol, terminando así nuestra corta estancia en esa bellísima ciudad que transcurrió como un ensueño. El autobús esperaba para llevarnos a Florencia.

Hicimos una breve parada en Pisa para ver la catedral y la torre inclinada. Esta última de estilo románico, se empezó a construir en el siglo XII, advirtiéndose la inclinación en una fase temprana de su edificación. Es de gran armonía; al finalizar su construcción medía sesenta metros de altura, y en la actualidad poco más de cincuenta y seis. Recientemente han reforzado la base y aligerado su peso; al menos de forma momentánea se ha retrasado su inclinación.

Con la caída del sol llegamos a Florencia, nos alojamos en un Colegio Mayor situado en una colina. Estábamos tan cansados, que después de deshacer las maletas, ducharnos y cenar, nos echamos a dormir. Al día siguiente, desde muy temprano, visitamos Florencia; se ha dicho que esta ciudad es un museo al aire libre. El autobús nos dejó muy cerca de la Piazza del Duomo; dimos un largo paseo, observando la catedral y el **David** de Miguel Ángel, imponente estatua de mármol de Carrara. Entramos en la galería Uffizi, pinacoteca que alberga obras de grandes maestros como Sandro Botticelli, Leonardo da Vinci, Rafael y Miguel Ángel. Luego nos encaminamos al río Arno para admirar el Ponte Vecchio, el puente más antiguo de Florencia, que cruza el río en su punto más estrecho. Para conocer la capital de la Toscana a fondo serían necesarios muchos días, pero el tiempo pasaba deprisa. Por la tarde salimos hacia la capital de la región del Lazio, la Ciudad Eterna.

Llegamos a Roma un domingo al anochecer, el tráfico era tan intenso que el autobús se detuvo y quedó rodeado de coches. Al principio pensé que se trataba de un accidente o un atentado terrorista, pero Javier Ayarra, que se encontraba sentado delante, aclaró que era un atasco, un monumental atasco. Los romanos regresaban a sus domicilios después de invadir playas, pueblos y otros lugares cercanos a Roma. Por primera vez me encontraba inmerso en un embotellamiento, algunos conductores impacientes salían de los coches, gesticulaban, hablaban y discutían entre ellos; aquella situación me recordaba las comedias italianas de los años 50 y 60, interpretadas entre otros actores por Alberto Sordi y Vittorio Gassman.

El día siguiente por la mañana subimos por una empinada calle hasta la iglesia San Pietro in Vincoli, San Pedro en Cadenas. El interior estaba en

semipenumbra, y varias devotas arrodilladas rezaban en los bancos de la nave central. Allí está enterrado el Papa Clemente VIII, durante cuyo pontificado fue quemado en la hoguera Giordano Bruno en el año 1600; asimismo se encuentra la tumba del Papa Julio II. El principal motivo de la visita fue admirar el **Moisés** de Miguel Ángel situado junto a la entrada. Estuvimos varios minutos en silencio contemplando la escultura de mármol y nos permitimos el privilegio de tocarla. Alcanza más de dos metros de altura. Representa a un anciano con poderosa anatomía, en el brazo derecho lleva las Tablas de la Ley, y en la cabeza sobresalen dos enigmáticos cuernos; su cara expresa furia y rabia, y aunque está sentado, parece a punto de levantarse. La causa de su ira se ha interpretado de varias maneras; la más factible es que al descender del Sinaí y observar que los hebreos están adorando a un becerro de oro, parece dispuesto a lanzarles las Tablas de la Ley. Impresionados por su figura y expresión, salimos de la iglesia antes de que el profeta terminara de levantarse y descargara su ira sobre nosotros por haber osado tocarlo.

Nos dirigimos al Anfiteatro Flavio también conocido como Coliseo, porque al lado existía una colosal estatua de Nerón. Empezó a ser construido en época de Vespasiano y fue inaugurado por su hijo Tito en el año 80; aunque los romanos emplearon sobre todo el orden corintio, cada una de sus cuatro plantas tiene un estilo arquitectónico diferente. Se reutilizó como fuerte medieval y en ceremonias religiosas, para honrar la memoria de los mártires fallecidos en su arena. El Coliseo se ha conservado en relativo buen estado, a diferencia del Circo Máximo, del que solo queda su huella. A poca distancia se encuentra el Foro convertido en ruinas, ya que después de los bárbaros, en los siguientes siglos continuó la destrucción y el expolio. Una de las fotos que guardo del viaje corresponde a este último lugar: cuatro amigos estamos de pie junto a un fragmento de una columna, rodeados de ruinas, y no se aprecia ningún otro visitante; el escaso turismo de aquellos años fue uno de los muchos placeres del viaje.

Pocos meses antes de la excursión había visto en un cineclub de Sevilla **El acorazado Potemkin**, película muda de 1925, dirigida por Serguei M. Eisenstein. En esos años, junto a **Ciudadano Kane** y otros selectos títulos compartía el honor de ser considerada la mejor de la Historia del Cine. Pensaba que, en Italia, especialmente en Roma, podría adquirir una copia en Super 8. Antonio Figueredo y yo, los más interesados en comprarla, preguntamos en el hotel dónde la podríamos adquirir; nos informaron que en la Estación Termini existía una tienda donde vendían artículos de cine. Tomamos un tranvía en dirección a la famosa estación donde Vittorio de Sica había ambientado y

dirigido una película con el mismo título. Encontramos la tienda, pero no la tenían a la venta; nos indicaron que cerca se encontraba la embajada rusa, que intentáramos conseguirla allí. Llegamos a un edificio de tres plantas protegido por una verja de hierro, pulsamos el timbre, y después de unos segundos, surgió del interior un hombre trajeado. Abrió la verja, y dijo unas palabras en su idioma, que por supuesto no entendimos; le respondimos en ruso con acento andaluz: *Bronenósets Potiomkin*, *Bronenósets Potiomkin*, el título original. Se encogió de hombros y nos miró sin decir nada, volvimos a repetirle *Bronenósets Potiomkin*; el hombre seguía mirándonos muy serio. Si hubiera estado allí Harpo Marx seguro que le habría explicado con gestos lo que pretendíamos; para no prolongar más aquella insólita situación, nos despedimos y nos marchamos. Al cabo de muchos años compré el ansiado título en DVD; vi tantas veces la escena del carrito del bebé rodando sin control por la escalinata del muelle de Odessa, que la aprendí de memoria. Creo que la película es de tanta brillantez como las obras de arte que esos días contemplábamos en Roma.

Toda la mañana del día siguiente la dedicamos a visitar el Vaticano. Desde el centro de la Plaza de San Pedro, junto al obelisco del Antiguo Egipto, observamos la basílica y la columnata semicircular diseñada por Bernini. La plaza estaba casi desierta, entramos en el templo, y a unos metros se encontraba **La Piedad**, primera obra conocida de Miguel Ángel, tallada a los veinte años. La Virgen sostiene en su regazo a Jesús muerto; curiosamente la madre aparenta menos edad que su hijo. En aquellos años, un enfermo mental golpeó la escultura con un martillo, causando destrozos en varias zonas del cuerpo, en especial en la cara. Paseamos por el interior de la basílica, nos pareció muy recargada, destacando el ostentoso baldaquino barroco en bronce ideado por Bernini y la grandiosa cúpula diseñada por Miguel Ángel. Subimos y bajamos escaleras, atravesamos salas magníficamente decoradas; cerca se encontraba el fresco **La Escuela de Atenas** de Rafael, en el que entre otros están representados Sócrates, Platón, Aristóteles, Homero, Dante y probablemente, Rafael. Llegamos a la Capilla Sixtina, la estancia más famosa del Vaticano. En el ángulo opuesto al que habíamos entrado, un grupo de clérigos, con las cabezas juntas conversaban en voz baja; parecía un pequeño cónclave. La Capilla Sixtina se empezó a decorar en el siglo XV, participando Sandro Botticelli y Domenico Ghirlandaio; entre 1508 y 1512, por encargo del Papa Julio II, Miguel Ángel pintó la bóveda. Permanecemos allí unos minutos en silencio, sólo perturbado por los murmullos de los religiosos, que permanecían en la misma postura con su particular conciliábulo; algo importante tramaban porque seguían ignorando las bellas imágenes que decoraban las paredes. Continuamos re-

corriendo salas y pasillos; recuerdo el museo de los atuendos eclesiásticos, constituido por suntuosos ropajes bordados con hilos de oro. Llegamos a otra sala que parecía el Arca de Noé, ya que albergaba numerosos y diversos tipos de animales esculpidos en mármol blanco de época grecorromana y del Renacimiento. Luego descendí a la cripta, con el fin de ver la tumba de Angelo Roncalli, el Papa Juan XXIII. Por último, entré en la tienda de recuerdos, el único lugar con aglomeración; parecía que todos los turistas estaban congregados allí. En la tienda se vendían estampas, escapularios, medallas de plata y oro, figuras de Vírgenes, Santos y Papas, agua bendita, libros de oraciones, Biblias... Salí del Vaticano abrumado por contemplar tantas obras de arte, y en cierto modo orgulloso del poder de la Iglesia.

En Roma, además de ocho obeliscos del Antiguo Egipto y cinco de la época del Imperio Romano, abundan ruinas, tumbas, fuentes, plazas, palacios, museos, capillas, iglesias ... y religiosos. Las últimas horas en Roma las dedicamos a callejear, admiramos la Columna de Trajano, monumento erigido para celebrar la conquista de Dacia -la actual Rumanía-, realizada por Apolodoro de Damasco, el arquitecto favorito del emperador Trajano. Conservo un impreciso recuerdo de la monumental Fontana di Trevi. Abandonamos Roma y llegamos a Génova de noche.

El periplo por Italia estaba a punto de finalizar; a primera hora de la mañana el autobús esperaba en la puerta del hotel para llevarnos al puerto y embarcar rumbo a Málaga. Alguien avisó de que faltaban cuatro compañeros: Javier Ayarra, José Antonio Cuello -el delegado de curso-, y otros dos de los que recuerdo sus caras, pero no sus nombres. Estábamos impacientes porque debíamos llegar al puerto con suficiente antelación para resolver los trámites en la aduana y facturar el equipaje. Tras unos momentos de incertidumbre, por fin llegaron los ausentes. En el trayecto hacia el embarcadero Javier aclaró que la causa de la escapada había sido la visita al cementerio de Génova; me chocó que unos jóvenes estuvieran interesados en visitar un lugar tan triste.

La travesía en barco fue la guinda del viaje. Necesitábamos descansar: habíamos recorrido varios miles de kilómetros en autobús, cambiamos continuamente de hoteles y dormimos menos horas de lo habitual. Durante la travesía permanecemos mucho tiempo en la cubierta observando el Mare Nostrum y charlamos con compañeros de curso que apenas conocíamos. José Antonio Cuello me comentó lo interesante que había sido la visita al camposanto de Génova, que estaba situado en una colina y atesoraba magníficos monumentos funerarios y artísticas esculturas de mármol. Aquella conversación me abrió otra puerta, a partir de entonces aprendí a valorar el interés que muestran

algunos cementerios. Cada vez que entraba en el de San Fernando de Sevilla -solo o acompañando a mi madre- para ir a la tumba donde reposan los restos de mi padre, me paraba unos minutos para contemplar el emotivo y bello grupo escultórico en bronce y mármol del monumento funerario al torero Joselito el Gallo, realizado por Mariano Benlliure en 1926.

El barco recaló en Palma de Mallorca. Desde la cubierta observé que cerca del puerto y sobre un promontorio se alzaba la preciosa catedral gótica, destacando los arbotantes y un magnífico rosetón. Al día siguiente desembarcamos en Málaga, y a continuación, el autobús nos trasladó a Sevilla; había terminado un viaje inolvidable. Me propuse volver a Italia; sabía que solamente había visto una mínima parte de la riqueza artística de ese país. Todos los viajes que he realizado los recuerdo ahora con nostalgia, pero sobre todo este de fin de carrera. Han transcurrido ya cincuenta años, algunas anécdotas del recorrido las habré olvidado, otras muchas se mantienen vivas en mi memoria. Concluyo con un emotivo recuerdo: Javier Ayarra, el chico de la eterna sonrisa, que animó y amenizó el viaje, murió joven en un accidente de tráfico cuando se dirigía en moto al hospital en el que trabajaba.

.....

Sin apenas darme cuenta habían pasado seis años, sólo quedaban varias semanas para los exámenes de junio de 6º de Medicina. Vislumbré la posibilidad de terminar la carrera en esa fecha; deseaba acabar cuanto antes y disfrutar de un verano relajado y sin ninguna obligación, por lo que me dediqué a ello en cuerpo y alma. Durante ese tiempo dejé de lado el cine y otras aficiones, aumentando las horas de estudio. Nunca he sido capaz de concentrarme muchas horas seguidas al día, así que me organicé alternando momentos de estudio con descansos, durante los cuales daba largos paseos. En esas caminatas, algunos días llegaba hasta el Parque de María Luisa, pasaba por la glorieta de Bécquer, y comprobaba que el enigmático hombre del maletín no faltaba a la cita.

Las prácticas y las clases concluyeron. Uno de los últimos días del curso hablé con un compañero, Pepe Salas, que pretendía hacer la especialidad de Anatomía Patológica; acordamos acudir una mañana a ese Departamento. En aquella época, Hugo Galera aún no había tomado posesión de la cátedra; mientras tanto, estaba encargado del Departamento Ramón Gómez de Tejada. Hablamos con él, le dijimos que probablemente terminaríamos los estudios en junio, y que nos interesaba realizar esa especialidad. Ramón nos contestó que,

en caso de que así fuera volviéramos a hablar con él después del verano, para incorporarnos al Departamento. Añadió que de entrada no podía ofrecernos una plaza de PNN (Profesor No Numerario) porque todas estaban cubiertas, pero que más adelante intentaría solucionar ese asunto. Mis planes se cumplieron, acabé Medicina en junio de 1973, con veintitres años recién cumplidos. Me acordé de mi padre, que me había aconsejado estudiar dicha carrera; se habría sentido orgulloso. Debido a su carácter llano y extrovertido, ante sus amigos habría proclamado: *¡Mi hijo Juan José ya es médico!* Aunque siempre me he preocupado excesivamente por el futuro, en ese momento procuré no pensar en ello, ya que a corto plazo sólo deseaba descansar.

.....

Aquel verano fue uno de los mejores de mi vida. A primeros de julio, mi madre, Rosa Gamero y yo nos marchamos a Algodonales; invité a mi amigo Manuel Hernández a pasar unos días con nosotros. De esa época es la única fotografía que tengo de mi casa de Algodonales: en el patio aparecemos sentados mi madre, Rosa, mi prima Mari Pepa, Manolo y yo; detrás se observan escalones adornados con macetas, el jazmín y los árboles frutales. Captó ese instante mi primo Antonio Ramírez. Rosa había nacido en Arroyomolinos, un núcleo cerca del río Guadalete, a pocos kilómetros de Zahara de la Sierra. Alegre y optimista, a diferencia de mi madre -de carácter algo melancólico-, a menudo nos contaba anécdotas de su juventud. No todas eran divertidas, le obsesionaban las tormentas y los toros. Cuando estábamos en Sevilla y se acercaba un temporal, Rosa se sentaba en torno a la mesa camilla y al oír el primer trueno, corría angustiada a la cocina y volvía con una taza llena de sal; la echaba encima de la mesa formando una cruz, cerraba los ojos, se santiguaba tres veces, bajaba la cabeza, y rezaba una extraña oración. Cuando la tormenta se alejaba, recogía la sal en la taza y la guardaba en la alacena hasta la próxima tormenta. Los toros le provocaban pánico, incluso cuando los veía en televisión. En su niñez había presenciado escenas desagradables con esos animales, especialmente cuando -según nos contó- fue perseguida por uno.

Ese verano de 1973 nos convenció para ir de excursión a su aldea. Una mañana tomamos un taxi; al llegar a Arroyomolinos nos despedimos del conductor porque Rosa aseguró que allí vivían parientes que disponían de coches para regresar a la hora que deseáramos. El poblado estaba constituido por una decena de casas, algunas deshabitadas. Rosa llamó a la puerta de varias viviendas, y por fin encontró una prima hermana que nos atendió lo

mejor que pudo. La mujer nos aclaró que aquel día nadie disponía de coche, tampoco había línea telefónica, y por lo tanto, no podíamos avisar al taxista. Cuando mi madre escuchó esas desalentadoras noticias, se agobió al pensar que tendría que pasar allí la noche. Rosa, con su optimismo habitual intentó tranquilizarla, le dijo que ya aparecería algún vehículo. Aunque mi madre padecía intensa gonartrosis y coxartrosis, no esperó ni un minuto más: cogió el bastón, se levantó de la silla y preguntó por el camino para llegar a la carretera de Ronda. Salimos sobre las tres de la tarde y echamos a andar por un sendero pedregoso, con un calor sofocante. Mi madre, cojeando, arrastraba los pies, y sacando fuerzas de no sé dónde, seguía caminando. Manolo guardaba prudente silencio, y yo iba pendiente de ella por si tropezaba o se desmayaba. A Rosa, con la tensión nerviosa, le dió por reír. Pretendíamos llegar a una venta -situada junto a la carretera que unía Ronda con Algodonales- para esperar al coche de línea. Después de una hora de marcha divisamos la casa, pero quedaba lo peor, una empinada y larga cuesta. Entre risas de Rosa y el silencio de los demás entramos en la venta. Nos sirvieron leche fría ordeñada unas horas antes, no he vuelto a beber una leche tan deliciosa; después de apurar los vasos nos quedó un cerco blanco alrededor de la boca. Mi madre subió al autobús con mucha dificultad; el sofocón le duró varios días. Durante los meses siguientes Rosa tuvo la precaución de no mencionar su pueblo. En la actualidad, algunas casas de Arroyomolinos están habitadas por peces ya que se asientan bajo las aguas del embalse de Zahara de la Sierra-El Gastor, construido en 1992.

La Feria de Algodonales se celebra a finales de julio, en honor a los patrones de la localidad, Santiago y Santa Ana. Una noche, mientras paseaba por el ferial, vino a mi encuentro Mari Pepa Anaya, acompañada de dos hermanos, Mary y Domingo, que pasaban el mes de vacaciones con sus padres en el pueblo; Mari Pepa y Domingo salían juntos, por lo tanto, Mary y yo quedamos emparejados. Era una chica atractiva y alegre, desde el primer instante me gustó su bonita voz. Los días siguientes estuvimos mucho tiempo juntos, paseábamos por el pueblo, por los alrededores, y realizamos diversas excursiones. Nos acercamos a Olvera con la intención de visitar a una vidente que aseguraba adivinar el futuro y curar ciertas enfermedades, aunque a mí me parecían charlatanerías, Domingo estaba muy interesado en hablar con ella, pero no quiso recibirnos. Otro día atravesamos la Sierra de Líjar hasta llegar a La Muela, donde unos parientes de Mary nos invitaron a almorzar; descansamos un rato, emprendimos el camino de vuelta de nuevo por la sierra, y llegamos de noche a Algodonales. Los días pasaron, el tiempo se echó encima

y acabaron las vacaciones para mis amigos. Una tarde, horas antes de partir, Domingo me confesó que su hermana no quería marcharse, estaba sorprendido porque nunca la había visto con tanta alegría, entusiasmo e ilusión. Le respondí con evasivas, ella me agradaba, pero mantuve la cabeza fría; aún no había ni empezado la especialidad, no veía nada claro mi futuro laboral, y en aquel momento no deseaba comprometerme. Además, no compartía sus sentimientos. He olvidado por completo la escena de la despedida, la memoria es así de caprichosa. Al día siguiente me telefoneó, notaría mi desafecto y no volvió a llamarme. Este asunto me dejó un sabor amargo.

.....

El mes de septiembre lo pasé en Madrid. Me habían recomendado un logopeda; hablé con él por teléfono y acordamos que iría a su consulta tres días a la semana. Decidí ir a la capital porque solo había estado una sola vez y me ilusionaba vivir allí un tiempo. Me alojé en una pensión ubicada en la Plaza Vázquez de Mella, cerca de la Gran Vía. Recuerdo con nostalgia esos días; el logopeda no consiguió mejorar mi rebelde tartamudez, sin embargo, mi estancia resultó inolvidable. En la casa de huéspedes vivía un grupo varipinto de personas: un matrimonio argentino, que cada vez que me hablaban empezaban diciendo *doctor*, dos chicas griegas -Stella y Vicky- que estudiaban español, dos hermanos gallegos apellidados Castiñeira, varios estudiantes andaluces que preparaban una oposición, y un joven brasileño adicto a las compras, al que terminamos llamando Caro o Barato. ¿Por qué? Porque se pasaba el día preguntando: *Esto, ¿qué es, caro o barato?* El brasileño tenía un carácter ingenuo y confiado; una tarde lo acompañamos a Galerías Preciados, y al pagar el artículo que había comprado sacó del bolsillo un fajo de billetes; tanto la dependienta como nosotros quedamos perplejos. Posteriormente le aconsejé que no saliera a la calle con tanto dinero.

Todos los días daba largos paseos por Madrid; visité varias veces el Museo del Prado, y desde entonces mi pasión por Velázquez no ha dejado de crecer. El cuadro **Las Meninas** se encontraba expuesto en una sala poco iluminada; recomendaban contemplarlo mirándolo directamente, y a continuación observarlo reflejado en un gran espejo situado justo enfrente. El efecto era sorprendente, Velázquez y las demás figuras estaban en relieve, parecían a punto de moverse y salir de la escena. Otros días visité lugares que no conocía: el monasterio San Lorenzo de El Escorial, Toledo y Ávila; el viaje a esta última ciudad lo hice en tren acompañado por los amigos de la pensión.

Algunos días paseábamos con Stella y Vicky, a veces íbamos a una discoteca. En realidad, la que bailaba era Stella, que tenía dieciocho años. No he visto bailar a nadie con tanta vivacidad, ritmo y elasticidad. Cuando empezaba a moverse, la pista se despejaba, Stella cerraba los ojos, entraba en trance como un derviche y desplegaba su arte; los que estábamos a su alrededor la contemplábamos admirados. El día antes de marcharme de Madrid las dos chicas me regalaron una cassette con canciones griegas y un ratoncito de goma; en las plantas de los pies del roedor se leía: Stella y Vicky.

En el viaje de regreso a Sevilla en tren, por primera y única vez en mi vida, leí un libro de un tirón. Lo compré en una librería de Madrid; su título, **Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo**, de Gregorio Marañón. Aunque han pasado cincuenta años aún recuerdo su argumento: durante las obras de restauración en el monasterio de Guadalupe (Cáceres) aparece junto al altar mayor una momia con restos óseos de gran tamaño. Después de analizar los huesos y estudiar la documentación existente, se deduce que pertenecen al polémico rey Enrique IV de Castilla (1425-1474), que padecía gigantismo acromegálico, un trastorno hormonal que se origina cuando la glándula pituitaria produce un aumento de la hormona del crecimiento. La lectura del libro fue apasionante; poco después de salir de la estación de Atocha lo abrí, y lo terminé antes de llegar a Sevilla. El doctor Marañón combinaba con brillantez y amenidad arqueología, historia de España, medicina forense y endocrinología.

.....

Cuando me incorporé a Anatomía Patológica se esperaba la llegada a corto plazo de Hugo Galera, nuevo Catedrático y Jefe del Departamento. En este, además de Ramón Gómez de Tejada, trabajaba Pilar Panea, que iba a su aire; pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su despacho, y mis conversaciones con ella se limitaban a darnos los buenos días o las buenas tardes. Tampoco me relacionaba mucho con Ramón, estaría preocupado por la llegada de Galera y por otro asunto que contaré más tarde. Encargado del microscopio electrónico estaba Ignacio Muñoz, persona inteligente y espabilada. En el Departamento encontré a varios compañeros de promoción. Laura, afable y discreta; Rafael Llamas, ferviente admirador de Bob Dylan, que unos meses más tarde abandonó el Departamento y se especializó en Odontología. También hacía la especialidad Paco Torres Oliveras, que tuvo clara su vocación desde el principio: mientras estudiaba Medicina asistió con asiduidad a un

Centro de Diagnóstico Citológico; estos conocimientos le permitieron conseguir una plaza de adjunto cuando llegó Hugo Galera. Pepe Salas apareció en el Departamento a primeros de octubre; sin embargo, pronto se marchó al Hospital de Córdoba, donde le ofrecieron mayor estabilidad laboral.

El Departamento guardaba un extenso archivo con preparaciones de Anatomía Patológica y Citología. Varias horas al día las analizaba y revisaba en un microscopio; al mismo tiempo consultaba y estudiaba los libros de la especialidad. Luego leía los informes y los diagnósticos, resolviéndose mis dudas y mi ignorancia. Además, a diario nos reuníamos en la sala de prácticas; previamente elegíamos al azar, sin conocer los diagnósticos, ocho o diez casos clínicos. En un microscopio especial que proyectaba las imágenes en una pantalla se presentaban, y cada uno de nosotros expresaba su opinión. Al final terminábamos leyendo las conclusiones.

A Manuela, la limpiadora del Departamento, le habían realizado recientemente una mastectomía para tratarle un carcinoma de mama; a todo el mundo le contaba su vida, quejándose y llorando con amargura. El celador Bernardino estaba más pendiente de su jubilación que de trabajar; cualquier cosa que se le mandaba, la hacía a regañadientes.

Cuando llevaba en el Departamento unos meses, Paco Torres se casó, y me pidió que hiciera un documental de la boda. La ceremonia religiosa se celebró en la iglesia del Hospital de la Caridad; durante el rodaje, entre plano y plano, contemplaba los macabros cuadros de Valdés Leal situados a los lados del altar mayor.

De los cortometrajes realizados esos años, el que me dejó más satisfecho tuvo una gestación peculiar. Un día, mientras escuchaba **Pompa y Circunstancia** del compositor inglés Elgar, pensé qué imágenes serían apropiadas para esa impactante música, que consta de dos partes bien diferenciadas: la primera, solemne y ceremonial, la segunda, más dinámica y rítmica. Encontré la solución en el Desfile de la Victoria que se festejaba en esas fechas en todas las ciudades de España; en Sevilla se celebraba en la amplia Avenida de la Palmera. Para la música solemne, utilizaría imágenes de las Fuerzas Armadas antes de comenzar el acto, y en la parte más dinámica emplearía planos tomados durante el desfile, intercalando imágenes de los desastres de la guerra: daños materiales, heridos, hambrunas, epidemias, campos de concentración y muerte. Le comenté esta idea a Juan José Calero, estudiante de Medicina, que conocí en los Cursos de Cine organizados por el cineclub Vida. Sabía que disponía de una cámara de super 8, y de inmediato me confirmó su colaboración. Planificamos el rodaje para distribuirnos qué tipo de planos

filmariamos cada uno; él se encargaría de las tomas generales, yo rodaría las más precisas. Nos situamos con las cámaras y los trípodes entre el público, en un sitio que previamente habíamos elegido. Un policía nacional se acercó y nos preguntó si teníamos permiso para rodar el desfile. Juan José reaccionó con rapidez y convicción, respondiéndole al policía que éramos profesores de un colegio y pretendíamos realizar un documental para proyectarlo en otros centros educativos. El policía no solo se lo creyó, sino que ordenó al público que se apartara, nos situó en primera fila y permaneció cerca de nosotros para que nadie nos molestase. El material que rodamos fue excelente, el montaje resultó muy laborioso ya que las imágenes debían estar perfectamente sincronizadas con la música. Al principio del corto se escucha un fragmento de uno de los últimos discursos que pronunció Franco, aludiendo a la consabida confabulación comunista y judeomasónica.

Aunque pasaron años sin noticias tuyas, un día nos enteramos del fallecimiento de Celestino Briz, el corredor inmobiliario que durante mucho tiempo trabajó con mi padre. Me parecía un hombre sabio, de amplia cultura y mundología; era alto, serio, con ojos pequeños, grandes bolsas en los párpados inferiores, y tenía los dedos de su mano derecha amarillentos por el abuso del tabaco. Ahora, al recordarlo, me parece un personaje extraído de una novela de Benito Pérez Galdós, con la diferencia de que Celestino existió, era de carne y hueso, ¡Qué interesantes hubieran sido sus Memorias, a fin de conocer su enigmática vida! Estaba casado y no tuvo descendencia; en los últimos años, tanto su compañera como él padecieron demencia senil, permaneciendo reclusos en su piso situado frente a los Jardines de Murillo.

.....

Recordando al amigo de mi padre me he puesto algo melancólico, para animarme voy a narrar un momento estelar de mi vida. Se organizó un partido de fútbol entre los médicos del Hospital Virgen del Rocío y los del Complejo Hospitalario de la Macarena. Me encontraba en buena forma física, ya que entrenaba y jugaba con regularidad. En el equipo Virgen del Rocío participó Jaime Conde, que realizaba la especialidad de Anatomía Patológica. El encuentro tuvo lugar en el colegio de los Salesianos, en la avenida María Auxiliadora. Mis compañeros pronto observaron mi destreza con el balón, daba pases con precisión, defendía en nuestra área, y en la jugada siguiente aparecía en la contraria rematando a puerta. Ganamos 8-5, marqué seis goles de todos los colores, desde fuera del área, desde dentro, con la cabeza, y con las

dos piernas. Una jugada que no he olvidado la realicé finalizando el choque: controlé el esférico junto a un banderín de córner, y driblé a un contrario. Mi intención fue tirar a puerta, pero observé que el portero cubría el primer palo; a su alrededor se encontraba un enjambre de jugadores, unos defendiendo y otros preparados para rematar. Cuando el balón estaba a punto de salir por la línea de puerta, centré con la izquierda -mi pierna mala-, cogió un efecto extraño, subió como un cohete y cayó junto al segundo palo donde estaba un compañero desmarcado, que sólo tuvo que tocarlo para introducirlo en la portería; era el octavo tanto de nuestro equipo. A continuación el árbitro dio el pitido final. Los vestuarios estaban contiguos, mientras me cambiaba de ropa escuché lo que un integrante del equipo contrario le decía a otro: *Que sí, que te lo digo yo, ese tío es mejor que Cruyff*. Johan Cruyff, en aquella época estaba considerado el mejor jugador del mundo. Varios años después, en un Curso de Anatomía Patológica, coincidí con Jaime Conde; le sorprendió verme allí, suponía que me había dedicado al fútbol profesional. En verdad, aquella tarde en el campo de los Salesianos destapé el tarro de las esencias futbolísticas.

.....

En los inicios de 1974 hice las prácticas de las milicias. Elegí Las Canteras -un batallón de carros de combate-, en una Unidad militar formada por tres compañías al mando de un comandante, situada cerca de Alcalá de Guadaira. La mayor parte del tiempo estuve destinado en la Enfermería. Después de la olvidable experiencia en los campamentos de verano en Montejaque, me incorporé con recelo, procurando disimular mi falta de espíritu militar. Pronto se disiparon mis temores, el teniente médico encargado de la Enfermería tenía un carácter tranquilo y agradable; mantuvimos largas conversaciones, y varias veces intentó convencerme para que me preparara las oposiciones a médico militar, y así asegurarme el futuro.

Desde los primeros días entablé amistad con un sargento, que aunque había estudiado Magisterio nunca ejerció esa profesión, le pareció más conveniente enrolarse en el ejército. Padecía adicción al alcohol, por las mañanas antes de entrar en faena iba a la cantina y se tomaba un vaso de ginebra. Cuando conoció mi forma de pensar, me aconsejó evitar a ciertas personas y no hablar con nadie de algunos temas. Le comenté el deseo de conducir un tanque, mejor dicho, un carro de combate, la denominación más correcta. Un día nos subimos en uno de esos vehículos, se conducía con facilidad ya que sólo disponía de dos marchas, adelante y atrás; recorrimos varios kilómetros

por el recinto militar. El único problema lo producían las fuertes sacudidas al cambiar de marcha y de dirección.

El teniente médico me comentó que, en las cercanías del acuartelamiento existían varios monumentos megalíticos. Caminé hacia el lugar y entré en un dolmen de corredor; los demás permanecían cerrados, posiblemente por el mal estado de conservación. A la vuelta me llevé una gran alegría: a unos metros del camino una piedra aplanada llamó mi atención, correspondía a un fragmento de sílex. Siempre que contemplo construcciones y objetos antiguos pienso en las personas que los realizaron, sus costumbres, inquietudes y alegrías.

Una tarde cometí una estupidez que pudo haberme complicado la vida. Estaba de guardia a cargo de una compañía, y un soldado me pidió permiso para asistir por la noche a la feria de un pueblo cercano; se lo concedí, recomendándole que a la mañana siguiente llegara antes de pasar lista. Poco después, otro me pidió lo mismo, también se lo di; a continuación, las solicitudes se multiplicaron y a todos les di autorización. Por la noche al pasar lista faltaba la mitad de la compañía; estaba claro que algunos reclutas se habían tomado permiso por su cuenta. Estuve toda la noche preocupado, pensando que podía ocurrir un accidente, en cuyo caso la responsabilidad sería mía. Por la mañana, la compañía estaba al completo. Estoy convencido de que con aquel gesto me gané el aprecio de los subordinados; las pocas veces que mandé poner firmes, respondieron como si la orden la hubiera dado el general Patton. En aquellos días, un soldado gay me echó algo parecido a un piropo: *¡Qué buena persona es usted mi sargento, qué suerte tendrá la mujer que se case con usted!* Otro motivo de satisfacción fue ganar mi primer sueldo, unas once mil pesetas mensuales. A diferencia de los campamentos en Montejaque, los cuatro meses de prácticas de milicias que pasé en Las Canteras transcurrieron con tranquilidad, y conservo gratos recuerdos. Poco a poco mi antimilitarismo fue disminuyendo, sobre todo cuando las Fuerzas Armadas se profesionalizaron y se dedicaron a labores humanitarias.

.....

En el Departamento de Anatomía Patológica sucedió lo inevitable, la llegada de Hugo Galera con su séquito: Alfredo Matilla, Ricardo Carapeto, Eliseo Carrascal y Ricardo González Cámpora, entre otros. Cada uno de nosotros hizo lo que pudo; ya referí que Pepe Salas se había marchado a Córdoba, Rafael Llamas se especializó en Odontología, Bernardino aceleró su jubilación,

Pilar Panea se atrincheró en su despacho, Ignacio Muñoz -el encargado del microscopio electrónico- cambió Anatomía Patológica por la política, y Ramón Gómez de Tejada puso su mirada en Badajoz. Yo intenté cambiar de aires, en aquellos años aún no existía el examen MIR. Me informé que varios hospitales ofertaban una plaza para realizar mi especialidad, solamente se necesitaba enviar la solicitud y el expediente académico. Pedí la plaza del Hospital Marqués de Valdecilla en Santander; no recibí respuesta. Si me hubiera marchado a esa ciudad, mi vida habría sido muy diferente; no sé si mejor o peor. En cualquier caso, el destino me reservaba otro lugar.

Mi primer encuentro con Hugo Galera fue desagradable. Me habían prestado una copia en super 8 mm de **¡Que viva México!** de Eisenstein, un documental que el director ruso filmó en Méjico y que dejó inacabado. Algunos compañeros del Departamento estaban interesados en ver la película, llevé mi proyector, y una mañana empezamos a visionar el documental en la sala de prácticas. Cuando la proyección iba por la mitad, súbitamente se abrió la puerta y apareció Hugo Galera seguido de Ignacio Muñoz. Galera, con malos modos, preguntó qué hacíamos allí, le dije que estábamos viendo un documental antropológico sobre Méjico; mandó interrumpir inmediatamente la proyección y se marchó dando un portazo. El día siguiente Ignacio me explicó que le estaba enseñando el Departamento. Cuando se acercaron a la sala de prácticas intentó llevárselo a otro sitio, pero Galera se dirigió directo a la puerta como un torpedo, la abrió, y sucedió lo que ya he contado. No sólo por este incidente, también por otros detalles que observé en los meses siguientes, me pareció una persona arrogante y maleducada. Contaré un episodio que presencié en esa fecha.

Los alumnos de Medicina eran tan numerosos, que las clases se impartían en el Salón de Actos, que disponía de gran aforo. Asistía a ellas porque Galera explicaba de forma amena y didáctica, además, de que me servían de repaso; Hugo Galera, subido en el escenario, con su buena figura parecía un galán de Hollywood. Durante una clase, de pronto dejó de hablar, miró hacia el fondo de la sala, saltó como un gimnasta desde el escenario al patio de butacas, corrió a gran velocidad por el pasillo central, y se detuvo al final del salón. En medio del silencio sólo se escuchó su voz exigiendo el nombre a dos estudiantes que al parecer estaban hablando. Estos se negaron a identificarse; Galera, enfadado, insistió. Los compañeros situados alrededor se levantaron de sus asientos, lo cercaron y empezaron a insultarlo. En pocos segundos, la mayoría de los asistentes que llenaban la sala se alzaron, tirándole bolas de papel y empujándolo. Ante el cariz que tomaba el asunto, Alfredo Matilla y

los demás ayudantes acudieron con rapidez en ayuda de su jefe; lo rodearon, lo protegieron, y con dificultad y entre abucheos, lo sacaron del Salón de Actos. Permanecí como espectador en la primera fila presenciando el deplorable incidente, me marché y no asistí más a clase.

Pocas semanas antes de este episodio Ramón me habló de su traslado a Badajoz, a la Facultad de Medicina y al Hospital de la Seguridad Social; en este último se encargaría de abrir y equipar el Servicio de Anatomía Patológica. Me propuso acompañarlo, me ofrecía una plaza de PNN en la Universidad, y cuando funcionara el Servicio en el Hospital también me incorporaría a este con el fin de acabar la especialidad; le respondí que en principio estaba dispuesto a aceptar. Para ser profesor en la Facultad se exigía tener hecha la Tesina, elegimos una revisión sobre la Etiopatogenia de la enfermedad de Gaucher. Ramón habló con Galera, y Alfredo Matilla dirigió el trabajo.

De manera sorprendente, una tarde, Hugo Galera me dijo que lo acompañara a su casa en la Avenida República Argentina. En su despacho me entregó varios artículos recién publicados sobre la enfermedad de Gaucher, y me propuso quedarme en el Departamento. No recuerdo exactamente mi respuesta, supongo que le diría que me había comprometido con Ramón; me faltó desenvoltura y atrevimiento. No sé si tuvo aquel gesto porque lo cogí en buen momento, o porque percibió algo en mí que le agradó. Debí preguntarle qué puesto me ofrecía y en qué condiciones, posiblemente no di ese paso porque me inquietaba su carácter volcánico. El caso es que perdí la oportunidad de permanecer en Sevilla. Después de las trifulcas con Don Manuel Ruiz de Lopera -en relación con la Presidencia del Real Betis Balompié-, creo que con el paso de los años Hugo Galera moderó su arrogancia y su carácter se apaciguó; pocos meses antes de empezar a escribir estas Memorias falleció a consecuencia de un tumor pancreático.

.....

Mientras mi entusiasmo por el cine no dejaba de crecer, el 25 de abril de 1974 floreció la Revolución de los Claveles, que acabó con la dictadura de Marcelo Caetano; entre otros logros consiguió abolir en Portugal la censura cinematográfica. En Portimao (El Algarve) se organizaron unas Jornadas de Cine, proyectándose títulos prohibidos en España. Asistí a una de ellas que duraba tres días; las películas se proyectaban en una sala ubicada en la planta baja del hotel donde nos alojábamos los participantes. Se trataba de un auténtico maratón, visionábamos cinco o seis cintas diarias en versión original

con subtítulos en portugués. Entre otras, proyectaron las siguientes: **Sierra de Teruel** basada en el libro *L'espoir* de André Malraux, **Morir en Madrid** de Frederic Rossif, varios documentales de Joris Ivens, **El Decamerón** de Pier Paolo Pasolini, y **La gran comilona** de Marco Ferreri. En los intervalos entre las proyecciones podías tomar un café, un aperitivo, subir a las habitaciones, o pasear por la cercana y espléndida playa Da Rocha. Algunos de los que asistimos a aquellas jornadas pensábamos que el Cine era más importante que la vida, compartíamos la misma locura.

En el vestíbulo del hotel montaron una exposición donde se vendían libros censurados en España; compré **La guerra civil española** de Hugh Thomas, editada por Ruedo Ibérico. En el viaje de vuelta, al llegar a Villa Real de San Antonio, mientras esperábamos el barco para cruzar el río Guadiana, el organizador del viaje comentó que en la frontera española aguardaban dos agentes de la represiva Brigada Político Social. Cuando escuché esa noticia, antes de embarcar compré en un quiosco el diario deportivo Marca para envolver en sus páginas el libro. En el puerto de Ayamonte ví a dos hombres que observaban con atención a los pasajeros del barco. En una mano cogí la bolsa de viaje y en la otra el libro de Hugh Thomas, camuflado en el periódico. El desembarque transcurrió sin incidencias.

.....

Me anticipo dos años para contar un episodio que sucedió en el verano de 1976 en Algodonales. Una manifestación autorizada inició su recorrido en la puerta del Ayuntamiento, atravesó la plaza y recorrió algunas calles. El pueblo tenía derechos históricos para que en las dehesas de algunas fincas, como La Nava, La Lapa, El Cerrillar y otras, se pudieran recoger plantas y frutos silvestres, como espárragos y tagarninas, y asimismo practicar caza menor. La propietaria de La Nava, Isabela Sánchez de Alba, que estaba casada con el ex Director General de la Guardia Civil, prohibió la entrada en su finca y colocó agentes para multar a las personas que consiguieran pasar. El pueblo protestó pacíficamente, al frente de la manifestación iba el alcalde Antonio Márquez. Durante parte del recorrido caminé junto a la manifestación, filmando algunos planos: la pancarta que encabezaba la protesta, los cientos de participantes, y los que contemplaban la marcha con caras de incredulidad, temor o satisfacción. No disimulé mi presencia y rodé sin que nadie me molestara. Una vez que terminó aquel insólito acontecimiento, regresé a casa y dejé el tomavistas en mi cuarto. Días más tarde volví a cogerlo, y al pulsar

el disparador noté un sonido extraño, abrí el compartimento de la película, y comprobé que estaba vacío. Después de la sorpresa inicial, hice de aprendiz de Sherlock Holmes: pienso que durante la manifestación merodearían por los alrededores guardias civiles vestidos de paisano, alguno me reconoció o se informó de mi identidad; se presentaría en mi casa, hablaría con mi madre y le reclamaría la película, con la amenaza de que si no la entregaba me denunciaría. Mi madre, preocupada, llamaría a su sobrino Antonio Ramírez y le explicaría el asunto; mi primo, acompañado del picoletto, entraría en mi cuarto y sacaría la cinta de la cámara. Como nadie me explicó lo que en verdad había sucedido, yo tampoco quise averiguarlo. La dictadura franquista daba los últimos coletazos; igual que en Portugal, pronto desaparecerían los años de oscurantismo y represión.

En el verano de 1974 realicé con José Luis Sánchez y José el Gitano -el de las Hierbas- una ruta que merece la pena contar. Un día, nos comentó este último que cerca de Puerto Serrano existía un lugar donde se encontraban con facilidad hachas y otros utensilios de piedra. No lo pensamos mucho, y una mañana cogimos el autobús hasta esa localidad. Siguiendo a José llegamos al sitio, donde había una antigua edificación de piedra, similar a un establo; por más que buscamos por las inmediaciones no encontramos ningún objeto prehistórico. Después de reírnos a costa de la fantasía de nuestro guía, teníamos dos opciones, volver a Puerto Serrano o proseguir la ruta hasta Algodonales. Aunque era tarde para empezar a caminar, elegimos la segunda, pasando junto a las ruinas de un monasterio, cerca de La Nava; el recorrido llano y largo fue duro por el abrasador calor. Realizamos la excursión el 10 de agosto, día de San Lorenzo, mártir que murió abrasado en una parrilla; a José Luis y a mí nos faltó poco para morir de la misma forma. En páginas anteriores ya mencionaba a José, desde que lo conocí no había cambiado de aspecto físico. Se mantenía en plena forma, muy delgado, amojamado, parecía más alto de lo que en realidad era porque andaba muy erguido, con una elegancia natural, no se quejaba del calor. A partir de ahora lo llamaré José el de los Pies Ligeros, igual que Aquiles, según cuenta Homero en *La Ilíada*. Por el camino nos comentó anécdotas de su vida: se ausentaba de casa varios días seguidos buscando plantas medicinales, nunca olvidaba su navaja y una pequeña manta, dormía en cuevas, en abrigos naturales o donde podía, y se alimentaba de lo que le ofrecía la naturaleza. En la excursión se agotó el agua; por el camino encontramos algunos manantiales, reducidos a pequeños charcos, y cubiertos de zarzas y telarañas. Nuestro experto acompañante nos explicó que este hecho indicaba que el lugar no había sido hollado recientemente por

animales, y se podía beber. Quitaba las telarañas con la palma de la mano, apartaba con suavidad el polvo y suciedad que recubrían la superficie del charco, introducía sus labios y sorbía poca cantidad. Esta operación la repetió varias veces a lo largo del camino. Nos animaba para que lo imitásemos, pero le mentíamos diciéndole que no teníamos sed; solamente nos atrevíamos a mojarnos la cara y el pelo. Llegamos de noche a Algodonales; José Luis y yo, cansados y sedientos fuimos directamente a la Fuente del Algarrobo. José el de los Pies Ligeros tuvo una vejez confortable, los dioses del Olimpo no lo olvidaron y lo premiaron, ya que pocos años después de esta singular caminata le tocó la lotería.

.....

Mientras ultimaba la Tesina sobre la enfermedad de Gaucher, me ilusionaba un nuevo proyecto cinematográfico. En la calle Padre Luis María Llop -antigua calle de la Gorgoja, junto a la plaza de San Pedro- está la casa natal del pintor Diego Velázquez. Es un edificio del siglo XVI, que se utilizó como vivienda hasta la década de los 70 del siglo pasado. En 1974 el edificio alojaba la Galería de Arte Contemporáneo M11. Todo empezó porque un amigo cinéfilo conocía al director, hablamos con él y le comentamos el proyecto de realizar un cortometraje ambientado en un museo. Nos dio todo tipo de facilidades, además nos dejó la llave para que pudiéramos rodar los domingos, día que no abría al público. El cortometraje narraba la historia de un vigilante que, de tanto custodiar y contemplar los cuadros, terminaba perdiendo la razón y destruyendo uno de ellos. Participaron Antonio Figueredo, Javier Millán, Paco Sierra, Lorenzo, Juan Miguel, María, Juan Carlos, y otros amigos de los que no recuerdo sus nombres. Entre las obras que entonces estaban expuestas, se encontraban los cuadros de arpillera del artista canario Manolo Millares, fallecido en 1972 a los cuarenta y seis años. Desde la primera vez que entré en la casa natal de Velázquez el cortometraje pasó a un segundo plano, quedé seducido y fascinado por el edificio. Algún domingo que no pudimos rodar entraba en el museo y paseaba por las salas, evocaba a Velázquez, para mí el más genial pintor que ha existido. Aquí pasó su infancia y juventud antes de marcharse a Madrid, a la corte de Felipe IV. Aunque se realizaron obras de restauración, se conservó la estructura original de la vivienda, manteniendo la forma de corrala, con dos plantas, espaciosas habitaciones y dos patios. El rodaje se desarrolló con demasiada lentitud, el tiempo se nos echó encima. Llegó la Navidad; en enero de 1975 comenzaba mi trabajo en Badajoz, y la

película quedó inacabada. En los años siguientes, al pasar por delante de la casa miraba la fachada y leía la placa de cerámica recordando quién había nacido en ese sitio. Cuando cerró la Galería de Arte M11, los modistos Victorio y Luchino instalaron allí su taller de costura.

.....

Durante el largo período que pasé en los Escolapios, más de una vez deseé que llegara la época de estudiar en la Universidad; imaginaba una vida diferente a la del colegio, sin tanta disciplina, control y rutina. Mis esperanzas se cumplieron con creces, desde el principio me sedujo el ambiente universitario, su alegría, espontaneidad y libre albedrío. Me gustaba asistir a clase, consultar libros y planificar el trabajo desde inicio de curso. Tuve la suerte de relacionarme con muchos y buenos amigos que me aportaron sus experiencias y conocimientos, diversidad de opiniones, y enriquecieron mi vida. Alterné los estudios con mis aficiones, en esos años leí unos pocos libros de Medicina y muchos de diversos temas, visioné miles de películas y realicé, con la colaboración de mis amigos, ocho cortometrajes. Si tuviera que resumir esta época en una palabra, sería ilusión. En suma, fueron años alegres y luminosos, ensombrecidos por dos acontecimientos, los campamentos de milicias, y sobre todo, la enfermedad y muerte de mi padre. El 4 de diciembre de 1974 se inauguró el Hospital Universitario de la Macarena; si en casa de Hugo Galera hubiera reaccionado a tiempo ante su ofrecimiento, tal vez podría haber trabajado allí.

Meses después de terminar Medicina viajé a Galicia con mi familia, pernoctamos en Salamanca. Por la noche, paseando por la Plaza Mayor acompañado de mi hermana Juanita, le confesé que me habría gustado seguir estudiando en la Universidad de forma indefinida, una carrera tras otra. Mi carácter independiente y mi vida ordenada encajaban a la perfección en el entorno universitario. Estaba a punto de concluir la época más feliz de mi vida, ya que además de esperanza, se mantuvo rebosante de ingenuidad, salud y devoción por el Cine. Sin embargo, mi existencia continuó en otro lugar. Para conocerla hemos de pasar a la tercera parte.

TERCERA PARTE

La realidad. Los años tardíos (1975...)

Cuando en enero de 1975 realizaba el viaje en autobús a Badajoz, mientras contemplaba las extensas dehesas que caracterizan el paisaje de esta provincia, evocaría los dos viajes previos a Extremadura. El primero lo realicé con mi sobrino Camilo, cuando yo contaba unos trece o catorce años. Salimos de Sevilla a primera hora de la mañana desde la estación de Córdoba; mi padre me recomendó que anotara todos los pueblos del itinerario. A pesar de que el tren ha sido el medio de locomoción que más me agrada, el viaje resultó muy largo, unas doce horas, llegando a Cáceres de noche. Íbamos a visitar a mi hermano, que había sacado la oposición de Técnico de Administración Civil del Estado, y su primer destino era la Secretaría de la Delegación de Educación y Ciencia en esa ciudad. En septiembre de 1966, unos días antes de comenzar las clases de Preu en la Academia IFAR, estuve de nuevo en Extremadura acompañado de mis padres. De este segundo viaje guardo un grato recuerdo de la excursión a Guadalupe; visitamos el monasterio, admiramos los espléndidos cuadros de Zurbarán, y pernoctamos en la hospedería. Aparcamos el coche en una antigua capilla en desuso que servía de garaje. Aún recuerdo los espaciosos y limpios dormitorios que estaban situados alrededor del claustro, donde reinaba un profundo silencio; ni siquiera se escuchaba el canto de los pájaros.

Mis primeras impresiones de Badajoz no fueron alentadoras, me pareció una ciudad poco atractiva, con escasos lugares de interés artístico. Anduve por las calles intentando encontrar algo que llamara mi atención. La Catedral, desde el exterior, recordaba una fortaleza. El Museo de Bellas Artes se ubicaba en una casa con varias plantas, destacando algunas pinturas de temas costumbristas extremeños, firmadas por Adelardo Covarsí, Eugenio Hermoso y otros autores que no conocía. La Alcazaba, la Plaza Alta, la Torre de Espantaperros y su entorno necesitaban una profunda restauración. El Museo Arqueológico se encontraba junto a la citada plaza, en una sala que parecía un almacén. Las calles por las que se llegaba a estos lugares estaban descuidadas, con casas abandonadas y ruinosas. Paulatinamente estos sitios cambiaron. En la Alcazaba se realizaron excavaciones y obras de consolidación. Se rehabilitó la Plaza Alta, que durante varios siglos había sido el centro de la ciudad, desde que esta rebasó los límites de la alcazaba musulmana. También se reformaron las viviendas que circundaban la plaza. El Museo Arqueológico se trasladó

al magnífico palacio de los duques de Feria, construido en el siglo XIV; en la actualidad, entre otras obras de arte, alberga una extraordinaria colección de estelas prehistóricas. Por el contrario, desde el principio me agradó la gente de Badajoz, los pacenses; poseían un carácter amable, abierto y acogedor.

Uno de los alicientes de la ciudad era la cercanía a Portugal; con frecuencia visitaba el histórico pueblo de Elvas. Para cruzar la frontera, tanto a la ida como a la vuelta, había que aparcar el coche, entrar en las oficinas de la aduana, entregar el DNI y la documentación del vehículo. Atravesé varias veces este paso con Fermín, un amigo de Sevilla, visitador médico. Un día, al entregar el DNI en la aduana española, cuando el policía leyó mi documento, exclamó: *¡Hombre, Pimentel Leo!* No dijo nada más y entró en la habitación contigua; por el tono que empleó, le faltó decir: *¡Al fin te atrapé, granuja!* Fermín y yo nos miramos con inquietud y cierto temor; cuando el policía regresó, el desasosiego me estimuló la memoria, y le pregunté: *¿Es usted don Leopoldo?* Asintió y me sonrió. En efecto, era uno de los primeros maestros que tuve en los Escolapios, y de los pocos que tenía buen recuerdo. A pesar de que habían transcurrido cerca de veinte años, se acordaba de mí, me contó que vivía en Badajoz desde hacía tiempo, su esposa era pacense; yo le expliqué el motivo de mi presencia en tierras extremeñas.

El campus universitario estaba situado a medio camino entre la ciudad de Badajoz y la frontera de Caya. La actividad docente había comenzado en la Facultad de Medicina un año antes de mi llegada. Mientras se terminaba de construir el edificio que la albergaría, las clases se impartían de forma provisional en la sede del Rectorado.

Después de pasar por varios alojamientos, me establecí por un tiempo en el Hostal Las Heras, en la céntrica y tranquila calle Muñoz Torrero. Iba al trabajo paseando, tanto por la mañana como por la tarde; de esta forma, dedicaba varias horas al día a la sana actividad de reflexionar mientras caminaba.

Aunque de tanto pensar no conseguí elaborar una nueva teoría filosófica, al menos en aquellos largos paseos concebí una idea para realizar el próximo cortometraje. En esos años los cinéfilos admirábamos a los autores europeos; esperábamos con entusiasmo las películas de Antonioni, Bertolucci, Bergman, Godard, Pasolini, Truffaut, Fellini, Rohmer y Polanski, entre otros. Recordaba haber visto varias veces **Fellini ocho y medio**, en la que el director italiano analizaba su trayectoria profesional, que entonces comprendía ocho largometrajes; de ahí el título de su última obra. Sin pretender compararme con Federico Fellini, casualmente yo también había realizado ocho cortos; podría hacer un alto en el camino y revisar mi modesta aportación al Cine. Como

tenía serias dudas sobre lo realizado, puse el título en interrogación: **¿Ocho y medio?** Hice un escrito explicando mis inicios, la gestación de los argumentos, los rodajes, las esperanzas en los futuros proyectos, y lo importante que era el cine en mi vida. Para acompañar al texto utilicé parte del material que había desechado en los montajes previos; además, rodé otras escenas para complementar la narración. La película comienza con un plano subjetivo, la cámara baja por las escaleras de mi casa en La Alfalfa, se abre la puerta de madera del portal, y camino unos pasos por la calle. Al mismo tiempo se escucha la voz en off explicando que me dirijo a la Academia IFAR, donde André Duval me transmitió su apasionado amor por el cine. En otro plano se observa una mano que entra en el encuadre, depositando libros del Séptimo Arte en una mesa. Asimismo rodé algunas imágenes en las ruinas de Itálica y en el Museo Arqueológico de Sevilla; con esto último pretendía equiparar mi gran afición con la cultura clásica.

A partir de entonces me propuse darle más relieve al guion literario; hasta entonces, de cualquier idea había realizado una película, en lo sucesivo seleccionaría relatos que me gustaran y considerara factible adaptarlos al cine. Para la siguiente producción elegí un cuento de Adolfo Bioy Casares, con el bello título **Reverdecer**, donde se narraba una original historia de amor.

.....

Como estaba previsto, en junio de 1975 se abrió el Servicio de Anatomía Patológica en el Hospital Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. ¡Qué absurda manía denominar los hospitales con nombres de vírgenes, santos o personajes de la monarquía! Estaba ubicado en un amplio pasillo, con tres habitaciones a cada lado, la secretaría, dos despachos y tres salas de laboratorio. Los primeros integrantes fueron Ramón Gómez de Tejada, las enfermeras Petri, Jenny y Marisol, la administrativa Chichi, y el celador Emilio Hernansanz. Yo también me incorporé desde el primer día. Luego llegaron Pilar Díaz, Ana Bermejo, María Jesús García de Vinuesa, Javier Sáenz de Santamaría, Josefina, Jesús Ruiz de la Hermosa, Manuel Limón y Manuel Alejo. A menudo acudían a consultarnos dos ginecólogos a los que les atraía nuestra especialidad, Antonio Rodríguez y Cecilio Martínez Mediero, este último hermano del autor teatral extremeño. A Cecilio le gustaba la citología ginecológica, las primeras preparaciones de esa materia las vi con él. En los primeros meses, toda la plantilla desayunábamos en la secretaría; surgió un desacuerdo, y a partir de entonces los médicos lo hacíamos en un bar cercano al Hospital.

Durante el primer año de MIR Javier iba por libre, no estaba donde tenía que estar. El período que debió asistir a Anatomía Patológica, apenas apareció; en otras Especialidades por las que debía rotar se lo organizaba a su manera. Cuando tuvo que asistir a Radiología, apareció en nuestro Departamento. Una mañana que estábamos en un despacho mirando a través del microscopio, me llamó por el teléfono interior Ramiro Gallardo, el Jefe del Servicio de Rayos, preguntando que dónde andaba el doctor Sáenz de Santamaría. Le habían informado que solía estar conmigo, le respondí que no lo había visto; Ramiro sospechó que le mentía, porque enfadado dijo: *Dile que se presente inmediatamente en mi despacho; de lo contrario, no le firmaré el certificado de haber realizado el MIR.* Durante los días siguientes, Javier no tuvo más remedio que marcharse a Radiología, y más adelante ya no se movió de Anatomía Patológica.

Junto a mi lugar de trabajo coloqué en la pared una cartulina, y con un rotulador escribí los mandamientos de Mijail Bakunin, el pensador e ideólogo anarquista ruso. Su doctrina preconizaba una revolución social, quedando abolida la propiedad privada, el dinero, el autoritarismo, el ejército, la policía, etc. Mi ingenuidad me llevó a creer en la posibilidad de una sociedad basada en esos principios; poco a poco comprobé que ese idealismo era irrealizable en la especie humana. El cartel estuvo pegado en la pared más de un año, nadie lo pintarrajeó. Una mañana al entrar en el despacho, me puse delante del escrito, lo leí por última vez, tuve un golpe de realidad, dejé de creer en lo imposible, arranqué el cartel, y lo hice pedazos; sin embargo, no he olvidado el idealismo de Miguel Bakunin.

.....

Sentía añoranza y todos los fines de semana regresaba a Sevilla. El autobús paraba continuamente, ya que recogía pasajeros a pie de carretera; el viaje duraba unas cinco horas. Para aprovechar el tiempo me dediqué a la lectura; hasta ese momento no había leído ningún libro de Sigmund Freud, el neurólogo vienés padre del psicoanálisis. Los que más me gustaron fueron **Psicoanálisis del arte** y **La interpretación de los sueños**. En el primero se analizan diversas obras de arte, entre ellas el **Moisés** de Miguel Ángel, escultura que contemplé dos años antes en la iglesia San Pietro in Vincoli, en Roma. En el segundo me sorprendió la descripción tan minuciosa que los pacientes le contaban a Freud sobre lo que habían soñado. Aún me asombró más la interpretación que el médico vienés daba a cada detalle, creo que le echaba demasiada imaginación. Al terminar la carrera de Medicina, había comprado

las obras completas de Benito Pérez Galdós y Pío Baroja; por aquel entonces comencé a leer sus libros. Ahora, en los viajes en autobús seguí haciéndolo y me gustaron mucho más que los de Sigmund Freud; son los dos novelistas españoles que más admiro. Aunque los escritos de esos tres autores me amenizaban los viajes, tomé la determinación de sacarme el carnet de conducir y comprarme un coche.

No he olvidado los cariñosos y prolongados abrazos de mi madre; se aferraba a mi cuello y no me soltaba, vislumbraba la proximidad de su solitaria vejez. La compañía que yo le había proporcionado en los últimos años ahora se reducía a los fines de semana. Aprovechaba los días que permanecía en Sevilla para ir al cine; la oferta era mucho más amplia y variada que en Badajoz. En la década de los 60 habría en Sevilla alrededor de cincuenta cines -incluyendo los de verano y los cineclubs-, sin embargo, desaparecerían de forma inexorable. Me producía tristeza comprobar que salas a las que con tanta ilusión asistí pocos años antes, ahora se clausuraban. En Apolo, Coliseo, Florida, Imperial, Pathé, Regina, Rialto, San Vicente, Trajano, Victoria y otros, no volvería a entrar para soñar durante dos horas.

Mi hermano me había transmitido desde niño el sentimiento sevillista. Lo mismo hice yo con José Manuel, el mayor de mis sobrinos. También lo aficioné al buen cine. Juntos contemplamos películas de calidad adecuadas a su edad. Entre otras vimos **El hombre que pudo reinar**, de John Huston, filme de aventuras con aroma clásico, basado en un relato de Rudyard Kipling. Creo que conseguí los dos objetivos; en la actualidad constantemente me mantiene informado de noticias sobre nuestro equipo.

Mi familia acordó derribar la casa en la plaza de la Alfalfa, con el fin de construir cuatro pisos. Un lunes a primera hora de la mañana, antes de regresar a Badajoz, subí con mi hermano a la segunda planta, y permanecemos en la entrada; ya se habían llevado los muebles. Percibí una sensación extraña -en ese sitio habité dieciocho años-, y acudieron a mi cabeza multitud de recuerdos. En la hornacina situada en la pared de enfrente faltaba la imagen del Corazón de Jesús que había presidido el vestíbulo. Miré a mi alrededor, a la derecha en la pared se observaba el tirador metálico dorado, que servía para abrir de forma mecánica la cancela del zaguán. A su izquierda, la puerta de entrada a la sala de estar. En esta última, entre otros muebles, estuvo la mesa camilla de la que ya he hablado en varias ocasiones, un sofá y un gran espejo colgado de la pared. Al lado, otra puerta conducía al dormitorio de mis padres. A la izquierda el comedor, donde se encontraban la mesa, las sillas, los cuadros, el aparador con el juego de café de porcelana china decorada con dragones

multicolores, y el antiguo reloj de péndulo de pared, cuyas campanadas resonaban hasta en los rincones más apartados del piso. Al fondo, dos habitaciones daban a la calle Huelva; una de ellas la utilizábamos como cuarto de estudio. Alcé la vista y observé la cristalera que proporcionaba gran luminosidad al piso; cuando arreciaba la lluvia me gustaba oír el golpeteo del agua sobre ella. Recordé que, a mediados de la primavera, al llegar el calor, un sábado subía con mi padre a la azotea y la recubríamos con un toldo, luego a finales de septiembre lo recogíamos y guardábamos hasta el próximo año. En esa zona de la casa había un lavadero, un gallinero, otra pequeña cristalera que techaba la cocina, y en un nivel superior una terraza mirador. Estas evocaciones se interrumpieron cuando un albañil con un pico pasó por delante de nosotros, entró en el comedor y se puso a picar en la pared donde estuvo colgado el reloj. Antonio y yo guardamos silencio, miramos por última vez la vivienda y nos marchamos. En las siguientes horas, mientras conducía en dirección a la capital extremeña, no dejé de acordarme de esa nostálgica escena matinal.

.....

Durante los primeros meses en Badajoz jugaba al tenis con Ramón, participábamos en trofeos organizados por un laboratorio farmacéutico. Sin embargo, deseaba jugar al fútbol; en el Hospital me comentaron que existía un equipo, el FAME -las letras iniciales de Farmacia y Medicina-, constituido por trabajadores del entorno sanitario (visitadores médicos, ATS y médicos), que participaba en un campeonato liguero federado. Me informaron que Luis Marqués, un otorrino, jugaba en el equipo; hablé con él y me dijo que en breve comenzarían los entrenamientos. A los pocos días me llamaron para jugar un amistoso; también probaron a Salvador Clariana, un ginecólogo valenciano. Al finalizar el partido Manolo Murillo el entrenador, nos dijo que estábamos fichados. Manolo era el único integrante del FAME que no pertenecía al gremio sanitario, era inspector de policía. Pronto comprobé el buen ambiente que existía en el grupo, el primer jugador con el que entablé amistad fue Rafa Vázquez. La mayoría de los compañeros eran veteranos, algunos habían jugado en 2ª y 3ª división. En poco tiempo se perfiló un equipo titular, formado por Nandy de portero, Luis Marqués, Rafa Vázquez, Jose el Largo y Vicente Valero en la defensa; Pepe Borrallo, Antonio Barrientos, Salvador Clariana y Juanjo en la media; Julio Camino y Miguel Alba en la delantera. Otros jugadores eran Mané Rodríguez Tavares, Luis Mendoza, Pepe Pereda y Luis García Paradel; posteriormente entraron en el equipo José María Cortés, Julio Carmona, Ángel

Redondo y Paco Nieto. Cuando sufríamos alguna lesión muscular, acudíamos a Chito Vázquez, fisioterapeuta, hermano de Rafa. De la directiva destacaría a Andrés Bernardo y a Fernando Rodríguez Naharro. Durante los partidos nos animaba un grupo de hinchas, no me puedo olvidar de Paco Bonmatí, Joaquín Silva, Narciso y José María Valero -traumatólogo argentino y excelente fotógrafo-. Jugábamos los sábados por la tarde. A veces, al terminar, cometía la temeridad de marcharme a Sevilla en mi coche; cansado, de noche, y con tramos de la carretera en mal estado... ¡locuras de juventud!; la suerte que me sería esquivada años más tarde, me acompañó en aquellos viajes.

Podría contar muchas historietas y anécdotas que sucedieron durante los años que estuve en el FAME. Las tardes de los viernes nos reuníamos en el bar del Colegio de Médicos. Mientras tomábamos una cerveza, Manolo Murillo nos informaba de las características de los equipos contrarios y las tácticas que emplearíamos en los encuentros. En los vestuarios, antes de saltar al campo nos poníamos de pie formando un corro y con la invocación de Manolo rezábamos un Padrenuestro. Salvador Clariana jugaba con una gorra escondida bajo su camiseta, cuando marcaba un gol se la colocaba en la cabeza y mientras regresaba a nuestro campo, se la quitaba varias veces para saludar a la afición. En un partido se formó un gran alboroto en la zona de los banquillos, el árbitro paró el juego y nos acercamos para ver qué ocurría, los entrenadores discutían de forma acalorada: Manolo Murillo había sacado su pistola de la cartuchera amenazando al entrenador del equipo contrario. Un día de intenso viento jugamos en Villafranco. El colegiado era de baja estatura y muy delgado. En un momento determinado Rafa Vázquez gritó: *Árbitro, llénate de piedras los bolsillos para que no te lleve el viento*; a este le hizo tanta gracia aquella ocurrencia que no lo amonestó. Antonio Barrientos, uno de los centrocampistas, me contó que cuando jugaba en 2ª división se le acercó un aficionado, sacó de su cartera un cromó con su imagen y le dijo: *Guardo esta foto, porque eres uno de los mejores jugadores que he visto sobre un campo de fútbol*. Nandy había jugado de portero en el Badajoz; lo que le faltaba de estatura, le sobraba de colocación, reflejos y agilidad. Jose el Largo era un líbero de gran clase, siempre tocaba el balón con elegancia; su padre, Lorenzo, formaba parte de nuestra hinchada. Luis Mendoza, nuestro jugador comodín, podía hacerlo en cualquier puesto, desde guardameta hasta extremo zurdo; en una ocasión que jugaba de lateral, como el delantero se le marchaba por velocidad, se inventó una nueva forma de marcaje: agarrarlo por el pelo. Julio Fantasía Camino estaba obsesionado con marcar goles, controlaba el balón y sin pensárselo chutaba a puerta; también le gustaba hacerle caños a los adversarios, y luego les decía: *Para el*

próximo partido, ponte la sotana. Miguel jugaba de extremo izquierdo, su padre Emilio Alba -cirujano jubilado- no se perdía ningún encuentro. Se sentaba en una pequeña silla plegable de las que usan los cazadores, y cuando Miguel fallaba un pase le reñía; pero si hacía una buena jugada o marcaba un gol, se levantaba y decía: *¡Ese es mi hijo Miguel! ¡Es mi hijo!*

Al finalizar los campeonatos organizábamos algún amistoso lejos de Badajoz; viajamos a Granada, Córdoba y a La Codosera, pueblo situado a unos cuarenta kilómetros de la capital pacense, donde mi tío Manuel Pimentel había ejercido de maestro hacia 1930. Nos desplazamos en autobús; además de Rafa y Chito Vázquez, viajaban otros dos hermanos de apellido Vázquez, Emilio y Ricardo. En la luna trasera colocamos una pancarta con la frase: *El FAME y la saga de los Vázquez saludan a La Codosera.* En el campo de fútbol varias cabras comían hierba. Luis Mendoza comentó: *Mirad que cortacésped tan moderno hay en este pueblo.*

Pasaron varios años y el campeonato liguero se suspendió; en su lugar se organizó una competición similar de fútbol sala, en la que sólo podían participar cinco jugadores al mismo tiempo. Se producían muchos contactos, golpes, caídas y lesiones; paulatinamente los compañeros más veteranos se retiraron. Nuestra hinchada dejó de acudir a los campos y entraron en el equipo Eduardo Subirán, José Acevedo, Aniceto Muñoz, Fernando Bravo y Leopoldo Gil. Seguimos jugando diez o doce años más; también se mantuvieron las reuniones familiares los domingos, en las casas de campo de algunos integrantes. El FAME U.D. desapareció hacia 1990, asimismo han dejado de existir aficionados y jugadores que he mencionado; entre ellos Rafa Vázquez, el amigo con el que paseaba al comienzo de estas Memorias. A Miguel Alba me lo encuentro de vez en cuando por la calle; empezamos conversando de cualquier tema, y acabamos hablando del FAME, añorando y recordando con nostalgia aquellos días.

.....

En la Facultad de Medicina un estudiante me comentó que en su pueblo existía un interesante y antiguo cementerio abandonado. Una tarde fuimos en coche a visitarlo, estaba situado en un cerro dominando el pueblo. No sabría decir si desde su origen había sido un pequeño camposanto de forma rectangular cercado por altos muros de piedra o por el contrario, fue una iglesia con la bóveda caída, una iglesia a cielo abierto conservándose sólo la techumbre en la cabecera. Inspeccionamos el lugar y comprobamos que la puerta estaba

cerrada, únicamente se podía acceder al interior por una pequeña ventana situada en la fachada principal, a unos tres metros del suelo. Aparqué el coche junto a la pared para facilitar la entrada por la abertura citada. Una vez dentro contemplé un escenario espeluznante: adosados a las paredes laterales del recinto se observaban varias hileras de nichos, de los que algunos salvajes y diabólicos profanadores de tumbas habían sacado los ataúdes de forma desigual. Unos féretros permanecían en un frágil equilibrio a punto de caer al suelo. Otros ya estaban tirados con las tapas arrancadas, quedando a la vista su contenido, huesos y restos de ropajes corroídos por la acción del tiempo, que también se encontraban esparcidos por los alrededores. Me acerqué a un ataúd que sobresalía, contenía los restos de una mujer que aún conservaba un velo cubriéndole la cabeza. Me miraba con la cuenca de sus ojos, la boca se mantenía abierta y aún conservaba varias piezas dentarias; por un momento imaginé que la mujer me hablaba: *¡Márchate intruso, déjanos descansar en paz!* Podría haberle respondido: *¡Señora, no soy un malhechor!, no he sido el responsable de este vandalismo.* Seguí recorriendo sobrecogido el lugar, las sepulturas situadas en el suelo también habían sido saqueadas, observándose montículos de tierra, restos humanos dispersos y abundante maleza. Las necrópolis producen en mi estado de ánimo una sensación de paz y sosiego; sin embargo, en aquel lugar sentí inquietud al pensar en la barbarie humana. Se aproximaba la noche, cubrían el cielo negros nubarrones; antes de que descargaran, nos alejamos de aquel triste y olvidado cementerio.

El 20 de noviembre de 1975 fue una fecha especial. No he olvidado que paseaba por la Avenida de Colón en Badajoz; desde un coche que estaba parado esperando que se abriera el semáforo me llamó José María Castro (profesor de la Facultad de Medicina), y en voz alta exclamó: *¡Ya se ha muerto!* Antes de que el coche se alejara, le hice un gesto indicándole que había comprendido el mensaje. El muerto no podía ser otro que Franco. Mucha gente deseaba su final; después de una larga agonía, aquel hombre causante de tanto sufrimiento y dolor, dejó de existir. En los días siguientes pasé por momentos de inquietud, se acumulaban las noticias en uno y otro sentido; el régimen franquista no podía desaparecer de un día para otro, intentaría mantenerse en el poder. Recordé un comentario de mi padre durante un almuerzo, cuando todavía vivíamos en la calle Imperial; salió a relucir la guerra civil, y comentó que desearía morir antes que Franco. Seguro que mientras vivió no pudo olvidar las atrocidades que se cometieron en aquellos años, por lo que deduciría que muchos querrían tomarse venganza por los sufrimientos padecidos y asesinatos de familiares y amigos. Afortunadamente, sus presagios no se

cumplieron. Después del óbito del dictador, el régimen se fue desmoronando poco a poco, y dos años más tarde se celebraron elecciones generales; la democracia trajo consigo ilusión y libertad. Sin embargo, los problemas del hombre son de difícil solución por la propia condición humana. Prefiero olvidar a este siniestro personaje, espero que el tiempo y la Historia lo pongan en el lugar que le corresponde.

.....

Alterando el orden de los temas del título de una hermosa película de John Huston, después de hablar de la muerte, daré un paseo por el amor. La primera vez que experimenté algo parecido a ese sentimiento fue a los cinco años. Mi hermana Margarita, que aún no había entrado en el convento, llegó una tarde a casa acompañada de una niña santanderina de mi edad; tenía el cabello dorado, me asombró lo bien que hablaba y lo bien que pronunciaba las eses. Durante unos días jugábamos en el patio, y luego paseábamos por los alrededores de mi casa como una parejita de novios; aquel estado de felicidad solamente duró unos días. Al evocarla, me recuerda a los angelitos que revolotean en las Inmaculadas de los cuadros de Murillo.

Unos años después estuve enamorado platónicamente de una niña de mi pueblo. Vivía cerca, y formaba parte del grupo de niñas que se bañaban en la alberca del cura. Solamente había intercambiado con ella unas pocas palabras; a veces, esperaba en el umbral de mi casa con la ilusión y esperanza de ver a Teresa pasear por la plaza.

Cuando terminé los estudios de Medicina, una chica de Algodonales estuvo interesada en mí. Se repitió la historia de Mary. Aunque ya había empezado la especialidad de Anatomía Patológica, por delante se presentaba un incierto futuro laboral, esa inseguridad me preocupaba, y no deseaba ninguna relación sentimental. Por otra parte, me sentía satisfecho con mi vida, las aficiones apenas me dejaban tiempo libre y aún no quería abrir la caja de sorpresas que es el enamoramiento. Recuerdo que en el verano de 1974 coincidí con la chica en el chalet de un amigo común; en un determinado momento los dos nos encontramos sentados en el borde de la piscina, y empecé a tararear el tema de amor **Romeo y Julieta**, del compositor Nino Rota. Al instante, ella prosiguió canturreando esa conocida y bella melodía. Tendría que haber iniciado una conversación sobre un tema que dominaba, en el que me sentía seguro, preguntándole: *¿Te gustó Romeo y Julieta? ¿Conoces a Nino Rota? ¿Qué películas de las últimas que has visto te han gustado más?* Sin

embargo, permanecí en silencio y tras unos segundos de indecisión salí de aquel incómodo momento lanzándome a la piscina; no cabe duda que en mi actitud también influyó la timidez. A pesar de mi buena memoria, después de echarme al agua he olvidado lo que sucedió a continuación, es probable que la chica pensara -con razón- que yo era engreído y maleducado. Debí hablar con ella, aclarar la situación, y es posible que aquel asunto hubiera concluido en una simple relación de amistad. A pesar de mi desdén, la chica siguió insistiendo y yo seguí sin hacerle caso; me gustaría que se presentase la ocasión para disculparme por mi estúpido proceder.

Antes y después de estas experiencias me enamoré de mujeres inalcanzables; las contemplaba casi a diario, aparecían en las pantallas grandes de los cines y en la pantalla pequeña de la televisión. Entre otras, destacaría: Ava Gardner (**Mogambo**), Claudia Cardinale (**El Gatopardo**), Gene Tierney (**Laura**), Jacqueline Bisset (**La noche americana**), Jean Seberg (**Al final de la escapada**), Jennifer O'Neill (**Verano del 42**), Marilyn Monroe (**Niágara**), Rita Hayworth (**La dama de Shangai**), y Stephane Audran (**El carnicero**). No he dejado de soñar con estas estrellas desde que me aficioné al cine.

Hace varios meses, mientras escuchaba un podcast, descubrí un secreto de Ava Gardner en **Mogambo**. Siempre que he visionado esa película me intrigaba un plano: Ava se encuentra en semipenumbra en la entrada de una cabaña; en la escena anterior, se ha enfadado con Clark Gable, porque este se ha enamorado del personaje que interpreta Grace Kelly. La Gardner está tan bella como siempre, pero muestra un rostro pensativo y triste, demasiado triste. Escuchando el podcast me enteré que en la época en que se rodó **Mogambo**, la actriz y Frank Sinatra estaban unidos sentimentalmente, y ella se había quedado embarazada. Sinatra quería que la gestación siguiera su curso, pero la actriz no deseaba ser madre en aquel momento y voló a Londres para abortar. Estoy convencido que ese melancólico plano que he descrito se rodó en los días previos al viaje, o al regresar de Londres. John Ford aprovechó esa circunstancia y consiguió que la cara de Ava Gardner reflejara un profundo sentimiento de preocupación y tristeza.

Cuando conseguí cierta estabilidad laboral mostré más interés por las relaciones sentimentales. En la Facultad de Medicina me gustaban dos alumnas; esperaba la ocasión para hablar con ellas, conocer sus opiniones, su forma de ser, y averiguar si su personalidad me atraía tanto como su apariencia física. Un día vi a una de ellas por la calle acompañada de un chico, al poco tiempo la volví a ver junto al mismo joven que vestía uniforme de aviación. Mis planes se torcían, me acordé de mi amigo el sargento de Las Canteras para

pedirle ayuda; mas pensándolo bien, poco podíamos hacer con un viejo carro de combate frente a una escuadrilla de aviones. A la segunda alumna la veía en el patio de la Facultad, parecía abstraída en sus pensamientos, poseía unos expresivos y bonitos ojos claros. El azar favoreció nuestro encuentro, una tarde había quedado en el bar Roma con Salvador Postigo, estudiante de Medicina con el que compartía piso. Al entrar, mi amigo me esperaba sentado junto a la barra, acompañado de la joven de ojos claros. Salvador bebía una cerveza y Lupe, que así se llamaba la chica, tomaba un descafeinado con boquerones fritos. No me importó esa rareza gastronómica, en los días siguientes salimos juntos, tardé poco tiempo en descubrir sus cualidades humanas. No lo pensamos mucho, año y medio más tarde, en septiembre de 1977, nos casamos en la ermita Virgen del Monte en Cazalla de la Sierra, donde su hermana María del Carmen ejercía de maestra.

.....

A los seres humanos nos asaltan diversas manías y obsesiones; entre otras, yo padecía una cinefilia crónica e incurable. En los últimos años había seguido devorando cientos de películas. El cine que me gustaba ya se había hecho, el de Alfred Hitchcock, John Ford, Fritz Lang, Howard Hawks, Billy Wilder, Raoul Walsh, Ernst Lubitsch, Jacques Tourneur, Orson Welles... La mayoría de historiadores y críticos cinematográficos habían acordado que el período clásico comprendía entre los inicios de la década de 1930 y finales de los 60. En esos años se crearon películas imperecederas, que han superado la prueba del tiempo y cada vez que se revisan aportan nuevos matices. Sin embargo, antes de 1930, directores como David W. Griffith, Erich von Stroheim, F. W. Murnau, Charles Chaplin y Buster Keaton, habían realizado obras maestras. Por otra parte, en la época dorada de Hollywood en otros lugares del mundo, también existían grandes directores de cine, como Dreyer, Renoir, Bergman, Rosellini, Mizoguchi, Ozu, Buñuel o Berlanga. Después de 1970 se han realizado magníficas películas; no obstante, mis gustos cinematográficos están unidos al cine clásico americano.

Hace años escuché unas declaraciones de José Luis Borau; opinaba que este período del séptimo arte se parecía a la civilización del Antiguo Egipto, una cultura fascinante que desapareció. Explicaba por qué se originó, argumentando que coincidieron diversos factores; entre ellos, fue decisiva la aparición y amenaza del nazismo en Europa, que provocó que muchos artistas emigraran a Estados Unidos, especialmente a Hollywood. Entre esos autores

se incluían directores, guionistas, montadores, actores, músicos, fotógrafos, técnicos de iluminación y decoradores. Además, en Estados Unidos encontraron unos medios técnicos mejores que los utilizados en Europa. Por otro lado, la industria cinematográfica llevaba años consolidada, y por último, existían los grandes Estudios regidos por productores que además de procurar enriquecerse amaban el Cine y crearon obras de Arte. Estas circunstancias motivaron el florecimiento de un Cine único e irrepetible. Se considera que esta etapa fue un momento cumbre de la Humanidad igual que el Siglo de Pericles en Grecia, el Renacimiento en Italia, el Siglo de Oro en España o el Impresionismo en Francia.

Los dos géneros cinematográficos que prefiero son el western y el cine negro. Entre los primeros, además de haber mencionado algunos títulos en la segunda parte de este libro, podría añadir algunos más: **Johnny Guitar**, **Raíces profundas**, **Río Bravo**, **Encubridora**, **Río Rojo**, **La pradera sin ley**, **Río Conchos**, **Eldorado**, **Los siete magníficos**, **La ley del talión**, **El árbol del ahorcado** y otros títulos de John Ford, Anthony Mann, Raoul Walsh, John Sturges y Budd Boetticher. Después de 1965 se han realizado obras maestras como **Grupo salvaje** y **Sin perdón**. El western que más me gusta es **Centauros del desierto**, una historia inmortal circular rodada en el Monument Valley. De cine negro citaré de memoria y sin orden cronológico: **Perversidad**, **El último refugio**, **Deseos humanos**, **Gilda**, **El cartero siempre llama dos veces**, **Tener y no tener**, **El tercer hombre**, **Atraco perfecto**, **Al rojo vivo**, **La jungla de asfalto**, **Forajidos**, **El abrazo de la muerte**, **En un lugar solitario**, **El crepúsculo de los dioses**, **Más allá de la duda** y **El buscavidas**. Si tuviera que elegir sólo seis, serían **Retorno al pasado**, **Laura**, **La mujer del cuadro**, **El sueño eterno**, **Los sobornados** y **Sed de mal**. No he nombrado **Vértigo**, porque sobrepasa los límites del cine negro. Después de la Edad de Oro se han seguido realizando magníficas películas de ese género, solo elegiré cinco: **Yakuza**, **Harper investigador privado**, **Chinatown**, **El silencio de un hombre** y **El crack**. No puedo olvidar la trilogía de **El padrino**, sin duda la mejor, pero igual que **Vértigo** es una obra maestra absoluta que engloba diversos géneros. Creo que entre **Vértigo**, **El padrino** y **Centauros del desierto**, se disputarán en las próximas décadas el privilegio de ser considerada la mejor película de la Historia del Cine.

Después de esta larga descripción sobre mis gustos cinematográficos contaré un interesante y sencillo encargo que realicé en 1978: un documental sobre el balneario de Alange, situado a dieciocho kilómetros de Mérida. El propietario del establecimiento, un teniente coronel de la base aérea de Talavera la Real, próxima a la capital pacense, me encargó que hiciera una

película. El edificio romano data del siglo III, estaba consagrado a Juno (diosa de la familia y de la fertilidad), y quedó abandonado durante siglos; en 1930 fue declarado Monumento Nacional. Los planos iniciales del documental los filmé desde una avioneta, volamos sobre la ciudad de Badajoz y seguimos el curso del río Guadiana hasta Mérida. Desde la antigua Emérita Augusta nos dirigimos a Alange, contemplando desde las alturas el pueblo, el castillo y el balneario. Lo que más me sedujo de las instalaciones fueron las dos termas perfectamente conservadas, de forma circular, una para cada sexo; en el centro se encontraban las piscinas, también circulares, cubiertas por bóvedas semiesféricas con claraboyas. Después de sumergirnos en la Historia, una anécdota de nuestros días digna de mención: el sacerdote Jesús Sánchez Adalid, que ha sido hasta hace unos años párroco de Alange, es un excelente escritor de novelas históricas.

.....

En septiembre de 1980 viajé con Lupe, mi hermana Margarita y mis sobrinos José Manuel y Margarita a Bulgaria, Grecia y Turquía. En algunos aspectos me recordó al viaje fin de carrera, ya que pasamos muchas horas en el autobús, y una persona amenizó el largo recorrido por esos tres países. Llegamos a Sofía. Por la tarde dimos un paseo por el centro de la ciudad; tras pasar por un parque en el que se conservaban unas ruinas romanas, llegamos a una solitaria plaza donde destacaba la catedral ortodoxa Alexander Nevski, resaltando una brillante cúpula dorada. A partir del día siguiente se acomodaron en el autobús Rafael, un joven profesor de la Universidad de Córdoba -que con su alegría y vitalidad fue el animador del viaje- y cuatro profesoras del mismo Centro, que lo cuidaban y mimaban como si fuera un califa. Nos dirigimos al monasterio de Rila, ubicado en las montañas del mismo nombre, en la zona occidental de Bulgaria, a unos cien kilómetros de Sofía; había alcanzado su apogeo entre los siglos XII y XIV, convirtiéndose en un gran centro cultural y espiritual.

Proseguimos la ruta hacia Grecia, cruzamos la frontera y llegamos a Tesalónica al anochecer. Por la mañana visitamos el Museo Arqueológico para contemplar el tesoro funerario de Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno. La tumba intacta se había descubierto tres años antes, en 1977, en la necrópolis real de Vergina. El ajuar funerario se exponía en una amplia sala; estaba formado por una bella corona de oro, la coraza del rey, diversas armas, el trono de mármol, y numerosos objetos cotidianos.

El día siguiente nos alojamos cerca de Meteora, donde se encuentran los maravillosos monasterios que en los días de niebla parecen suspendidos en el aire. Se construyeron en las cumbres de masas rocosas de arenisca talladas por la erosión a lo largo del tiempo; algunas prominencias superan los seiscientos metros de altitud. Las primeras edificaciones se remontan al siglo IX, más tarde sirvieron de refugio ante la invasión de los otomanos. Los monjes subían mediante escaleras, que en algunos tramos se podían replegar quedando aquellos aislados y protegidos al sentirse amenazados. Se llegaron a levantar veinticuatro cenobios, de los cuales sólo seis mantienen su actividad religiosa. Ascendimos a un centro monacal por una larga escalera. En el interior de la pequeña iglesia un monje leía un enorme libro de oración que descansaba en un atril de madera. El espacio se encontraba a oscuras y sólo el monje aparecía iluminado por la luz que se filtraba a través de una pequeña vidriera; parecía un cuadro de Rembrandt. El religioso seguía concentrado ajeno a los turistas que merodeábamos por el lugar. Junto a la iglesia existía un patio mirador con unas vistas espléndidas, se contemplaba el mágico valle de Meteora, con los monasterios situados a diferentes alturas; dos de ellos estaban comunicados entre sí por un inestable y estrecho puente de madera.

La próxima parada sería Delfos. Gradualmente fuimos conociendo a los compañeros de viaje; ya he hablado un poco de Rafael y sus chicas. En Sofia, Lupe y yo, antes de cenar paseamos con un matrimonio gallego por los jardines situados junto al hotel. En los asientos detrás del conductor se acomodaron para todo el itinerario dos mujeres mayores, animosas e incansables; realizaban todas las visitas y excursiones opcionales, las llamamos *las superwomen*. Un matrimonio nos comentó que su ilusión era visitar Troya, pero se llevaron un gran disgusto ya que en ese lugar sólo quedaban ruinas. Entablamos amistad con dos jóvenes, ambos de nombre Luis, a los que terminamos llamando *los Luises*, y que durante la excursión intentaron ligar sin éxito con tres chicas que viajaban solas. También iba en el autobús una pareja de recién casados, Carlos y Gloria, luego hablaré de ellos. Desde el primer día atrajo mi atención un señor de unos sesenta años, solitario, serio, que solía vestir una sahariana y siempre llevaba consigo un bolso de piel de color negro, en bandolera. Creo que aquel hombre no encajaba en la excursión, tenía un aire misterioso y aventurero; me recordaba a un personaje de las novelas de Joseph Conrad, le llamaré míster Conrad. En Turquía me sacó de una situación peligrosa que no advertí, lo contaré en su momento. Las ruinas de Delfos están situadas en el Monte Parnaso, donde había existido un famoso oráculo en el templo de Apolo durante siglos -entre los inicios de la civilización griega y el siglo

IV-. Del santuario se encargaban sacerdotisas, que entraban en un estado de trance como si el dios hablara a través de ellas. Al oráculo se le consultaba todo, desde problemas personales de los fieles hasta asuntos políticos. Las sibilas procuraban que las respuestas del dios fueran ambiguas. Los peregrinos acudían desde cualquier punto del Mediterráneo y subían por un empinado sendero del Monte Parnaso hasta el lugar sagrado. En el friso del templo estaban esculpidas normas de la antigüedad: *Conócete a ti mismo* y *Nada con exceso*. En Delfos también se celebraban Juegos Deportivos, los segundos en importancia después de los Juegos Olímpicos en honor a Zeus. A finales del siglo IV el emperador romano Teodosio cerró y destruyó el santuario, el templo de Apolo, el manantial y los monumentos que había en la ciudad. Los científicos han comprobado en la actualidad que en Delfos y en otros lugares de culto existen fallas geológicas; por las hendiduras del subsuelo emanan aguas termales y gases tóxicos. Además, esas zonas son sísmicamente activas, creándose campos electromagnéticos; todos estos fenómenos naturales favorecerían los trances y las visiones místicas de aquellos tiempos.

En Micenas contemplamos la sencilla y emotiva Puerta de los Leones, en la entrada a la ciudadela; es una escultura que representa a dos leonas en una pose heráldica. Cuando salimos de la tumba de Agamenón la guía turística nos señaló unas montañas lejanas, cuyo perfil parecía la silueta de un hombre; en este caso, el héroe mitológico griego tumbado boca arriba. Echándole imaginación se distinguía el vientre, el torso y la cabeza con prominencias simulando la nariz y la frente. Rafael dijo que a quien le recordaba no era a Agamenón, sino a su tío Ramón, que vivía en un pueblo de Córdoba. A la guía turística, por la cara que puso, no le gustó la ocurrencia de Rafael.

En Epidauro visitamos el santuario de Asclepio, una de las más importantes escuelas de Medicina de la antigüedad. Paseamos por el teatro de Epidauro, construido en el siglo IV a.C.; está muy bien conservado y apenas se nota la restauración. Llegamos por la parte superior, nos sentamos en las últimas gradas, la guía bajó hasta el escenario, y pidió que guardáramos silencio. Sacó de su bolsillo una caja de cerillas y encendió una. Oímos con nitidez el sonido producido al prender la llama, a pesar de que nos encontrábamos a unos cincuenta metros de distancia del escenario.

El autobús rodó hasta Atenas, donde llegamos al anochecer. Por la mañana, antes de visitar la Acrópolis, coloqué en la cámara fotográfica un nuevo carrete de diapositivas. La Acrópolis es la colina sagrada donde se inició la ciudad de Atenas, se accede a través de los Propileos. Su monumento más conocido y emblemático es el Partenón, un templo de planta rectangular,

de mármol. Fue construido a mediados del siglo V a.C. bajo el liderazgo de Pericles. En esa época Atenas se convirtió en una poderosa Ciudad-Estado y un gran centro cultural donde convivieron muchos de los ilustres artistas, escritores y filósofos de la antigüedad. El Partenón se construyó para ser observado desde fuera, ya que el interior estaba reservado a la diosa Atenea y a sus sacerdotes. Es un edificio de estilo dórico, caracterizado por columnas con estrías, sin basamento, capiteles sencillos y un friso corrido. Después de la muerte de Pericles se construyó el templo de Atenea Victoriosa, un pequeño santuario votivo situado junto a los Propileos. A unos pasos del Partenón está el Erecteion, un mausoleo de los primitivos reyes de Atenas; en la actualidad es conocido por sus bellas columnas femeninas, las cariátides. De este templo quedan pocos restos ya que fue reutilizado como palacio otomano. Estaba tan entusiasmado, que no dejé ni una piedra por fotografiar. No capté todo el friso del Partenón porque parte se lo habían llevado los ingleses; había tenido la suerte de verlo unos años antes en el Museo Británico, ya que las Navidades de 1976 las pasé en Londres y admiré el primoroso tallado del escultor Fidias. Como el carrito de diapositivas no se terminaba, miré el contador y marcaba cero; sospeché lo que había ocurrido: en efecto, al abrir la cámara, el rollo no se había enganchado correctamente. La visita a la Acrópolis estaba finalizando; resignado, guardé la cámara para otra ocasión.

Cuando llegamos al hotel nos enteramos de una inquietante noticia: en Turquía se acababa de producir un golpe de Estado. Sucedió el 12 de septiembre de 1980, cuando los militares tomaron el poder. La guía turística propuso dos opciones: seguir el viaje, o regresar a España en avión desde Atenas. Nos reunimos para tomar una decisión, casi todos estuvimos de acuerdo en seguir adelante; sólo un matrimonio eligió regresar a Madrid. Para despedirnos de Atenas subimos al anochecer a una colina, contemplamos la Acrópolis y la ciudad iluminada, y terminamos cenando en el turístico barrio de Plaka.

Al salir del Pireo recordé **Ítaca**, el poema de Kavafis: "Cuando salgas de viaje para Ítaca desea que el camino sea largo, colmado de aventuras, colmado de experiencias. A los Lestrigones y a los Cíclopes, al irascible Poseidón no temas, pues nunca encuentras tales tendrás en tu camino si tu pensamiento se mantiene alto, si una exquisita emoción te toca cuerpo y alma. A los Lestrigones y a los Cíclopes, al fiero Poseidón no encontrarás, a no ser que los llesves ya en tu alma..." No íbamos a Ítaca sino a Samos. El camino no fue demasiado largo, se prolongó unas diez horas, y Poseidón -el dios de los mares- se mantuvo apacible. Sólo al principio del viaje estuvo algo irascible; mi hermana, mi sobrina Margarita y yo sufrimos un ligero mareo. En Samos

no existían Lestrigones ni Cíclopes, pero sí relucían en las hermosas playas pequeños cantos rodados de todos los colores imaginables. La florida Samos está situada en la zona oriental del mar Egeo, en esta isla nacieron el matemático Pitágoras y el filósofo hedonista Epicuro. En una cabaña a unos pasos del mar almorzamos con Carlos y Gloria, los recién casados. Carlos era médico y Gloria enfermera; cuando la pasión amorosa se calmara, no les auguraba larga vida de pareja, pues ella era muy guapa, pero muy coqueta y caprichosa. Regresamos al hotel paseando por la playa, guardé un puñado de guijarros en una bolsa, que aún conservo; la última vez que los vi sus colores ya no brillaban tanto como en la playa de Samos.

En una pequeña embarcación zarpamos hacia la cercana costa de Turquía, y tras una hora de travesía desembarcamos en Kusadasi. Seguimos el viaje hacia el norte, por la antigua Asia Menor. Lo poco que vi de Esmirna no me gustó, pasamos cerca de varias mezquitas de las que sobresalían sus altos minaretes; las bulliciosas calles parecían hormigueros humanos.

No visitamos las ruinas de Pérgamo. Aquí se había inventado el pergamino, un nuevo material para escribir ante la escasez de papiros, ya que los egipcios controlaban su exportación. Esta ciudad llegó a poseer una de las más importantes bibliotecas de la antigüedad; Marco Antonio la expolió y regaló muchos de sus libros a su amante Cleopatra, para engrosar la biblioteca de Alejandría. En Pérgamo nació Galeno, médico, cirujano y filósofo; sus puntos de vista prevalecieron en la medicina europea a lo largo de más de mil años. En esa importante ciudad de Asia Menor se conservaba uno de los monumentos más bellos de la Grecia clásica: el Altar de Zeus. Hace muchos años que los arqueólogos alemanes lo habían trasladado a Berlín.

El autobús paró en una aldea junto a la carretera. Un joven turco se acercó para venderme baratijas, le indiqué que no me interesaban. De repente, como si fuera un prestidigitador, apareció en sus manos una bella cabeza de mujer, de unos siete centímetros; a través del cuello se apreciaba que estaba hueca. A pesar del deterioro por el paso del tiempo mostraba facciones delicadas, una extraña cinta le atravesaba la cara y le cubría la boca, sus ojos eran expresivos y lucía un elaborado peinado. Creo que esta pieza de arcilla representaba a una dama aristocrática o a una diosa. El joven me pidió por ella un dólar, me pareció tan barato que se lo di sin rechistar. Estaba convencido de que la enigmática cabeza de mujer era auténtica, la guardé junto con el dinero en un bolsillo del pantalón. El vendedor me indicó con gestos que me enseñaría otros objetos; en ese momento míster Conrad interrumpió el intercambio comercial, me agarró de un brazo y me sacó de allí. Mientras caminábamos

con rapidez al autobús, mi compañero de viaje, que había estado observando mi adquisición, me comentó que a mi espalda se habían situado cinco o seis turcos en actitud sospechosa.

Llegamos a Éfeso, una de las ciudades de Asia Menor mejor conservada. Paseamos por la calle principal. A un lado y a otro se alzaban edificios de varias plantas muy bien restaurados; la calle desembocaba en una plaza donde se ubicaba la Biblioteca de Celso. Luego entramos en las letrinas públicas. Adosados a las paredes de las habitaciones se observaban poyetes con orificios; mientras los antiguos ciudadanos hacían sus necesidades fisiológicas, charlarían sobre asuntos cotidianos. Para terminar la visita a la ciudad nos acercamos al embarcadero; el mar había retrocedido tanto que no se divisaba por ninguna parte. En Éfeso había nacido el filósofo presocrático Heráclito. Pensaba que el fuego era el impulsor del origen del Universo, *todo cambia, nada permanece*; decía que no nos podíamos bañar dos veces en el mismo río, porque el agua no dejaba de fluir, de seguir su curso. Heráclito tenía mal concepto de los seres humanos. Los últimos años de su vida se retiró al cercano templo de Artemisa, una de las siete maravillas de la antigüedad. En la actualidad sólo queda en pie de este monumento una columna; fue incendiado, destruido y reconstruido varias veces, más tarde se utilizó como cantera para material de construcción. Heráclito estaba en lo cierto.

La siguiente visita fue Troya, en la entrada se observaba un moderno y grotesco caballo de madera de unos diez metros de altura. Troya se encuentra entre la realidad y la leyenda, aunque tiene más de esta última que de aquella; aquí se desarrollaron los dos grandes poemas de Homero, **La Ilíada** y **La Odisea**. Heinrich Schliemann la descubrió en 1871; buscando tesoros excavó y excavó las distintas ciudades que existieron, una debajo de otra, y al final solo dejó ruinas. Heráclito seguía teniendo razón, lo que no destruyeron los antiguos griegos lo destruyó Schliemann. Troya estaba emplazada en el Helesponto, el actual estrecho de los Dardanelos, por donde pasaron remando hace muchos siglos Jasón y los argonautas en una odiseica aventura para recuperar el Vello de Oro; esta peripecia la describió de forma magnífica Robert Graves. Nosotros, en lugar de remar, íbamos en autobús; no vigilaban los troyanos, sin embargo, tuvimos que detenernos varias veces debido a los controles militares. Un soldado armado con un fusil entraba en el autobús, llegaba al final del pasillo mirando a un lado y a otro, y al salir, proseguíamos la ruta. Mientras más nos alejábamos de la costa, más subía la temperatura, ya que el autocar no disponía de aire acondicionado. En Troya se incorporó a la excursión un muchachito turco, muy sonriente, Mohamed.

Para disimular el calor se movía por el pasillo esparciendo colonia a diestro y siniestro. Rafael, a menudo, entonaba una canción de tonos árabes con estribillo inventado: *Mohamed, echa colonia que cuesta poco parné, Mohamed, echa colonia que cuesta poco parné.*

Entre controles militares, el calor, y el aroma a colonia llegamos a Estambul. En las calles se notaba la presencia militar, los tanques se situaban en lugares estratégicos, y por las noches la ciudad quedaba desierta; se había declarado el toque de queda. En los tres días que permanecemos en Estambul vimos los monumentos y lugares que consideramos más atractivos: La Basílica de Santa Sofía, La Mezquita Azul, La Cisterna Basílica, El palacio de Topkapi, El Gran Bazar, y El Puente del Bósforo que une Asia con Europa. Una de esas jornadas realizamos el típico crucero por el Bósforo. El hotel estaba ubicado en el centro de la ciudad, en un rascacielos. En nuestra habitación, situada en una de las últimas plantas, el exterior se encontraba tapado por una cortina; al descorrerla, Lupe y yo quedamos maravillados. Desde la moqueta que cubría el suelo hasta el techo la pared estaba acristalada, parecía que flotábamos en una alfombra mágica; la exótica Estambul se hallaba bajo nuestros pies, destacando las mezquitas con sus grandes cúpulas y los alminares apuntando al cielo.

El viaje de regreso lo hicimos de noche, el avión atravesó una tormenta, y tuvimos que hacer un aterrizaje no previsto en Barcelona. Míster Conrad, que lo tenía todo bajo control, aclaró que un rayo había dañado la instalación eléctrica del avión.

.....

Ya he relatado un momento estelar de mi vida, el partido de fútbol que jugué en Sevilla poco después de terminar la carrera de Medicina. Ahora contaré otro en relación con el cine. Deseaba hacer una película cuyo argumento llevaba tiempo rondándome la cabeza. El trabajo en el hospital no me satisfacía demasiado, pasaba muchas horas en un despacho -donde llegaba el irritante olor a formol y a otras sustancias poco agradables al olfato- analizando tejidos (en especial tumores), y realizando autopsias. Echaba de menos la naturaleza, el entorno rural, la tranquilidad y el silencio.

El argumento que tenía en mente era autobiográfico: un médico empleado en el laboratorio de un hospital, insatisfecho con su labor, añora otro modo de vida, deja su ocupación y emprende un viaje en su coche buscando un lugar donde vivir en contacto con la naturaleza. En la gestación de esta idea fue

decisiva **Dersu Uzala** de Akira Kurosawa, película que narra la vida de un cazador nómada en la taiga siberiana; desde su estreno en 1975 la vi varias veces. Asimismo tomé como referente el mundo rural que aparece en los libros de Miguel Delibes. Estuve perfilando el guion más de un año, le comenté a algunos amigos lo que pretendía hacer, y aportaron ideas que incorporé a la historia. La mayor parte de la película se rodó en la comarca de la Vera en Cáceres; el sitio donde me quedaría a vivir, sería Villanueva de la Vera, el pueblo de Lupe. Como tardaría en filmarla varios meses en diversas localizaciones, yo mismo interpreté al protagonista y en lugar de diálogos utilicé el recurso de la voz en off para reflejar mis pensamientos.

Algunos planos en los que estaba solo, tuve que grabarlos yo; colocaba la cámara en el trípode, encuadraba la imagen tomando alguna referencia visual y al terminar mi actuación soltaba el disparador. Antes de empezar, localicé los exteriores en la Vera, habitaría en una casa de piedra situada a varios kilómetros del pueblo. Aparcaba el coche cerca de la carretera y caminaba hasta ella; procuraba filmar a primeras y últimas horas del día, con el fin de conseguir una luminosidad suave. La vivienda, aunque estaba en buen estado, se encontraba rodeada de hierbas y matorrales, aproveché para limpiarla mientras hacía la película. El guion lo llevaba bien planificado, no obstante, improvisé algunas escenas. En las cercanías encontré enredada entre arbustos una hoja de periódico, la guardé y más tarde la leí con interés sentado bajo el umbral, la civilización me reclamaba. Otro día, al terminar el rodaje, cuando regresaba al lugar donde se encontraba aparcado el coche, observé en el cielo un hermoso plenilunio; antes de que se hiciera de noche me cambié de ropa, e improvisé un plano caminando por el campo, destacando al fondo la brillante y plateada luna llena. Cambié el final de la historia varias veces. En un principio me quedaba a vivir en el campo, pero no me parecía realista; añadí varios planos en el coche saliendo de la Vera, y más tarde entrando en la ciudad inmerso en un atasco. Finalmente agregué otra toma sentado en el salón de mi domicilio leyendo **El camino** de Miguel Delibes.

Me faltaba el título, y me acordé del libro **El miajón de los castúos**, del autor extremeño Luis Chamizo. Elegí **El miajón**, un nombre corto, sencillo y en consonancia con el argumento de la película. El miajón o migajón es la miga o parte del pan situado debajo de la corteza, pero en sentido figurado significa la esencia, lo más puro y natural de las cosas. En la banda sonora escogí fragmentos de Vivaldi, Bach, Haendel y la canción **The woman of Ireland** compuesta por Sean O'Riada. En la narración se escucha la bella voz de Paco Figuro, un amigo que en su tiempo libre dirigía un programa de radio.

Presenté **El miajón** en el Festival Internacional y de Cine Andaluz de Sevilla, que se celebró en octubre de 1981. Se competía en tres apartados: largometrajes, medimetrajes y cortometrajes; como **El miajón** duraba treinta y cuatro minutos, lo incluyeron en la categoría de medimetrajes. Proyectaron la película un sábado por la mañana; el último día del Festival asistimos mi tío Manuel Pimentel, Lupe y yo. Por la tarde se reunió el jurado; esa noche me llamó por teléfono Juan Fabián Delgado, crítico de cine que formaba parte de aquel, y me dio la enhorabuena. Me habían concedido el premio al mejor medimetraje. Bernardo Bertolucci, por **Historia de un hombre ridículo**, se llevó el galardón al mejor largometraje. La ceremonia de clausura tuvo lugar una semana más tarde, en el Real Alcázar de Sevilla, no acudí porque me desagradan ese tipo de actos; le pedí a mi hermano que lo hiciera en mi nombre. Me contó que estuvieron presentes las más importantes autoridades de Andalucía. Entregó el premio al mejor medimetraje (que consistió en cien mil pesetas y una hermosa figura de bronce del escultor Nicomedes) el alcalde de Sevilla, que conocía a mi hermano. Cuando recogió el premio, Luis Uruñuela, que estaría despistado le dijo: *Antonio, ¿también te dedicas al cine?* El dinero se esfumó; sin embargo, la escultura de Nicomedes sigue en un sitio visible de mi casa.

El miajón tuvo su lado oscuro, primero intervino la envidia y luego el rencor. El lunes siguiente a la celebración del Festival de Cine permanecí en Sevilla. Por la mañana fui a una tienda en la calle Cuna que vendía artículos de fotografía y cine. Me atendió el dueño, un hombre muy correcto, pero aquel día estaba enfadado. Conocía el fallo del jurado; me dijo que un grupo de amigos había presentado una película en el Festival, y según su opinión, era mejor que **El miajón**. El jurado había sido injusto -decía- por no haber premiado a sus amigos. Intentó proseguir con otras frases sobre el mismo asunto, no se lo permití; le dejé con la palabra en la boca, le di la espalda y salí de la tienda para no volver a entrar nunca más. Habría deseado tener sangre fría para responderle de forma adecuada sin alterarme, pero no poseo esa cualidad, y seguro que la discusión habría terminado de mala manera. Intenté olvidar el incidente, aquel día estaba muy contento y lleno de ilusión por lo que había conseguido. Varias semanas después paseaba por la calle Cuna y desde lejos vi que el dueño de la tienda se encontraba en la puerta. Cuando llegué a su altura noté que hizo un gesto para saludarme, lo ignoré y seguí paseando.

Años más tarde, leyendo las Memorias de Pío Baroja encontré un incidente similar. Cuando de joven estudiaba Medicina en Madrid, el prestigioso y

arrogante doctor Letamendi, catedrático en la Facultad, debido al desinterés del futuro escritor, le dijo varias veces en clase y en voz alta: *Baroja, usted nunca llegará a nada*. El autor de **El árbol de la ciencia** no consideró oportuno responderle, pero no olvidó esas despectivas palabras. Pasaron los años y Baroja se convirtió en un famoso literato; acostumbraba a dar largas caminatas en solitario, entre otros lugares frecuentaba el Parque del Retiro madrileño. Contaba que, paseando por ese lugar, observó que a lo lejos se acercaba un envejecido doctor Letamendi; cuando este vio a su antiguo alumno se detuvo, y al llegar a su altura hizo ademán de saludarlo. El novelista lo ignoró y siguió paseando por el Retiro.

.....

En marzo de 1984 nació nuestro hijo Alberto, y estuve presente durante el parto. Apareció su negra cabecita, sacó el brazo izquierdo, luego el derecho, y no dejó de moverlos como si intentara tocar el mundo al que había llegado. A las pocas horas de nacer le hice la primera foto tendido en la cama del hospital, envuelto en una pequeña sábana con la cabeza girada a la izquierda, y los brazos alzados con los puños cerrados como si quisiera celebrar una victoria. Guardo grabados en mi memoria muchos recuerdos e imágenes de su crecimiento en diversos lugares, sobre todo de Badajoz, Sevilla y Matalascañas, algunas vestido con el uniforme del Sevilla F.C. Desde pequeño, siguiendo la tradición familiar, le transmití el sentimiento sevillista; en los años siguientes acudimos muchas veces al Sánchez Pizjuán, presenciando partidos de Maradona y la despedida de Davor Suker. Era un niño tranquilo, noble y obediente; siempre tuvo gran habilidad manual. Nos aportó ilusión, alegría y escasas preocupaciones. Lupe se encargó de la mayor parte de los quehaceres diarios que conlleva un hijo. No he olvidado la primera palabra que pronunció: estaba sentado en la trona, Lupe le enseñó un racimo de uvas, movió los brazos como si intentara cogerlas y exclamó *juva!* Tuve la suerte de registrar en video ese instante. Uno de sus juguetes predilectos era el correpasillos; al principio le ayudó a andar, lo sujetaba y empujaba al mismo tiempo. Luego se montaba en él, e impulsándose con los pies recorría el piso de forma incansable. Una madrugada, cuando tenía tres años, salió de su habitación, y encendió la luz del pasillo. Desde nuestra cama lo observamos con admiración andando a pasitos cortos y en silencio, entró en el cuarto de baño para hacer pis, luego apagó las luces y sin hacer ruido, volvió a su dormitorio. Cuando escribo estas líneas ha cumplido treinta y ocho años.

.....

Mientras tanto, continuaba mi rutinaria labor en el Hospital. Javier Sáenz de Santamaría y Manolo Limón, al terminar la especialidad, se establecieron en otros Centros Médicos. En 1981 el Servicio de Anatomía Patológica fue trasladado a la planta sótano, sitio más amplio y mejor distribuido. Cada uno de los médicos disponíamos de un pequeño despacho; esto lo agradecí, porque para estudiar, examinar las preparaciones y escribir los informes, prefería hacerlo solo. Cuando participábamos en Cursos los compañeros que permanecían en el Servicio se encargaban de realizar el trabajo. A partir de 1982 asistí a tres Symposium en Santiago de Compostela. Se desarrollaban en junio, y duraban una semana, de lunes a viernes. Previamente, adquiría un archivador con preparaciones de enfermedades o tumores raros, que se analizarían de forma detallada durante esos días, emitiéndose al final los diagnósticos. En las tres Jornadas contamos con la presencia del carismático Juan Rosai, uno de los mejores patólogos quirúrgicos que han existido. Poseía una personalidad y energía arrolladoras, me encantaban sus conferencias porque transmitían pasión y entusiasmo por la Patología; recuerdo dos charlas que impartió, una sobre melanomas y otra sobre las lesiones precancerosas de mama. Durante el Primer Curso, aprovechando que en un descanso se encontraba solo, le pedí que se hiciera una foto conmigo delante del cartel anunciador. Meses más tarde le envié al Hospital de Minnesota donde trabajaba una consulta sobre un caso difícil; en pocos días recibí su opinión diagnóstica. Juan Rosai terminó su vida profesional en su país de origen, en un Hospital de Milán.

En 1986, cuando terminó la tercera Reunión, regresé a Badajoz. El lunes por la mañana, al entrar en mi despacho, encontré una desagradable sorpresa, mis compañeros no habían realizado el trabajo acumulado en la semana que falté. En un principio pensé que durante mi ausencia la tarea había aumentado, pero pude comprobar en el archivo que no había sido así. Supongo que mis compañeros pensaron que había ido de vacaciones, un viaje de placer aderezado con visitas turísticas y sabrosas comidas gallegas. No entendí su actitud, su falta de solidaridad me afectó; fue el inicio de mi desilusión por el trabajo en el Hospital. En lo sucesivo, cada vez que asistía a un Congreso, ya no me sorprendía el regalo que a la vuelta podría encontrar en el despacho.

.....

Para olvidar el asunto anterior, seguiré hablando de mi afición favorita y de un buen amigo: el cine y Paco Bonmatí. Juntos hicimos siete películas, creo que formamos un tándem casi tan afortunado como el de Alfred Hitchcock-Cary Grant, John Ford-John Wayne, Billy Wilder-Jack Lemmon o Anthony Mann-James Stewart. Paco era hinchado del FAME, lo conocí al finalizar un partido. Vino a saludarme y dijo que era visitador médico, en poco tiempo nos entendimos bien; tenía un carácter alegre, una voz grave y una risa contagiosa. Pronto percibí sus posibilidades de actor; entre otros papeles hizo de hermano mayor de un estudiante de Medicina (Pepe Moreno), de enfermo imaginario, de psiquiatra, de maleante, y de pintor depresivo, amargado y alcohólico. Cuando actuó de maleante asesinó a una anciana para robarle el dinero que guardaba en su casa; en realidad, esta era Paco el Cerillo disfrazado. Mientras dormía en su cama, tenía que asfixiarla con una almohada. Antes de rodar la escena, el Cerillo dijo que esperaríamos porque se iba a colocar una verruga en la cara; con un trozo de esparadrapo formó una bolita y se la pegó en un ala de la nariz. Luego, el delincuente se tomó tan en serio su papel que casi asfixia de verdad a la anciana.

De las siete películas que realizamos juntos, la que más añoro es **Juanina**. El argumento estaba basado en unos capítulos del libro **Dejemos hablar al viento**, del escritor uruguayo Juan Carlos Onetti. Paco Bonmatí interpretaba a Medina, un pintor atormentado y alcohólico, que intentaba pintar una ola perfecta, una ola ideal. Habitaba en un pueblo costero, y pasaba las horas bebiendo en un bar y en la orilla del mar, esperando la llegada de esa ola. Filmamos la película en un fin de semana en otoño, en el pueblo de Santa Cruz, al norte de Lisboa, cerca de Torres Vedras. La única condición que puso mi amigo para intervenir en la película fue que lo invitara a comer en un sitio conocido como Porto das Barcas, un pequeño restaurante en un acantilado donde existía un criadero de langostas. Lupe, Paco y yo llegamos a Santa Cruz un viernes por la tarde, nos alojamos en la Pensao Miramar. Después de cenar fuimos a tomar una copa a un pub. Lupe y yo nos fuimos a dormir pronto; le recordé a nuestro compañero que el rodaje comenzaría a primera hora de la mañana, respondiendo que se tomaría otra copa y se marcharía a descansar. Nos levantamos temprano y bajamos a desayunar; Paco nos esperaba sentado ante una mesa de la cafetería. Tenía ojeras, se le notaba que había dormido poco; no obstante, se encontraba relajado y sereno. Dijo, con ironía, que había estado parte de la noche en blanco para meterse en la piel de Medina, el personaje que debía interpretar, y que estaba listo para rodar. Todo se desarrolló como lo tenía planificado, no surgió ningún problema; tal

como había previsto, Santa Cruz y sus hermosas playas estaban solitarias, adecuadas al ambiente de la trama. También rodamos en el interior de un vacío y desangelado bar; el dueño intervino como actor, y el personaje de Juanina que daba título a la película lo interpretó Lupe. Filmamos unos planos en la orilla del mar. El artista estaba sentado en una roca pintando su ola ideal; cuando terminamos la escena le pedí que me enseñara lo que había hecho. En lugar de una ola había dibujado un pene erecto apuntando a una vulva. Lo mejor de la película fue la actuación de nuestro amigo y el pueblo de Santa Cruz con su bello entorno natural. En el viaje de vuelta paramos en Porto das Barcas; Paco Bonmatí se tomó la langosta con un buen vino portugués, y a continuación se echó la siesta hasta Badajoz.

.....

A medida que pasaban los años practiqué otros deportes con menos contacto físico, como el ciclismo y las carreras de fondo. Lo mismo que me sucedió con el fútbol y el fútbol sala, conocí un amplio abanico de buenos amigos. Antaño tuve una bicicleta de paseo; decidí comprarme una de carreras, marca Zeus 2000, similar a la que utilizaban los ciclistas profesionales. Hice las primeras salidas en solitario, no recorría más de treinta o cuarenta kilómetros a un ritmo suave, y sólo llevaba un botellín de agua. Un día, al dar la vuelta para regresar a casa, me sorprendió un fuerte viento de cara; el calor era intenso, se me acabó el agua y apenas me quedaban fuerzas para pedalear. Un grupo de ciclistas me adelantó, sus componentes disminuyeron el ritmo, y uno de ellos me dio líquido para hidratarme y algo de comer; me aconsejó situarme en la cola del grupo para ahorrar fuerzas. Poco a poco conocí a otros aficionados y acabé integrándome en un grupo; entablé amistad con Agustín Barbero, Nandi Gregori, Vicente Giralt, Antonio Mérida, José Luis García Alcón y José Ferreiro. Aprendí a usar los desarrollos -combinando platos y piñones-, a hidratarme, y a comer a menudo; en los bolsillos del maillot no podía faltar un plátano, porciones de dulce de membrillo, uvas pasas, chocolate, y otros alimentos parecidos. Trabé gran amistad con Vicente Giralt, que había sido presidente de la Federación Extremeña de Ciclismo; no he conocido a otra persona con tanta pasión por este deporte. Juntos recorrimos miles de kilómetros por las carreteras de Extremadura y Portugal. Vicente trabajaba en la empresa de maquinaria agrícola John Deere, por ese motivo conocía a muchos agricultores de la provincia de Badajoz. En su tiempo libre, entre otras cosas, se dedicaba a cazar zorros. Lo acompañé a una cacería cerca de Almendral;

el dueño de una finca le pidió que intentara cazar uno que merodeaba por la finca matando a sus animales, Vicente localizó la madriguera, introdujo por una de las entradas a dos corajudos y nerviosos fox terrier, y con su escopeta se situó encima de la guarida; yo estaba detrás de él. Agudizó el oído para escuchar la lucha que se desarrollaba bajo nuestros pies entre los perros y el cánido. Cuando el hermoso animal salió huyendo por el único orificio que había libre, Vicente le pegó dos tiros; el zorro dio un extraño salto en el aire y cayó fulminado. El dueño de la finca se quedó con el raposo.

Algunos días corría en nuestro grupo Alberto Astorga, Comisario Jefe de Policía de Badajoz. Aunque de la misma edad de Vicente Giralte, poseía menos condiciones físicas; además, utilizaba desarrollos poco apropiados a sus características. Solía poner un plato grande y uno de los piñones pequeños, propio de un rodador, de un contrarrelojista; un Miguel Indurain en su mejor época. Giralte le repetía una y otra vez que utilizara el plato pequeño y un piñón con más dientes, con el fin de mover las piernas. El comisario no le hacía caso, le respondía que se encontraba bien con ese desarrollo. Un día, a finales de primavera, me telefoneó Vicente a primera hora de la tarde. Alberto le había comentado que después de almorzar iba a salir con dos amigos en dirección a Elvas y volverían por la carretera de Campomayor. Mi amigo le dijo que había quedado en salir conmigo a las seis de la tarde, cuando apretara menos el calor y que tomaríamos otro camino. Al llegar a casa volvió a telefonearme Vicente para informarme que nuestro compañero había fallecido. El Gobernador Civil les pidió a las autoridades lusas que repatriaran de inmediato el cadáver; la capilla ardiente fue instalada en el Gobierno Civil, donde fuimos para dar el pésame a su familia. Me contaron lo sucedido: Alberto salió a las cuatro; después de subir a Elvas, en el regreso se sintió mal. Les dijo a sus dos compañeros que siguieran adelante, ya los alcanzaría. Al ver que no aparecía, se volvieron y se lo encontraron sentado debajo de una encina con la espalda apoyada en el tronco; no consiguieron reanimarlo.

Todos los años, cuando a inicios de otoño terminaba la temporada ciclista, teníamos la costumbre de ir a Guadalupe en bicicleta un fin de semana. Lo habitual era hacer ese recorrido, de unos doscientos kilómetros, en dos etapas, pernoctando en Don Benito, Villanueva o en Navalvillar de Pela. Llegábamos a nuestro destino el domingo al mediodía. Lo más duro de la ruta eran los últimos kilómetros, porque al cansancio se le sumaba la subida hasta Guadalupe. La primera vez que un ciclista de nuestro grupo realizaba esta ruta se le bautizaba, introduciéndosele la cabeza en la fuente que existe delante del monasterio; luego nos cambiábamos de ropa, colocábamos las bicicletas en los

coches de apoyo y reponíamos fuerzas en un restaurante del pueblo. Un año, al final de temporada, hicimos el recorrido en una sola jornada; partimos de Badajoz al amanecer, y sobre las dos de la tarde llegamos a la meta. Realizamos la excursión Vicente Giralt, sus dos hijos Javier y Arturo, y el que cuenta esta historia. El coche de apoyo lo conducía Menú, amigo de los Giralt; creo que lo llamaban de esa manera porque no pesaba más de cuarenta kilos, era de baja estatura y muy delgado, es decir menudo. Los dos jóvenes actuaron durante todo el camino de liebres, iban marcando el ritmo que Vicente les indicaba, y fuimos pegados a sus ruedas -lo que en el argot ciclista se llama chupando rueda-. Aquel inolvidable día, Arturo y Javier, nos llevaron a Vicente y a mí en volandas hasta Guadalupe.

Durante años alterné el ciclismo con las carreras de fondo; gradualmente les dediqué más tiempo a estas últimas. En realidad, correr fue algo natural en mí, desde niño lo hice: en los recreos de los Escolapios, en los partidillos en la entrada del colegio, jugando en las calles, en el desaparecido estadio polideportivo de la Macarena, y sobre todo, en los partidos de fútbol. En Badajoz solía hacerlo hasta la frontera de Caya o en el circuito de San Isidro, un encinar situado a varios kilómetros de la ciudad. Pronto me incorporé al Club Maratón Badajoz, donde encontré antiguos amigos como Eduardo Subirán y conocí a otros: José Luis y Carmelo Cabezas, Miguel Rubiano, Pepe Visillo, Joaquín Aranda, José Enrique Campillo, Ángel Paredes y Enrique González Campano. Algunos días salíamos a entrenar en grupo, pero no me importaba ir solo; a veces lo hacía al salir del Hospital, y de esa forma disponía de la tarde libre para dedicarme a otras cosas. El placer de las endorfinas no me llegó a nublar la mente, nunca llegué a entrenar más de cinco días a la semana. Participé en numerosas medias maratones y ocho maratones, estas últimas en Sevilla, Badajoz y Madrid. De todos es sabido que para correr y acabar cuarenta y dos kilómetros, es necesario seguir un estricto plan de entrenamiento, hábito que yo solía cumplir. Una de las mayores satisfacciones que he experimentado en la vida es terminar una maratón. Lo conseguí la primera vez que participé. Fue en Sevilla y la meta estaba en la Plaza de España. En los entrenamientos y en las pruebas pensaba en asuntos agradables: proyectos de nuevas películas, viajes, la alegría de llegar, o en la ducha con agua caliente que me esperaba al acabar. A diferencia de otros deportes que practiqué, casi desde los inicios tuve molestias en las rodillas. Consulté a mi amigo el traumatólogo deportivo José María Cortés que me tranquilizó diciéndome que no se apreciaban lesiones articulares evidentes; sin embargo, las rodillas siguieron molestándome.

Un corredor insólito del que oí hablar mucho, pero con el que no llegué a coincidir, fue Bordón, persona bohemía, poeta, torero y viajero. Una de las cosas más extrañas que hacía era correr hacia atrás. Solía llegar a meta en último lugar, pero lo recibían entre vítores y aplausos como si hubiera llegado el primero. Todos los años participaba en una o dos maratones en distintos lugares del mundo. Pepe Visillo, del Club Maratón Badajoz, me comentó orgulloso que había sido lazarillo de Bordón en Barranquilla (Colombia). El peculiar corredor lo hizo, como siempre, hacia atrás, Pepe iba a su lado trocando y avisándole con antelación del camino que debía seguir.

De solo pensar en la forma de correr de Bordón me he quedado agarrotado. La última gran prueba que corrí fue la XXV Maratón Popular de Madrid (MAPOMA) en abril de 2001. Viajé el día antes con varios amigos y nos alojamos en el hotel de la organización del evento. En las semanas previas entrené menos de lo habitual, debido a las molestias en las rodillas; además, me salté algunas normas, cené y desayuné en exceso. La primera mitad de la carrera disfruté, había un ambiente festivo en las calles y la gente no dejaba de animar; en algunas zonas, bandas de música amenizaban el recorrido. En la segunda mitad me surgieron diversas molestias. La parte final la hice andando, y llegué a la meta muy cansado; con pesar, decidí que había sido mi última maratón.

Me ilusionaba participar en una carrera de larga distancia con mi hijo Alberto, no podía demorarlo demasiado; la ocasión se presentó al año siguiente, en marzo de 2002, que cumplía dieciocho años. Viajamos en autobús con el Club Maratón Badajoz para participar en la Media Maratón de Lisboa. Esta se iniciaba y atravesaba el Puente 25 de Abril, circundaba la Plaza del Rossio y seguía por un circuito junto al estuario del río Tajo. En un punto concreto nos cruzamos con el etíope Haile Gebrselassie, posiblemente el mejor especialista de carreras de fondo que ha existido. Estableció el récord del mundo de la Media Maratón ese día. No he olvidado su imagen, su elegante y larga zancada a pesar de su mediana estatura. Alberto y yo llegamos juntos a la meta. En los últimos kilómetros sufrí intensos dolores en las rodillas, pero no me importó; había terminado una Media Maratón con mi hijo. Fue mi canto del cisne en las competiciones populares de larga distancia, mis rodillas dijeron basta, ya estaba bien de tanto correr. Alberto ha cogido el testigo y sigue participando en pruebas de fondo.

Una vez que dejé las carreras a pie, me dediqué a caminar y a montar de nuevo en bicicleta. Sin embargo, en cierto modo estaba huérfano, mi amigo y maestro Vicente Giralt había fallecido recientemente, a mediados de febrero

de 2002. Recuerdo esa fecha porque unos días más tarde murió mi madre. A mi fiel compañera, la Zeus 2000, le hice algunos retoques: el cuadro lo pinté de verde, le puse unas ruedas más gruesas y un manillar de paseo, un sillín más cómodo, y una corona de piñones más grande. Regresé a mis inicios en el ciclismo, salía solo, no recorría largas distancias, por lo que las rodillas lo agradecieron y no volvieron a dolerme, disfrutaba del paisaje y recordaba los buenos tiempos. Ahora la bicicleta permanece en el trastero, silenciosa y cubierta de polvo.

.....

En todos esos años seguí viajando con frecuencia a Sevilla, unas veces solo y otras acompañado de Lupe y Alberto. No podía olvidar a la familia y a los pocos amigos que aún residían allí. Me agradaba callejear por la ciudad, y recorría sitios con los que me sentía identificado evocando tiempos de mi niñez, aunque procuraba alejarme del turismo que cada día era más numeroso y lo invadía todo. Mi madre, mientras su salud se lo permitió, me preparaba algunas comidas y dulces que me gustaban. En ocasiones me pedía que la llevara en coche a Algodonales para ver a algún familiar; también solíamos visitar el cementerio, donde reposan los restos de mi padre. Un fin de semana que estaba en Sevilla acaeció el fallecimiento de Fernando Cañete, el administrador de fincas tan apreciado por mi familia; gracias a su mediación mis padres habían comprado la casa en la calle Imperial. Con mi hermano fui a darle el pésame a su viuda e hijos. Cuando entramos en la habitación donde yacía, lo encontramos amortajado con el hábito franciscano; sabíamos de su religiosidad, pero no hasta ese extremo. Al llegar el momento de volver a Badajoz, mi madre, mientras tuvo la suficiente movilidad, me acompañaba a la puerta del piso y en el rellano de la escalera, con el semblante triste, me pedía dos cosas: que no corriera con el coche, y que nada más llegar a mi casa, la llamara por teléfono para que pudiera quedarse tranquila.

.....

En 1987 se inauguró un nuevo Hospital en las proximidades de la Facultad de Medicina. Como al antiguo le habían puesto el nombre de una virgen, al nuevo le tocaba uno relacionado con la monarquía; por consiguiente, se le denominó Infanta Cristina. Unos treinta años después, al descubrirse las artimañas de la infanta y de su espigado esposo, se le cambió el nombre por el

de Hospital Universitario de Badajoz. Al trasladarnos, llegamos con ilusión, el sitio que nos habían asignado era más grande, espacioso y luminoso que en la anterior ubicación. Se distribuía alrededor de dos patios interiores, pero estaba situado en el semisótano junto al tanatorio. La plantilla médica se mantuvo estable en los primeros años, por el contrario, el resto del personal sanitario y los administrativos cambiaban continuamente. Aquello parecía una estación de metro en hora punta; unos salían, otros entraban. Pronto se incorporó un nuevo celador, José Diéguez, hombre servicial y trabajador; una de sus tareas era ayudarnos a realizar las autopsias, aunque a él no le agradaba esa labor. Cuando empezábamos la operación buscaba cualquier excusa para marcharse de la sala; le desagradaban sobre todo las efectuadas a los fetos. Algunos habían muerto intraútero y llegaban en un estado lamentable, deformados, en autólisis con la piel desprendida. Diéguez intentaba convencerme para no hacer las necropsias. Le respondía que si los clínicos las solicitaban, teníamos la obligación de realizarlas, por si descubríamos alguna malformación u otra anomalía que justificara la causa de la muerte. Diéguez, resignado, se marchaba refunfuñando y decía: *No sé para qué vamos a hacer la autopsia, si el feto está en carne viva, en carne viva.*

.....

No comprendo cómo tardé tantos años en reanudar uno de los deportes que más me gustaba, el senderismo. En julio de 1990, acompañado de mi hermano y de mis sobrinos José Ignacio y José, realizamos la parte final del Camino de Santiago que discurre por Galicia. Nos alojamos en El Cebreiro, Triacastela, Sarriá, Portomarín, Palas do Rei, Arzúa y Compostela, equidistantes entre sí unos veinticinco kilómetros. Esto nos permitía acabar las etapas antes de almorzar, dedicando las tardes al descanso. Emprendí la excursión por diversos motivos: el placer de caminar, recorrer unos lugares que desconocía, convivir unos días con mi hermano y sobrinos, y ver el mayor número posible de iglesias románicas -un estilo arquitectónico muy ligado a la ruta jacobea-, objetivo que me seducía desde hacía años.

Salimos de Sevilla en coche y al atardecer llegamos a la pequeña aldea El Cebreiro (Lugo), pernoctando en un antiguo hospital de peregrinos reconvertido en hostel. Al día siguiente, por la falta de costumbre, cometimos errores, sobre todo dos: partimos más tarde de lo aconsejado, y no llevábamos suficiente agua. Por eso llegamos a Triacastela después de lo previsto, cansados y sedientos. Fuimos al albergue del peregrino donde pretendíamos pasar la

noche, y bajamos unos escalones hasta llegar a un sótano que desprendía olor a humedad y a humanidad -posiblemente se había usado como bodega-. Las camas se alineaban a uno y otro lado de un estrecho pasillo donde un grupo de muchachos cantaban acompañados de una guitarra; aquella estancia me recordaba una sala de un antiguo hospital. Visto el panorama, decidimos no pasar allí la noche. Recorrimos el pueblo buscando un sitio donde quedarnos, pero todo estaba completo; entramos en un bar para tomar una cerveza y decidir qué hacer. Enseguida nos dimos cuenta de la idiosincrasia gallega. Le preguntamos al camarero si conocía un alojamiento, nos sirvió las cervezas, pero guardó silencio; pasados unos minutos repetimos la pregunta y siguió sin responder. La tercera vez que insistimos, al fin dijo que lo consultaría con su mujer; cuando volvió -resultó que era el dueño-, informó que quedaban dos habitaciones libres, una de ellas con cuarto de baño. Nos quitamos un peso de encima, minutos antes estábamos convencidos de que íbamos a pasar la noche debajo del puente que había a la entrada del pueblo. Almorzamos en el bar, luego charlamos con el dueño. Le dijimos que nos aconsejara un sitio donde alojarnos en Sarriá, al final de la segunda etapa. Telefoneó a un hostel que conocía, reservando dos habitaciones; los días siguientes hicimos lo mismo. Por la tarde paseamos por Triacastela; el templo parroquial conserva un ábside románico y como curiosidad, la casa donde nos alojamos mostraba en la pared trasera multitud de conchas incrustadas. Durante la segunda etapa coincidimos con un grupo de peregrinos belgas que habían iniciado el Camino diez años antes en Bruselas. Todos los veranos recorrían un tramo y este año llegarían a Santiago. Disponían de dos furgonetas de apoyo alternándose en la conducción. Nos comentaron que varios compatriotas, en el transcurso de ese período, habían fallecido; llevaban algunos de sus objetos personales para que al menos de forma simbólica terminaran la ruta. Acabamos esta etapa en Sarriá, el hostel que habíamos reservado se encontraba en la entrada del pueblo. Por la tarde paseamos por su interesante barrio medieval, visitamos una iglesia románica y un antiguo hospital de peregrinos. Al día siguiente, la mayoría de las fuentes que encontramos estaban secas o mostraban un cartel avisando de que el agua no era potable. Al pasar por un pueblo compramos sombreros de paja para protegernos del inclemente sol. La etapa finalizaba en Portomarín, cuyo primitivo pueblo está actualmente sumergido bajo las aguas de un pantano. Los edificios más importantes se desmontaron y trasladaron al nuevo emplazamiento. En la reubicada iglesia de San Nicolás aún se percibía la numeración en los bloques de piedra, lo que había facilitado la reconstrucción. En la cuarta jornada nos adelantó un alemán con paso marcial. Unos kilóme-

tros después lo vimos descansando, pálido y sudoroso, sentado a la sombra junto a una venta; había sufrido un golpe de calor. Ese día la ruta acababa en Palas de Rey; en su entorno se conservan numerosos restos arqueológicos (dólmenes y castros). Contemplamos la iglesia de Vilar de Donas, máximo exponente del románico gallego, declarada en 1931 Monumento Histórico Artístico. En Palas terminaba la 12ª etapa del **Códice Calixtino** ~~manuscrito iluminado del siglo XII que servía de guía a los peregrinos medievales~~. En el quinto día, a primera hora de la mañana, conocimos a Vicent, de veintidós años. A pesar de su corta edad había hecho el Camino tres veces; dormía en el campo y comía lo que le ofrecían en las aldeas. Lo invitamos a desayunar y le compramos algunas provisiones. El joven peregrino estaba imbuido de espiritualidad, recordaba a un místico de hace siglos. Llegamos a Arzúa; he olvidado lo que hicimos aquella tarde. En la sexta y última etapa nos esperaba un largo trayecto, porque Santiago de Compostela se encontraba a unos cuarenta kilómetros de distancia. Salimos de Arzúa de madrugada, caminamos un buen trecho iluminados por las luces de las linternas; no íbamos solos, otros peregrinos habían tenido la misma idea. En Lavacolla, donde se alza un hermoso cruceiro, empezó a llover; para protegernos entramos en un cobertizo donde también se refugiaban dos ciclistas de nacionalidad sueca, padre e hijo, que habían iniciado la ruta una semana antes en Roncesvalles. Al llegar al Monte del Gozo divisamos por primera vez las torres de la catedral compostelana. Esa visión nos dio ánimos, desapareció el cansancio y en poco tiempo alcanzamos la Plaza del Obradoiro. Admiramos el Pórtico de la Gloria, del maestro Mateo, una de las obras más importantes de la escultura románica. Antonio, José Ignacio y José se acercaron a abrazar la efigie del Apóstol; yo los esperé sentado en un banco del templo. Durante semanas estuvieron muy presentes en mis pensamientos las vivencias de aquellos días.

Tardé once años en repetir las agradables sensaciones del primer viaje. En septiembre de 2001 -con mi sobrino Emilio y mi hijo Alberto- realizamos las etapas iniciales del Camino, desde St Jean Pied de Port hasta Los Arcos (Navarra). Salimos en coche de Badajoz; aparcamos en Pamplona, y en autobús nos desplazamos a Roncesvalles, donde nos alojamos los dos primeros días. Al anochecer asistimos a la misa del peregrino en la Colegiata, acto religioso que se celebra a diario para las personas que van a iniciar la ruta jacobea. El primer día, a primera hora de la mañana, un taxi nos llevó a San Juan Pie de Puerto; desde esa localidad francesa comienza una larga subida. De vez en cuando nos deteníamos para observar el paisaje, salpicado de pueblos, aldeas y multitud de caseríos. Durante unos kilómetros el Camino coincidía

con un GR. Al llegar a una fuente, íbamos distraídos y nos desviamos por el sendero de Gran Recorrido; nos adentramos en el Pirineo por un terreno solitario y carente de vegetación. Cuando nos dimos cuenta del error, retrocedimos hasta enlazar con la ruta correcta; luego recorrimos un extenso bosque hasta la histórica villa navarra. La segunda etapa, entre Roncesvalles y Zubiri, transcurrió en su mayor parte por zonas muy arboladas; no recuerdo anécdotas dignas de reseñar. Al día siguiente pasamos por Villaba, el pueblo natal de Miguel Indurain. Después caminamos por la orilla del río Arga y cruzamos un puente para llegar al casco antiguo de Pamplona. En Zubiri nos habían recomendado un hostel, pero no quedaban habitaciones libres; preguntamos en varios sitios, y por fin encontramos una pensión en el casco antiguo. Paseamos por las calles donde se corren los encierros; como no me gusta la tauromaquia, no mostré ningún interés por ese lugar. Cenamos en un restaurante de baja calidad y elevado precio. De noche, el ruido de la movida se prolongó hasta bien entrada la madrugada, por lo que apenas pude dormir. Por esos motivos guardo mal recuerdo de la capital navarra; además, creo que al pasar por una gran población se pierde el espíritu del Camino. En la cuarta jornada, tras varias horas de marcha, subimos al Alto del Perdón donde se ha levantado un monumento al peregrino, con caminantes de distintas épocas mirando hacia el Occidente -donde está la tumba del Apóstol-. Se representan doce peregrinos, número simbólico: doce eran las constelaciones del zodiaco y doce los apóstoles. Nos detuvimos para ver el monumento y contemplar el paisaje. Lo más atractivo de ese día fue la iglesia románica de Santa María de Eunate, situada en un paraje solitario. Tiene forma octogonal y está rodeada por una galería porticada, parecida a un claustro exterior. Algunos historiadores creen que es de origen templario, sin embargo, no existe ningún documento que lo acredite. Es posible que primitivamente fuera un hospital de peregrinos, porque se han descubierto tumbas, y entre los restos humanos se han hallado vieiras. Por la tarde llegamos a la villa medieval de Puente la Reina. Pasamos por una calle bordeada de edificios antiguos y nos alojamos en un silencioso hostel, junto al bello puente románico del siglo XI, que cruza el río Arga. Al día siguiente proseguimos la marcha hasta Estella, en cuya entrada se levanta la iglesia del Santo Sepulcro. A pocos metros de esta, unos niños jugaban al fútbol; recordé que aquí había nacido Juan Arza mítico jugador del Sevilla F.C. Por la tarde, contemplamos el claustro de San Pedro de la Rúa y el Palacio de los Reyes de Navarra, peculiar edificio de la arquitectura románica civil. Luego paseamos por Estella, la ciudad santa del carlismo. **Sonata de invierno** de Valle Inclán y varios libros de Pío Baroja

están ambientados en este lugar durante las guerras carlistas. En la sexta y última etapa Alberto y yo salimos de Estella con las primeras luces del alba hacia Los Arcos. Emilio, con molestias en un pie realizó el trayecto en coche. Pasamos junto a las bodegas Irache, a cuya entrada había una singular fuente con dos grifos; de uno salía agua y de otro vino tinto. A pesar de la temprana hora aprovechamos la ocasión y tomamos un poco de mosto. Al parecer, la bodega llenaba a diario un depósito de cien litros para alegrar a los peregrinos. Alrededor del mediodía alcanzamos Los Arcos. Emilio esperaba a la entrada, y en el albergue nos firmaron la credencial para testimoniar nuestro paso por la villa. No nos detuvimos allí, porque nos esperaba un largo trayecto a casa. Unos días más tarde leí que es una localidad de poco más de mil habitantes, con un rico patrimonio histórico y cultural. Posee un casco urbano medieval, conservándose varias puertas de las antiguas murallas. Esta segunda excursión transcurrió con placidez. Recuerdo la belleza del paisaje en los dos primeros días, los restantes pasamos por lugares ricos en Arte e Historia. Durante toda la ruta el clima nos favoreció con días soleados y frescos, encontramos pocos peregrinos, y nos extrañó la aridez del campo entre Pamplona y Los Arcos.

En octubre de 2004 realicé con mis amigos Juan Zapata y Eduardo Aguirre un largo viaje en coche hasta Lourdes. Pretendíamos hacer el tramo del Camino de Santiago desde esa localidad francesa hasta Roncesvalles. A pesar de la gran oferta hotelera del pueblo famoso por las supuestas curaciones milagrosas, todos los alojamientos estaban cerrados; finalmente conseguimos que el antipático propietario de un bar nos alquilara dos habitaciones encima de su establecimiento. Después de cenar, paseamos por calles tan desiertas, que nos dió la impresión de estar en una ciudad muerta. Iniciamos la ruta a primera hora de la mañana del día siguiente; pasamos junto a la basílica y la gruta donde se dice que apareció la Virgen. Caminamos por un bosque de castaños con el suelo alfombrado de erizos; más tarde interrumpimos la marcha para entrar en una hermosa cueva tan profunda, que la visitamos montados en un tren. Nos alojamos en una casa rural en Asson. Cenamos con la familia que la habitaba; entre otros alimentos, quesos, paté y vino producidos en la finca. En la sobremesa conversamos con el dueño, que hablaba muy bien español; nos dijo que había hecho el Camino. Eduardo Aguirre se interesó por cuestiones relacionadas con la ganadería y la agricultura. Por la mañana, el amable anfitrión nos acompañó unos minutos por el recorrido, que en esa zona se denomina Camino de Lombardía, ya que se inicia en el norte de Italia. Recuerdo que se llamaba Pierre, porque realicé un documental de la excursión, filmé la despedida, y al separarnos Eduardo le preguntó *¿cómo*

*te llamas?, y nos dijo su nombre. El segundo día nos alojamos en una casa particular en Buzzy, donde vivía una mujer con su madre. Aquella noche se alojó en la casa una francesa que asimismo recorría la senda jacobea. Aunque hablaba mal español y yo aún peor el francés, descubrí que compartíamos una afición: le apasionaba el cine clásico americano; su director favorito era Joseph Leo Mankiewicz, el de **Eva al desnudo** (la ácida crítica sobre el mundo del teatro). Nos reunimos a cenar la dueña de la casa, su progenitora -que había sufrido un ictus y no podía valerse por sí misma-, la francesa, y nosotros tres. No he olvidado la paciencia y ternura con que la dueña de la casa dio de cenar a su madre; después, en un mapa nos indicó los lugares más interesantes por los que pasaríamos los días siguientes. Más tarde subí a mi espacioso y acogedor dormitorio situado en la primera planta, abrí la ventana y observé que la parte trasera de la casa daba a un patio. Más allá se vislumbraba el campo; de repente, una brisa cálida me acarició la cara. En la tercera jornada nos detuvimos para conversar con un hombre jubilado, risueño y afable que hablaba perfectamente español. Nos dijo, entre otras cosas, que había sido capitán de bomberos; en los días siguientes lo recordamos varias veces. Esa tarde llegamos a Oloron Ste Marie. Planeamos la ruta a seguir; desde el pueblo partían dos caminos, uno hacia Jaca atravesando el Puerto de Somport y otro hacia Roncesvalles. Decidimos hacer los dos; primero iríamos a Jaca, luego retrocederíamos en taxi a Oloron para proseguir a Roncesvalles. Después de otros tres días de marcha alcanzamos la frontera española. El paisaje era magnífico, los árboles mostraban el colorido otoñal; pasamos por caminos bordeados de boj, las copas se entrelazaban formando galerías, verdaderos túneles. Cruzamos un pueblo con las casas embellecidas por preciosas puertas de diversas maderas con adornos metálicos; parecían competir para elegir la puerta más original y hermosa. Juan Zapata llevaba un largo paraguas de color blanco; cerca del puerto de Somport lo abrió, no para protegerse de la lluvia, sino del sol. Hasta Jaca las indicaciones eran excesivas, cada pocos metros habían pintado flechas amarillas; bromeamos sobre los kilos de pintura que habrían empleado. Dormimos en Canfranc. Al atardecer entramos en la suntuosa y solitaria estación de ferrocarril, que se había inaugurado en 1930 y cesado su actividad en poco tiempo por desavenencias políticas entre España y Francia. El día de descanso en Jaca lo dedicamos a pasear por la ciudad, contemplar la catedral románica y visitar la Ciudadela. Me quedé con las ganas de ver la cercana y singular iglesia de San Juan de la Peña.*

Desde Oloron Ste Marie reanudamos el camino hacia Roncesvalles. El día siguiente llegamos a L'Hopital St Blaise. Nos alojamos en un hostel situado

frente a una sencilla y bella iglesia románica; echando una moneda se podía contemplar iluminado el interior del templo. Otra jornada atravesamos un bosque con una espectacular variedad de setas. Poco a poco el tiempo cambió, comenzó a llover, y nos informamos de que la lluvia se prolongaría varios días; decidimos coger un coche particular hasta St Jean Pied de Port, donde pasamos la noche en el acogedor Hotel Central, junto al ayuntamiento. Por la mañana iniciamos la subida que había realizado tres años antes con Emilio y Alberto. Se originó un intenso vendaval, las ramas de los árboles volaban a gran velocidad sobre nuestras cabezas. Imprudentemente seguimos ascendiendo empujados por el viento; menos mal que nos dieron el alto en un control de policía y bomberos y tuvimos que dar media vuelta. Nos desplazamos a Roncesvalles en taxi. El tiempo mejoró, y ese mismo día fuimos al bosque de Irati en nuestro coche, pasando la noche en un pueblo cercano. Antes de cenar entramos en una taberna en la que unos hombres sentados alrededor de una mesa entonaban una nostálgica canción.

Todavía disponíamos de dos días libres. Propuse a Juan Zapata y Eduardo Aguirre visitar el lejano monasterio de Santo Domingo de Silos, en Burgos. Llegamos por la tarde; intentamos dormir en la hospedería del monasterio, pero no quedaban plazas libres. Esa tarde y el día siguiente permanecemos en Silos, en la abadía benedictina hay mucho que ver y escuchar. Contemplamos el bello claustro románico de doble planta, levantado en los siglos XI y XII, destacando los capiteles de la planta inferior. En el patio se alza un imponente y frondoso ciprés, de treinta metros de altura, que se ha convertido en el icono del monasterio; en él habitan multitud de pájaros, escuchándose sus trinos al atardecer. En 1924, Gerardo Diego, después de pasar la noche en la hospedería, compuso el poema **El ciprés de Silos**.

“Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu alma
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado asimismo en loco empeño.
Mástil de soledad, prodigio isleño,
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llego a ti, riberas de Arlanza,
[...]
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.”

Vimos la botica, que guarda numerosos volúmenes de farmacopea -editados entre los siglos XVI y XIX- y centenares de tarros de loza que se utilizaban para depositar los productos medicinales elaborados por los monjes. En la biblioteca sólo pueden entrar los especialistas que lo solicitan. El museo se encuentra en una antigua sala; alberga una importante colección de obras de arte relacionadas con el propio cenobio, entre ellas el tímpano de la primitiva iglesia románica descubierto en unas excavaciones arqueológicas. Al anochecer entramos en la iglesia de estilo neoclásico para escuchar otro tipo de trino: el canto gregoriano de los monjes. Nos causó una impresión tan profunda que al día siguiente estábamos pendientes de las horas canónicas diurnas -prima, tercia, sexta y nona- para acudir al templo, contemplar la ceremonial llegada de los monjes, y escuchar una y otra vez su canto. De esta forma tan poética y musical finalizó una excursión que nos mantuvo ilusionados tantos días.

Después de las tres experiencias en el Camino de Santiago, durante años mantuve el anhelo de realizarlo de una sola vez, cuando me jubilara, desde San Juan Pie de Puerto hasta la ciudad compostelana, y hacerlo en una época diferente a la masificación de los meses veraniegos. Las circunstancias me lo impidieron.

.....

En Badajoz hay un dicho: *Si estás aburrido, cómprate una parcela*. Aunque ese no era mi caso porque las aficiones apenas me dejaban tiempo libre, sin embargo, deseaba tener un pequeño terreno. Compramos media hectárea poblada de encinas; en la época adecuada se podaron con el fin de sanearlas y aprovechar la madera para leña. Plantamos árboles frutales: naranjos, higueras, ciruelos, almendros, un granado y un membrillo. Los almendros se secaron y el granado nunca llegó a dar frutos. En un lateral y en la parte trasera colocamos chumberas que producían sabrosos higos chumbos. Edificamos una pequeña casa constituida por dos espaciosa habitaciones, una en cada planta; los lugares que más me gustaban eran el porche, orientado hacia el oeste, y la chimenea. Muchos días laborables después de almorzar me iba allí, siempre había algo que hacer: cortar la hierba, podar el seto y los árboles, mantener a raya las chumberas para que no invadieran la parcela, tener a punto el riego gota a gota, o simplemente pasear y comprobar cómo se renovaba el orden establecido de la naturaleza. Cuando mi primo Paco Pimentel se enteró de que nos habíamos comprado un terreno, me comentó que una de las aficiones más agradecidas y relajantes era la jardinería. Además, si te equivocas al podar los

frutales, no tiene importancia porque estos, a diferencia de las personas, no se quejan. Esta opinión la tuve en cuenta; yo mismo aprendí a podar, y estoy seguro de que más de una vez me equivoqué.

Un día nos llevamos un sobresalto. Un enorme lagarto entró en la casa, abrimos la puerta y nos apartamos. Salió del rincón donde se había refugiado, alzó su cuerpo del suelo y con sus poderosas patas se marchó veloz. La época del año que más me gustaba era el otoño-invierno. Me sentaba en el porche, leía el periódico o un libro, escuchaba los sonidos de la naturaleza y veía llover; coloqué un pluviómetro en un lugar despejado y anotaba la lluvia caída a lo largo del año. Cuando anochecía y sentía frío encendía la chimenea permaneciendo allí hasta bien entrada la noche. Algunos fines de semana, Lupe, Alberto y yo dormíamos en la parcela; recuerdo la imagen de Lupe junto al fuego, asando castañas en una sartén agujereada, colocada sobre la estrébedes. Uno de los mayores placeres en aquel lugar era contemplar la luna y el cielo estrellado.

.....

Desde mediados de los 90 iba a Algodonales al menos una vez al año, acompañado de Lupe, mis hermanos y algún otro miembro de la familia. Unos años antes mi primo Antonio Ramírez había cerrado la tienda al jubilarse; poco tiempo después mi madre vendió la casa. Antes de viajar avisábamos por teléfono a nuestro primo; pasábamos el día evocando historias y anécdotas, y saludábamos a los escasos familiares y amigos que aún residían en el pueblo. Paseábamos por las calles y por lugares cercanos, como la Virgencita de la Sierra, la antigua fábrica de jabón de nuestro abuelo materno o la Fuente Alta. En una ocasión estuvimos en El Álamo; aunque no conocía el lugar, había oído hablar tantas veces de él que me resultó familiar. Mi hermano se situó en la entrada del caserío, junto al viejo álamo que daba nombre a la finca, y mirando hacia Algodonales -que se divisaba a lo lejos-, evocó con nostalgia que, en su niñez, veía la llegada o partida de nuestro padre montado en una yegua. Los actuales dueños del Álamo, hijos de Fernando, persona a la que mi padre le vendió la finca, se lamentaban de la dureza de las labores del campo y de la sequía que se prolongaba desde hacía años.

En otro viaje visitamos el cementerio. Lupe, mis hermanas y mi cuñada Mercedes no quisieron entrar y permanecieron en la puerta. Antonio Ramírez, mi hermano y yo lo recorrimos sin prisa; fuimos al lugar donde reposaban los restos de nuestros abuelos, y observamos lápidas con nombres de familiares,

amigos y otras personas que aparecen en este libro. En el suelo, las sepulturas ocupaban parte del camino y teníamos que pisarlas para seguir andando. Mi primo, con su voz característica que aún resuena en mis oídos, nos seguía guiando por el camposanto, señalando de vez en cuando los nichos, contando curiosidades de sus moradores. Algunos apellidos me resultaban conocidos; seguro que esas personas hablaron repetidas veces conmigo o me cogieron en sus brazos durante mi infancia. Pienso que, si ahora entrara en el cementerio, vería nuevas lápidas; en una de ellas leería: Antonio Ramírez Leo. Con su muerte acaecida hace años perdimos, en cierto modo, a un hermano y al principal vínculo familiar en Algodonales.

Las excursiones que antes he descrito terminaban en un almuerzo en la venta Salas, solíamos hacerlo en la terraza. En cierta ocasión, Juanita exclamó: *¡Qué vista tan bonita hay desde aquí!* Tenía razón, se observaba Zahara con las casas arracimadas en torno al castillo árabe, y la Sierra del Pinar cubierta de pinsapos.

.....

Además de Paco Bonmatí, otras personas colaboraron en mis películas. Primero fue Javier que actuó en **Reverdecer**. En **El miajón** aparecen Pilar, Ramón, Ana, Manolo y Jesús, en una escena rodada en el despacho que compartíamos. Fernando Rodríguez Naharro, visitador médico y directivo del FAME, intervino en varios cortometrajes. Rosa Moro, una guapa radióloga, participó en otros. También intervinieron en diferentes películas familiares, amigos y personas que trabajaban en Anatomía Patológica, como Aguasanta, Ana, Ángela, Herminia, Maribel y Vicky. Nadie me negó su colaboración, sabían de mi pasión por el cine y evitaron darme un disgusto. Cuando en 1975 llegué al Hospital conocí a varios ATS en el Servicio de Urgencias, donde trabajé unos meses. Pepe Marroyo, uno de esos sanitarios, colaboró en algunas películas; en una, adaptamos **El coloquio de los perros**, la novela ejemplar de Cervantes.

El corto donde Pepe Marroyo mostró mejor sus dotes interpretativas fue en **A través del sueño**. Ya he referido que los dos géneros cinematográficos que prefiero son el western y el cine negro. Me hubiera gustado hacer un western, pero no disponía de presupuesto para alquilar caballos, pistoleros, especialistas, diligencias, un pueblo del oeste y pieles rojas. En cambio, un film noir se puede hacer en cualquier lugar con poco presupuesto, solamente se necesitan escasos personajes en unos escenarios adecuados. Rodamos la

película en blanco y negro, excepto la parte final donde se esclarece la historia. Pepe se metió en la piel de un detective privado. Filmamos una escena en el despacho de su consulta, para lo que hicimos algunos cambios simulando una agencia de detectives; en la puerta colocamos un cartel: **PHILIP MORGAN, detective privado**. El papel de la chica que le encarga un caso lo interpretó Guadalupe Rodríguez, enfermera de Anatomía Patológica; se puso un traje similar al de Lauren Bacall en **Tener y no tener**. La mayoría de los exteriores se rodaron en La Pesquera, antigua y abandonada fábrica de luz situada en Badajoz, en la margen derecha del río Guadiana. En ese lugar el protagonista es acorralado, tiroteado y herido por una banda de forajidos. En los planos finales rodados en color se descubre que Philip es un enfermo mental fugado de un hospital y los perseguidores son el psiquiatra (Manuel Alejo) y los enfermeros (Emilio Hernansanz y José Diéguez). Morgan cae al suelo no por efecto de las balas, sino porque al descubrir a los sanitarios sufre un ataque epiléptico; los enfermeros lo introducen en una ambulancia para ingresarlo de nuevo. Mientras el coche se alejaba hice una panorámica hasta el suelo para mostrar el arma del detective, una pistola de plástico pisoteada y hecha pedazos. Imitando a Alfred Hitchcock, aparezco en un plano pescando en un canal de La Pesquera, observando el encuentro entre Pepe y los sanitarios. Fue mi pequeño homenaje de ficción al cine negro. Unos años antes había hecho un videomontaje con imágenes de mis dos géneros preferidos; al final de ese corto, escrito a mano se lee: *Dedicado a los cinéfilos, especialmente a los amantes del western y del cine negro* (Juan J. Pimentel).

En noviembre de 1999 estuve en Egipto, más adelante describiré mis impresiones del viaje. Como deseaba realizar un documental de esa experiencia, unos meses antes había comprado una excelente cámara digital de video, que en lo sucesivo me acompañaría en todas las excursiones debido a su reducido tamaño. Poco a poco dejé de realizar películas con actores y terminé dedicándome en exclusiva a los documentales, suponía una forma más relajada de continuar con mi afición al cine. La nueva cámara permitía obtener una gran calidad de imagen y sonido; para la edición audiovisual utilicé un ordenador. Alberto me instaló un programa de edición profesional de enormes posibilidades. Al principio encontré dificultades; durante varias semanas mi hijo, con paciencia, me explicó el manejo. El sonido que tantos quebraderos de cabeza me había dado en los rodajes y montajes en los cortometrajes de super 8 mm, ahora podía grabarlo directo con gran calidad; o bien añadirle el audio perfectamente sincronizado, una vez terminado el montaje visual. Desde que adquirí la cámara realicé una media de dos o tres documentales al

año, de variada temática y duración. Para la música empleé mi colección de CDs, constituida sobre todo por música clásica y bandas sonoras de películas.

Me gustan muchos compositores cinematográficos. Destacaría a Bernard Herrmann, Miklos Rozsa, Max Steiner, Dimitri Tiomkin, Víctor Young, Elmer Bernstein, John Barry, Henry Mancini, Nino Rota, Georges Delerue y Ennio Morricone; este último es mi predilecto. Podría citar la música de muchas películas; voy a elegir las siguientes: **Vértigo** de Bernard Herrmann, **Romeo y Julieta** de Nino Rota, **Un paseo por el amor y la muerte** de Georges Delerue, **Conan el bárbaro** de Basil Poledouris, y aunque me gusta casi todo lo que compuso Ennio Morricone, escogería los westerns dirigidos por Sergio Leone. No obstante, la película que mejor armoniza una bella fotografía con una excelente música constituida por piezas clásicas es, sin duda Barry Lindon.

.....

La fecha 27 de febrero de 2002 no la he olvidado, ese día murió mi madre. Pocos años antes Rosa Gamero se jubiló y se retiró a vivir con su sobrino. Recuerdo que un día llamé por teléfono a mi madre y no se quiso poner. Mi cuñada Mercedes, que en ese momento estaba con ella, me dijo que se encontraba muy afectada porque se acababa de enterar del fallecimiento de Rosa. Mi madre, en los últimos años, sufrió varios ictus; aunque se recuperaba, su salud se fue debilitando, disminuyó su movilidad y terminó en una silla de ruedas. Algunos fines de semana viajaba a Sevilla para estar con ella. Cuando entraba en el piso solía encontrarla sentada junto a la mesa camilla; al verme se le escapaba una exclamación de alegría, me abrazaba con ansia, y en las siguientes horas procuraba estar el mayor tiempo posible a su lado. Me contaba repetitivas historias de su vida, e insistía en sus achaques y soledad; conservó una memoria prodigiosa hasta sus últimos años. Mi sobrina Auxiliadora me contó que un día le hizo el siguiente encargo: *Auxiliadora, acércate a mi dormitorio. Abre la puerta izquierda del ropero, hay cinco cajones. Abre el segundo empezando por arriba; al fondo a la derecha verás una cajita de cartón que contiene varios juegos de llaves. En una etiqueta pone "puerta del aparador", cógela y abre el mueble que está en el comedor. En la última balda hay un objeto envuelto en papel de periódico; enséñamelo. Luego, cierra la puerta del aparador y pon la llave en su sitio.* Auxiliadora estaba asombrada de la capacidad retentiva de su abuela a pesar de su avanzada edad. El último año padeció demencia senil, pero no llegó a perder del todo la memoria. En las Navidades de 2001 se cayó, tuvo una fisura de húmero, la acostaron y no se levantó más; se iba consumiendo lentamente,

empeorando día a día. Creo que murió tranquila, sin tener conciencia de ello.

Pienso que no actué correctamente con ella. En sus últimos meses de vida el egoísmo y la comodidad prevalecieron en mi comportamiento. Me limité a visitarla algún que otro fin de semana; para ella -que con tanta dificultad me trajo al mundo-, no tuve la delicadeza de estar a su lado en el momento de su partida. Mi hermano me avisó por teléfono de madrugada, cuando llegué a Sevilla ya se encontraba en el tanatorio. Además de la familia la acompañaron escasos amigos y varias personas desplazadas desde Algodonales. Al día siguiente, un reducido grupo caminamos detrás del coche fúnebre hasta el cercano cementerio de San Fernando. Con los años su cuerpo se había empequeñecido, estaba a punto de cumplir noventa y cinco. La funeraria se equivocó y utilizó un féretro demasiado grande, tan grande que no cabía en la sepultura familiar; de forma provisional fue enterrada en un apartado nicho del camposanto. Aunque a menudo procuro guardar mis sentimientos, sin embargo, mientras el féretro era introducido en el nicho, no me pude contener y rompí a llorar como un niño. Tras su desaparición, no he dejado de recordar momentos de su vida en los que yo estuve presente: sus regañinas durante mi infancia cuando cometía alguna travesura o no me gustaba una comida, los días que no había colegio y la acompañaba al Mercado de Abastos situado en la Plaza de la Encarnación, el sonido del molinillo cuando trituraba granos de café por las mañanas, el fuerte sonido metálico producido por el almirez de bronce mientras cocinaba, las muchas horas que pasaba cosiendo en su vieja máquina Singer, los viajes que dimos para visitar algún familiar, y muchos momentos de los veraneos en Algodonales. A los cinco años de su fallecimiento exhumamos sus restos para trasladarlos a la sepultura familiar, junto a los de mi padre, lugar donde deseaba descansar y que tantas veces visitó. En una caja de madera depositamos sus huesos; en la zona frontal del cráneo se mantenía adherido un grotesco mechón de cabellos, recordé el soliloquio de una famosa tragedia shakesperiana.

.....

Para contrarrestar la melancolía que me ha provocado escribir sobre esta triste pérdida, contaré las impresiones de tres viajes que realicé en los siguientes años.

Aprovechando que mi sobrina Mercedes trabajaba en París y disponía de unos días de vacaciones, mi cuñada Mercedes, mi hermano y yo organizamos un viaje a Francia. Permanecimos unos días en París, luego alquilamos

un coche, recorrimos el Valle del Loira, atravesamos la Bretaña, alcanzamos Normandía y regresamos a París.

La excursión tuvo lugar en abril, apenas encontramos turistas excepto en un lugar de Normandía que luego comentaré. En París solamente visitamos dos museos, el de Rodin y el Louvre. En este último vimos las salas donde se exponían obras de las antiguas civilizaciones: Mesopotamia, el Antiguo Egipto, Grecia e Italia. La que más me fascinó fue la de los esposos sonrientes recostados en la tapa de un sarcófago etrusco; la conocía porque la había visto reproducida en los libros de Arte, pero es muy diferente observarla a corta distancia.

Nos desplazamos en tren a Chartres para admirar la preciosa catedral gótica. Otro día visitamos el cementerio Père Lachaise. A la entrada vendían un plano para localizar el lugar exacto donde están enterrados cientos de personajes ilustres. Primero buscamos la sepultura del pintor Amadeo Modigliani. Fuimos al sitio que indicaba el plano, pero no destacaba ninguna sepultura. Le preguntamos a una mujer que, arrodillada, limpiaba una lápida. La sepultura del pintor estaba al lado; era una tumba muy sencilla, descuidada, con la lápida combada, y apenas se podía leer el nombre del artista y de su esposa. Después localizamos la tumba donde reposan Ives Montand y Simone Signoret; alguien había colocado en la lápida una vela encendida y dos rosas. Cerca se encontraba el mausoleo de Marcel Proust, una pared de mármol estaba llena de huellas de labios. También estuvimos en el monumento dedicado a Balzac, el escritor estaba en alto, en un asiento; seguramente pensando en el argumento de su próxima novela. Penetramos en el columbario hasta llegar al pequeño nicho donde se encuentran las cenizas de la soprano María Callas. Si yo viviera en París acudiría a menudo al Père Lachaise, pasearía por sus silenciosas y arboladas calles y seguiría buscando como si de un tesoro se tratara los lugares donde descansan tantos personajes célebres. Muchas novelas mencionan este cementerio, entre ellas *El Conde de Montecristo* y *Los Miserables*.

Salimos en coche de París y durante unos días recorrimos el Valle del Loira, visitando algunos de sus numerosos castillos: Foix, Chambord, Azay le Rideau, Chenonceau y Chinon. También vimos la abadía de Fontevraud, donde reposan los restos de Leonor de Aquitania y de su hijo Ricardo Corazón de León. La Bretaña es un paraíso para los aficionados a los megalitos, tuve la suerte de pasear en solitario entre las piedras que forman los alineamientos de Carnac; contemplamos numerosos dólmenes, menhires y cromlechs. Unos meses antes del viaje, un rayo había impactado en la parte superior de un

menhir; el trozo desprendido lo habían colocado junto a la base del monolito. Nos alojamos en un pueblo costero donde se erigía un monumento coronado por una estatua de Alfred Hitchcock; olvidé preguntar qué relación tenía el genial director con esa localidad.

La silueta del Mont Saint Michel impresiona, aparcamos el coche cerca del islote rocoso. Aprovechando que la marea estaba baja, intentamos rodearlo, pero después de andar varios centenares de metros leímos un cartel que alertaba de la existencia de arenas movedizas; nos dimos la vuelta con rapidez. Una muchedumbre llenaba las empinadas calles del pueblo, y con dificultad llegamos a la puerta de la abadía. Entre tantos turistas y tiendas de souvenirs no estábamos a gusto, y abandonamos el lugar. En vez de dirigirnos directamente a París, nos quedamos a dormir en Chartres. No olvidaré el paseo por sus solitarias calles. Contemplamos la catedral iluminada, con el ángel situado encima de la cubierta; por el efecto óptico parecía suspendido en el aire. La visión nocturna del templo con el ángel gravitando, es uno de tantos instantes mágicos que he vivido, en los que hubiera deseado atrapar y retener el tiempo. En el viaje de vuelta, al sobrevolar París, vimos desde la ventanilla del avión el Arco del Triunfo.

En una excursión organizada por una Asociación Cultural de Sevilla viajé a Rusia con mi hermano y mi cuñada. El trayecto desde el aeropuerto al hotel se alargó demasiado debido al intenso tráfico de Moscú. Mientras esperábamos para recoger las llaves de las habitaciones en el amplio vestíbulo del hotel, observé a un grupo de rusos con aspecto de empresarios acaudalados conversando con bellas mujeres que parecían clonadas, todas jóvenes, esbeltas, rubias, con el mismo peinado, y largos vestidos blancos; intuí que eran chicas de compañía o de lo que hiciera falta. Antes del viaje había leído que en Moscú existían cientos de bibliotecas, pero no imaginaba que las hubiera en los restaurantes. La noche que llegamos cenamos en uno llamado La Biblioteca, tanto en las paredes como en los pasillos había estanterías llenas de libros. Entre plato y plato podías ojear algún ejemplar; no obstante, la mayoría estaban escritos en ruso y el resto en inglés. El día siguiente amaneció lluvioso, vimos lo que permitían ver en el Kremlin; dejamos la momia de Lenin para otra ocasión. En el ambiente gris y triste de la Plaza Roja, relucía la Catedral de San Basilio, de vivos colores; parecía la vivienda de un duende en un cuento de hadas. Stalin estuvo a punto de derribarla porque obstaculizaba los desfiles militares. Cerca del Kremlin una exposición callejera mostraba fotografías y cartas enviadas por los soldados rusos desde el frente a sus familiares durante la Segunda Guerra Mundial; la guía turística nos recordó que esa guerra aún

estaba muy presente en la memoria del pueblo ruso. Por la noche asistimos a la ópera **Boris Godunov** de Mussorgsky, en el Teatro Bolshoi. Aunque estaba prohibido, filmé el comienzo de la obra; un vigilante grande y corpulento como un gorila se acercó gritándome en ruso. Con un gesto, me disculpé y guardé la cámara antes de que me la quitara o me enviara a Siberia. El gorila, de vez en cuando asomaba la cabeza entre las cortinas de una puerta de acceso, vigilándome. Otro día entramos en el Museo Pushkin, nos detuvimos para admirar la magnífica colección de pintura impresionista. Tampoco se podía filmar, pero los cuadros eran tan bellos que no tuve más remedio que arriesgarme; me situé entre mi hermano y el presidente de la asociación cultural de Sevilla para ocultarme de los vigilantes, y rodé sin mirar por el visor con la cámara a la altura de mi cintura. Guardo un grato recuerdo de la noche que asistimos a la representación de **El Lago de los cisnes** de Tchaikovski, interpretado por la compañía del Ballet Nacional Ruso. Además de la música, los decorados y los gráciles movimientos de las bailarinas, me asombró el bailarín o el atleta -no sé cómo llamarlo-, que encarnaba al diablo. Un joven con rasgos asiáticos vestido de negro con una capa también negra, aparecía de vez en cuando por el escenario dando saltos al ritmo de la música, alzándose por encima de las cabezas de las bailarinas; al mismo tiempo se abría de piernas en el aire dejándolas completamente rectas. Antes de terminar nuestra estancia en Moscú visitamos el Metro, varias iglesias ortodoxas, un monasterio amurallado en las cercanías de la capital rusa, y paseamos en barco por el río Moscova. Se me olvidaba mencionar los ojos de las mujeres moscovitas; en ningún otro lugar he vuelto a ver unos ojos tan bonitos y de colores tan variados.

Un tren nocturno nos trasladó a San Petersburgo, la segunda ciudad más importante y poblada de Rusia. Se encuentra situada sobre la desembocadura del río Neva, en el golfo de Finlandia. Conocida como la Venecia del Norte por sus numerosos canales, es una ciudad más atractiva y luminosa que Moscú. Lo primero que visitamos fue la fortaleza de San Pedro y San Pablo, ciudadela original de Petrogrado; contiene diferentes edificios, entre ellos la catedral, donde están enterrados los zares a partir de Pedro I el Grande. Después nos acercamos al puerto donde está anclado el crucero Aurora, símbolo de la revolución de octubre de 1917. Entramos en el antiguo Palacio de Invierno -en la actualidad convertido en el Museo del Hermitage-, que es uno de los mayores museos y pinacotecas del mundo. Sus salas, pasillos y almacenes atesoran alrededor de tres millones de obras de arte. Nos limitamos a pasear durante dos horas por su interior, para hacernos una idea de lo que allí existe. Otro día visitamos el Palacio de Verano de Catalina II, una de las residencias

de verano de los zares, de estilo rococó. Lo que más me gustó fue la Cámara de Ámbar, formada por miles de fragmentos de esa resina fosilizada. La sala original se la llevaron los nazis, todavía permanece en un lugar desconocido. En las proximidades se levanta otro palacio, que contiene una espléndida colección de urnas funerarias romanas. A orillas del mar, en las afueras de la ciudad se encuentra Peterhof, un conjunto de palacios, jardines y fuentes, que también fue utilizado como residencia de los zares; el día que estuvimos allí, una multitud de turistas rusos invadía todo el recinto.

Frente al hotel donde nos alojamos se alzaba un monumento en memoria a los caídos en la Segunda Guerra Mundial. Una madrugada, aprovechando las noches blancas, salí del hotel para filmarlo; la luz suave y difusa parecía no provenir de ningún lado. El monumento estaba constituido por grupos de figuras que representaban soldados despidiéndose de sus familiares y escenas bélicas. Semanas más tarde, cuando terminé de montar esas imágenes, les añadí una solemne marcha militar compuesta por John Williams para la película **Salvad al soldado Ryan**.

En algunos edificios de San Petersburgo se han mantenido los daños producidos por impactos de los proyectiles durante la guerra. El último día lo dedicamos a pasear por el centro. Contemplamos la iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada, de estilo neobizantino; recuerda a la Catedral de San Basilio en Moscú. Recorrimos la Avenida Nevski, salpicada a uno y otro lado de iglesias, edificios históricos y monumentos. Al atravesar un parque observamos grupos de hombres, que de pie seguían con interés el desarrollo de partidas de ajedrez.

El viaje a Rusia acabó con una historia triste. Por la mañana, mientras esperábamos en el hotel la llegada del autobús para trasladarnos al aeropuerto, una mujer de unos setenta años me comentó que esa madrugada se había levantado con una mejilla adormecida, sin sensibilidad. Le aconsejé que en Sevilla acudiera a su médico de atención primaria. Al cabo de unos meses le pregunté a mi cuñada Mercedes qué noticias tenía de la mujer; me respondió que había fallecido a causa de un tumor cerebral.

En julio de 2006, cuando Alberto acabó sus estudios de Informática, realizamos un bonito y relajante viaje a Irlanda. Aterrizamos en Dublín para incorporarnos a un grupo de turistas y durante diez días, Lupe, Alberto y yo visitamos diversos lugares de ese hermoso país. En la capital vimos lo que recomiendan las guías de turismo. Al pasear por un parque descubrimos por casualidad una escultura de cerámica de Oscar Wilde tumbado sobre una pared inclinada; una pierna la tenía estirada, y la otra encogida, su cara mos-

traba una expresión burlona. Emprendimos el viaje en autobús, recorriendo Irlanda en el sentido de las agujas del reloj, hasta regresar de nuevo a Dublín. En los días siguientes vimos castillos, iglesias, lagos, antiguos edificios en ruinas, multitud de ovejas, y bellos paisajes en los que predominaba el color verde. En la península de Dingle, una placa recuerda el lugar del rodaje de **La hija de Ryan** de David Lean. Cada vez que el autobús se ponía en marcha, el hombre que ocupaba el asiento anterior al mío sacaba su cámara de video y grababa a través del cristal de su ventanilla imágenes de los lugares por los que pasábamos. Lo mismo que en La Bretaña francesa, en Irlanda existen numerosos monumentos megalíticos. Tuve que conformarme con verlos desde el autobús; más de una vez me entraron ganas de bajarme y proseguir la ruta caminando. Visitamos un círculo de piedras situado en medio de un pueblo, una pareja de peruanos que iba en el autobús dio varias vueltas alrededor del monolito central. En el paseo marítimo de Waterville existía un sencillo monumento dedicado a Charles Chaplin: un sonriente Charlot juega con un perro. En ese pueblo veraneaba el genial cómico mientras estuvo casado con Oona O'Neill, hija del dramaturgo y premio Nobel Eugene O'Neill. Dimos un paseo por la playa y casualmente un perro vagabundo nos acompañó. El día que visitamos el castillo de Dumaty, presenciábamos una esmerada recreación de un pueblo irlandés del siglo XIX, y un lujoso colegio privado situado en las proximidades de un bello lago. También nos detuvimos para admirar los espectaculares acantilados de Moher. Cerca de Galway se encuentra la comarca de Connemara, donde se rodó **El hombre tranquilo** de John Ford. El autobús paró a pie de carretera en esa zona, y me adentré durante unos minutos en el campo. Vi un puente similar al que aparece al principio de la película, cuando John Wayne se apea del carruaje y contempla Blanca Mañana, la choza donde había nacido.

Llegamos a Irlanda del Norte, su capital Belfast es una ciudad triste. Algunas casas estaban rodeadas de muros con alambradas, otras tenían las paredes decoradas con murales en los que se representaban escenas del conflicto entre católicos y protestantes. Al guía local se le notaba que había tomado unas copas de más. Recorrimos la ciudad en autobús, lo único que recuerdo son los astilleros donde se construyó el Titanic. Mención especial haré al día que estuvimos en uno de los lugares más espectaculares de Irlanda: La Calzada de los Gigantes, una formación geológica constituida por aproximadamente cuarenta mil columnas de basalto. Desde las colinas cercanas, esas estructuras descienden hasta el mar, se sumergen, forman una calzada, y aparecen en la lejana escocesa isla de Staffa. La mayoría de las columnas tienen forma

hexagonal, su diámetro es de unos cincuenta centímetros; surgieron de las entrañas de la Tierra tras erupciones volcánicas hace millones de años. La forma tan especial que han adoptado se debe al enfriamiento rápido de la lava. La pareja de peruanos comentó que La Calzada no era obra de la Naturaleza, sino de seres humanos que habitaron la Tierra en épocas remotas. El día que estuvimos en ese prodigio natural, al contrario de lo habitual en ese lugar, el cielo estaba azul y el mar tan apacible que parecía un inmenso lago. Muy cerca, en el borde de un acantilado, están las espectrales ruinas de un castillo. Seguro que los días de fuerte oleaje el mar salpicará los restos de la fortaleza. Desde allí el autobús nos llevó directamente a Dublín.

Aún nos quedaba por ver otra maravilla de la Naturaleza: Glendalough, uno de los parajes naturales más impresionantes de Irlanda; su nombre significa Valle de los dos lagos y está situado en un Parque Nacional. En el siglo VI San Kevin creó un centro monacal que adquirió cada vez más importancia. Se construyeron nuevos edificios, entre los que sobresale una torre cilíndrica puntiaguda, que sirvió de refugio ante las invasiones vikingas y anglonormandas. Mientras paseábamos por el melancólico cementerio donde se alzaban antiguas cruces celtas, comenzó a llover. Este lugar ha sido el escenario de varias películas, entre las que destaca **Excalibur** de John Boorman. Desde el Lago Superior parten rutas de senderismo a diversos sitios del Parque Nacional. En la orilla nos sentamos en un banco de madera, debajo de un grandioso árbol centenario; a poca distancia se elevaban altas montañas envueltas en niebla y nubes. Creo que en Glendalough se habrán refugiado los espíritus de los antiguos dioses celtas.

.....

Mientras tanto, mi vida profesional seguía su curso, los años transcurrían con lentitud y con monotonía. Quizá los momentos más agradables eran los paseos matutinos hasta la puerta del Hospital. En Anatomía Patológica percibía desmotivación y conformismo. Poco a poco el trabajo había ido aumentando, surgieron nuevas pruebas diagnósticas y se crearon otros Departamentos que solicitaban cada vez con más frecuencia nuestra colaboración. Las preparaciones se retrasaban, las enfermeras y los técnicos de laboratorio -el primer eslabón en la cadena del funcionamiento del Servicio- se quejaban del excesivo trabajo, y los diagnósticos se demoraban. Los médicos que habían solicitado los análisis, inquietos por la tardanza, continuamente llamaban por teléfono o se personaban en los despachos reclamando los resultados para

tratar o dar de alta a sus pacientes. Ese retraso, ese mal funcionamiento me preocupaba, me ponía en el lugar de los médicos y de los pacientes. Además, cuando terminaba mi jornada laboral, no era capaz de olvidar y desprenderme de esas preocupaciones; seguían dando vueltas en mi cabeza. Pienso que todos tuvimos que habernos implicado más en las tareas que a cada uno nos correspondían. En esos momentos de conformismo hubiera agradecido la presencia de Juan Rosai para transmitirme su entusiasmo y pasión por la Patología. Hacia el año 2005 la Dirección Médica encargó una auditoría, nosotros terminamos en uno de los últimos lugares. El Director, con el pretexto de que lo necesitaban otras Unidades colindantes, nos comunicó que debíamos desalojar un amplio almacén, seis despachos que daban a la calle, y los pasillos de acceso a estos.

Durante años, uno de mis mayores deseos fue jubilarme pronto. Esa quimera se convirtió en una obsesión, una obsesión para dejar de trabajar, relajarme y dedicarme en exclusiva a mis aficiones. Un día fui al INSS para informarme de la posibilidad de pedir una jubilación anticipada. Me dijeron que lo único que podía hacer era dejar de trabajar voluntariamente, y abonar al menos una parte de la cotización de la Seguridad Social, para que la pensión de jubilación no disminuyera demasiado. Durante unos días pensé en esa posibilidad y estaba decidido a llevarla a cabo; sin embargo, Lupe me convenció para que esperara un tiempo por si las circunstancias mejoraban.

En aquellos años empecé a tener taquicardias, a veces acompañadas de sudoración y mareos. Consulté con los cardiólogos, y en uno de esos episodios me hicieron un electrocardiograma. El diagnóstico no admitía dudas: padecía un síndrome de Wolf-Parkinson-White, un trastorno congénito que consiste en una conexión eléctrica adicional entre las aurículas y los ventrículos; me realizaron una ablación cardíaca por medio de un cateterismo. Este trastorno había permanecido larvado muchos años y se activó coincidiendo con las preocupaciones laborales; en lo sucesivo procuré tomarme la vida y el trabajo con más sosiego.

.....

El 18 de septiembre de 2022, mientras pasaba al ordenador estas líneas, recordé que se cumplían cuarenta y cinco años desde que me casé con Lupe en una solitaria ermita en la Sierra Norte de Sevilla. Fue una ceremonia sencilla; solo asistieron nuestros padres, hermanos y sobrinos. Desde entonces hemos tenido los altibajos propios de una pareja. En pocas palabras definiría a Lupe

como una persona laboriosa, toda pulcritud, llena de espíritu de sacrificio y altruismo. Como rasgo más sobresaliente de su personalidad destacaría que apenas muestra una característica inherente a los seres humanos: egoísmo. Es, con diferencia, la persona menos egoísta que he conocido. Además, tiene otras muchas cualidades; entre ellas, el compaginar sus obligaciones profesionales con las labores del hogar. Gracias a su esfuerzo y generosidad -que a veces no he sabido valorar como es debido-, he podido dedicar mucho tiempo a mis aficiones. Por ello, he tenido suerte al vincular su vida a la mía.

.....

El viaje de 2004 con Eduardo Aguirre y Juan Zapata (que iniciamos en Lourdes y finalizamos en el monasterio de Silos) nos dejó tan gratos recuerdos, que a partir de entonces emprendimos una o dos rutas al año. Recorrimos lugares de Galicia, Asturias, Cantabria, el País Vasco y los Pirineos. Con el senderismo como afición común, formamos un grupo de amigos constituido por Andrés García, Eduardo Aguirre, Gracia León, Isabel Robustillo, Joaquín Ballesteros, José Luis López, Juan Zapata, Lola, Manolo Limón, Pedro de Lope, Rosa Moro y Salus.

De todas las excursiones -incluidas las que realicé con los amigos del Club Maratón por la Sierra de Gredos-, la que más me gustó tuvo lugar en Asturias, a primeros de noviembre de 2007. En esa ocasión me acompañaron Lola, Andrés, Juan y Salus.

Emprendimos la marcha en Intriago cerca de Cangas de Onís. El buen tiempo se mantuvo durante los siete días de la excursión. Tras varias horas de suave subida alcanzamos la vega de Comeya, uno de los parajes más bellos de los Picos de Europa; la vega estaba salpicada de charcas, decenas de caballos vivían en libertad. Andrés, que tiene condiciones para comunicarse con los animales, se acercó despacio a uno, le susurró unas palabras, y lo acarició. El caballo se mantuvo tranquilo, y cuando Andrés se retiró, lo siguió unos pasos. Al final de la vega de Comeya se conservaban las ruinas de una mina, desde allí partía una senda que rodeaba un cerro y en pocos minutos nos llevó a Los Lagos de Covadonga; por primera vez llegaba a ese lugar andando. Los lagos Enol y Ercina parecían espejos, en el agua se reflejaban las montañas cercanas. Por la noche nos alojamos en Bobia de Arriba, en un pequeño hotel. Cenamos sopa en primer lugar. El cocinero se acercó a nuestra mesa, en una mano llevaba un rallador y en la otra un trozo de queso Gamoneu curado. Echó ralladuras del queso en cada plato, esperamos un poco para que se

disolvieran, y la sopa adquirió un sabor exquisito. El día siguiente pasamos por el valle de Onís. Después de un pronunciado descenso por la ladera de un bosque sujetándonos de árbol en árbol para frenar nuestra bajada, llegamos al río Casaño. En el sitio donde el mapa indicaba que existía un puente de madera, no aparecía por ninguna parte; más tarde nos enteramos de que en una crecida el río lo había destruido. Por lo tanto, teníamos que cruzar las gélidas aguas andando. Primero lo hizo Salus, procurando ir por la zona menos profunda. Cuando alcanzó la orilla, metimos nuestra ropa en las mochilas y se las lanzamos. A continuación, cruzamos el cauce casi desnudos, nos secamos al sol, tomamos un bocadillo, y proseguimos la marcha. Atravesamos un mágico bosque de castaños centenarios; muchos troncos estaban huecos, y otros cubiertos de musgo. En medio del bosque encontramos dos Plateros, dos burritos alegres que jugueteaban, trotaban y se acariciaban. En Berodia se conservaban diversos palacios, el de Díaz Inguenzo, el del Mayorazgo y La Corralada. En la pequeña plaza del pueblo, las castañas se secaban al sol sobre tablas de madera. A poca distancia, en Poo de Cabrales, existe otro bello palacio, el de Cernuda; desde el camino contemplamos el patio, la galería situada en la primera planta, y el escudo de armas de la familia Cernuda esculpido en piedra.

En Arenas de Cabrales permanecemos dos días, uno lo dedicamos a subir por un zigzagueante sendero al aislado pueblo de Bulnes. En la entrada nos recibió un rebaño de cabras; Juan Zapata, sorprendido y emocionado, acarició el lomo de la que encabezaba el rebaño. Después de pasear por el bucólico Bulnes, trepamos por la pared de una cascada seca y seguimos ascendiendo por el canal de Balconsín. Pretendíamos llegar lo más cerca posible del Naranjo de Bulnes, mas la pendiente era tan pronunciada y nuestro caminar tan lento, que solo pudimos alcanzar la majada de Camburero. Otro día realizamos la ruta del Cares. Empezamos a caminar en Poncebos, llegamos a Caín por una senda esculpida en la pared rocosa, y regresamos de nuevo a Poncebos. En los veintidós kilómetros del recorrido solamente nos cruzamos con seis o siete personas. Caminar por el desfiladero casi en soledad sobrecoge, de vez en cuando en el fondo se veían las aguas de color verde turquesa del río Cares.

Abandonamos Arenas de Cabrales por la senda del Caoro -una antigua calzada romana-, descansamos junto a la cruz de Prubia, y llegamos a la majada de Tordín. Estuvimos un rato perdidos, sin saber qué dirección tomar, unas torretas eléctricas que divisamos a lo lejos nos orientaron. Comimos y descansamos en el collado de Posadoiro, un maravilloso mirador para contemplar las siluetas de las principales cumbres de los Picos de Europa. No

olvidaré la llegada a Sotres. Nos acercábamos al pueblo por una estrecha carretera, caminábamos cansados y en silencio. De repente, de las laderas montañosas que rodean el pueblo, escuchamos los tañidos de multitud de cencerros. Parecía que los animales nos daban la bienvenida; acompañados de esa primitiva música entramos en Sotres.

Nos hospedamos en Casa Cipriano, de cuyas paredes colgaban numerosas fotografías. En una de gran tamaño captada en la cima del Everest aparecía el dueño del hostel, Juanito Oyarzábal y otros dos montañeros. Cipriano sostenía en las manos la bandera de Asturias. Mientras cenábamos, Cipriano se sentó junto a nosotros; le preguntamos por su expedición al Everest. No guardaba buen recuerdo de ella. Nos explicó que permaneció más de un mes encerrado con sus compañeros en una tienda de campaña rodeados de hielo, soportando temperaturas muy bajas con tormentas de viento y nieve, esperando que el tiempo diera una tregua para coronar la cumbre. Nos siguió relatando que le dijo a su amigo Juanito Oyarzábal que no contara más con él para escalar tan altas y lejanas montañas. El séptimo y último día de la excursión salimos de Sotres al amanecer. Cruzamos el collado de Pandébano y tras varias horas caminando llegamos al Naranjo de Bulnes, un monolito cilíndrico de más de quinientos metros de altura; parecía un enorme menhir colocado allí por Titanes hace millones de años. Nos acercamos a la base del Naranjo y lo abrazamos. En un rellano delante del refugio nos tendimos en el suelo; mirando hacia el norte se divisaban numerosos pueblos, entre ellos Bulnes, y a lo lejos una banda azul, el mar, que por el efecto óptico parecía estar a nuestro nivel. Tal era mi euforia que, como James Cagney en **Al rojo vivo**, creía que me encontraba en la cima del mundo. Retornamos a Sotres, donde llegamos al anochecer. Nos esperaba una ducha de agua caliente, una reconfortante cena, y Cipriano, que siguió contando sus andanzas por las montañas.

.....

Llegué a casa con la mente todavía puesta en los bellos parajes asturianos. Como disponía de otro día de vacaciones, acompañé a Lupe al Centro de Salud para recoger unas recetas en la consulta de nuestro amigo, el doctor Francisco Buitrago. Una vez que terminó de atender a Lupe, para confirmar mi buen estado de salud, me pidió analítica de sangre y orina. Todo estaba normal excepto el PSA que aparecía elevado; me comentó que no me preocupara, porque probablemente existía una prostatitis. Tomé antibióticos y me repetí la analítica, sorprendentemente el PSA había subido un poco más. Consulté con

un urólogo y me tomaron biopsias de diferentes zonas de la próstata. Marina, una enfermera de Anatomía Patológica, se encargó del procesamiento de las muestras y en veinticuatro horas me entregó las preparaciones, el diagnóstico estaba claro: adenocarcinoma de bajo grado. Recuerdo que Marina bajó la cabeza, y con un expresivo silencio salió del despacho. Me trataron con braquiterapia, y al cabo de unos años tuve una recidiva local.

.....

Mientras cursaba los estudios de Medicina, asistí en una ocasión al Festival de Cine Iberoamericano de Huelva. Muchos años después, en febrero de 2009, acompañado de Antonio Figueredo y de su hijo Olmo, productor de cine, acudimos al Festival de Berlín. Olmo nos proporcionó carnets de periodistas para que pudiéramos movernos sin dificultad por los sitios donde se desarrollarían las actividades relacionadas con el certamen. Las películas se proyectaron en una sala situada en la céntrica Plaza Marlene Dietrich. Ninguna de las que visioné me gustaron. La cinta peruana **La teta asustada** dirigida por Claudia Llosa consiguió el Oso de Oro. No la vi durante el Festival; sin embargo, unos meses más tarde la proyectaron en televisión, me aburrí tanto que no terminé de verla. Salvo excepciones, el cine actual no me gusta, prevalece el artificio, los efectos especiales y los diálogos mediocres llenos de palabras malsonantes. Ya he expresado anteriormente que prefiero la sencillez, precisión y elegancia del cine clásico; en mi modesta opinión, cualquier secuencia dirigida por Raoul Walsh, ofrece más creatividad cinematográfica que la suma de todas las películas que vi en Berlín.

La Isla de los Museos, a diferencia de la Berlinale, me entusiasmó. Es una isla situada en el río Spree, formada por un conjunto de cinco museos, que albergan tesoros desde la antigüedad hasta el siglo XIX. Allí se encuentran maravillosas obras de arte, como el Altar de Zeus de Pérgamo, la Puerta de Ishtar de Babilonia, el Friso de los Leones del Palacio de Susa en Persia, una extraordinaria colección de cascos griegos, y el Museo Egipcio. Este último, entre otras muchas obras, atesora los retratos de Al-Fayyum en madera pintados al temple que cubrían las caras de los difuntos en las momias durante los dos primeros siglos de nuestra era. Asimismo se pueden contemplar la Cabeza Verde que representa a un anciano, la Estela de Akenatón, y una espléndida colección de papiros. No obstante, lo que más me interesaba era conocer a una mujer de enigmática belleza: **Nefertiti**, la obra de arte más sublime que existe en el museo. Su altura es de cincuenta centímetros. Está

esculpida en piedra caliza y yeso, es policromada, resaltando su realismo y sus delicados rasgos; parece recién salida del taller de Tutmosis, el escultor que la creó hace treinta y cuatro siglos. Se descubrió en 1912 en Aketatón, la actual Amarna. Cuando la contemplamos estaba sola, en una pequeña sala encima de una columna de unos dos metros de altura. Tal era su poder de atracción que no podíamos apartar la vista de ella; permanecemos en la sala cerca de diez minutos. Al día siguiente, Antonio optó por ir a la Berlinale para ver otras películas; yo preferí acudir de nuevo a la Isla de los Museos. Vi con tranquilidad las obras del Antiguo Egipto, teniendo la misma suerte que la jornada anterior: no había ni un solo turista. Subí las escaleras que conducían al cuarto donde se encontraba el busto de Nefertiti. La reina seguía inmóvil, en silencio, imperturbable con su único ojo, el derecho, mirando al frente; quizá meditaba sobre su azarosa vida. Hay mucha controversia sobre sus últimos años: algunos piensan que se retiró de la corte, otros que murió antes que Akenatón (durante una epidemia), la escritora Pauline Gedge -en la novela **Akenatón**-, especula que se quedó ciega. En la actualidad, se considera que la reina Nefertiti adquirió cada vez mayor relevancia: al fallecer Akenatón, cambió de nombre, pasó a llamarse Semenkare, y se convirtió en reina-faraón.

Un día lo dedicamos a recorrer algunos lugares emblemáticos de Berlín. Paseamos por la Potsdamer Platz, y entramos en un laberíntico monumento dedicado al Holocausto; está ubicado en el lugar donde se localizaba el búnker en el que Hitler se refugió en sus últimos días. Contemplamos la Puerta de Brandeburgo, que era una de las entradas a la capital; hoy es uno de los principales símbolos, tanto de la ciudad como de Alemania. Está coronada por una cuadriga conducida por la diosa Victoria. En las inmediaciones había una exposición dedicada a las personas fallecidas al intentar saltar el Muro. Este ha desaparecido en su mayor parte, ha sido desmantelado; no obstante, en el suelo han colocado unas señales metálicas para no olvidar su trazado. Visitamos el Reichstag, el Parlamento Alemán, subiendo a lo más alto por unas cómodas rampas. Más tarde subimos en un autobús turístico descapotable, que nos llevó a otros lugares más alejados del centro. Durante el trayecto, se me ocurrió la idea de repetir ese itinerario caminando el día siguiente.

Comencé el largo paseo en Alexander Platz, situada en el antiguo Berlín Oriental. Desde esa famosa plaza me dirigí a la Puerta de Brandeburgo, por la Avenida Unter del Linden (Bajo los Tilos). Pasé junto al Monumento a Marx y Engels, la Catedral de Berlín, la Isla de los Museos y la Universidad Alexander von Humboldt. Muy cerca una de otra están las embajadas de Rusia y Estados Unidos. Por detrás de la Puerta de Brandeburgo empieza la ancha y larga

Avenida 17 de Junio, que atraviesa el Tiergarten, el mayor parque de Berlín. Crucé varias veces la avenida para adentrarme en el Tiergarten, donde había diversos monumentos, glorietas y estanques con la superficie helada. Al final de la Avenida se encuentra el Palacio de Charlottenburg, que durante años albergó el Museo Egipcio. Frente al palacio se inicia la Avenida Ku'damm, una de las calles más comerciales de Berlín. Después de un ligero almuerzo proseguí el paseo hasta que llegué a la Iglesia Memorial Kaiser Guillermo. Durante la Segunda Guerra Mundial, una bomba destruyó el templo y solo quedó en pie la base de la torre. Casualmente, una fotografía de esa iglesia que formaba parte de un calendario de una marca de microscopios, estuvo muchos años colgada en la pared de mi despacho en el hospital. Entré en el templo y me senté en un banco para escuchar la música de órgano de Juan Sebastian Bach que sonaba por los altavoces. Seguí caminando por la Avenida Ku'damm, pasé junto a un monumento formado por varios eslabones gigantes; luego cambié de dirección para ir al Parque Zoológico, crucé por la calle von Karajan y me detuve para contemplar el edificio que alberga la Filarmónica de Berlín. En poco más de media hora, cuando anocheecía, llegué a la Plaza Marlene Dietrich, donde había quedado con Antonio.

El último día tuve una aventura con una rubia. Después de pasar la jornada en el Festival de Cine, en lugar de regresar al hotel en taxi, lo hice caminando. Sabía que no volvería a Berlín y me despedía de la ciudad paseando por sus calles, de noche. Estábamos al inicio de la crisis financiera; mientras en España se derrochaba electricidad iluminando en exceso las calles, en Berlín, por el contrario, se ahorra energía; los lugares públicos estaban poco alumbrados. Atravesé sitios que he descrito, y llegué a Alexander Platz. De esa plaza parten varias avenidas, una de ellas es la de Carlos Marx; casi al final se encontraba el hotel, a unos seis kilómetros de distancia. A esa hora apenas circulaban coches, las anchas aceras estaban desiertas, y en esa zona la luz era aún más tenue. Cuando llevaba andando algo más de media hora, por delante y a mi derecha, apareció desde la sombra una chica rubia, delgada, que venía hacia mí. Aceleré el paso para no chocar con ella, pero cambió su trayectoria, y se dirigió a mi encuentro; se acercaba mirando al suelo y el pelo le ocultaba la cara, semejando una capucha. Me detuve para averiguar qué quería; al llegar a mi lado, sin decir nada, agarró con sus dos manos la correa de la funda de la cámara de video que cruzaba mi pecho. Por mucho que me esforzaba no podía soltarle las dos manos a la vez, seguía aferrada y tirando de la cinta. Ese forcejeo se mantuvo durante unos momentos angustiosos, coloqué mi pierna derecha detrás de las suyas, la empujé y cayó al suelo, pero no había manera

de que me dejara libre. En esa postura nos encontrábamos, ella tumbada en el suelo boca arriba, y yo arrodillado a su lado. De pronto, oí voces; un joven montado en una bicicleta se aproximaba por el carril bici. En ese momento, la chica soltó por fin la correa y nos levantamos, el joven apoyó la bicicleta en un árbol, me echó una mirada suspicaz tomándome por un delincuente, se acercó a la chica que había retrocedido unos pasos, y se puso a hablar con ella. En aquel escenario nocturno, solitario y lleno de sombras, creí por un momento que protagonizaba un thriller de Fritz Lang. Después de una tensa espera el joven se acercó y me dijo unas frases en alemán y en inglés; solo entendí: *¡She's crazy, she's crazy! (¡Está loca, está loca!)*. Le expliqué con gestos lo sucedido, el joven asintió y volvió con la chica, aprovechando ese momento para alejarme de aquel lugar. Apresuré el paso. De vez en cuando miraba hacia atrás por si me seguía la rubia, el vampiro de Peter Lorre o el maléfico doctor Mabuse; sentí alivio al entrar en el hotel.

.....

Voy a tomarme la libertad de añadirle un capítulo a **Mi último suspiro**, las Memorias de Luis Buñuel. Lo adquirí el 11 de junio de 1982, según anoté en una de las primeras páginas (costumbre habitual cada vez que compraba un libro); supongo que ese mismo día empecé a leerlo con interés. Recuerdo algunas frases y opiniones del autor. En las últimas páginas contaba su deterioro físico, hablaba de la muerte en general y de la suya en particular. Escribía: “No me gustaría morir durante un traslado, en una habitación de hotel en medio de maletas abiertas y de papeles desordenados. Más atroz me parece la muerte largo tiempo diferida por las técnicas médicas, esa muerte que no acaba, que se nos deje morir llegado el momento e incluso que se nos dé un empujoncito, para partir más aprisa”. Un año después de leer el libro, el 29 de julio de 1983, murió a los ochenta y tres años en Ciudad de México. No me enteré de las circunstancias de su fallecimiento, sólo conocí que había sido incinerado. Pasaron los años, y el día 9 de octubre de 2010 leí un artículo en el diario El País donde se aclaraba la muerte del director. Recorté el texto, lo doblé y lo guardé entre las páginas de **Mi último suspiro**. Ahora lo he revisado. El doctor Roberto Maxwell relata que atendió a Buñuel en el Hospital ABC de Ciudad de México; aunque solo tenía veintiocho años, era el Jefe de la Unidad de Cuidados Intensivos de ese Hospital. Cuenta que desde hacía días el Centro Sanitario estaba alborotado por la presencia de un paciente tan ilustre. Todos buscaban algún pretexto para entrar en la habitación donde estaba ingresado

el cineasta, con un coma hepático. El doctor Maxwell sabía quién era su paciente, conocía algunas de sus películas, y lo admiraba. Estando de guardia un día a finales de julio de 1983, la enfermera avisa a gritos de que el enfermo ha entrado en paro cardiorrespiratorio, de inmediato el doctor Maxwell ordena al personal sanitario que acuda al cuarto para hacerle maniobras de reanimación cardiopulmonar. Confiesa que, de repente, toma la decisión que desorienta a todos sus colaboradores: *No le vamos a hacer nada, vamos a dejarle morir. Está muy grave y si lo sacamos del paro lo tenemos que llevar a la Unidad de Cuidados Intensivos, e intubarlo con un respirador.* Los compañeros y las enfermeras se le echaron encima, *¿Cómo que no le vamos a hacer nada? ¡Es Luis Buñuel, el famoso director de cine mundialmente conocido!* A pesar de la mirada perforadora de sus colaboradores, el médico no cambió su decisión. Dice que no sabe por qué lo hizo, pero tiene una guía interior que le indica cómo proceder, y aquel día su conciencia le dijo que no hiciera nada. Durante un tiempo no se sintió bien por haber dejado morir a alguien a quien admiraba por su trabajo en el cine. *Para tranquilizarme, pensé que dejar morir en ese momento, no significó abandono, sino permitir morir.* El caso es que convivió con ese sentimiento de culpa hasta que año y medio después leyó las páginas finales de **Mi último suspiro**, donde Buñuel escribe que cuando llegue al final de su vida, ojalá se encuentre con un médico que se compadezca de él y lo deje morir en paz. Roberto Maxwell reconoce que sintió un gran alivio cuando leyó el libro y que si volviera a encontrarse en la misma situación, haría lo mismo.

.....

Hace muchos años, una de las veces que acudí a la consulta del Servicio de Oftalmología para la revisión de mi miopía, el oftalmólogo me tomó la tensión ocular y observó que estaba moderadamente elevada. Me preguntó si tenía algún antecedente familiar, y le dije que mi abuela materna se había quedado ciega por un glaucoma. No le dio mucha importancia; no obstante, me comentó que en las próximas revisiones continuaría controlándome la tensión. Al cabo de unos años, como no se normalizaba, me prescribió colirios, campos visuales anuales, y que acudiera a la consulta cada seis meses. La tensión se mantuvo estable con los colirios; sin embargo, la zona ciega que se detectó desde los primeros campos visuales iba gradualmente ampliándose, y en pocos años noté una lenta y progresiva pérdida de visión.

Entretanto, las condiciones laborales en Anatomía Patológica habían mejorado. Javier Sáenz de Santamaría, el nuevo Jefe de Servicio, organizó las

funciones, dio un toque de atención, y por fin el trabajo se puso al día. Por mi parte, cada vez me resultaba más difícil llevar a cabo mis tareas. Al terminar la jornada laboral me llevaba a casa el trabajo porque no había podido acabarlo. Disponía de un microscopio que había comprado en mi etapa de residente; otros días que necesitaba consultar libros, en lugar de llevarme las preparaciones a casa, regresaba por las tardes al Hospital. Así estuve un tiempo, pensé en pedir la baja, y se lo comenté a Javier. Hablé con el Subdirector Médico, Enrique González Campano, el cual me aconsejó pedir informes médicos y que solicitara la incapacidad temporal. En las Áreas de Oftalmología y Neurología me realizaron diversas pruebas, comprobándose que padecía una Neuropatía óptica bilateral avanzada y progresiva. Durante algo más de un año pasé inspecciones médicas y en julio de 2011, me concedieron la baja definitiva. El oftalmólogo me recordó que las fibras nerviosas afectadas no se podían recuperar, no obstante, había que procurar que la enfermedad no siguiera progresando. Me tomé el diagnóstico con resignación; además, albergaba la esperanza de que, al dejar de trabajar, al dejar de mirar por el microscopio y llevar una vida tranquila, la neuropatía no avanzaría. No ocurrió así, mi vista disminuyó poco a poco y las pruebas médicas que periódicamente me hacían lo confirmaban; no cabía duda de que la predisposición genética me estaba jugando una mala pasada: lo mismo que mi abuela materna, me quedaría ciego en pocos años. No obstante, en ese período tuve tiempo de hacer algunas cosas pendientes.

Los últimos días que estuve en Anatomía Patológica sentí una extraña sensación, me marchaba y posiblemente no volvería. Desde que empecé la especialidad a los veintitres años en Sevilla, habían transcurrido casi dos tercios de mi vida. Presentía que terminaba una larga etapa, y procuré olvidar las situaciones desagradables. Aunque cometí errores, sólo pensé en los buenos momentos y no me olvidé de las personas con las que trabajé. Entre las que aún no he mencionado, no me puedo olvidar de Pepe Calzado, Angelines Laso, María Jesús, Tomás, Miriam, Tote, Rosa Soria, Choni, Moncho Carriles, Inés, Pepe Hernansanz, Emilia, Sandra, Mariví y Adrián. No deseaba ninguna despedida especial, unos días antes de marcharme tomamos unas tapas y eso fue todo. En los dos últimos años se incorporó al Servicio Alicia Hernández, una patóloga granadina, discreta, amable e inteligente. Su despacho estaba situado frente al mío; cuando yo dejaba de mirar por el microscopio y giraba la cabeza a la izquierda, observaba a Alicia atareada, consultando libros, analizando muestras, y en suma, mostrando especial interés por su trabajo. Es una de las últimas imágenes que conservo de Anatomía Patológica.

Dos años después de jubilarme me telefoneó Ana Campos de Orellana para comentarme que Emilio Hernansanz, nuestro primer celador se jubilaba; le iban a dar una comida de despedida. Ana me pidió que asistiera, y se ofreció a venir a recogerme. No fui por dos motivos: porque suponía que me habían preparado algún tipo de reconocimiento, y no me gustan esos actos, y porque al encontrarme de nuevo con compañeros con los que había convivido durante años, me emocionaría y lo pasaría mal.

.....

Recuerdo que el primer libro que compré se titulaba **Las maravillas del mundo**. Mostraba bellas fotografías de gran tamaño, con prodigios creados por la naturaleza y por el hombre. Todavía lo conservo, pero hace muchos años que no lo ojeo. De memoria cito maravillas que llamaron mi atención: Las cataratas del Niágara, las grandes pirámides de Guiza en Egipto, un volcán activo en el Pacífico, el monumento megalítico de Stonehenge, La Gran Muralla China, La Catedral de Colonia y El Gran Cañón del Colorado. A lo largo de mi vida no he dejado de comprar libros, en algunas épocas de forma un tanto compulsiva, acumulándolos sin que tuviera tiempo de leerlos. Los textos estaban en las estanterías desordenados, los dejaba allí a medida que los compraba. Solamente las revistas y los de Cine estaban en un lugar concreto y cuando necesitaba consultarlos los encontraba con facilidad. Así pues, después de jubilarme, en las semanas siguientes me dediqué a organizar la biblioteca. Hice tres nuevos apartados: Arte, Antiguo Egipto, y Viajes. Las novelas las ordené alfabéticamente según su autor. La primera de las clasificadas por orden alfabético es **La Regenta** de Alas, Leopoldo; la última, **Carta de una desconocida**, de Zweig, Stefan. Durante un corto espacio de tiempo pude seguir leyendo. En los primeros meses después de jubilarme, sin dificultad; más tarde, ayudado por lentes de aumento, y posteriormente, adquirí un libro electrónico, aumentando de forma gradual el tamaño de la letra. Desde hace años los libros se han convertido para mí en objetos mudos, siguen ordenados y me conformo con tocarlos. El último que compré fue en cierto modo un capricho, ya que no podía leerlo; se titula **Sangre en los estantes**, de Paco Camarasa. Se trata de una guía para consultar novelas de género negro. Esta historia de libros tiene un final aceptable: aunque no puedo leer, conservo buena audición. Por lo tanto, en lugar de leer, escucho audiolibros. Hay muchos autores de tema noir donde elegir; entre mis preferidos están Raymond Chandler y Patricia Highsmith. Las obras del primero

se caracterizan por los diálogos irónicos y brillantes. Los asuntos favoritos de la escritora son el sentimiento de culpa y la violencia interior; sus personajes son inquietantes y ambiguos.

.....

En 2008 adquirimos un apartamento en Arriendas, pueblo situado a medio camino entre el Cantábrico y los Picos de Europa. Me agrada la niebla, los días nublados, la lluvia, el rumor del agua, los días frescos, el mar bravío con acantilados, el verdor del campo, y las montañas; todo eso se encuentra en el Principado. Desde la primera vez que visité esa región me entusiasmó, y durante años mantuve la ilusión de comprarme allí una vivienda; la ocasión tal vez se presentó demasiado tarde. La adquirimos en una villa muy fluvial, surcada por tres ríos: Sella, Piloña y Chico. Otros motivos que influyeron para comprarla en ese pueblo, fueron que disponía de estación de autobuses, de estación de Feve y de Hospital Comarcal. Cerca está la Sierra del Sueve, y a cuatro kilómetros se encuentra la bella iglesia románica de San Pedro de Villanueva, que contemplaría innumerables veces. Durante los años que Lupe y yo disfrutamos de aquel entorno natural caminamos una y otra vez por los alrededores de Arriendas, y creo que al menos en un radio de diez kilómetros, no nos quedó ningún lugar interesante por conocer. Cuando visitamos sitios más alejados echamos mano de nuestro coche, del autobús o del tren; desde este último, merced a su escasa velocidad, nos permitía admirar el paisaje. Recuerdo el día que fotografiaba los canecillos de la iglesia anteriormente mencionada. Se acercó el padre Amaro, párroco de Arriendas. Cuando le comenté mi pasión por el románico, me enseñó con detalle el interior del templo y me dio una curiosa interpretación sobre los capiteles que adornan la puerta de la entrada principal. Otro día me acompañó al pueblo de Cofiño para mostrarme los restos románicos que se conservaban en la iglesia. Habló con el cura de Villamayor, que me enseñó el interior de una capilla, que suele estar cerrada.

Poco después de jubilarme viajamos a Arriendas un grupo de amigos senderistas para realizar excursiones desde allí. Intentamos llegar andando a Covadonga; los últimos kilómetros no estaban señalizados, y nos desviamos a la carretera que une Cangas de Onís con el santuario de la Santina. Nos adentramos en la Reserva Natural de Ponga, subimos al Pico Pienzu -el punto más alto de la sierra del Sueve-, y bordeamos el mar por una senda costera que habíamos iniciado en el pueblo de La Isla. Nos desplazamos en

feve a Oviedo, contemplamos las iglesias prerrománicas, y paseamos por la bella ciudad ovetense. Mis amigos se alojaron en un pequeño y tranquilo hotel situado a unos pasos del río Piloña, y por las noches cenábamos en el restaurante del hotel.

Varios meses más tarde, estuvo una semana en Arriendas Juan Fernández Ortega; ya describí las excursiones culturales que realizamos en la provincia de Sevilla mientras estudiaba Medicina. Los días que permaneció en Asturias repitió muchas veces la frase *¡Esto sí que es calidad de vida!*; le encantó el paisaje, el clima, la comida, y la amabilidad de la gente. Como no podía ser de otra manera, visitamos numerosas iglesias románicas. Fuimos a Villaviciosa, dejamos para el final el Valle de Valdediós, vimos la iglesia prerrománica de San Salvador, y a continuación nos acercamos al monasterio cisterciense de Santa María. En el interior del templo, Juan Fernández que es profesor de Historia, hizo un comentario que no he olvidado: *En la Edad Media, durante los siglos XII y XIII los grandes constructores fueron, en el mundo cristiano los cistercienses, y en la cultura islámica los almohades; estos últimos, entre otras obras, construyeron La Nueva Mezquita Mayor de Sevilla con el alminar (que en el siglo XVI se transformó en La Giralda). Ambos constructores coincidieron en el tiempo y su lema era la sencillez, y la sobriedad arquitectónica.* Cuando hablo con mi amigo por teléfono, casi siempre saca a relucir alguna anécdota que nos acaeció durante el tiempo que permaneció en Asturias.

Compramos el apartamento con la idea de residir en Arriendas en la época estival. Al perder la vista, seguimos viajando hasta allí en autobús. Paseábamos por las orillas de los tres ríos ya citados, y caminamos por apacibles y poco transitadas carreteras comarcales que partían del pueblo. Frecuentábamos un cómodo sendero que, saliendo de Arriendas, pasaba junto a la iglesia de San Pedro de Villanueva y terminaba en Cangas de Onís. Poco a poco comprendí que la ilusión de vivir largas temporadas en ese paraíso natural que es Asturias, no la podría cumplir.

.....

En febrero de 2012, transcurridos doce años desde mi primer viaje, volví a Egipto. Mi sobrino José me comentó unos meses antes que pensaba viajar con su esposa. Conociendo mi admiración por el país de los faraones, me animó a acompañarlos; tardé poco en decidirme. Permanecemos en Egipto quince días; aunque en cierto modo lo esperábamos, nos encontramos con la grata sorpresa de que apenas había turistas. Pocos meses antes había estallado la

primavera árabe y la mayoría salieron huyendo. Contaré el viaje de norte a sur, empezando en Alejandría y finalizando en Abu Simbel.

Desde El Cairo partimos hacia Alejandría en coche. La carretera de dos vías en cada sentido continuamente era cruzada por personas, animales y vehículos que aparecían de improviso por caminos y carreteras laterales. En la última parte del trayecto encontramos intenso y caótico tráfico. Una vez en Alejandría, nos dirigimos a las Catacumbas de Kom el Shogafa, de época grecorromana. Presentan varios niveles de profundidad, solamente pudimos entrar en los dos superiores; las plantas inferiores estaban inundadas. Recorrimos en semipenumbra largas galerías excavadas en la roca, con nichos a uno y otro lado, donde colocaban las momias dentro de sarcófagos. En la antigüedad, en una loma cercana a las catacumbas se levantaba el Templo de Serapis; hoy no queda ni rastro de él. En ese lugar, el emperador Diocleciano mandó erigir la Columna de Pompeyo, esculpida igual que los obeliscos, en granito rojo de Asuán. La antigua Alejandría se encuentra ahora bajo la ciudad actual, y lo que queda del palacio de los Ptolomeos está sumergido en el mar. Estuvimos en la Nueva Biblioteca, un enorme y luminoso edificio capaz de guardar ocho millones de libros. Terminamos nuestra estancia almorzando en un restaurante situado justo enfrente de la antigua ubicación del Faro de Alejandría, destruido por un terremoto en los inicios del siglo XIV. Aunque la excursión fue algo decepcionante, mereció la pena sólo por ver las tres grandes pirámides de Guiza desde mucho antes de llegar a El Cairo.

En las calles de la capital egipcia no se veían militares; por el contrario, en las entradas de los hoteles destacaba la presencia disuasoria de carros de combate. Me agradó más el hotel donde me había alojado en el primer viaje a Egipto, que en realidad era un cómodo apartotel ubicado en un rascacielos en la zona de las embajadas. Al levantarme por las mañanas, permanecía unos minutos en la terraza observando El Cairo envuelto por la neblina, por el polvo en suspensión del desierto, o por ambas cosas a la vez. A lo lejos sobresalían las majestuosas pirámides, que ya estaban allí hacía 4500 años. Siguiendo con el primer viaje, mientras esperábamos para entrar en la meseta de Guiza, presencié una curiosa escena: un grupo de bellas colegialas con las cabezas envueltas en pañuelos de llamativos colores, llegaron a la explanada donde estábamos los españoles. Dos mujeres de mediana edad se apartaron de nuestro grupo y se acercaron a las adolescentes egipcias, preguntándoles: *What your name?, How old are you?, What do you study?* Al mismo tiempo asediaban, tocaban, y se movían nerviosas alrededor de las muchachas que, sonrientes, se miraban unas a otras sin comprender la actitud de las españolas. Estas no

podían disimular su excitación ante la inocencia, la belleza y el atractivo de las jóvenes. Aquella agitada escena se acabó y se restableció el orden cuando apareció la maestra, tranquilizó a las colegialas, y nuestras dos compatriotas, resignadas, se incorporaron al grupo.

En Guiza, lo primero que contemplamos fue la Esfinge; fue construida aprovechando un promontorio rocoso del terreno. Representa un león tendido con cabeza humana mirando hacia el este; en la antigüedad estaba pintada, el cuerpo de rojo y el tocado de azul. Durante siglos -excepto la cabeza- permaneció oculta por las arenas del desierto, habiendo provocado el tiempo un gran deterioro del rostro.

La pirámide de Keops es un monumento grandioso; tiene razón el conocido proverbio árabe *El hombre teme al tiempo y el tiempo teme a las pirámides*. Estas maravillas serán eternas, a no ser que antes las destruya el hombre; en parte ya lo ha hecho. En origen estaban recubiertas de piedra caliza blanca de gran calidad, extraída de la cercana cantera de Tura. En la Edad Media, esa piedra blanca se arrancó y reutilizó para construir muchos edificios de El Cairo. Es fácil imaginar la impresión que causaría en la antigüedad contemplar esos enormes y luminosos monumentos blancos con el piramidión dorado en las cúspides. Penetramos en la gran pirámide por un estrecho, irregular, caluroso y claustrofóbico pasadizo hasta llegar a la extraordinaria Gran Galería. Entramos en la cámara mortuoria donde había un gran sarcófago de granito rojo. En 1954 se descubrió una fosa que contenía la barca solar de Keops desmontada, de madera de cedro; se tardaron catorce años en acoplar todas las piezas. Vimos la barca -de cuarenta y tres metros de eslora- en el museo que se ha levantado cerca de la cara sur de la gran pirámide.

En el primer viaje había entrado en la de Micerinos por un amplio corredor descendente. Después de cruzar varias estancias, llegué a la cámara sepulcral que se encontraba vacía. En el año 1838 los ingleses intentaron trasladar el bello sarcófago de basalto de grandes dimensiones a Gran Bretaña; no contaban con la maldición del faraón Micerinos. El 13 de octubre, la goleta Beatriz que transportaba el sarcófago naufragó durante una tormenta cerca de la costa de Cartagena; se ha tratado de encontrar el pecio, pero hasta ahora no ha sido descubierto.

En coche nos desplazamos a Saqqara, alejada del bullicio de El Cairo. En la necrópolis existen numerosas mastabas, pirámides y continuamente se descubren nuevas sepulturas. El monumento más emblemático de Saqqara es la pirámide escalonada del faraón Zoser, de la III Dinastía, que inició la era de esas construcciones. El recinto está rodeado por un muro, accediéndose

a través de un pórtico columnado; una vez dentro, a la derecha se encuentra el patio donde se celebraban rituales mágicos. Caminé unos pasos por este y en una bolsa de plástico recogí arena. La conservo en casa en un recipiente de cristal transparente; para que esté en su ambiente, la he colocado en un estante de la librería junto a las obras sobre el Antiguo Egipto. La pirámide de Zoser fue diseñada por Imhotep, arquitecto, visir, gran sacerdote, astrónomo, médico, sabio, y más tarde venerado como un dios. Imhotep tuvo la genial idea de levantar seis mastabas, unas encima de otras cada vez más pequeñas; el resultado fue una construcción escalonada. Frente a la entrada se encuentra el llamado Patio de las Cobras. Subimos por una escalinata; mirando al sur, se observan restos de monumentos funerarios. A lo lejos, en la necrópolis de Dahshur se divisan las dos pirámides del faraón Snofru, la Roja y la Acodada.

En 1999 tuve que esperar en una larga cola para entrar en el Museo Egipcio de El Cairo. En cambio, en 2012 daba la impresión de que lo habían abierto para nosotros cuatro, mis sobrinos, el guía y yo. Hay en él tantas obras de arte, que parece un enorme almacén de antigüedades. Nos dedicamos a pasear con tranquilidad para admirar las maravillas que más nos interesaban: la paleta votiva de Narmer, la estatua policromada de Zoser, la pequeña escultura de marfil de Keops de sólo ocho centímetros de altura, la estatua de diorita de Kefrén sentado en el trono con el dios Horus (representado por un halcón con las alas extendidas, protegiéndole por detrás la cabeza), las tríadas de Micerinos cuyas figuras parecen surgir del basalto, la estatua en madera de sicomoro del alcalde del poblado, el escriba sentado de Saqqara, los príncipes Rahotep y Nefret, y el grupo del enano Seneb con su familia (el escultor, para disimular su malformación, lo retrató sentado y colocó a sus hijos delante tapándole las piernas). En el tesoro de Tutankamón contemplamos el trono de oro, la famosa máscara funeraria, los sarcófagos que protegían la momia del faraón, barcas solares, los guardianes, muebles, cofres, objetos de alabastro, carros, y joyas de todo tipo. Proseguimos el paseo entre ataúdes, sarcófagos, momias de faraones y de animales, estelas, múltiples estatuas de monarcas y de dioses representados por animales, tan apelotonados, y mal expuestos, que pasaban desapercibidos. En cualquier otro museo, cada una de esas piezas ocuparían un lugar preferente. Antes de salir cruzamos una galería, donde unos operarios pintaban el techo y las paredes. Valiosas estatuas -entre las que se encontraba una de madera perteneciente a un faraón con los brazos alzados en ángulo recto- estaban cubiertas de forma descuidada por plásticos, mostrando numerosas salpicaduras de pintura.

La ciudad de Luxor está situada sobre la antigua Tebas. Es una población dedicada al turismo, que ha crecido con rapidez en los últimos años. A partir del Reino Medio, Tebas se convirtió en el centro religioso del dios Amón-Ra. Hasta nuestros días han llegado dos extraordinarios templos: Luxor y Karnak, unidos en la antigüedad por una larga avenida de esfinges; muchas aún se conservan. El templo de Luxor se encuentra a unos pasos del Nilo; en su mayor parte lo mandó construir Amenofis III, el padre de Akenatón. A cada lado del pilono de entrada se alzaban dos obeliscos, hoy se ha perdido la simetría porque uno de ellos está en la Plaza de la Concordia en París. Karnak es un santuario inmenso, la mayoría de los faraones del Reino Nuevo dejaron allí sus huellas. Nada más pasar el segundo pilono aparece la Sala Hipóstila, un verdadero bosque de columnas, de veinticuatro metros de altura cada una. Fue construida durante los reinados de Seti I y de su hijo Ramsés II en la XIX Dinastía. Al parecer, cuando los soldados de Napoleón entraron en la Sala Hipóstila, impresionados, aplaudieron de forma espontánea. En Karnak se suceden los pilonos, templos, patios, columnas y obeliscos. Llegué al Lago Sagrado, donde se desarrollaban los ritos de purificación de los sacerdotes y diversas ceremonias; mientras caminaba por el borde del lago, una garza que estaba bebiendo, alzó el vuelo. El Museo Egipcio de Luxor es mucho más pequeño que el de El Cairo. Sin embargo, posee una extraordinaria colección de obras de arte, algunas en tan buen estado de conservación que parecen recién salidas de los talleres de los escultores. Al entrar en él nos recibió la cabeza dorada de un toro procedente de la tumba de Tutankamón. Las obras están muy bien iluminadas y expuestas, a diferencia del Museo de El Cairo. Destacan dos, una bella escultura de Tutmosis III -de aspecto joven y sonriente-, y la reconstrucción de una pared de dieciocho metros de longitud del templo de Akenatón en Karnak. El muro estaba fragmentado, rellenando el IX pilono, y se tardó años en reconstruir; en él se representan bellas escenas cotidianas. Como estábamos solos, Hesham, nuestro guía, habló con el vigilante; le dimos una propina y nos dejó hacer fotos y videos durante unos minutos. Al salir, paseamos en coche de caballos por las estrechas y animadas calles de Luxor.

El día siguiente cruzamos el Nilo para llegar a la orilla occidental, a la Ciudad de los Muertos. En esta zona se encuentran los templos funerarios de los faraones, el Valle de los Reyes, el Valle de las Reinas, las tumbas de los nobles, y Deir el Medina.

El Valle de los Reyes es mi lugar favorito, el que más me conmueve y fascina de Egipto. Los egipcios creían que el difunto era capaz de renacer; si al atardecer se unía al sol, atravesaba el submundo por debajo de la Tierra,

para volver a nacer a la mañana siguiente por el este, en la orilla oriental. No se sabe con certeza por qué eligieron ese lugar: habría motivos políticos y religiosos, era fácil de vigilar, y también porque la montaña en cuya base se asienta la necrópolis tiene forma piramidal. Las tumbas cambiaron de forma a lo largo de los siglos; por lo general, unas escaleras permitían acceder a una puerta; luego, por pasillos y salas profusamente decoradas con pinturas, se llegaba a la cámara funeraria, donde se depositaba la momia del faraón en un sarcófago. Cada día sólo se permite visitar tres hipogeos, que se alternan, con el fin de no deteriorar demasiado las pinturas. Para ver la tumba de Tutankamón, aunque es una de las más pequeñas, se necesita una entrada especial que se paga aparte. Fue descubierta el 4 de noviembre de 1922 por el arqueólogo Howard Carter y su adinerado mecenas lord Carnarvon. Se considera que poco después de ser sellada la tumba, fue saqueada dos veces. Cuando Howard Carter entró en ella, encontró en el pasillo de la antecámara mortuoria joyas envueltas en un trozo de tela; posiblemente los ladrones las dejaron caer al suelo cuando fueron sorprendidos in fraganti por los guardianes de la necrópolis. La primera vez que estuve en el Valle de los Reyes, mientras esperaba para visitar en la tumba del faraón-niño, observé que cerca de la entrada estaban excavando; un obrero salió corriendo con un pequeño objeto en la mano y se lo entregó al arqueólogo que dirigía la excavación. Este lo examinó con detenimiento, y lo depositó en una caja de madera con otras piezas. Me entraron ganas de acercarme para ver lo que habían encontrado. Recuerdo que una de las paredes de la tumba de Tutankamón estaba decorada con una barca solar y debajo destacaban imágenes de babuinos en cucullas. El hipogeo más bello del Cementerio Real es el de Seti I; fue descubierto por Giovanni Belzoni en 1817. El techo de la cámara mortuoria está decorado con un mapa estelar. El magnífico sarcófago tallado en fino alabastro casi traslúcido, se encuentra ahora en un museo particular de Londres. De las tumbas que visité en los dos viajes, la que más me impresionó fue la de Tutmosis III, situada al sur de la necrópolis. La entrada se encuentra a treinta metros de altura sobre el nivel del suelo; para facilitar el acceso se desciende por una empinada escalera de madera. La cámara mortuoria tiene forma ovalada, al igual que el sarcófago de cuarcita amarilla, que imita un cartucho real. En el reinado de Tutmosis III, Egipto alcanzó su máxima expansión territorial.

En el poblado de Deir el Medina vivían con sus familias los artesanos y funcionarios que diseñaron y construyeron los hipogeos de los faraones; al residir en el poblado no perdían tiempo en desplazarse desde Tebas para cru-

zar cada mañana el Nilo. Deir el Medina estuvo habitado cerca de quinientos años. Los trabajadores, en sus ratos libres, excavaron sus propias tumbas; la más conocida es la del capataz Senetjem. Tuvimos que descender por una estrecha y empinada escalera de piedra; la cámara mortuoria está tan bellamente decorada que a menudo ilustra los libros de arte. Una de las pinturas más hermosas es la del dios Anubis embalsamando el cuerpo de Senetjem. En cada viaje vi un templo funerario. El de la reina Harshepsut en Deir el Bahari está situado en un acantilado y se dispone en terrazas escalonadas; en su decoración destacan los relieves que muestran la expedición comercial al misterioso país de Punt, cuya reina presenta obesidad mórbida. En 2012, cuando caminando nos acercamos al recinto funerario de Ramsés III, reconocí que su pilono aparece entre otros monumentos en la película **Faraón**, del director polaco Jerzy Kawalerowicz. Creo que es el filme que más fielmente refleja el ambiente del Antiguo Egipto. El pilono impresiona por sus grandes dimensiones, en el interior se conservan estatuas de la diosa leona Sekmet símbolo de la fuerza, del poder y de la guerra; en los muros todavía se aprecian las pinturas originales. Los colosos de Memnón, esculpidos en cuarcita, representaban al faraón Amenofis III. Un día, antes de la salida del sol, cruzamos el Nilo en una lancha y subimos a un globo aerostático. Desde las alturas contemplamos el efecto de los primeros rayos del sol iluminando el acantilado de Deir el Bahari y el templo de Hatshepsut. Contemplamos a vista de pájaro el Valle de los Reyes, los templos funerarios, los colosos de Memnón y la aldea de Deir el Medina. Estábamos tan emocionados, que durante el vuelo, las diez o doce personas que íbamos en la cesta permanecemos en silencio. El aterrizaje fue algo accidentado; el globo se desvió, pasamos por encima de una aldea, y la cesta rozó varias veces las copas de las plataneras. Un camión, tirando de una gruesa cuerda sujeta al globo, nos llevó al lugar previsto.

Salimos de Luxor aguas arriba hacia Asuán. A la izquierda, el templo de Luxor sobresalía por encima de las casas; a nuestra derecha se divisaba la montaña de forma piramidal que se elevaba imponente en la orilla occidental. En los días siguientes nos cruzamos con innumerables embarcaciones. Permanecí muchas horas en la cubierta observando el cambiante panorama que ofrecían las orillas: huertos, casuchas, palmerales, personas trabajando la tierra, pescando con redes desde barcas, andando o montados en borriquillos. Cerca del Nilo se veían aldeas y pueblos; en ocasiones, asomaban espigados minaretes entre fértiles palmerales. En el primer viaje, el buque iba repleto de turistas de diferentes nacionalidades; en cambio, en el segundo, además de la tripulación, solamente nueve personas lo ocupábamos. Después de haber

visto tantas momias, ataúdes, sarcófagos y tumbas, cuando bajaba al camarote atravesando solitarios pasillos, sentía cierto recelo.

Paramos para visitar dos templos de época ptolemaica: Kom Ombo y Edfú. El primero se levanta sobre una colina, a pocos metros del río; está dedicado a dos divinidades: Sobek el dios cocodrilo, y Haroeris. En una pared están esculpidos instrumental médico y una mesa quirúrgica. En el patio aún persiste un nilómetro, en el que los sacerdotes medían el nivel de las crecidas del Nilo. Entramos en una sala donde se guardan momias de cocodrilo. El trayecto desde el barco al templo de Edfú se realiza habitualmente en calesa, atravesando la población. Se encuentra muy bien conservado, porque durante siglos permaneció enterrado; estaba consagrado a Horus, el dios halcón, una de las divinidades más antiguas de Egipto. A cada lado de la entrada se alzan dos halcones de basalto de gran tamaño. A medida que nos acercábamos a Asuán, la superficie de tierra cultivable disminuye, y el desierto gana terreno.

De las ciudades que conozco de Egipto, Asuán es con diferencia la más tranquila y agradable. El Nilo se ensancha, brotan las islas y los islotes de hierbas, y produce una sensación hipnótica ver las falucas con las velas desplegadas deslizarse suavemente por el agua. En la orilla occidental se observan los hipogeos de los príncipes de la cercana isla Elefantina, que tuvo gran importancia artística, cultural y comercial. De los edificios erigidos en la antigüedad, sólo quedan vestigios. A varios kilómetros, dentro de la ciudad, se encuentran las canteras de granito rojo que se utilizaron hasta época romana. Creo que los arquitectos egipcios no calcularon bien los problemas que les plantearía la construcción de una obra tan enorme como el llamado obelisco Inacabado. No lo terminaron porque una fisura lo impidió, hubiera medido cuarenta y dos metros de altura y su peso superaría las mil doscientas toneladas; sigue unido al suelo por una de sus caras. Extraer el obelisco de la cantera, arrastrarlo hasta el Nilo, transportarlo y alzarlo en el lugar elegido, sólo se habría conseguido con la ayuda de todos los dioses egipcios. Después de bordear Elefantina y dar un largo paseo en faluca, desembarcamos en la isla de Filae, reubicada durante la construcción de la presa de Asuán. El templo dedicado a la diosa Isis es uno de los más bellos y mejor conservados de Egipto, en su época de esplendor se convirtió en un importante lugar de peregrinación; es el último santuario de la religión egipcia que se mantuvo activo. En el año 535 un decreto del emperador Justiniano ordenó el cierre definitivo. Los fanáticos coptos destruyeron lo que consideraban profano -como el falo erecto del dios Min y los pechos desnudos de las diosas egipcias-; además, grabaron en las paredes cruces cristianas. Antes de que esta barbarie sucediera, el emperador

Trajano mandó construir un templete cerca del templo de Isis, conocido como el Quiosco de Trajano. Las dos veces que estuve en Asuán realicé excursiones a poblados nubios; en 1999 desembarcamos en una aldea y a lomos de camellos nos adentramos en el desierto para visitar el monasterio de San Simeón, levantado en el siglo VI. Es uno de los cenobios más grandes de Egipto, en su mejor etapa fue habitado por trescientos monjes. Mientras se construía la presa de Asuán en la década de los 60 del siglo pasado, numerosos templos tuvieron que ser trasladados desde su ubicación original hasta un nuevo sitio para evitar quedar sumergidos bajo las aguas del Lago Nasser. Otros no se han podido recuperar. Los que ahora se pueden visitar están agrupados de tres en tres y separados entre sí por escasos centenares de metros, unidos por un cómodo camino situado a unos pasos de las aguas del lago. Próximo a la presa de Asuán se encuentra el templo de Kalabsha construido durante el reinado del emperador Augusto y dedicado al dios nubio Mandulis.

Si existe una palabra que exprese la sensación que sentí durante los tres días del crucero por el Lago Nasser, es serenidad; sensación producida por el lento avance del barco contemplando las puestas de sol, la miriada de rutilantes estrellas, los amaneceres, el bello paisaje desértico, las ruinas de fortalezas, y las islas que continuamente emergían del agua. En ningún otro lugar he gozado tanto de los amaneceres y atardeceres, comprendí el respeto y veneración que los egipcios sentían por Ra, el dios sol, su divinidad más importante. Ver aparecer nuestra estrella en el desierto, entre montañas y cerros, fue una experiencia emocionante. La nave se distribuía en varias plantas con amplios pasillos exteriores que servían de miradores, viajábamos alrededor de cuarenta pasajeros de distintas nacionalidades. Hablé con una pareja de españoles; él portaba una cámara fotográfica con un potente teleobjetivo. Era la novena vez que viajaban por el Valle del Nilo, ya que sentían fascinación por la civilización del Antiguo Egipto. Para visitar los templos, en ocasiones el barco se mantenía a cierta distancia de la orilla y el trayecto se realizaba en lancha motora, otras veces se acercaba al borde y bajábamos a tierra por una pasarela. Así lo hicimos para llegar a Wadi es Sebua -que está precedido por una avenida de esfinges-, al templo de Amada, y a la tumba del gobernador Penut. Al penetrar en Amada noté un síntoma preocupante que se acentuó en los meses siguientes: cuando pasaba de la intensa luminosidad exterior a la penumbra del interior, perdía la visión durante unos segundos, hasta que me iba adaptando a la oscuridad.

No me atraen las exquisiteces gastronómicas, no obstante, en ningún otro lugar he probado una comida tan deliciosa y variada como la que servían a bordo del barco. Hesham, el guía, se sentaba con nosotros; era un joven alto,

tranquilo, agradable, y hablaba un español perfecto que había aprendido en el Instituto Cervantes de El Cairo.

La llegada a Abu Simbel fue emocionante, los pasajeros nos situamos en la proa, por los altavoces se escuchaba una música suave y adecuada para ese momento. Al principio divisamos un pequeño promontorio en el horizonte, poco a poco nos acercamos hasta distinguir las cuatro figuras monumentales sedentes de Ramsés II que guardan la entrada a su santuario. El speos de Ramsés y el de Nefertari, su primera esposa, están excavados en la montaña; el del faraón alcanza una profundidad de setenta metros. La sala principal muestra extraordinarios pilares osiríacos y está decorada con escenas de la batalla de Kadesh contra los hititas. En los equinoccios, el 21 de marzo y el 23 de septiembre, los rayos del sol penetraban hasta lo más profundo del interior, iluminando las cuatro esculturas de dioses que allí están esculpidas. En la actualidad, al reubicarse el monumento, los rayos solares llegan al mismo sitio con un día de retraso. Habíamos atracado a unos pasos de los templos de Abu Simbel, y en respetuoso silencio pasamos la noche.

El viaje a Egipto, en cierto modo, se prolongó tres meses más; el tiempo que tardé en realizar la edición del documental. Tuve que visionar muchas veces lo que filmé para seleccionar las imágenes, y dediqué muchas horas para elegir la música más apropiada. El documental dura sesenta minutos. En el último plano, rodado de noche, entramos en el barco por la pasarela; veníamos de ver y escuchar el espectáculo de luz y sonido. La película finaliza con un fundido a negro.

.....

Tras el viaje a Egipto mi vida transcurrió con tranquilidad, salía a pasear por las mañanas solo o con algún amigo; a veces, entraba en la Librería Univérsitas y compraba libros clásicos que faltaban en mi biblioteca: **Los Miserables** de Víctor Hugo, **Las aventuras de Sherlock Holmes** de Arthur Conan Doyle, **Grandes esperanzas** de Charles Dickens... Me desplazé varias veces a Sevilla en autobús, paseaba por la ciudad con mis hermanos. Un día, Margarita me condujo al convento de sor Ángela de la Cruz; en la capilla vimos el cuerpo de la hoy santa, con el rostro cubierto de una máscara de cera. En otra ocasión di una vuelta con Juanita por la Plaza de la Encarnación, donde estuvo ubicado el Mercado de Abastos. Con Antonio, además de pasear, visitábamos iglesias, conventos y exposiciones artísticas, la última que vi estaba dedicada a Muriillo. No me olvidaba de los pocos amigos que aún conservaba en Sevilla; nos

reuníamos en casa de Tere y Antonio Figueredo con Juan Fernández. En una ocasión, Antonio proyectó la última película producida por su hijo Olmo, y a continuación vimos el documental sobre Egipto, que titulé **En el país de Ra**. Mi sobrino José me comentó el próximo viaje que pensaba hacer con Mariló por varios países del sudeste asiático, y me alentó a acompañarlos; le respondí que ya no me encontraba en condiciones para hacer un recorrido tan largo.

La última excursión -en octubre de 2014- con el grupo de senderismo no disfruté. Estuvimos en Galicia. Un día nos desplazamos al Parque Natural Fragas do Eume, una corta y bonita ruta por la orilla del río Eume. Me resultó desagradable y agobiante. Pude hacer el recorrido gracias a Pedro de Lope, que me llevó cogido de la mano la mayor parte del camino, a fin de sortear los obstáculos y evitarme una caída.

Poco después estuve con Alberto unos días en Arriendas. Desde allí nos desplazamos en coche a diversos lugares de Asturias; completamos las jornadas paseando por cortas y sencillas rutas. Fuimos a la Sierra del Sueve, a los lagos de Covadonga, al semiabandonado pueblo de Viboli, a la Senda del Oso, caminamos por un tramo del sendero costero entre Llanes y la iglesia cisterciense de San Antolín de Bedón, nos desplazamos a la playa de Las Catedrales, y entramos en el cementerio de Luarca situado cerca del mar -donde está enterrado Severo Ochoa, Premio Nobel de Medicina-. Como era habitual, hice un documental de las excursiones; muchos planos, sobre todo las panorámicas, las filmó mi hijo, ya que conseguía mejores encuadres que yo. Al montar la película comprobé que no podía hacerlo, no veía bien las imágenes que aparecían en la pantalla del monitor. Lupe tuvo que realizar la edición, me describía con detalle cada plano, y yo le indicaba dónde debía cortar. De esa forma tan desalentadora acabé mi última película, que denominé **El Texu**, el tejo, el árbol sagrado celta. Al final del documental escribí la siguiente dedicatoria: *A Lupe, Alberto, familiares y amigos que han colaborado y participado en las setenta y una películas que he realizado entre 1971 y 2014*. Posteriormente retiré las baterías, limpié las lentes y guardé las cámaras de fotos y videos en sus fundas. Le dije a Alberto que se llevara el ordenador, y cualquier cosa que le interesara del equipo de rodaje. El Cine, un Arte y una actividad a la que había dedicado tanta ilusión y tiempo, desaparecía de mi vida.

.....

En 2014, no recuerdo la fecha, me llamó por teléfono José Luis Sánchez desde Algodonales, comentándome que la gente del pueblo estaba sorprendi-

da, ya que por las redes sociales se podían ver unos minutos del documental **Algodonales** que había realizado en 1974. Al Ayuntamiento le interesaba conseguir la película, porque no existía ningún documental de aquella época. En los meses siguientes hablé varias veces con mi amigo para acordar la forma más segura de enviarla. Lo pensé mejor, y el 5 de enero de 2015, víspera de Reyes, me desplazé allí con Lupe y Alberto. Junto a José Luis Sánchez y Gabriel Nadales nos dirigimos al ayuntamiento para entregar la cinta al alcalde Ángel Acuña, ofreciéndosela como obsequio para mis paisanos. A pesar de que el documental deja mucho que desear en el aspecto técnico, creo que es un sencillito y evocador testimonio de la villa durante ese verano. Al salir del Consistorio dimos un paseo hasta la Fuente Baja, encontrándome con varios amigos: Pepe Ruiz, Antonio Pérez y Juan Pedro Ruiz. En la alameda, mi escasa agudeza visual aún me permitió ver la sierra, los tajos y la cruz de hierro en lo alto, la iglesia con la esbelta torre, el atrio y las casas situadas a uno y otro lado de la plaza; recordé momentos de mi infancia y juventud. Finalmente almorzamos en la venta Salas, lugar donde concluían las excursiones cuando visitábamos a nuestro primo Antonio Ramírez Leo.

.....

En abril de 2018 fui con Alberto al estadio Sánchez Pizjuán, donde el Sevilla F.C. se enfrentaba al Bayern de Munich en los cuartos de final de la Champions. Llegamos con antelación para pasear por los alrededores del estadio y disfrutar del ambiente previo al partido. Alberto me contaba lo que observaba: grupos de aficionados de los dos equipos animando o esperando para entrar en el campo, el autobús del Bayern seguido por una caravana de Mercedes con los directivos del club bávaro... Una vez dentro del estadio, nos sentamos en la grada Gol Sur, cerca de un banderín de córner. Después de escuchar el bonito y emocionante himno del Centenario y de la Champions, se inició el partido. Mi hijo me iba comentando lo que ocurría, tanto en las gradas como en el terreno de juego. Mientras permanecí en el estadio evoqué mi etapa de socio, sobre todo en la década de los 60, cuando a unos metros de donde ahora me encontraba, seguía los partidos de pie, detrás de la portería, y cada vez que el Sevilla marcaba un gol abrazaba a mi hermano. Sentí frustración por no poder ver lo que sucedía ante mis ojos. Nos adelantamos en el marcador con un gol de Sarabia, luego el Bayern controló el juego, le dio la vuelta al marcador, ganando el partido 1-2. Había presenciado en directo el último partido de mi equipo en el estadio Sánchez Pizjuán.

En poco tiempo se enlazaron hechos de diversa índole: vendimos la parcela, hicimos lo propio con el piso de Arriendas, falleció mi hermana Margarita, Alberto se casó con María Vera, vino al mundo Leo Pimentel Vera, murió mi hermana Juanita, y llegó la pandemia del Covid-19.

.....

En el 2018 me afilié a la ONCE. Desde el primer día encontré personas amables y dispuestas a ayudarme de forma desinteresada. Aprendí a diferenciar las monedas por el canto, a reconocer los billetes por el tamaño, a calcular por el peso la cantidad aproximada de líquido que contiene un vaso o un recipiente, a sacar el máximo partido al tacto y al oído, a utilizar el bastón para ciegos que permite caminar con más seguridad. Acompañado de Paquita, la monitora, hice prácticas con el bastón en la calle. No obstante, no me atrevo a salir solo ya que el pavimento deja mucho que desear, los bares han invadido las aceras -con lo que en esas zonas se pierde la referencia-, y hay otros muchos inconvenientes que dificultan el paso con seguridad. Encarna y Jose, los encargados de la biblioteca me proporcionaron al principio audiolibros en formato CD y películas con audiodescripción en DVD. Posteriormente, aprendí a descargarlos por Internet a través del Club ONCE. Miguel Ángel me enseñó nociones básicas del método Braille, el sistema de lectura y escritura táctil para ciegos o personas con discapacidad visual. Dominar este método requiere dedicarle mucho tiempo; intentaré hacerlo cuando termine estas Memorias. Realizamos visitas culturales a iglesias, exposiciones, museos y otros lugares; sin embargo, esas actividades me dejaban descontento y decepcionado. Creo que, en presencia de una obra artística, su imagen vale más que mil palabras. No todos los invidentes piensan igual, algunos suben al Everest, otros realizan fotografías o practican diversos deportes. Una compañera nos comentó sus amenas vacaciones en Roma. Decía que las avenidas eran muy espaciosas por el intenso ruido que producía el tráfico. Siguió contando que había muchas iglesias, porque mientras paseaba por las calles, las campanas no dejaban de repicar, y añadió otros detalles por el estilo. Envidio el ánimo y el optimismo de esas personas, pero no me agradaría volver a Roma para oír el ruido del tráfico, el sonido de las campanas, o que me digan que estoy delante del Coliseo, sin poder verlo.

Muchas horas y mucha paciencia me dedicó Juan Carlos Claudio el tiflotécnico (tiflos en griego significa ciego). El primer día de clase me presenté con un móvil diseñado para personas con deficiencia visual; disponía de un

teclado grande, similar al de los teléfonos fijos, sólo servía para realizar y recibir llamadas. Juan Carlos me aconsejó que lo guardara en un cajón y comprara un Apple, la marca que él utilizaba y consideraba más idónea para mis necesidades. Así lo hice, lo configuró, instaló diversas aplicaciones, aprendí las nociones básicas, y me inscribió en el Club ONCE. Ya he comentado varias veces mi predilección por el cine clásico; la audiodescripción ayuda a evocar las imágenes, y en cierto modo vuelvo a ver la película. Las últimas que he descargado son **Laura**, de Otto Preminger y **El verdugo**, de Luis García Berlanga. En mi caso, esas dos cintas son idóneas para este sistema, porque las he visto tantas veces que casi me las aprendí de memoria.

La aplicación podcast la utilizo a diario, escucho sobre todo programas de historia, cine, música y viajes. Me aboné a una plataforma musical. Puedo oír con rapidez cualquier tipo de música; solamente tengo que decir, por ejemplo: **Las cuatro estaciones**, de Vivaldi. Después de unos suaves toques en la pantalla, se reproduce la música con gran calidad de sonido. Poco a poco he ido confeccionando selecciones musicales de bandas sonoras, de música clásica y otros estilos. Tengo instaladas otras aplicaciones interesantes, puedo fotografiar la página de un libro, y el móvil reproduce el texto; si fotografío una prenda de vestir dice de qué color es. En los primeros días utilicé el whatsapp; pronto comprobé que continuamente recibía mensajes de audio y video con chistes, notas panfletarias de diverso signo político, burlas a personajes de actualidad y mensajes parecidos. Muy pronto suprimí esa aplicación, prefiero emplear el tiempo de otra manera. Adquirí dos grabadoras para registrar las clases en la ONCE, y resumirlas. Posteriormente grabé un índice que me ayuda a buscar con rapidez los temas que me interesan.

Seguí contando con la ayuda de Juan Carlos, que me enseñó los entresijos del ordenador. Al principio me instaló el programa Jaws, un lector de pantalla para ciegos, una aplicación imprescindible para usar el portátil. Realicé un curso de mecanografía, porque cuando comencé las clases ya no veía el teclado; aprendí diversas operaciones, para lo que tuve que memorizar teclas y sus combinaciones. Practiqué con varios editores de texto, terminé usando Libre Office Writer; con este editor estoy escribiendo las Memorias. Juan Carlos me enseñó lo que me interesaba saber del correo electrónico y el amplio campo que abarca Internet; este último lo utilizo sobre todo para descargar audiolibros. En la audioteca existen miles de novelas, por ejemplo, las obras completas de Benito Pérez Galdós; los audiolibros de viajes me permiten hacerlo con la imaginación sin moverme de casa. Uno de los autores que más me ha ayudado ha sido Javier Martínez Reverte. El proceso de descarga es

laborioso; para no equivocarme, hecho mano de las instrucciones que grabé durante las clases. Los descargo en una tarjeta de memoria, los escucho mediante un reproductor que me permite detener la lectura, retroceder, avanzar, ir a una página o a un capítulo concreto. Estoy muy agradecido a la ONCE, ha hecho más llevadera mi vida en los últimos años. En la actualidad empleo buena parte de mi tiempo libre, que es mucho, en actividades que aprendí en la sede de Badajoz.

.....

Durante la redacción de estas Memorias he tenido la intención de escribir en ciertos momentos sobre el espinoso asunto de la religión; prefiero hacerlo ahora de forma continuada. A partir de los quince años adopté la costumbre de leer por las noches los Evangelios, antes de conciliar el sueño. En aquellos años, mi profunda fe religiosa me permitía hablar a diario con Dios, le contaba mis problemas, sentía que me escuchaba y aconsejaba; esta creencia me ayudó a vivir, a resignarme ante las adversidades. Creía y aceptaba la doctrina y dogmas de la Iglesia, aunque a veces no estuvieran acordes con el espíritu evangélico, con las enseñanzas que Jesús preconizaba. Me sorprendía que la Iglesia fomentara -o al menos consintiera- las imágenes, los ídolos, ya que repartidos por el mundo existían miles de cristos, vírgenes y santos, a menudo sacados en procesiones. Aunque entonces no lo advertí, mi pérdida de fe se inició de forma paradójica durante mi visita al Vaticano en el viaje fin de carrera. Salí de allí contento y asombrado por lo que había visto; sin embargo, llevaba implantada la simiente de la duda. En los meses siguientes reflexioné que la incalculable riqueza acumulada en el Vaticano no armonizaba con lo que a diario leía en el Nuevo Testamento, que recomendaba sencillez, humildad y pobreza. La tienda de recuerdos parecía un verdadero mercado, se vendían todo tipo de objetos religiosos; recordé el pasaje evangélico que relata cómo Jesús llegó al templo y expulsó a los mercaderes por deshonorar la casa de su Padre. Mi pérdida de fe fue gradual, se prolongó durante años. Aunque seguía leyendo la doctrina de Cristo, poco a poco noté la ausencia de Dios, no me escuchaba, no respondía a mis dudas, no me aconsejaba como antes. También me extrañaba su silencio ante las guerras, torturas, humillaciones, falta de ejemplaridad de algunos religiosos, el hecho de que unas pocas personas acaparaban poder y dinero y otras morían en la pobreza, los desastres naturales que afectaban sobre todo a los más débiles... y entretanto Dios, no se dignaba ayudarles, se mantenía en silencio. Estaba en boca de la

gente, lo mencionaban, invocaban o fingían invocarlo, le rezaban, pero Dios permanecía callado. Además de los Evangelios me gustaban otras lecturas, entre ellas Historia y novela histórica. Leí que, durante casi mil años, los Papas disponían de un ejército, guerreaban contra otros Estados y Reinos, cambiaban de bando a su conveniencia, acumulando riquezas, poder y territorios. Durante una larga etapa, la corte papal apenas se diferenciaba de otras cortes regias; las cortesanas se pavoneaban por los pasillos, los salones, y se alojaban en los dormitorios del Vaticano. Conocí las atrocidades cometidas durante siglos por la Inquisición, se torturaban y quemaban en la hoguera a los llamados herejes, judíos, artistas, científicos... y todo ello en nombre de Dios, que se mantenía al margen, en obstinado silencio.

Antaño leí en un periódico un artículo sobre el historiador británico Edward Gibbon. Al final de su vida, durante una entrevista el periodista le preguntó: *Señor Gibbon, ¿qué es para usted la Historia?* El escritor, en un tono pesimista, probablemente acentuado por su avanzada edad, le respondió: “La Historia no es más que una sucesión de mentiras, intrigas, corrupciones y asesinatos. No solo la del Imperio Romano, a la que he dedicado mi vida, sino la de cualquier imperio, nación o personaje”. Este pensamiento lo compruebo cada vez que leo un libro de Historia tanto Antigua como reciente, y sin duda, el Vaticano no se libra de la reflexión del historiador inglés.

Relaté que, al llegar a Santiago de Compostela, en la etapa final de la ruta jacobea, mientras mi hermano y sobrinos se acercaban a abrazar la imagen de Santiago apóstol, los esperé sentado en un banco en el interior de la catedral. Desde hace mucho tiempo cuando entro en una iglesia, convento, monasterio o cualquier templo, no siento ningún sentimiento religioso; no obstante, disfruto al contemplar la arquitectura del edificio y las obras de arte que alberga.

La idea del más allá me parece absurda; el miedo a la muerte, a la incertidumbre de lo que hay después y nuestra necia vanidad, nos inducen a creer en la otra vida, pensamos que no podemos desaparecer sin más; por el contrario, que mueran los animales y desaparezcan en la nada lo consideramos normal. La diversidad biológica en la Tierra se inició hace unos 450 millones de años y los seres humanos no somos más que el resultado de una larga evolución. La especie a la que pertenecemos los homínidos surgió en los bosques húmedos africanos hace unos seis o siete millones de años. En el hipotético caso de que hubiera otra vida, pienso que tienen derecho a resucitar todos los seres vivos incluidos animales y plantas que han existido, existen y existirán. Para concluir con el asunto religioso, creo que todas las religiones no son más que simples conjeturas y artificios surgidos del cerebro humano; que la existencia de Dios

es una falacia, que Jesucristo fue sólo un predicador y líder religioso judío, y que gran parte de lo narrado en los evangelios es mera ficción.

.....

Me preocupa el destino de nuestro planeta. Cuando veraneábamos en Algodonales, una mañana a finales de agosto nos levantábamos al amanecer para terminar de hacer el equipaje y preparar la casa hasta el próximo verano, Siempre aparecía mi primo Antonio Ramírez para echarnos una mano y despedirnos. Recuerdo que a esas horas se notaba el frescor matutino, a veces me ponía un jersey y mi cuerpo lo agradecía. Durante el trayecto hasta Sevilla, en ningún momento sentíamos sensación de calor a pesar de que el coche carecía de aire acondicionado. Han transcurrido unos sesenta años y el clima ha cambiado. En los últimos veranos, en algunos lugares de España se han rozado 50 grados a la sombra. Salir a la calle en horas diurnas, a veces supone un riesgo para la salud, el ambiente es bochornoso, abrasador, casi irrespirable. Las previsiones para el futuro son pesimistas, se espera un aumento gradual de la temperatura. El cambio climático global está en marcha, provocando: el deshielo de los Polos y de los glaciares, la disminución de la nieve en las montañas, la subida del nivel del mar con la consiguiente desaparición de islotes e islas, cambios de los litorales, sequías alternándose con graves inundaciones, desertización, aumento de tornados, huracanes y otros desastres naturales. Con el aumento de la temperatura España se está africanizando, las olas de calor y el polvo sahariano nos asedian cada vez con más frecuencia.

¿Qué futuro le espera a la Tierra? ¿Hasta qué punto es el hombre el responsable de estos cambios? No cabe duda de que estamos abusando de la Naturaleza, abuso que cada vez se acrecienta más. La población humana aumenta de forma galopante, en noviembre de 2022 alcanzamos el preocupante número de 8000 millones de personas en nuestro planeta. Se siguen quemando bosques para ampliar la tierra cultivable, lo cual conlleva la liberación de dióxido de carbono a la atmósfera, incrementándose el efecto invernadero. Consumimos demasiada agua dulce, los acuíferos se agotan provocando desertificación, que a diferencia de la desertización -que es un proceso más o menos natural-, es el resultado de un desequilibrio entre las actividades humanas y los recursos naturales. Somos los causantes de la contaminación química, en la industria se emplean miles de productos que terminan degradando la atmósfera, los acuíferos, los ríos y los mares. Estamos provocando la extinción de especies: siete de cada diez han desaparecido en las últimas décadas. Si no lo reme-

diamos, en no demasiado tiempo habrán desaparecido todas, incluidos los seres humanos.

Dudo si aún podemos evitar el deterioro irreversible de la Tierra. Deberíamos defender el medio ambiente, conservar la diversidad, usar el agua de forma eficiente, utilizar energías limpias y controlar la población mundial. Sin embargo, considero difícil poner de acuerdo a cerca de doscientos países que existen en la actualidad. Aunque se organizan Reuniones Internacionales para acordar protocolos con el fin de controlar y disminuir la contaminación y emisión de gases, por lo general, los acuerdos no se cumplen, y los países que más contaminan, además de no cumplir los protocolos, ni siquiera asisten a esas Cumbres, o lo hacen de forma simbólica.

He tenido un cándido sueño, soñaba que la evolución seguía su curso y dentro de millones de años el homo sapiens evolucionará a un homo bueno. Las señas de identidad de los hombres: egoísmo, avaricia, envidia, celos, estupidez, desidia, mentira, corrupción,, intolerancia, discordia, soberbia, odio, violencia... se convierten en altruismo, tolerancia, civismo, amistad, solidaridad, honestidad, humildad, nobleza de corazón, sinceridad, ternura, bondad... hasta conseguir una gran confraternidad mundial.

.....

Ya es hora de echar el cierre a estas Memorias. Aunque la suerte me ha abandonado en los últimos años, creo que no tengo motivos para quejarme. No he llegado a ver las maravillas que contempló el replicante de **Blade Runner** en los confines del Universo; no obstante, he visto muchas cosas maravillosas, entre ellas, el tesoro que descubrió Howard Carter en el Valle de los Reyes -que admiré por dos veces en el Museo Egipcio de El Cairo-. También he tenido la suerte de que todo lo que he hecho en la vida, lo he llevado a cabo con ilusión y entusiasmo. Mientras escribo este libro revivo el tiempo pasado, aunque mi estado de ánimo ha ido cambiando dependiendo de lo que recordaba; en muchos momentos he reído y en otros he llorado. Ahora, para evadirme de la realidad cotidiana dedico mucho tiempo a la audioliteratura, a la música, a los podcast, viajo con la imaginación, y a pesar de que no puedo ver las imágenes escucho algunos programas de televisión, como **Arqueomanía**, dirigido por Manuel Pimentel Siles. Presto poca atención a las noticias, lo imprescindible para estar al tanto de lo que acontece en el mundo, que poco a poco está dejando de interesarme; además, los informativos parecen disfrutar con el continuo bombardeo de malas noticias.

En los últimos años, casi de manera inconsciente salto del presente al pasado, en mi cabeza hay un baúl repleto de cientos, de miles de recuerdos y no puedo controlarlos. En las noches sin sueño, mientras ando por el piso, escucho música, o realizo cualquier otra actividad, el baúl se abre de improviso y los recuerdos vuelven una y otra vez. Son muy diversos, de cualquier época de mi vida, aunque los que más me complacen se refieren a los primeros años en mi pueblo.

Quiero destacar algunos de los que irrumpen en mi rutinaria vida:

- Un atardecer primaveral estoy con mis padres en el bar Puerto en la calle Betis; nos sentamos a unos metros del río Guadalquivir, y mientras tomamos una cerveza con cazón en adobo contemplo la Torre del Oro y la Giralda iluminadas.
- Paso unos días en Estepa con mi hermana Juanita, voy con Gonzalo Cabezas al Cerro de los Canterones para buscar fósiles.
- En las Navidades de 1976 bajo de un autobús, me apresuro para llegar el primero a Stonehenge, ya que deseo ver en solitario el monumento megalítico en la inmensa llanura donde se alza.
- Hoy es domingo. El Sevilla juega esta tarde en su campo; acompañado de mi hermano salgo de La Alfalfa, cruzamos el puente de San Bernardo y enfilamos la avenida Eduardo Dato. Entramos en el estadio; aunque jugamos contra el Madrid, ganamos seguro. De cancerbero juega Superpaco, de central Marcelo Campanal, en la media Ruiz-Sosa y Achúcarro, y en la delantera Juan Arza, Baby Acosta y Davor Súker.
- Viajo con Lupe a las islas Berlengas; por la mañana, al salir de la tienda de campaña, observamos el terreno completamente cubierto de gaviotas.
- Llego a la parcela. Daniel, el vecino, me llama para charlar un rato; paseo entre los árboles, me siento en el porche para ver llover, enciendo la chimenea, y quedo hipnotizado mirando el fuego.
- Voy a uno de los muchos cines que había en Sevilla. En la sala se apagan las luces y se descorren las cortinas, entro en otros mundos llenos de sueños.
- Es una fotografía. Mis padres aparecen sentados en el patio del chalet de la calle Beatriz de Suabia; miran cómo juegan sus nietos José Manuel y Margarita.
- Ceno en el gran salón del hotel Nacional de la Habana, me acompañan Agustín Muñoz, Miriam, Juan Gordillo, Mariví, Rosa Soria, Tote, Luis García y una atractiva cubana. El pianista que ameniza la velada se

acerca a nuestra mesa por si deseamos escuchar algo especial; le pido que toque **El tiempo pasará**, de **Casablanca**. Mientras escucho la música imagino que Ingrid Bergman está sentada a mi lado.

- Camino con Lupe por los senderos de Asturias, por las orillas de los ríos Sella y Piloña. Cruzamos un prado, las vacas dejan de comer y nos miran. Me acerco a una iglesia románica para contemplar embelesado los canecillos y los capiteles.
- Juan Manuel cuenta una nueva historieta que ha ocurrido en la pensión Placentines y opina sobre la última película que ha visto.
- Antes de entrar a clase en la Academia IFAR, paseo por diversos lugares de Sevilla.
- Todos los días y casi a todas horas, rememoro con nostalgia los viajes a Egipto.
- Ya referí que los más gratificantes son los recuerdos relacionados con Algodonales. Entre otros:
 - En el salón de casa, mis padres y hermanos, mi tío Manuel y mi primo Antonio mantienen una animada conversación; yo los escucho sentado en la escalera de mármol.
 - Juego con el cernícalo en el patio. De pronto, me echo a temblar; a lo lejos he oído la moto de Segismundo Borrego, el practicante que viene a ponerme una inyección.
 - Camino por los alrededores de Algodonales: la Sierra, la Fuente Alta, la Fuente Cabera y el río Guadalete.
 - Me baño con Paco Ramírez y otros niños en la alberca situada cerca de la entrada del cine Palmera.
 - Paseo por el pueblo; alguien me llama, lo saludo y sigo caminando.
 - Me cruzo con mi primo Paco, me recuerda que mañana exploraremos una cueva que ha descubierto José el Gitano.
 - José Luis y Juan Pedro están sentados en un banco de la plaza, me comentan que la próxima semana emprendemos una ruta inédita; quieren darme una sorpresa. Les digo que por mí salimos mañana mismo.
 - Un grupo de paisanos ríe, me acerco, rodean a Escalante, que con su quijotesca figura cuenta una historia que se le ha ocurrido la pasada madrugada.
 - Mi madre, a la hora de la merienda, me manda a la confitería de Josefita. Compro dos dulces, uno para ella y otro para mí; elijo un pastel de bizcocho recubierto de chocolate.

- Subo a la Virgencita, escucho el rumor del pueblo. A lo lejos, diviso el Peñón de Lagarín, las huertas, Zahara y la Sierra del Pinar, que en los días otoñales adquiere una tonalidad velazqueña.
- Me encuentro con el Mellizo, acaba de entonar un pregón, y con gestos me indica que no puede hablar porque se le ha quedado la garganta seca. Entra en un bar para tomarse un vaso de vino.
- Mi primo Juan de Jesús reclama mi atención para contarme una larga y descabellada historia.
- Es de noche. En la puerta de mi casa mi madre y sus hermanas siguen charlando, excepto mi tía María Leo que sigue durmiendo en la mecedora. Parpadea la bombilla que hay en el inicio de la calle Beatas, indicando que en el cine de Arriba está a punto de empezar la función; le digo a mi madre que luego cenaré, y me apresuro para no perderme el comienzo de la película. Ponen **La vida en un hilo**, de Edgar Neville.
- El día siguiente, como todos los días, desciendo a la Ermita de la Garganta. Me siento en una piedra en la entrada de la gruta; el buitre me echa una mirada cómplice y escuchamos las gotas de agua que se filtran del techo y moldean el retablo.

.....

En los últimos años siento añoranza de muchas cosas: ver y hacer cine, seguir viajando, montar en bicicleta, pasear por lugares entrañables de Sevilla, por el campo -observando lo que hay a mi alrededor-, visitar museos, cuevas, yacimientos arqueológicos, iglesias románicas con su entorno...¡Cuánto me gustaría poder leer en las páginas de los libros, fotografiar el esplendor de la naturaleza, mirar a las bellas y desconocidas mujeres con las que me cruzo en la calle, coger un lápiz o un bolígrafo y escribir en un papel, gesto que a lo largo de mi vida he repetido tantas veces...!

En la última década, Lupe se ha convertido en una persona esencial en mi vida. Ahora, en cierto modo es mis ojos, siempre dispuesta a ayudarme, está pendiente de mí, adelantándose a mis gustos y necesidades. Se jubiló anticipadamente, dejando las clases en la Universidad para estar el mayor tiempo posible a mi lado. Aunque procuro no ocasionarle demasiado trabajo, me entristece no poder ayudarle más. Recuerdo el día que hablé con ella por primera vez, entonces supe que compartiríamos el mañana. Desde hace poco tiempo, entra con regularidad en el piso un torbellino llamado Leo. Nuestro

nieto está lleno de energía y arrolladora vitalidad, no para un solo instante. Nada más llegar, saca del armario los juguetes que ordenadamente había colocado su abuela y los esparce por cualquier parte. Se entretiene de muchas maneras: juega a cocinar, construye estructuras con piezas de madera, corta un césped imaginario, juega al escondite, busca ladrones para meterlos en la cárcel, pasea por el piso montado en el correpasillo... Cuando Leo regresa a Miajadas donde vive con sus padres, Lupe y yo volvemos a nuestra rutinaria y tranquila vida, pero deseando que el torbellino reaparezca.

.....

Comencé estas memorias describiendo que paseaba con un amigo; desde que perdí la visión paseo habitualmente con Lupe, y en ocasiones con otros compañeros: Manolo Limón, Javier Sáenz de Santamaría, Juan Zapata, Isidoro Velicia. Con este último -un médico militar que lo mismo que mi hermano me lleva catorce años- he realizado largas caminatas y mantenido amenas conversaciones. En los últimos meses apenas salimos juntos; aunque se encuentra bien, no puede ir pendiente de él y de mí.

Mi hermano Antonio está enfermo, su salud se deteriora día a día, las conversaciones telefónicas que mantenemos son cada vez más breves; presiento que pronto las echaré de menos. Últimamente hemos hablado de lo que se terciaba: recuerdos de nuestro pueblo, viajes que hemos realizado juntos, del Sevilla, de cine, de literatura, de cómo llevaba las Memorias, y de lo bajo que ha caído la política.

Hace muchos años, paseando por Algodonales, me llamó una anciana que se encontraba sentada en la puerta de su casa. Me preguntó mi nombre y el de mis padres, y a continuación me aconsejó: *¡Niño, disfruta de la vida que es muy corta!* La miré con extrañeza, pensando que esa mujer siempre había sido mayor y que yo siempre sería joven.

Siento que últimamente el tiempo pasa demasiado deprisa. Cumplo años sin apenas darme cuenta, la nostalgia se ha asentado en mi vida, las ilusiones se desvanecen, el escepticismo crece; cansado de mirar sin ver, no me importaría formar parte de los fantasmas que pueblan estas páginas. Una escena esperada me ronda por la cabeza: estoy en casa, una elegante señora vestida de negro me lleva de la mano hacia el olvido, hacia la nada. Salimos; es de noche, por última vez puedo ver la luna y las estrellas.

Badajoz, abril 2021–diciembre 2023

ALBÚM DE FOTOS



Hacia 1915. Mis abuelos paternos Juan Pimentel y Margarita López



Con mis padres y hermanos en 1954



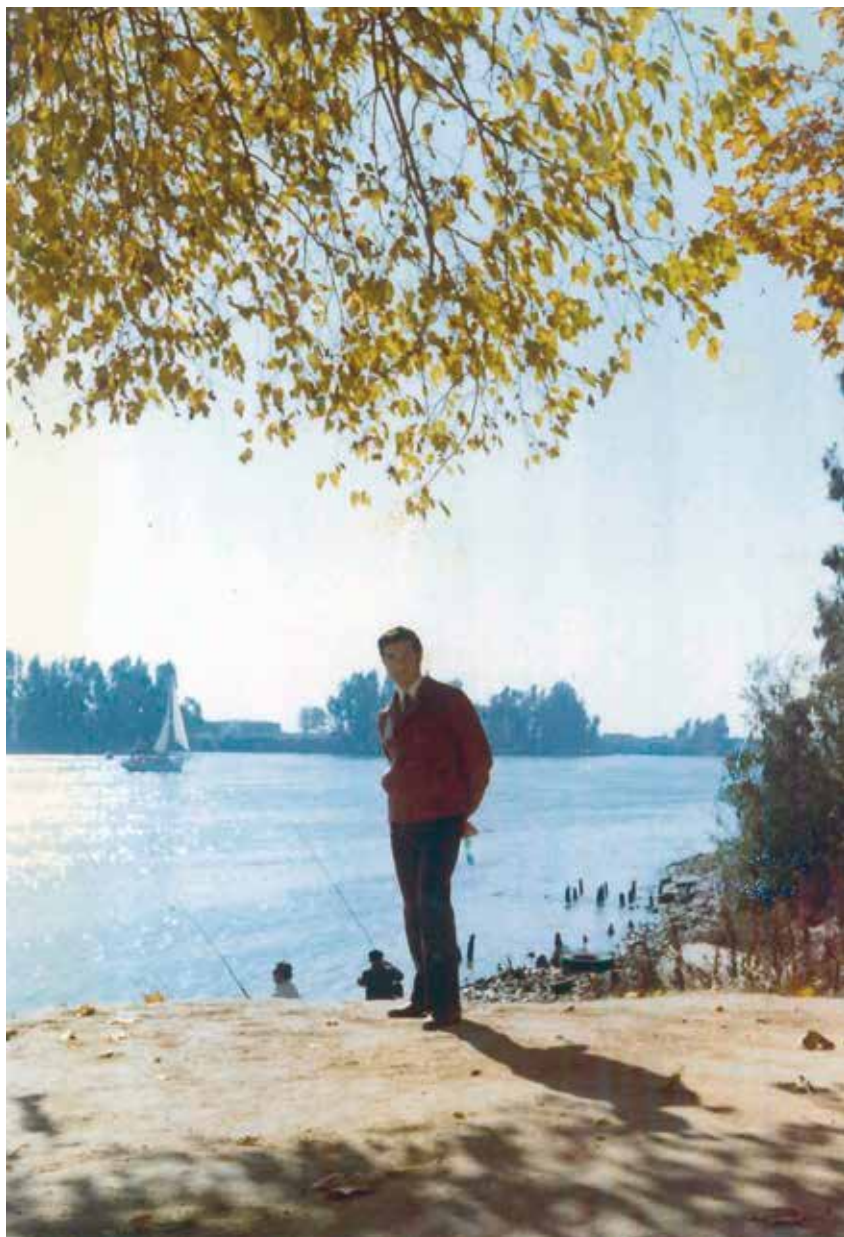
En la Plaza de América



1967. Sala de disección de Anatomía



En la cima del Pico San Cristóbal (Sierra del Pinar). Julio 1970



En las cercanías de Coria del Río



Plaza de Algodonales, después del rodaje de **El sueño**



En Venecia con Luís, Braulio y Carlos



En Algodones. Con Rosa, mi madre, Manolo y Mari Pepa



FAME U.D. 1977



Con Juan Rosai en Santiago de Compostela. Junio 1982



En la escalinata del monasterio de Guadalupe. Septiembre 1983



Con Alberto. Febrero 1986



Algunos compañeros de Anatomía Patológica. Junio 1986



En el 80º cumpleaños de mi madre



III Maratón Ciudad de Badajoz al paso por el Puente de Palmas. Noviembre 1992



Abu Simbel. Noviembre 1999



Camino de Santiago: Los Arcos (Navarra). Septiembre 2001



En el Estadio Ramón Sánchez Pizjuán con Alberto



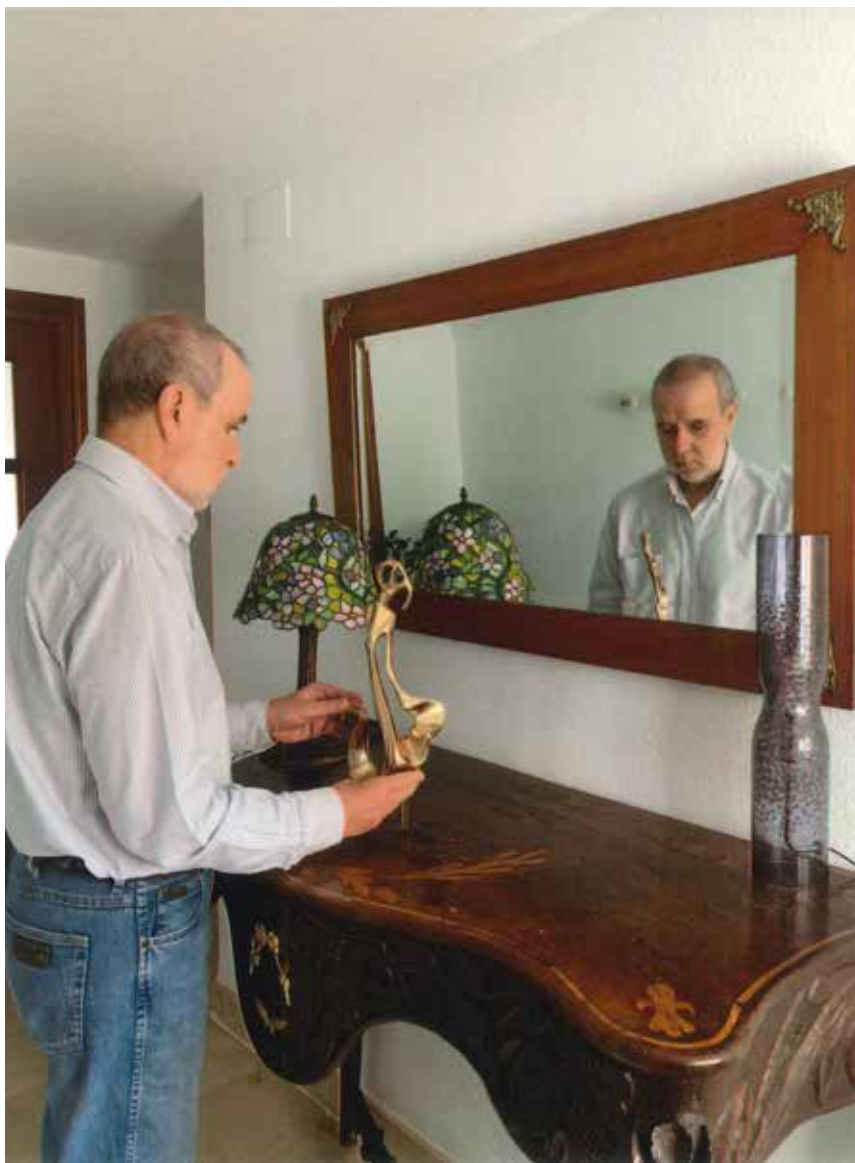
Con Charlot en Waterville (Irlanda). Julio 2006



Con Lupe y Alberto en Arriondas. Septiembre 2007



Con Andrés García y Juan Zapata en Cauterets (Pirineo Francés). Noviembre 2009



En la actualidad. Acariciando la escultura concedida a la película **El miajón**



Leo y yo

COLECCIÓN
-PERSONAJES SINGULARES-

fundación 